

R. 245 136

TODO POR JESUS

ó

VIAS FACILES DEL DIVINO AMOR,

OBRA ESCRITA EN INGLÉS

POR

FEDERICO GUILLERMO FÁBER,

PRESBITERO, DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGÍA
Y PREPÓSITO DEL ORATORIO DE S. FELIPE NERI, BROMPTON, LÓNDRES,

y traducida directamente
del original con arreglo á la sétima edicion inglesa,

POR

GENARO ESPINO PUA,

PRESBITERO, LICENCIADO, CAPELLAN REAL Y CATEDRATICO DE SAGRADA TEOLOGIA
EN EL SEMINARIO DE SAN LORENZO DEL ESCORIAL.

TOMO I.

7462

Tuos simplices
Pueros congrega,
Ad sancte laudandum
Sincere canendum
Ore innoxio
Christum puerorum ducem.

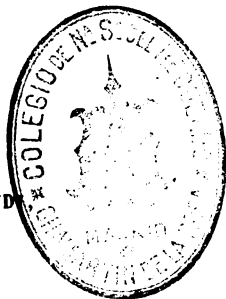
Clem. Alex., lib. III, Pedag.

Con licencia del Ordinario.

MADRID : 1866.

LIBRERÍA DE DON MIGUEL OLAMEND

Paz, 6.



248
F 11 f

FA

3251

Imprenta á cargo de R. Ludeña,
Calle de Silva, 47 y 49, bajo.

**Al Sr. D. Dionisio Gonzalez de Mendoza, Presbítero,
Doctor en derecho y teología, Ex-Gobernador eclesiástico y Doctoral jubilado de la metrópoli de Cuba,
Miembro de la Academia de los Quirites de Roma,
Vice-Presidente de la Comunidad de Capellanes Reales, Rector y Director del Seminario y Colegio de San Lorenzo del Escorial, etc., etc.**

No tengo otra cosa mejor que ofrecerle sino esta mi pobre traducción del Todo por Jesús del ilustre Federico Guillermo Fieber.

Servase, pues, recibirla como testimonio de mi agradecimiento á los singulares beneficios que ha tenido la dignacion de otorgarme.

G. Espino.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

Á no pocos parecerá extraña esta mi ocurrencia de ensayar los conocimientos harto escasos que poseo en la lengua inglesa, traduciendo una obra de ciencia espiritual cabalmente en una nacion que, por lo que hace á este ramo de la teología, no tiene rival en toda la Europa católica. Ocurrencia bien singular hubiera sido ciertamente esta ocurrencia mia, si el Todo por Jesús del ilustre Fáber fuese un manual de devocion y mística espiritual como tantos otros que hoy se publican. Porque, si bien dichas obras son recibidas con la general aceptacion que se merecen, y encierran saludables enseñanzas para el adelantamiento en la virtud y perfeccion cristianas, no todas, sin embargo, ofrecen aquella novedad que embelusa al lector, haciéndole amable la piedad; y las más no parecen escritas sino á favor de cierta clase de personas, y para una época y circunstancias determinadas. Muy al contrario sucede con este precioso libro, que mereció á

su autor una carta particular muy lisonjera del Papa Pío IX, en la cual le expresaba el profundo aprecio que de él hacia.

Obra es el TODO POR JESÚS, que, al maravilloso encanto que resplandece en todas sus hermosas páginas, reúne la novedad en las imágenes, llenas todas de valentía y gracia poética, la originalidad en los símiles y la belleza y sublimidad en los pensamientos : novedad que cautiva al lector, ganando para Dios su corazón, por más frío y obstinado que sea. Obra utilísima á todos los católicos sin excepcion alguna, así al religioso que mora en el claustro, como al sacerdote secular en su casa y parroquia; lo mismo al monje y ermitaño en sus celdas y grutas, que al hombre de negocios y opulento del siglo que viven en medio del mundo. Obra, en fin, que aprovecha todas las circunstancias de la época actual con tino exquisito, y que cualquiera diria ¡cosa singular! que habia sido escrita para la España católica del siglo XIX.

Y no se crea que exagero, llevado de la afición que he podido cobrarla con la lectura constante que de ella he tenido que hacer, como por el trabajo no pequeño que he puesto para traducirla fielmente al castellano. No: y para

desvanecer semejante reparo me bastaría apelar al fallo imparcial de cuantos quieran tomarse la molestia de leerla; seguro estoy de que habian de justificar este juicio mio. Pero prescindiendo ahora de tales pronósticos, y hecha asimismo abstraccion de las poderosas razones que me seria fácil alegar, sacadas todas de la misma obra, para persuadir á cualquiera de su mérito incomparable; voy únicamente á exponer unos cuantos hechos que hablan en favor del Todo por Jesús más alto y con más elocuencia, que cuantos razonamientos pudiera yo formular con este objeto.

Las relevantes prendas que adornaran á Fáber, fundador del Oratorio de San Felipe en Lóndres, cuyos miembros son las personas más ilustres por su saber y virtud de la Inglaterra católica, y el fin que se propuso al dar á luz su Todo por Jesús, son una garantía que dice bastante en favor del mérito de esta obra. En efecto, Federico Guillermo Fáber, nacido de una noble y distinguida familia, y cuyos hermanos ocupan en la actualidad elevados puestos en la magistratura, en la milicia y en la Iglesia, á la edad de veintidos años ya desempeñaba uno de los cargos más honoríficos en la Universidad de Oxford, y era reputado por

uno de los primeros poetas de Inglaterra, pues entónces fué cuando escribió su poema inglés: *Los Caballeros de San Juan*, que le mereció el premio *Newdegate*.

En aquella época tenia Fáber la desgracia de ser un furibundo anglicano; así es que en 1838, es decir, á los veinticuatro años de edad, publicó, contra la Iglesia católica, su primera obra con el título: *Las Cosas antiguas de la Iglesia de Inglaterra*, en la cual trató á aquella divina sociedad de una manera insultante y denigrativa, mostrándose acérrimo defensor del anglicanismo. Iguales ideas dominaban en las obras que despues dió á luz con el mismo objeto.

Estos ataques indudablemente habian de contribuir de un modo poderoso á inducirle, despues de su conversion á la religion católica, á reparar los escándalos que habia dado, miéntras vivió en el seno del anglicanismo; siendo este el fin con que escribió su *Todo por Jesús*, obra dedicada á la Confraternidad de la Preciosa Sangre, fundada por él cuando ya era católico, y la cual, á la muerte de Fáber, contaba más de 40,000 miembros, todos activos y fervorosos hijos de la Iglesia católica. ¿Y es creible que en este su primer ensayo no des-

plegara todo su ingenio, sus profundos conocimientos teológicos, sus grandes dotes literarias y sus ricas galas poéticas, en justa reparación contra las calumnias que vomitara ántes de abrazar el catolicismo? No ciertamente; y la fabulosa acogida que semejante obra tuvo en Inglaterra, nos lo demuestra de un modo palpable. Desde el año 1853, que vió esta obra por primera vez la luz pública, se han hecho *siete* ediciones á doce mil ejemplares cada una, y á la fecha está para agotarse la última; nótese de paso, que las cuatro primeras ediciones se expendieron á los pocos meses de su publicacion.

¿Extrañará ya nadie que todos los católicos de Europa y América se apresuraran á darla á conocer en sus países respectivos, ora traduciéndola, ó bien escribiendo elogios llenos de entusiasmo en sus revistas y periódicos? Bien pronto, en efecto, se tradujo al frances, holandes, alemán é italiano: traducciones que se recibieron hasta con delirio, permítaseme la expresion. Dígalo sino la primera, la francesa, de la cual en pocos años se han hecho *trece* ediciones, y hoy apenas se encuentra un solo ejemplar de la postrera; siendo cosa digna de notar que tuvo tan fabulosa acogida,

á pesar de ser traduccion de la primera original, que deja mucho que desear, comparándola con la cuarta inglesa y siguientes, en las cuales Fáber suprimió secciones enteras, añadió otras y refundió no pocas: ediciones que así castigadas por su autor, cualquiera diria que no han salido de la misma pluma.

Por lo que hace á la América del Norte, no se contentaron con tomar en ménos de dos años más de 40,000 ejemplares, segun confesion del mismo *Morning Post*, sino que los católicos de los Estados-Unidos, autorizados por el autor, la reimprimieron en Nueva-York, y ya en 1858 se habian agotado cinco grandes ediciones. Á la vista tengo un ejemplar de la sexta, publicada en el mismo año, que me regaló un amigo y compañero que vivió algun tiempo en dicha ciudad.

Pero todavía si cabe habla más alto en favor del Todo por Jesús la prensa de Europa, así católica como protestante. Si no temiera abusar de la paciencia de mis lectores, insertaria aquí un sinnúmero de revistas y periódicos, que á porfia tributaron los elogios más entusiastas á la presente obrita. No pareciéndome, sin embargo, oportuno pasarles todos en silencio, mencionaré entre los prin-

cipales periódicos que se han ocupado del TODO POR JESÚS, á los siguientes: *The Tablet*, *The Weekly Register*, *The Morning-Post*, *The Dublin Review*, *Die Katholische Quartalschrift*, *Der Litterarische Handweiser*, *Die Sion*, *Bibliographie Catholique*, *L'Univers*, *Revue Catholique de Louvain*, *L'Ami de la Religion*, *Revue des Bibliothèques paroissiales*, *L'Union*, *Le Messager de la Charité*, *Le Rosier de Marie*, *La Voix de la Verité*, *Le Journal des Villes et des Campagnes*, *Le Monde*, *La Civiltà Cattolica*, etc., etc.

Voy á concluir, trascribiendo algunos párrafos de los artículos que los periódicos ingleses consagraron al TODO POR JESÚS, que justificarán mis observaciones, á la vez que darán á conocer más y más su mérito é importancia. En el número 759, correspondiente al sábado 5 de Octubre de 1863, *The Weekly Register* se expresa en los siguientes términos: «Las elocuentes obras de Fáber, á la vez que el encanto de los literatos, son el consuelo de todas las almas cansadas del mundo; y los niños aun balbucientes han aprendido á tartamudear muchas de sus oraciones en aquellos preciosos himnos que el nombre de Fáber ha divulgado por todas partes. El Papa Pio IX, en

carta particular, le ha expresado recientemente su profundo aprecio por los incomparables servicios que ha prestado á la causa de la Religión. No es esta ocasión oportuna para hacer un análisis crítico de los escritos de Fáber, ni tampoco es necesaria semejante tarea; sus obras hablan muy alto, y su lenguaje penetra dulcemente hasta lo más íntimo del alma. Véase el *TODO POR JESÚS*. *¿No brilla en cada línea de este precioso libro un encendido amor por las cosas divinas que cautiva al lector y gana para Dios el corazón más obstinado? ¿Quién puede leer aquel pasaje tan conocido, en que el P. Fáber habla de la atmósfera encantadora que rodea á quienes, en su misión de misericordia, visitan la buhardilla ó el hospital, las cárceles y sótanos, sin sentir en su corazón un impulso irresistible por ocuparse en obras asiduas y afectuosas de caridad para con los pobres, obras á las cuales podemos llamar el apostolado de los ricos?... Fáber ha merecido por sus elocuentes escritos el título de «boca de oro,» el Crisóstomo de la Iglesia moderna.»*

Oigamos al *Morning-Post*, que á pesar de ser enemigo de la Iglesia católica, ha tributado al P. Fáber y su obra *TODO POR JESÚS*, los más cumplidos elogios. «En nuestra se-

gunda edicion, son sus palabras, del sábado, 3 de Octubre de 1863, anunciámos la muerte de Fáber, Prepósito del Oratorio de Brompton, Lóndres, y el más distinguido, despues de Newman, de todos los anglicanos convertidos á la fe católica. El Dr. Fáber era una de las personas más amantes del género humano; su nombre es popular en todo el mundo, y su muerte ha causado en los círculos católico-romanos un sentimiento de pena más profundo que el que pudiera producir la muerte de cualquier individuo de este cuerpo religioso.» Despues de una reseña entusiasta de sus funerales, á los que asistieron los personajes más ilustres de Inglaterra, Manning, hoy Arzobispo de Westminster, Oakeley, Morris, Dr. Newman, Stanton, Bowden, Dr. Talbot, etc., etc., recuerda el *Morning-Post*, que ya á la edad de veintidos años ocupaba Fáber en la Universidad de Oxford uno de los puestos más honoríficos, que era asimismo reputado por uno de los primeros poetas de Inglaterra; y continúa: «Sus obras han elevado su inspiracion poética al más sublime grado, y pocos escritos de los tiempos modernos pueden compararse con los suyos. *La obra más popular de Fáber es el Todo por Jesús, libro que ha teni-*

do una inmensa circulacion en Inglaterra, y del cual, solo en América, se han expendido más de 40,000 ejemplares.

Últimamente, *The Dublin Review*, excelente revista católica, acaso la mejor de Europa, redactada por los hombres más sabios de Inglaterra, en el tomo II, correspondiente á Enero de 1864, artículo 6.º, hablando del autor del *Todo por Jesús*, se expresa así: «No recordamos haber oído nunca á un orador de las prendas de Fáber, ni tampoco conocemos á sugeto alguno que mejor nos recuerde el espíritu y doctrina de San Bernardo. El Dr. Fáber ha publicado obras excelentes así en prosa como en verso, y todas ellas le acreditan por uno de los primeros escritores de este siglo, singularmente su *Todo por Jesús*, obra de un mérito incomparable.» La misma revista, en el tomo xxxvi, Marzo de 1854, artículo 6.º; después de exponer las causas que á juicio suyo han contribuido á que haya tenido el *Todo por Jesús* tan fabulosa acogida, concluye con estas palabras: «Creemos que la obra del P. Fáber es utilísima á toda clase de lectores; pero muy particularmente, y de ello tenemos la más completa seguridad, quienes pueden estudiarla con grande aprovechamiento.

to son los sacerdotes que tienen á su cargo la direccion de las almas. Aunque el Todo por Jesús no sea un manual completo de direccion espiritual, el mismo autor así lo reconoce, descúbrenos, sin embargo, nuevos horizontes de una ciencia espiritual más profunda y más original que la de cualquiera otra obra de igual índole. Si el haber recogido, ordenado y formado un cuerpo de doctrina con los materiales que encierran las minas de la más abstracta teología; si el haber dado vida y expresion á los más oscuros conceptos de otros escritores ascetas; si el haber inspirado á un asunto un interes devoto con los atavíos de la novedad y las galas del estilo: adornos que hacen de él una lectura no pesada é insípida, como en tantos otros que se ocupan de la misma materia, sino lo más amena y deleitable; si semejantes cualidades, decimos, hacen á un autor acreedor al título de la originalidad, el P. Fáber se merece la palma, no tanto por haber escrito una obra que reúne todas estas condiciones, como por haber inaugurado una nueva era en un ramo de literatura que es, sin comparacion, el más importante de cuantos puedan mencionarse por su influencia en la humanidad. »

Estos elogios por el Todo por Jesús, y el convencimiento que de su mérito incomparable llegué á adquirir con su lectura, me indujeron á traducirla al castellano; y á este fin pedí la competente autorizacion para publicarla, al actual Prepósito del Oratorio de Lóndres, Federico Dalgairns, uno de los más ilustres escritores de Inglaterra, quien tuvo la galantería de concedérmela para todas las obras de Fáber. Yo bien sé, que á pesar de haber puesto el mayor cuidado posible para traducirla con toda fidelidad, y de haber leído y vuelto á leer mi manuscrito, haciendo las correcciones que me parecieron oportunas, no ignoro, repito, que tendrá no pocas faltas, que mis escasas luces no me permiten distinguir. Espero, sin embargo, que se me disimularán, siquiera por el buen deseo que me mueve á publicarla, el cual, bien lo sabe Dios, no es otro, que aficionar á mis hermanos, por medio de su lectura, á ser celosos por la gloria de Dios, susceptibles por los intereses de Jesús y solícitos por la salvacion de las almas, único objeto del Todo por Jesús.

G. ESPINO.

DEDICATORIA DEL AUTOR.

A los fieles que frecuentan el Oratorio de San Felipe Neri, situado en la calle King William, Charing Cross, Londres.

Mis queridos amigos y bienhechores: me atrevo á dedicaros esta obra por más de una razon. Yo quisiera que quedase como perpetuo recuerdo y memorial eterno de mi agradecimiento á las afectuosas relaciones que habeis tenido la dignacion de mantener con los hijos de San Felipe: relaciones todas que llegaron á estrecharse con los intereses más queridos, por ser los más sagrados de vuestra vida. Durante más de cuatro años, nuestra propia causa la habeis hecho vuestra, gozándoos en nuestros triunfos y llorando nuestras aflicciones; al propio tiempo que nosotros, bien lo sabeis, tomámos á cargo nuestro el ayudaros á sobrellevar, conforme á la pobre

medida de nuestro amor, vuestros cuidados y desvelos, vuestras penas y trabajos; aliviándoos del peso enorme de vuestras desventuras, segun á un corazon le es dado alijerar á otro corazon en Cristo.

Los Sacramentos, la oracion y predicacion de la divina palabra formaron la triple cuerda que nos ligara con tan estrechísima lazada, que unos y otros llegámos casi á tener unos mismos pensamientos y sentimientos, idénticos pesares y regocijos, iguales esperanzas y temores en el corazon de nuestro comun padre San Felipe. Ya desde el primer instante de nuestra union todos preveíamos que semejante reciprocidad de afectos y mutuo compañerismo no habian de durar siempre. Á imitacion del Apóstol de las Gentes en Roma, nos hallábamos como prisioneros en una casa alquilada, y humillado nuestro Señor adorable en el Santísimo Sacramento, no ciertamente mas allá de los abismos de su condescendencia inefable; pero sí, sobre lo que podia sufrir la paciencia de nuestro amor á tan cariñoso Padre. Las circunstancias de esta populosa ciudad no siempre dejan á los católicos en completa libertad de elegir el lugar que más les agrade para morada suya y de su Dios y

Señor. Y en verdad que no fueron pocos los esfuerzos que se hicieron, por espacio de cerca de dos años, para ver de encontrar casa para nuestro Santo próxima al campo de sus primeros trabajos; y despues de repetidos desaires, cuando las tentativas parecian enteramente inútiles y todas nuestras gestiones para obtenerla se reducian á la nada, debemos creer que sucedia así por voluntad de Dios; hé aquí que fuimos trasladados á otra parte de este poblado desierto.

Ved, pues, otra de las razones que me han movido á dedicaros esta obra. Para no pocos es una despedida; y ¡ojalá que no sea una mera prenda de nuestro amor mutuo, sino tambien el suave olor de Cristo y la virtud de su divina gracia! Hallareis en sus páginas muchas cosas que tantas veces habeis oido, que ya su misma repeticion llegaba á haceros sonreir. En ella leereis aquellos dulces pensamientos y tiernas palabras acerca de Jesús y María, que robábamos á los Santos, para meditarlos juntos. Encontrareis asimismo no pocas frases que os serán tan conocidas como el estribillo de una cancion favorita, y la suave melodía de un himno del Oratorio. En lo sucesivo, si tales cosas merecen recordacion, os

traerán indudablemente á la memoria el aspecto modesto de nuestra pobre y vieja capilla con su altar apiñado de ministros del Altísimo, la serie de confesonarios colocados al rededor del Señor y de su pequeña Sion, la imágen bella y agraciada de nuestra inmaculada Madre Maria, el pálido y macilento San Felipe con su Niño Jesús Salvador nuestro, el Crucifijo lleno de expresion y de vida, á cuyos piés rara era la vez que no se hallase postrado algun cristiano en rendida adoracion. Palabras y expresiones, textos y anécdotas, dia vendrá en que tengan así para vosotros como para mí un valor incalculable, á causa de los dulces y tiernos recuerdos que despertarán en vuestras almas; y quizá Dios, en su infinita misericordia, se sirva tener la dignacion de inspirar en ellas el calor de la vida y de la gracia, para que lleguen á herirnos y encendernos en la llama del divino amor.

Muchas otras cosas pudiera deciros, porque la gratitud, no lo ignorais, está dotada de una memoria fidelísima y de una lengua llena de facundia; pero un largo discurso acaso se creeria una especie de alabanza propia, una apología de sí mismo, que, para vosotros que me conoceis, no es ciertamente necesaria.

Juntos hemos aprendido á profesar á Jesús un tierno amor, recíproca ha sido nuestra instruccion, y mutuo el auxilio en todas nuestras necesidades. Cada mes que trascurria; cada fiesta, novena, octava, triduo que se celebraba, con sus respectivas pláticas, himnos y oraciones; el amor hácia nuestro Señor iba poco á poco creciendo en nuestro corazon. Así, pues, roguemos unos por otros, para que á pesar de todos los cambios y de todas las separaciones nos mantengamos unidos en indisoluble union; y aquello que intentámos ser en nuestro antiguo Oratorio querido, lleguemos á llevarlo á cabo ahora y siempre más y más completa y absolutamente **TODO POR JESÚS, ya que Él es TODO NUESTRO.**

Federico Guillermo Faber.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Al ofrecer al público este pequeño tratado espiritual, paréceme que dos cosas solamente exigen explicacion. 1.^a Hablo en él constantemente de la Confraternidad de la Preciosa Sangre; y esto pudiera hacer creer á no pocos, que un tratado semejante únicamente interesaba á los individuos que forman dicha Hermandad. Preciso es, pues, que yo desvanezca de su ánimo tal presuncion. Hágolo así, es decir, menciono continuamente á la Confraternidad, porque la obra está destinada para servir de manual á los miembros que la componen; mas no se crea por eso que no sea igualmente útil y provechosa á todos los católicos devotos. 2.^a Á la vez que confio en la caridad de mis lectores que han de interpretarme en los pasajes oscuros y dudosos solo segun la significacion que en semejantes lugares intentan los escritores probados por su ortodoxía, quisiera asimismo precaverme particularmente contra una

mala inteligencia. Acaso pudiera decirse que todas estas prácticas y devociones tienen por único blanco el amor afectivo, y no el efectivo; y en su consecuencia llegue á suponerse que mi objeto, al escribir semejante manual, no fué otro que inspirar á los fieles el primero, sin proponerme siquiera excitarlos hácia la prosecucion del último. Indudablemente, el amor no puede ménos de ser efectivo, y el amor efectivo consiste en la mortificacion, que empezando en la negacion de sí mismo: negacion indispensable á todo cristiano para evitar la culpa mortal, sube hasta la abnegacion de los Santos acerca de materias que solo son de consejo, y no raras veces parecen á nuestra pobre aprehension espiritual que llegan á rayar en la extravagancia. No existe ciertamente ninguna santidad sublime privada de aquel grado de abnegacion que va más allá de lo que prescribe el precepto, y de lo que absolutamente exige de todos el simple acto de evitar la culpa y sus ocasiones y preludios; pero no es este el asunto de que yo ahora estoy tratando. Al presente no estoy proponiendo lo que es perfecto, sino aquello que es fácil. Yo no intento conducir á las almas á la cumbre de la perfeccion espiritual, ¡libreme Dios de incurrir

en tan loca presuncion ó tontería, que me atreva á pretender una cosa semejante! Como hijo que soy de San Felipe, yo no tengo que ver más que con el mundo, esto es, con las personas que viven en medio del mundo y procuran en él ser virtuosas, santificándose á sí mismas en las condiciones ordinarias de la vida. Á estas es á quienes yo me dirijo, y á las que propongo para su aprovechamiento espiritual, no ciertamente cosas muy altas que sobrepujen á sus débiles fuerzas, sino cosas que, al mismo tiempo que embelesan con sus dulces atractivos y deliciosos encantos, tienden á reanimar el fervor de su corazon, á encender su amor y aumentar la suavidad que experimentan en la práctica de la religion, y observancia de los deberes que esta las impone. Mi ánimo es hacer graciosa y espléndida la piedad á aquellos que á imitacion mia necesitan de semejantes auxilios. Hé aquí mi único objeto; no me he atrevido á aspirar á cosas más levantadas. Si mi obrita solicitara, aunque no fuese más que á un solo corazon, á amar á nuestro Señor dulcísimo con un poquito más fervor; Dios entónces habria bendecido así á la obra como á su autor incomparablemente más de lo que se merecen.

FE DE ERRATAS.

PÁG.	LÍNEA.	DICE.	DEBE DECIR.
3	5	Jesús: no	Jesús. No
65	16	los	les
106	16	el	El
110	11	<i>ultrajado</i>	<i>ultrajado,</i>
144	4	Carnaval,	Carnaval
180	9	y que están	estando
191	6	por el	por ese
199	2	Mártir,	Mártir;
208	19	especial,	especial;
214	14	que apetecen	que se apetecen
216	24	reci-	perci-
234	10	Redentor,	Redentor
238	10	Hijo,»	Hijo;»

TODO POR JESÚS.

CAPÍTULO I.

INTERESES DE JESÚS.

Jesús todo por nosotros y todo por amor.—Sus intereses, el objeto de la Confraternidad de la Preciosa Sangre.—Intereses humanos.—Intereses diabólicos.—Intereses de Jesús: 1.º en la Iglesia triunfante—2.º en la Iglesia purgante—3.º en la Iglesia militante.—Los cuatro principales: 1.º la gloria de su Padre—2.º el fruto de su Pasión—3.º el honor de su Madre—4.º el aprecio de la gracia.—No siguen la misma regla que los intereses del mundo.—No esperar de ellos resultados visibles.—La oración, el medio principal de promoverlos.

SECCION I.

Jesús todo por nosotros, y todo por amor.

Jesús nos pertenece; y se digna ponerse á nuestra disposición; y nos da cuanto somos capaces de recibir; y nos ama con un amor que no hay lengua que pueda expresar, ni criatura alguna que sea capaz de imaginar ni concebir; y

condesciende á desear con un anhelo inefable que nosotros le amemos con puro y fervoroso amor. Sus méritos pueden llamarse nuestros como suyos; sus satisfacciones son, más que suyo, nuestro tesoro; sus Sacramentos no son otra cosa sino los medios que su amor inventara para comunicarse á nuestros corazones. Do quiera volvamos la vista en la Iglesia de Dios, allí está Jesús. Él es para nosotros principio, medio y fin de cuanto existe. Es nuestra ayuda en la penitencia; nuestro consuelo en el dolor; nuestro socorro en la tribulación. Nada hay bueno, nada santo, nada bello, ni nada agradable, que no sea para sus siervos. Ninguno puede llamarse pobre, porque si quiere puede tener á Jesús por su propia herencia y posesion. Ninguno debe dejarse dominar por la tristeza, porque Jesús es la alegría del cielo, y tiene sus mayores complacencias en habitar con las almas angustiadas. Podremos exagerar muchas cosas, pero jamas encareceremos debidamente nuestros deberes para con Jesús, ni el exceso de su tiernísimo amor hácia sus culpables criaturas. Si empleáramos toda nuestra vida en hablar de Jesús, nunca llegaríamos á agotar las riquísimas y suavísimas cosas que de Él pudieran decirse. La eternidad no es bastante larga para

— —

aprender todo lo que Jesús es, ni para alabarle por todo cuanto ha hecho; mas no importa, porque en la eternidad viviremos siempre en su compañía, y ninguna otra cosa desearemos.

Nada nos ha escaseado Jesús: no hay facultad de su Alma purísima que no haya tenido que hacer en nuestra salvacion: no hay un solo miembro de su Cuerpo santísimo que no sufriera por nosotros: no hay pena, oprobio é ignominia que en favor nuestro no apurara hasta las últimas heces de su amargura: no hay una sola gota de su Sangre Preciosísima que no derramara por nosotros, ni latido de su Sacratísimo Corazon que no fuera un acto de amor. En las Vidas de los Santos leemos cosas tan asombrosas sobre su amor á Dios, que ni siquiera nos atrevemos á pensar en imitarlas. Unos practicaron prodigiosas austeridades; otros pasaron toda su vida en un silencio sepulcral; estos se arrobaban en suavísimos éxtasis y raptos; aquellos eran amantes apasionados del sufrimiento y desprecio; los unos suspiraban y se consumían en una santa impaciencia por morir, y los otros hasta cortejaron la muerte, y exhalaban su postrer suspiro en medio de los más atroces tormentos de un martirio cruel. ¿No os sorprende cada uno de estos prodigios de amor? Pues bien;

juntadlos todos en un solo corazon: concebid dentro de él todo el amor de Pedro, Pablo y Juan, el de San José y la Magdalena, el de todos los apóstoles, mártires, confesores y vírgenes que ha habido hasta hoy; imaginaos que un milagro da resistencia á este corazon para contener tanto amor; añadid ahora todo el encendido fuego divino de los nueve coros de innumerables Ángeles, y hacedle, por fin, rebosar con la abrasada caridad del Corazon Inmaculado de nuestra Madre querida, y todavía todo ese amor no se acercará, ni siquiera será sino una imitacion mezquina del amor que Jesús tiene á cada uno de nosotros, por indignos y malvados que seamos. Conocemos nuestra propia perversidad, nos aborrecemos por nuestras culpas pasadas, y nos irritamos con nuestra ruindad y vileza; y Jesús, sin embargo, nos quiere con ese tiernísimo amor, y está pronto, si necesario fuese, segun lo reveló á uno de sus siervos, á volver á bajar del cielo, para ser otra vez crucificado por cada uno de nosotros.

Lo verdaderamente asombroso no está en que nos amara tanto, sino más bien, en que se dignase amarnos. Considerando quién es Él y lo que somos nosotros ¿tenemos acaso un solo título á su amor, á no ser el exceso, y sin nues-

tro Jesús adorable, hasta la desesperacion de nuestra miseria? No tenemos ningun otro título para con Él, sino aquellos que Él mismo, en su misericordia infinita, inventara en favor nuestro. ¿Puede haber cosa más odiosa, ni más ruin y miserable que nosotros? ¡Y no obstante, ámanos con tal exceso de amor! ¿Cómo es que siempre no nos ocupa esta única idea? ¿Cómo podemos tomar interes por otra cosa que no sea el tiernísimo amor de Dios á sus culpables criaturas? Es casi increíble que lleguemos á desempeñar nuestras tareas diarias, que gustemos de las criaturas, que no nos estorbe comer, ni beber, ni dormir, teniendo delante de nosotros, á todas las horas del dia y de la noche, el objeto del más entrañable amor y de la caridad más abrasada del Dios omnipotente, sapientísimo, santísimo, bellísimo y eterno. ¡Oh la más increíble de las más espantosas maravillas! Las bendiciones llegan casi á ahogarnos; las gracias se multiplican hasta sobrepujar al cálculo; las misericordias divinas se renuevan todos los dias, y despues de todo nos espera la recompensa que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el entendimiento humano concibió jamas. Esto por lo que hace á Jesús.

Y hasta hoy ¿qué hemos hecho nosotros por

quien tanto trabajó en favor nuestro, y cuyo único objeto en todos sus actos no fué otro sino ganar nuestro amor? ¡Ah! fijamos la vista en un Crucifijo, y apenas nos conmueve: oímos hablar de las amarguras de su Pasion, y nuestros ojos permanecen enjutos y frio nuestro corazon: doblamos la rodilla para orar, y dificilmente conseguimos mantener fijo nuestro pensamiento en Jesús el espacio de un cuarto de hora: acudimos ante su presencia soberana en el Sacramento augusto del altar, y sentimos postrarnos en tierra, por temor de manchar el vestido: vemos que otros pecan ¿y qué nos importa á nosotros, decimos, que sea Jesús ofendido con culpas ajenas? ¡Seguramente que bien poco nos interesa Jesús, cuando es tal nuestra conducta para con Él! Sin embargo, así sucede por desgracia. Seguimos nuestros caprichos, y hacemos siempre nuestra propia voluntad: nuestro principal objeto es gozar, y ocuparnos en cosas que halaguen nuestro amor propio: afanámonos en procurarnos medios para pasar una vida regala-lona. Por lo que hace á la penitencia, se reserva para lo último. Es preciso que disfrutemos ahora de comodidades corporales y conveniencias mundanas; y la vida espiritual no debemos considerarla sino como una de esas consolaciones

interiores, sin las cuales inquiétanos el corazón, por no hallarse en su centro. Si honramos á Dios, es por interés; si socorremos á nuestros hermanos ¡hasta en la caridad! nos buscamos á nosotros mismos. ¡Pobre Jesucristo! como solía decir San Alfonso de Ligorio, ¡pobre Jesucristo! ¡quién piensa en Tí! ¡quién promueve tus intereses!

Hé aquí, pues, el verdadero objeto de nuestra Confraternidad de la Preciosa Sangre—cuidar de los intereses de Jesús, y promoverlos por cuantos medios estén á nuestro alcance.—Difícilmente habrá objeto alguno mundano de importancia que no tenga alguna asociación para defender sus derechos y promover sus intereses. ¿Por qué, pues, no habrían de tenerla igualmente los intereses de Jesús? La ciencia tiene sus academias y sus juntas respectivas: asóciáanse los hombres entre sí con objeto de hacer triunfar algunas de sus favoritas opiniones políticas: crean compañías de caminos de hierro, de vapores y minas ¿y todavía no habíamos de abrir una oficina para despachar los negocios de Jesús, para defender sus derechos y fomentar sus intereses? Pues no olvidéis que este es cabalmente el fin de la Confraternidad de la Preciosa Sangre. Al entrar en ella, es preciso que

dejemos á la puerta nuestra voluntad: nada propio tenemos; todo es de Jesús. Tal es la obligacion que nos imponen sus intereses.

Esto supuesto, tratemos ahora de formarnos una idea exacta de los intereses de Jesús; de otra suerte, nada podremos hacer para aumentarlos. Nunca el hombre trabaja á ciegas; menester es que conozca siempre lo que tiene entre manos. Vosotros sabeis lo que es tomar interes por alguna cosa. Si dirigís una mirada por el mundo, vereis que todos tienen algun interes predilecto: en el mundo casi existen tantos intereses como personas hay en él. Todos vosotros tropezais en las calles con alguno que va tras un objeto cualquiera: lo conoceréis en su semblante, en la viveza de sus ojos y en su paso acelerado. Sea ese objeto político, literario, mercantil, científico, de pura ambicion ó inmoral, es lo cierto, que todos toman á pechos el interes de su eleccion, y que desempeñan á las mil maravillas su cometido. Por él trabajan con desvelo todo el dia; pensando en él se van á la cama; con él sueñan, y con él despiertan por la mañana. Aun en domingo son más bien sus manos las que descansan, que su cabeza y corazon. Ved lo que los hombres proyectan ahora para abolir la esclavitud, obtener libertad de comercio, acome-

ter empresas colosales, facilitar las comunicaciones y construir nuevas líneas férreas. Es, pues, indudable, que los hombres tienen un sinnúmero de intereses en el mundo, que están apasionados por ellos, y que por ellos trabajan hasta con frenesí. ¡Oh si trabajásemos así por Dios, por nuestro bonísimo, misericordiosísimo y eterno Dios!

Tambien el demonio tiene sus intereses en el mundo; se le ha permitido formar una monarquía en oposicion á Dios, y como todos los soberanos de la tierra, posee una multitud de intereses. Así es que tiene agentes por todas partes, espíritus invisibles, diligentes, activos, que hormiguan en las calles de las grandes poblaciones para hacer prosperar los intereses de su rey. Solicitan á los trabajadores en el campo, y discurren qué pueden conseguir del monje en el claustro, y del ermitaño en su gruta. Hasta en los templos, durante la Misa, están afanosos, convidándonos con su comercio ilícito. Tambien nuestros hermanos se alistan á millares bajo la bandera del diablo: no pocos trabajan gratis en favor suyo; y lo que es más deplorable todavía, una gran parte hasta llega á persuadirse que está ejecutando una obra divina ¡tan buena é inocente es á sus ojos! ¡Cuántos católicos no censuran lo bueno, y critican de las personas

piadosas protestando al propio tiempo que no consentirán jamas ser agentes del diablo! Los intereses del espíritu maligno son muy varios: solicitar al pecado mortal, inducir al venial, resistir la gracia, estorbar la contricion, retraer de los Sacramentos, fomentar la tibieza, desacreditar á las personas piadosas, obispos y órdenes religiosas; poner obstáculos á la vocacion, divulgar chismes, distraer al pueblo de la oracion, infundir en los hombres el amor de frivolidades y modas mundanas, hacerles malgastar su dinero en niñerías, adornos, joyas, papagayos, ricas porcelanas y elegantes vestidos, en vez de invertirlo en socorrer á los pobres de Jesús; excitar á los católicos á liscnjar á los poderosos, á poner toda su confianza en los príncipes, y adular servilmente al partido político que está en el poder; inspirar en su ánimo una desconfianza recíproca, y hacer que se ofendan y escandalicen unos de otros, como chiquillos ó fariseos; entibiar, en fin, la devocion á María, y persuadir á los hombres que el divino amor es una indiscrecion y mero fanatismo: tales son los principales intereses que el diablo se afana tanto por adquirir y fomentar. Es verdaderamente asombroso ver con qué energía trabaja por ellos, y con qué refinada astucia y ha-

bilidad pasmosa los acrecienta en el mundo. Sería, ciertamente, una cosa digna de admiracion esta prodigiosa actividad del diablo, si no nos hiciese temer por nuestra propia alma, y si todo cuanto se opone á Dios no fuese puramente odioso y abominable. Al rival del Criador se le permite, por secretos designios de la Providencia, lograr no pocos de sus perversos fines en esta creacion que el Altísimo una vez contemplara y bendijera en su amor inefable. Los intereses humanos ponen á un lado los intereses de Jesús, bien como cosas gravosas, y no raras veces, como objetos inútiles. Los diabólicos opónense abiertamente á los de Jesús, y doquiera prosperan aquellos, bajan estos ó desaparecen por completo.

SECCION II.

Intereses de Jesús.

Examinemos ahora los intereses de Jesús: echemos una ojeada por toda la Iglesia su esposa. Recorramos primeramente el cielo, ó la Iglesia triunfante. El interes de Jesús consiste en que se aumente por todos los medios posibles, y á cada hora del dia y de la noche, la gloria de la Beatísima Trinidad; y dicha gloria divina

llamada accidental, se aumenta con toda buena obra, palabra y pensamiento, con toda correspondencia á la gracia, con toda resistencia á la tentacion, con todo acto de adoracion, con todo Sacramento debidamente administrado ó humildemente recibido, con todo homenaje y acto de amor á María, con toda invocacion á los Santos, con toda cuenta de rosario, con toda gota de agua bendita, con toda señal de la cruz, con toda pena pacientemente sufrida, con toda calumnia tolerada con resignacion, y con todo buen deseo, aunque no se ponga por obra. Todas estas cosas, como se hagan con devota intencion y en union con los méritos de nuestro Señor amoroso, aumentan considerablemente la gloria divina. No se pasa una sola hora, así á lo ménos lo creemos, en que no arribe al puerto dichoso del cielo una nueva alma, procedente del purgatorio ó de la tierra, para empezar su eternidad de alabanzas y arrobamientos. Cada alma que aumenta la muchedumbre de adoradores, cada voz silenciosa agregada á los coros angélicos, es un grado más de gloria divina; y en el interes de Jesús está hacer que estos arribos sean cada vez más frecuentes, y que esas almas lleven consigo, á su entrada en la gloria, un riquísimo tesoro de merecimientos, y un grado muy subido de amor

de Dios. Hasta en el cielo tiene la Confraternidad trabajos en que ocuparse, y amplios poderes para llevarlos á cabo. El cielo es una de nuestras oficinas, y son innumerables los negocios que hay que despachar en sus magníficos estrados: negocios favorables á los intereses de Jesús; negocios que Él tiene en grande estimacion, y por lo cual nos importa sobremanera no dejarlos de la mano.

Del cielo bajemos con la consideracion á ese vastísimo reino del purgatorio, con su emperatriz madre María. Toda esa innumerable muchedumbre de almas son las esposas fieles y queridas de Jesús; pero ¡en qué espantoso abandono de tormento sobrenatural no las ha dejado su amor! Jesús suspira por su libertad; anhela con vivas ansias verlas trasportadas de esa tenebrosa region llena de tinieblas y sufrimientos, á la esplendorosa luz de su mansion celestial; sin embargo, háse en cierta manera atado sus propias manos. Ya no las concede ninguna gracia, no las otorga tiempo de hacer penitencia, ni las permite merecer, y segun algunos han creido, ni siquiera pueden allí orar. ¡Cuán lamentable no será, pues, la situacion de esas almas afligidas en tan horrible morada! Porque —y medítese bien esto—la suerte dichosa de es-

tas almas depende más bien de la tierra que del cielo, más de nosotros que de Jesús; así lo ha ordenado Aquel de quien todo depende, y sin el cual no hay dependencia alguna. Es, pues, evidente, que Jesús tiene intereses en el purgatorio, y desea ver á sus cautivos puestos en libertad. Á nosotros, que si tenemos un principio de vida sobrenatural, es favor suyo, pídenos ahora, con las lágrimas en los ojos, que rescatemos á aquellos á quienes Él ha redimido. Toda satisfaccion ofrecida á Dios por esas almas benditas, toda oblacion de la Preciosa Sangre presentada al Padre Eterno; oir misa, comulgar, mortificarse, las disciplinas, el tosco sayal, el cilicio, las indulgencias, el jubileo, la recitacion devota del *De Profundis*, la limosna dada al más menesteroso: todas estas cosas forman parte de la gloria de Jesús, y como se apliquen por la intencion de esos hermanos nuestros, aumentarán á todas horas los intereses de Jesús en el imperio mariano del purgatorio. Hé aquí, pues, otra de las oficinas de la Confraternidad; y no haya miedo que abrumemos de negocios al glorioso secretario de esa region vastísima, al bienaventurado San Miguel, ministro de María. Ved cómo trabajan los marineros con las bombas, para salvar

sus vidas á bordo de un buque que hace agua. ¡Oh, si tuviéramos nosotros la caridad de trabajar así con la fina instrumentacion de las indulgencias á favor de las ánimas benditas del purgatorio! Á nuestra disposicion están las infinitas satisfacciones de Jesús, los dolores de María, los tormentos de los mártires y la laboriosa perseverancia en el bien obrar de los confesores. Jesús no quiere hacerlo aquí por sí mismo, porque desea ver cómo le ayudamos nosotros, y porque cree igualmente que se alegrará nuestro amor, dejándonos algo que hacer en obsequio suyo. Santos ha habido que consagraron toda su vida á esta única obra de minar el purgatorio; y á quien lo examine á la luz de la fe, no le parecerá una cosa tan extraña. Es una comparacion, si se quiere necia, pero es lo cierto, que segun todos los principios del cálculo, mayor hazaña es sacar una sola alma del purgatorio, que haber ganado la batalla de Waterloó, é inventado la máquina de vapor; y con todo, apenas puedo yo concebir que exista un solo miembro de la Confraternidad que no haya hecho ya algo más que rescatar una sola alma.

Trasladémonos ahora á la Iglesia militante: aquí los intereses de Jesús son muy ricos y varios. Encuéntranse cosas que hacer, y cosas que

omitir, corazones que persuadir, y corazones que disuadir. Tanto es lo que hay que hacer, que uno no sabe por dónde empezar, ni cual sea lo primero que deba ponerse por obra. Aquellos que no aman á Jesús, es preciso que le amen; y quienes tienen la dicha de amarle, que crezcan todos los dias en semejante amor. Cada uno de nosotros podia tomar para sí un departamento, y en él hallaria obra en que emplear toda su vida. Los hombres en su agonía es uno de los departamentos que podríamos escoger. ¡Oh, y qué peligro no corren los más caros intereses de Jesús en el lecho de esa muchedumbre de moribundos que en la redondez del globo están exhaland su postrer suspiro á cada momento del dia y de la noche! Satanás trabaja sin descanso; las tentaciones caen sobre ellos más espesas que los copos en una grande nevada; y quien quiera que gane esta batalla, Jesús ó el diablo, ceñirá eternamente la corona del vencedor, porque ya no há lugar á un segundo combate. Hay agonizando católicos que hace años no se acercaron á recibir los Sacramentos, y Santos cuyo medio siglo de merecimientos y amor heroico corre un inminente peligro de perderse. Solamente necesitan una cosa: la perseverancia final; y por más esfuerzos que hagan, no conseguirán

merecerla. ¡Hay herejes que jamas sospecharon que vivian en la herejía, y herejes de mala fe que calumniaron á la Iglesia y blasfemaron de la Madre de Dios! ¡Hay judíos descendientes de aquellos que crucificaron á nuestro Señor, y mahometanos que son los dueños de Jerusalem! ¡Hay hotentotes que dan culto á horribles deidades, é indios americanos que nunca tuvieron otro pensamiento más elevado que la caza y piratería, y cuyos méritos son proporcionados al número de sus asesinatos! ¡Hay hombres emblanquecidos por las heladas nieves del Norte, y hombres tostados con los rayos abrasadores del Mediodia! ¡Hay, en fin, espirando á cada momento del día y de la noche muchos hermanos nuestros, en el más espantoso abandono, sobre las cimas de los montes y en lo profundo de los valles, en las ciudades y en los desiertos, en la tierra y en el mar, en lóbregos calabozos y en regios alcázares! ¡Y Jesús murió por cada uno de ellos tan exclusivamente, como si no hubiese ningun otro por quien dar su vida; y ahora mismo está pronto, si necesario fuese, á volver á bajar del cielo, para ser otra vez crucificado por esos infelices! ¡Recorramos toda su larga Pasion; enumeremos sus pasos, sus lágrimas, sus gotas de sangre; contemos las es-

pinas, los golpes, los esputos, las caídas; penetremos en los insondables abismos de oprobios é ignominias que envuelve semejante Pasión; sondeemos la tortura y angustias horribles del Sacratísimo Corazón de Jesús! ¡Pues bien; todos esos crueles tormentos sufrió por aquel pobre indio que ahora está agonizando bajo las sombras de los Andes; y si muere y no se salva, todo fué en vano! Los moribundos, como llevo dicho, no son más que uno de los departamentos de los intereses de Jesús; y San Camilo fué suscitado por Dios para fundar una Orden exclusivamente en alivio suyo. ¡Cuánto no podríamos igualmente decir de los pecadores, herejes é infieles, de los presos, de los calumniados y de aquellos que padecen escrúpulos y tentaciones! No acabaríamos nunca, si fuésemos á enumerar todos los intereses que tiene Jesús sobre la tierra.

Pero ya que he mencionado á los moribundos y los peligros de su hora postrera como objeto de una especial devoción, no estará fuera de lugar recordaros que Pío VII concedió indulgencias á todo el que, en honor de la agonía de Jesús, rezare tres Padrenuestros y Ave-Marías por los moribundos—véase en la Raccolta.—No pocos Santos y personas virtuosas han tenido

esta devocion especial por las almas en su última agonía. En la vida de una de las primeras madres de la Visitacion se refiere, que estando velando al Santísimo Sacramento durante la noche del Juéves Santo de 1644, tuvo una vision de nuestro Señor en su agonía; en cuya vision recibió singular luz y gracia especial para rogar por la intencion de los agonizantes. «¡Ay! exclamaba, las agonías de las pobrecitas »criaturas son horas terribles!» y en verdad que ese momento decisivo de la eternidad es el único negocio importante que tenemos que despachar. Desde la hora en que esta religiosa recibió semejante favor, la parecia estar oyendo con frecuencia los suspiros de los moribundos; y era tal el efecto que causaban en su ánimo, que despues, al acostarse y levantarse, acostumbró siempre á rezar las oraciones de la Iglesia por los moribundos. Solia meditar sobre estas palabras que el Señor dijo de Sí mismo poco ántes de su muerte: «Viene el príncipe de este mundo »y nada halla en Mí;» como si toda la vida debiésemos consagrarla á disponernos á hacer de algun modo nuestras estas palabras, para cuando nos llegue la última hora. Cuéntase de la misma religiosa, que yendo á Annecy el Obispo de Ginebra el dia de San Gerónimo á consagrar la

iglesia de la Orden, como desease la Superiora que una de las seis capillas fuese dedicada á San José, suplicóla esta buena hermana que lo fuese á San José agonizando en los brazos de Jesús y María. «¡Oh madre mia! la dijo, Dios me ha hecho saber que, por dicha devocion á San José moribundo, es voluntad suya colmar de gracias á los agonizantes; y como este glorioso Patriarca no subiera inmediatamente al cielo, pues todavía no le habia abierto Jesús, sino que bajó al limbo, el ofrecer á Dios la resignacion de ese gran Santo al espirar y abandonar á Jesús y María, y el honrar la santa paciencia de su tranquila expectacion hasta el amanecer de la Pascua, cuando Jesús resucitado sacóle de allí, es una devocion eficacísima en favor de los moribundos y almas del purgatorio.» Basta lo dicho acerca de esta devocion, pues, como ya llevo indicado, no acabaríamos nunca, si fuésemos á ocuparnos de todos los intereses que Jesús posee en la tierra.

No hay fonda ni café, teatro ni casino, salon de baile ni concierto, meeting público ni parlamento, feria ni mercado, carrera de caballos ni corrida de toros, andén, coche, barco de vapor, escuela, academia, iglesia, en que no peligren á todas horas los intereses de Jesús, y á donde

Él no nos llame en socorro suyo. La Iglesia de la tierra es la iglesia militante, y así no es maravilla que haya en ella tanto que hacer, y que sea tan escaso el tiempo para llevarlo á cabo. No hay cosa alguna que no tenga dos lados, uno favorable á Jesús, y el otro contrario suyo. El diablo posee en el mundo otros intereses á más de la culpa grave, y puede con ellos hacer guerra á Jesús, y obtener un éxito casi igual al que consigue con las culpas mortales: el veneno lento produce á veces su efecto en las almas mejor que el activo. Ved, pues, la multiplicidad, la ubiquidad, la urgencia que reclaman los intereses de Jesús. Y para hacer frente á semejantes necesidades, es por lo que somos nosotros miembros de la Confraternidad.

Aunque sea imposible examinar minuciosamente todos los intereses que Jesús tiene en la tierra, es preciso, sin embargo, si hemos de saber cual es nuestro oficio y empleo como miembros de la Confraternidad, formarnos de ellos una idea clara y distinta. Si estudiamos el Sagrado Corazon de Jesús, según Él mismo nos le ha revelado en el Evangelio, en la historia de la Iglesia y vidas de los Santos, y conforme le descubrimos nosotros mismos en la oracion, veremos que los numerosos y variados intereses

de Jesús pueden reducirse á cuatro clases. Un breve bosquejo de cada una de ellas nos dará una idea clara de la obra que vamos á emprender. El principal interes de Jesús es indudablemente nuestra propia santificacion interior: el reino de los cielos está dentro de nosotros. Pero á pesar de toda la importancia que en sí envuelve la cuestion de la santificacion propia, no es este, al ménos directamente, el asunto en que al presente vamos á ocuparnos. Ciertamente nada haremos sin la santidad personal; mas no es ahora tiempo ni lugar de hablar de semejante asunto. Los cuatro grandes intereses de Jesús á que yo al presente me refiero, son—1.º la gloria de su Padre—2.º el fruto de su Pasion—3.º el honor de su Madre—4.º el aprecio de la gracia. Permitidme que os diga una palabra acerca de cada uno de ellos.

SECCION III.

LOS CUATRO PRINCIPALES INTERESES DE JESÚS.

1.º *La gloria de su Padre.*

Al estudiar á nuestro Señor adorable, segun se nos representa en los Evangelios, nada hay en Él que se asemeje tanto á una pasion domi-

nante, permítasenos la expresion, como su anhelo por la gloria de su Padre. Desde el momento en que abandonó á su Madre, quedándose en Jerusalem, hasta la última palabra que pronunció en la Cruz, dicha devocion por la gloria de su Padre descúbrese por doquiera. Así como se dijo de Jesús en cierta ocasion que le devoraba el celo por la casa de Dios, así podemos decir que se veia continuamente consumido de hambre y sed por la gloria de su Padre: no parecia sino que se habia perdido esta gloria en el mundo, y que venia á buscarla y encontrarla. ¡Y cuán angustiado no estaba su Corazon Sacratísimo hasta dar con ella! De esta manera fué nuestro modelo, y nos ofreció su gracia para que glorifiquemos á nuestro Padre celestial. ¿Quién puede contemplar la tierra, sin que al punto no vea lo perdida que se halla en ella la gloria divina? Pues bien; Jesús tiene grande interes en que nosotros la busquemos y encontremos. Prescindiendo ahora de los actos manifestos de culpas enormes ¡cuán olvidado, enteramente olvidado, no está Dios de la mayor parte del humano linaje! Viven los hombres como si fueran ateos, no porque se hallen en abierta rebelion contra su divina Majestad, sino porque le desdeñan ó no le conocen. Dios es un estorbo en su

propio mundo, y una impertinencia en su creacion; así es que se le ha retirado á un lado, como si fuera un ídolo grotesco. Los sábios y políticos han convenido en hacer otro tanto, y las personas de negocios y opulentos del siglo creen la cosa más decente del mundo guardar un completo silencio acerca de Dios: imagínanse que no es fácil ocuparse de Él, ó formar una idea de sus perfecciones, sin concederle demasiado. Es un obstáculo casi insuperable, y si no fuese por la gracia, absolutamente insuperable para los intereses de Jesús, esa masa enorme é impenetrable de olvido é ignorancia de Dios. Desgarra ciertamente el corazon, y muévenos á desear la muerte; pues ¿qué otra cosa podemos hacer en negocio tan desesperado? Ensayemos, sin embargo, nuestras fuerzas. Un rosario y una medalla bendita ¿no son de una eficacia incalculable? y una sola Misa ¿no tiene, por ventura, un valor ilimitado?

Pero desgraciadamente existe un gran número de personas que nunca dan á la gloria divina el lugar que la corresponde; y no pocas que se dicen espirituales, cédenla siempre en todo el segundo puesto. Semejantes personas necesitan luz para conocer la gloria divina al tiempo que la están viendo, y discernimiento para descu-

brir al mundo y demonio disfrazados con apariencia de razon y moderacion para defraudar así á Dios su gloria inmortal. Tienen asimismo necesidad de ánimo varonil para hacer frente á los respetos humanos, y de una firme resolucion para conformar su vida con la religion que profesan. ¡Pobres gentes! ¡Son la pestilencia de la Iglesia, y ni lo sospechan siquiera! Aprovecharia grandemente á los intereses de Jesús que dichas personas adquiriesen un conocimiento cabal de sí mismas y de todo lo que las rodea. Aquí, pues, tenemos tambien alguna cosa que hacer, y es pedir que toda persona virtuosa, y aquellas que aspiran á serlo, sepan discernir lo que favorece á la gloria divina, de lo que se opone á ella. ¡Ah! cuánto terreno no perdemos todos los dias por falta de semejante discernimiento!

Sépase, pues, que existen órdenes religiosas bendecidas por la Iglesia, consagradas exclusivamente, cada una en su línea, á promover la gloria de Dios; obispos y sacerdotes que trabajan sin descanso noche y dia por ese único objeto; hermandades y confraternidades sin número que no se proponen ningun otro fin que la mayor gloria de Dios. Habrá, ciertamente, calamidades que sufrir, peligros que arrostrar, escándalos que reprimir; se verá hoy la Iglesia

precisada en cierta manera á rendirse al mundo, para sujetarle mañana. En todas estas cosas tiene Jesús grandes intereses, y deber nuestro es el ayudarle. Media docena de hombres recorriendo el mundo, y no buscando más que la gloria de Dios, removerían ciertamente las montañas. Así fué prometido á la fe ¿por qué, pues, no habremos de ser nosotros quienes den cima á semejante empresa?

SECCION IV.

2.º *El fruto de su Pasion.*

Este es otro de los grandes intereses de Jesús. Todo pecado que evitemos, aunque solo sea venial, es una grande obra para los intereses de Jesús. Convencerémonos de ello recordando que si con una leve mentira pudiésemos cerrar para siempre el infierno, salvando todas las almas que hay en él, acabar con el purgatorio y hacer que todo el humano linaje se igualase en santidad á San Pedro y San Pablo, todavía no nos seria lícito cometer bajo ningun concepto esa lijera falta; pues más perderia la gloria de Dios con dicha culpa liviana, que cuanto pudiese ganar en la justificacion y salvacion de

todo el universo mundo. ¡Qué obra, pues, tan grande no será para los intereses de Jesús impedir un solo pecado mortal! ¡y cuán facil cosa es evitarle! Si cada noche, ántes de acostarnos, suplicásemos á nuestra dulcísima Señora tuviese la dignacion de ofrecer á Dios la Preciosísima Sangre de su Hijo para estorbar en cualquiera parte del mundo, durante la noche, un solo pecado mortal, y renovásemos luego por la mañana la misma súplica por todas las horas del dia, seguramente, una ofrenda hecha por semejantes manos, obtendria la gracia deseada. Cada uno podria probablemente evitar así todos los años setecientos y treinta pecados mortales; y si mil de nosotros hiciésemos iguales ofrecimientos, y perseverásemos en ellos por veinte años, lo cual seria fácil y nos colmaria al propio tiempo de inefables méritos, ascenderia la suma de culpas graves que impidiésemos á más de catorce millones. Si suponemos ahora que todos los miembros de la Confraternidad practicásemos lo mismo, tendríamos entónces que multiplicar la suma anterior por cuarenta; y la omision de quinientos sesenta millones de pecados mortales seria la ofrenda anual de nuestra Confraternidad á la Pasion de nuestro Señor. En igual proporcion prospera-

rian los intereses de Jesús, y ¡cuán dichosos, inmensamente dichosos, no seríamos entonces nosotros!

Aumentamos igualmente el fruto de la Pasion de nuestro Redentor adorable cada vez que conseguimos se llegue uno al tribunal de la Penitencia á confesar sus culpas, aunque no sean sino veniales: aumentamos ese mismo fruto bendito con todo acto de contricion que hagan los hombres por mediacion nuestra, y con cada plegaria que dirijamos á Dios para alcanzarles la gracia de obtenerla: nos da idéntico resultado toda lijera mortificacion ó penitencia que inspiremos á los demas, y todo esfuerzo de nuestra parte para fomentar la Comunión frecuente entre nuestros hermanos: y cuando inducimos al pueblo á tomar parte en la devocion á la Pasion de nuestro Señor, á leer ó meditar sobre ella ¿qué otra cosa estamos haciendo sino acrecentar los intereses de Jesús? Cierta persona aseguraba, y si la memoria no me es infiel, era Alberto Magno, que una sola lágrima derramada sobre los sufrimientos de nuestro Señor tenia más mérito delante de los divinos ojos que un año entero de ayunos á pan y agua. ¡Cuál no será, pues, el valor de hacer que los demas giman con nosotros por la Pasion de Jesús; y cuánto mayor el lo-

grar de ellos que reciten una corta oracion! ¡Oh dulce Jesús mio! ¡y cómo es que somos tan frios y duros! ¡Enciende, pues, en nosotros el sagrado fuego que viniste á encender sobre la tierra!

SECCION V.

3.º *El honor de su Madre.*

Este es otro de los principales intereses de Jesús, y toda la historia de la Iglesia nos demuestra el grande aprecio en que le tiene. El amor á María fué lo que principalmente le movió á bajar del cielo, y la sacratísima Virgen fué asimismo quien mereció la época de la Encarnacion. María es la única escogida por la Beatísima é Individua Trinidad; la Hija predilecta del Padre, la Madre predestinada del Hijo y la Esposa querida del Espíritu Santo. La verdadera doctrina de Jesús siempre ha estado mezclada y confundida con la verdadera devocion á María; y solo es ofendida la Madre con las ofensas al Hijo. María es la herencia de los católicos humildes y obedientes: auméntase la santidad á medida que crece su devocion; y los Santos están vaciados en el molde del amor á María. El enemigo más temible del pecado es

María: pensar en ella es ya un hechizo contra la culpa; y los demonios tiemblan á su nombre. Ninguno puede amar al Hijo, sin que crezca en el amor á la Madre; ninguno puede amar á la Madre, sin que su corazon se deshaga de ternura hácia el Hijo. Por eso la puso Jesús al frente de su Iglesia para que fuese señal para todos los buenos y piedra de escándalo para sus enemigos. ¿Qué maravilla que estén los intereses de Jesús estrechamente ligados al honor de su Madre? Todo acto de amor en reparacion de las blasfemias hereticas contra su dignidad augusta; todo acto de accion de gracias por su Concepcion inmaculada y perpétua Virginidad ofréceos una ocasion oportuna de promover los intereses de Jesús; toda accion encaminada á extender su devocion, y singularmente todo esfuerzo vuestro para que la amen los católicos cada vez con más ternura, es una obra muy favorable á Jesús, y que os premiará sobreabundantemente. Inducir al pueblo á que comulgue en sus festividades, á que se inscriba en sus Co-fradías, y lleve consigo una imágen suya, y gane indulgencias por las almas del purgatorio que durante su vida fueron más devotas de esa Señora, y dé gracias por la definicion dogmática de su Concepcion inmaculada, y rece, en fin,

todos los días una tercera parte del rosario, son todas prácticas piadosas que promueven maravillosamente los caros intereses de Jesús: No hay ninguno, por muy ocupado que se halle, que no pueda ejercitarse en alguna de estas devociones. Pero existe todavía otra devocion de que es preciso hacer aquí mencion especial, y ¡ojalá que todos nosotros nos inspirásemos en ella! ¡Cuánto no prosperarian entónces los intereses de Jesús, y qué riquísimos tesoros de nuevo amor adquiriria nuestro Señor adorable en todo el mundo! Dicha devocion consiste en tener más confianza en las oraciones á nuestra Madre bendita, más seguridad y fervor en las súplicas, y una fe más viva en su proteccion. Amaríase más á María, si hubiese más fe en María. Pero ya se ve; vivimos en una nacion dominada por la herejía, y no es fácil habitar entre hielos y no enfriarse. ¡Oh Jesús mio! ¡animad nuestra confianza en María, á fin de que trabajemos por tus intereses como Tú quieres lo hagamos; y no permitas que criatura alguna nos sea más querida en el mundo que aquella que fué para Ti más amada que todas las otras criaturas juntas!

SECCION VI.

4.º *El aprecio de la gracia.*

Hé aquí otro de los principales intereses de Jesús. Cambiaríase enteramente el mundo con solo que apreciaran los hombres la gracia en su justo valor. ¿Qué cosa hay en el mundo digna de estimacion á no ser la gracia? ¡Cuán puerilmente nos dejamos llevar de toda especie de tonterías mundanas que nada tienen que ver con los intereses de Jesús! ¡Cuán necios somos! ¡cuánto tiempo malgastamos! ¡qué de males no hacemos! ¡cuántas buenas obras omitimos, y con qué dulzura nos trata, sin embargo, el mansísimo Jesús! Si el hombre apreciase la gracia en lo que vale, todos los otros intereses de Jesús prosperarian considerablemente; pues cuando sufren algun detrimento, débese únicamente á la falta de dicha estimacion. Multiplícanse las gracias y méritos casi con la misma velocidad que las palpaciones del Sagrado Corazon; y miéntras este Corazon Purísimo late por nosotros con arrebatado amor, dícese cada uno á sí mismo: «Yo no estoy obligado á hacer eso; yo no debo privarme de este placer; es preciso que

reprima este religioso entusiasmo.» ¡Válganos Dios! Yo quisiera que pudiésemos tener una sola centella de ese entusiasmo que es menester reprimir. ¡Pobre Jesucristo! ¡pobre Jesucristo! Y tan deplorable abandono no tiene otro origen que la falta de verdadera estimacion de la gracia. Primero es morir que perder un solo grado de gracia. ¿Creémoslo así todos nosotros? ¡No! aunque afirmemos lo contrario. Si mañana bajasen al veinte los fondos públicos, esa baja espantosa no acarrearía consecuencias tan fatales como las que resultasen de la pérdida de un solo grado de gracia por impaciencia de aquel enfermo andrajoso que yace postrado en un oscuro zaguán. Enseñan los teólogos que los dones todos y gracias naturales de San Miguel, poder, fortaleza, sabiduría, belleza, hermosura y cuantos encantos adornan y engalanan á tan purísimo Arcángel, no son nada en comparacion con el más pequeño grado de gracia que se alcanza resistiendo á un movimiento de ira el espacio de un cuarto de hora; porque la gracia es una participacion de la naturaleza divina. Y bien; ¿mostramos con nuestra conducta semejante estimacion de la gracia, cuando estamos persuadiendo á los demás esta excelencia? Fijaos sobre cualquiera desventura ó calamidad

de la Iglesia, y vereis que no hubiera acaecido jamas, si sus hijos hubiesen tenido una verdadera estimacion de la gracia; y asimismo os convencereis de que mañana por la mañana se cambiaria la tierra en un cielo anticipado, como sus moradores apreciassen la gracia en lo que se merece. Nada aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si sufre el más pequeño detrimento su alma inmortal. ¡Id, pues, y persuadid esto al pueblo! ¡Hacedle ver el acopio de merecimientos que puede hacer con la gracia, y cómo una gracia llama á otra gracia, y cómo las gracias son méritos, y cómo los méritos cámbianse en gloria; gloria que es eterna en los cielos! Si así lo practicais, promoveréis indudablemente los intereses de nuestro adorable Señor mucho más de lo que podeis imaginaros. Pedid siquiera que el hombre tenga una verdadera estimacion de la gracia, y con eso solamente llegareis á haceros apóstoles secretos de Jesús. En Él se hallan todas las gracias, y Él, que es la fuente y plenitud de todas ellas, suspira por derramarlas sobre las almas por quienes dió su vida. No le abandonarán entónces las almas, porque sabrán apreciar las gracias que reciben para obtener otras nuevas. ¡Id, y ayudad á Jesús! ¿Por qué ha de perderse una

sola de las almas que Él rescató á costa de su Sangre? ¿Por qué ha de perderse una *sola*? Es cosa horrible, horribilísima, pensar en la condenacion de una sola alma. ¿Y por qué ha de condenarse? ¿por qué? ¡Ahí está la Preciosa Sangre para quien la pida, y esta Sangre es la fuente de la gracia! Pero ya se vé; los hombres cuidanse muy poco de la gracia. San Pablo empleó toda su vida en predicar á los hombres las excelencias de la gracia; en rogar á Dios que les concediese tan riquísimo don, y en procurar que una vez conseguida, hicieran de ella el uso conveniente. Cuando despues de la Comunión derrame sobre vuestro corazon la Fuente de toda gracia raudales vivos de gozo, pedid entónces que abra los ojos de todos á la hermosura de la gracia, y así multiplicareis sus gracias, y con la multiplicacion de la gracia sus divinos intereses; porque cuanto más da Jesús, tanto más rico se hace. ¡Soberano Señor de las almas! ¡Cómo es que podemos pensar en otra cosa que no seais Vos! Es un asombro que no nos extasiemos al considerar la honra altísima que se nos dispensa de tener á nuestra disposicion los intereses de Jesús; pero este asombro se comprende, sabiendo que no conocemos la grandeza de nuestra dignidad. ¿Y cuál es la causa de se-

mejante ignorancia, mas que el no estudiar bastante á nuestro amoroso Señor? ¿Por qué, pues, no empezar en el tiempo, lo que ha de hacer nuestra dicha por toda la eternidad? ¡Estudiemos á Jesús! El cielo es únicamente cielo, por hallarse en él Jesús; y no es fácil comprender cómo no se haya transformado la tierra en cielo desde que Jesús se encuentra en ella. ¡Ay! ¡sí! la causa es habérse nos dejado la malhadada facultad de ofenderle: privesenos de ella, y al punto la tierra será cielo, ó purgatorio, umbral del cielo. ¡Día vendrá en que no podamos pecar, ni ultrajar más el Corazon de Jesús! ¡Oh Señor amoroso! ¡Salga pronto el sol, y no se ponga hasta que no disfrutemos de ese incomparable privilegio! ¿Á qué disputar ni discurrir sobre si iremos ó no inmediatamente al cielo, ó primero al purgatorio? ¿Qué nos importa? Lo que interesa es que podamos hacer de manera que nunca ofendamos á nuestro Señor adorable; pues de lo contrario, estemos seguros de incurrir en alguna culpa.

SECCION VII.

Cómo aumentaremos los intereses de Jesús.

Tales son los intereses de Jesús, cuyo aumento constituye la grande obra de nuestra Confraternidad; ó más bien, estos son los ejemplos y modelos de dichos intereses. Parecerá ciertamente extraño que para tan grande obra escogiese nuestro Señor amoroso unos pobres y viles instrumentos, cual somos nosotros; pero ¿no es por ventura Aquel mismo Señor que eligió á simples pescadores y remendadores de redes para ser sus apóstoles y convertir el mundo? Verdad es que tenemos bastantes culpas personales en que ocuparnos, no pocas imperfecciones que corregir, y que no existe rincon de la tierra que sepamos, donde los intereses de Jesús corran tan inminente riesgo como en nuestra propia alma. Pero así y todo, preciso es que seamos apóstoles, y ¡ay de nosotros si no lo somos! Deber nuestro es ponernos al servicio de las almas de nuestros hermanos, aun cuando tengamos bastante que hacer con la nuestra propia. El Evangelio es ley de amor, y la vida cristiana una vida de oracion. Enséñanos el Apóstol que tenemos obligacion de interceder

por toda clase de personas; y en efecto, nada adelantaremos en la obra de la santificación propia, si no procuramos promover los intereses de Jesús en las almas de nuestros prójimos. Quéjense muchos de que no aprovechan en la virtud, que no consiguen mortificar sus malas pasiones, sus flaquezas pecaminosas y su enojoso amor propio: encuéntranse hoy en el mismo estado que un año há, y esto les sirve de grande desconsuelo. No raras veces esta falta de adelantamiento en la vida espiritual nace de su egoísmo, es decir, de no cuidarse más que de sí mismos: creen que nada tienen ellos que ver con las almas de sus hermanos, intereses de Jesús y oración de intercesión; y como no hacen cosa alguna para merecer mayores gracias, consérvanse siempre á tan bajo nivel. La Confraternidad espera otra cosa de nosotros, y nos enseña á pensar de muy diferente manera.

Pero conviene no olvidar que los intereses de Jesús no siguen la misma regla que los intereses del mundo: si no tenemos esto muy presente, no tardaremos en desmayar al más pequeño bien que nos parezca estar haciendo. La mayor parte de los intereses de Jesús son intereses invisibles: sobre la fe es preciso que fundemos la eficacia de la oración. Nunca sabremos hasta el último

dia todas las respuestas que se dieron á nuestras súplicas, ni la influencia que hayan ejercido sobre la Iglesia durante el trascurso de los siglos. Ved, por ejemplo, la oracion de San Estéban al morir apedreado: dicha oracion alcanzó la conversion de San Pablo, que estaba guardando las capas de los asesinos del Protomártir. Considerad solamente lo que San Pablo ha hecho, hace y continuará haciendo hasta el fin del mundo. Pues bien; todas las maravillas que obre el Apóstol, obras son tambien de San Estéban: todo es debido á su oracion. Así ¿quién sabe? quizá alguno pida las oraciones de la Confraternidad para remover los obstáculos que se oponen á su vocacion á la vida religiosa ó estado eclesiástico, y tal favor le sea otorgado por nuestras oraciones de la tarde de cualquiera domingo. Hácese sacerdote, y salva centenares de almas; estas almas salvan á otras, unas ordenándose de sacerdotes, otras abrazando el estado religioso, y otras, en fin, siendo en el mundo honrados padres de familia. Y así irá la oracion continuando su tarea, y es muy verosímil que se la sorprenda trabajando en el silencio de aquella noche, cuando la tierra vuelva de su sueño para ver al Señor venir del Oriente.

Así, pues, no os afaneis demasiado por buscar

frutos visibles y públicos resultados. No raras veces lo que el mundo llama desgracia, llega á ser la buena fortuna de Jesús. Por ejemplo: un hombre sufre una grande injusticia por tener la dicha de ser católico; rogais por él, y la injusticia con todo prosigue agobiándole, y los malvados llevan aparentemente razon, y son tan crueles como siempre. ¿Os imaginais que vuestra oracion no ha sido oida? Pues no puede haber mayor engaño. Jesús quiere hacer de ese hombre un gran santo, y es mejor para él que sea la víctima inocente de semejante injusticia. Miéntas tanto concedióle Jesús, por intercesion de vuestras oraciones, una nueva gracia á que él correspondió; de suerte que actualmente, por vuestro Padrenuestro y Ave-Maria ocupa en el cielo, y por toda la eternidad, un lugar más elevado que aquel que hubiese llenado sin esa persecucion. En su corona lleva engarzada una perla brillante que de otro modo no hubie-ra conseguido; vosotros la vereis y admirareis un dia en la gloria, y sabreis entónces que vuestro Padrenuestro y Ave-Maria fueron quien allí la colocaron. Así igualmente sucede con el Papa, Iglesia, órdenes religiosas y, en fin, con todo lo que tiene alguna relacion con Jesús. Los intereses de Jesús no siguen las reglas del mundo,

sino las reglas de la gracia: es preciso medirlos con diferentes medidas, y no usar nunca las medidas del mundo. Todos nuestros pesos, medidas y monedas deben ser del Santuario. Nunca Jesús fué tan glorioso, como cuando se dejó enclavar en la Cruz; pero el mundo necio imaginábase entónces que habia triunfado y conseguido una completa victoria. Impórtaos, pues, sobremanera tener esto muy presente. Es de fe, que Dios oye siempre las oraciones bien hechas y en un grado superior á nuestras más entusiastas esperanzas, mas sin permitirnos ver cómo lo hace: menester es creerlo con la fe. Estemos con todo seguros, que al fin no seremos en ellas defraudados.

SECCION VIII.

La oracion, medio principal de fomentar los intereses de Jesús.

Réstanos decir todavía unas cuantas palabras sobre los medios de que debemos valernos para promover los intereses de Jesús. Varios son estos medios: el buen ejemplo, la predicacion, la publicacion y distribucion de buenos libros, el dulce razonamiento con el pueblo y la persuasion, valiéndonos de nuestra influencia y autoridad de padres, institutores ó maestros. Todos estos medios

son buenos; y como de véras amemos á Jesús, ninguno desaprovecharemos, conforme la ocasion lo reclame, guardando siempre por supuesto la modestia propia de nuestro estado y posicion que ocupemos en la vida. Los miembros de la Confraternidad podrán servirse de ellos, segun lo permitan las circunstancias; pero el medio, el medio réal de la Confraternidad, es uno, uno solamente: la oracion.

Órase hoy muy poco: desconsuela, efectivamente, ver la poca fe que tienen los hombres en la oracion. Creen alcanzarlo todo con su ingenio, actividad y propia industria: imagínanse, que las mismas causas que han hecho á Inglaterra una nacion grande y altiva, contribuirán igualmente á fomentar los intereses de Jesús y extender su reinado sobre la tierra. Regúlase hoy todo por los ojos, no por la fe. Si emprenden los católicos una obra cualquiera, y les parece que produce escasos resultados, véseles luego desmayar, imaginándose que todo llegará á reducirse á nada. Se da una mision, sálvase una alma ó evítase un pecado: «¡qué disparate! exclaman: ¡fué obra de quince dias, y gastáronse cincuenta escudos!» ¡Y Jesús sin embargo, para impedir que sea mancillada la gloria de su Padre con una sola culpa, está dispuesto á volver á bajar del cie-

lo para ser otra vez crucificado! Si no podemos publicar guarismos, ni mostrar grandes resultados, ni satisfacer al mundo, ó llámese pública opinion, de que estamos haciendo una grande obra á sus mismos ojos, nos ponemos á trabajar para criticar unos de otros, y pecamos; tenemos reuniones públicas, y pecamos; hablamos en demasía, y pecamos; formamos turbulentos comités, y pecamos; desistimos de la obra, y pecamos; y en seguida cada uno escribe un comunicado á un periódico, donde probablemente peca tambien; y despues de todo, se vive como ántes. Intentámos ciertamente emprender una buena obra, pero como nos apoyábamos en principios naturales, acabó con una muchedumbre de pecados. Pues todo esto no reconoce otra causa que la falta de oracion, y falta de fe en la eficacia de la oracion. Así ¡no olvideis! que la Confraternidad no conoce otro medio que la oracion. Convenzámonos que en un siglo y nacion sin fe, la fervorosa oracion ejercerá una grande influencia para con Dios, y obtendrá de Él una recompensa muy señalada. Á aquellos que se acordaron de Sion, miéntras los demas la olvidaron, túvoles el Señor presentes de una manera muy singular. Oremos, pues, en una nacion olvidada de la oracion, fiada de sí misma y apo-

yada en un brazo de carne ; y Dios así nos asistirá como nunca , y prosperarán maravillosamente los intereses de Jesús sobre la tierra. ¡Oh, los intereses de Jesús! ¡Pluguiera al cielo encendiesen sin cesar nuestros corazones! La vida es corta, y es mucho lo que hay que hacer; pero la oracion es poderosa, y el amor más fuerte que la muerte. Á la obra, pues! ¡Á trabajar, cantando y saltando de gozo, ángeles y hombres, pecadores y santos por los intereses, por los caros intereses, por los únicos intereses de Jesús!

CAPÍTULO II.

SIMPATÍA CON JESÚS.

Servicio de amor.—La simpatía con Jesús, señal de santidad.—Los tres instintos de los Santos—1.º Celo por la gloria de Dios—2.º Susceptibilidad por los intereses de Jesús—3.º Anhelo por la salvacion de las almas.—Historia de Santa Jacinta de Mariscotti.—Ejemplo de los tres instintos en un jesuita español.—Seis ventajas en la aplicacion de nuestras indulgencias por las almas del purgatorio.

SECCION I.

La simpatía con Jesús, señal de santidad.

Mientras Jacob vivió desterrado en casa de Laban, enamoróse de Raquel, hija de Laban, y dijo á su padre: «Te serviré siete años por Ra-

quel;» y la Escritura añade: *Así Jacob sirvió siete años por Raquel, y no le parecieron más que unos días por la grandeza de su amor.* Ahora bien ¿no es verdad que no raras veces nos parece la vida demasiado larga, y los días muy pesados? ¿No es la perseverancia una cosa enojosa, y nuestros deberes, molestos y desabridos? Una santa impaciencia por vernos libres de las ataduras del cuerpo y vivir con Cristo ¿no nos hace con frecuencia desear la muerte? El pecado, la facultad y peligro de pecar ¿no llegan á sernos insoportables, y no nos obligan á suspirar por la compañía de Dios como un amante por su amado? Pero no son estas las causas del disgusto que experimentamos nosotros, y á las que ahora estoy aludiendo: nuestra vida, especialmente la espiritual, se nos hace pesada por muy diferentes motivos. Es ciertamente una tarea enojosa, y que desmaya el corazón, vivir luchando siempre con nuestras malas pasiones, sin conseguir apenas resultado alguno. Las tentaciones nos importunan, inquiétannos los escrúpulos, y el término de nuestra ruín ambición no parece se reduce á otra cosa que á morir, ser sepultados y morar después en el purgatorio. ¿Y cuál es la causa de todo esto, más que el no servir á Jesús por amor? Como nosotros le sirviésemos—

mos por amor, seguramente que nos sucederia lo mismo que á Jacob; los años nos parecerian dias por la grandeza de nuestro amor. Veamos, pues, si es dificil servir á Jesús por puro amor.

Sentámos arriba como principio que el objeto de la Confraternidad no es otro que promover los intereses de Jesús, y que la oracion es el medio principal de conseguirlo. Pero en el hecho mismo de haber escogido la oracion para el logro de dicho objeto, claro está que exige algo más de nosotros. No es ciertamente imposible servir á Dios y promover los intereses de Jesús con tibieza, frialdad y desmayo, á la manera que uno dispensa á otro un favor cualquiera, como de mala gana y, digámoslo así, á remolque; mas no es posible servir á Dios y promover los intereses de Jesús en la oracion con semejante frialdad y desabrimiento. Efectivamente, la oracion que no es fervorosa, no es oracion; es solo una distraccion ó irreverencia, y nada más. De aquí se sigue que, exigiéndonos la Confraternidad la práctica de la oracion, nos obliga por lo tanto de una manera muy especial á servir á Jesús por puro amor; y como somos tan amantes de la Confraternidad, y deseamos con tan vivas ansias su prosperidad

y engrandecimiento, es este otro de los motivos que nos mueven á examinar, si es ó no posible servir á Jesús por amor. ¡Ojalá que siquiera uno solo de vosotros se resolviese á ello! ¡Qué gozo entónces para el cielo; qué alegría para María; qué consuelo para el Sagrado Corazon de Jesús! ¡Una alma más en el mundo, que sirve á Jesús por amor! ¡Dulce Señor mio! el proporcionarnos semejante consolacion bien merece mil años de penitencia! Ni la arrebolada puesta del sol, ni los cielos sembrados de estrellas, ni las espumosas ondas de la mar, ni los odoríferos bosques y risueños prados son objetos tan encantadores, como una alma que sirve á Jesús por amor en medio de una vida gastada y prosaica.

No hay uno siquiera en el mundo que no desee ser un Santo. Todos quisieran amar á Dios como los Santos le amaron; todos quisieran asimismo disfrutar de esa alegría dulcísima é inefable que inundaba su espíritu; y todos, por último, quisieran subir directamente á gozar de las inestimables delicias del cielo, sin tener que pasar por el purgatorio, para ocupar allí el primer asiento que los Santos se merecieran con su incomparable amor divino. Bien sabemos que nos separa una larga distancia de semejante estado, y aun tenemos no pocos motivos para temer no llegar á ser-

lo jamas. Fáltanos resolucion para practicar las penosas penitencias y mortificaciones corporales en que ellos se ejercitaron; no tenemos valor para renunciar generosamente al mundo, y carecemos de aquel apetito de cruces y trabajos que consumia y devoraba sus entrañas; pero ¿quién hay con todo eso que no desee ser un Santo?

No es mi ánimo proponeròs ningun precepto difícil, ni mucho ménos rigurosas penitencias: tampoco os exijo cosas que excedan vuestras fuerzas; solamente deseo que os fijeis bien en esto. Observad los Santos de todas las edades, sea la que quiera su historia ó género de vida, y vereis, al compararlos entre sí, que no fueron sus austeridades las que les hicieron Santos. Nótanse en ellos, ciertamente, no pocas diferencias; pero no dejan sin embargo de tener bastante semejanza entre sí. Unos obraron milagros durante toda su vida, como San José Cupertino; religioso franciscano; otros acaso ninguno, como San Vicente de Paul—por lo que hace á San Juan Bautista, de quien dijo el Salvador cosas tan maravillosas, ni siquiera obró uno solo;—estos practicaron espantosas penitencias, como Santa Rosa de Lima, y aquellos se contentaron con renunciar á su voluntad propia, arrojándose en brazos de la divina; así lo ejecutó

San Francisco de Sales. Pues bien; á pesar de todas estas diferencias, tienen todos ellos un carácter peculiar propio suyo y ciertos gustos é inclinaciones por los cuales podríamos conocerlos siempre, en cualquiera parte que los hallásemos; siendo lo más maravilloso que sus principales particularidades como Santos están á nuestro alcance, y podemos hacerlas nuestras sin necesidad de milagros estupendos ni rigurosas penitencias.

Pero no vayais con esto á creer que yo sostenga ser cosa fácil igualarnos á los Santos. ¡No! ¡no! solamente afirmo que, si así nos place, en nuestra mano está apropiarnos no ménos los medios con que ellos amaron á Dios y promovieron los intereses de Jesús, que los gustos é inclinaciones que les hicieron tan gratos al Sagrado Corazon del Salvador. Más aun; luego al punto llegaríamos á adquirir dichas particularidades suyas solo con que fuésemos miembros celosos de la Confraternidad. Resumiendo decimos, que si bien los Santos se diferencian entre sí, convienen sin embargo todos ellos en tres cosas, á saber:—1.º celo por la gloria de Dios—2.º susceptibilidad por los intereses de Jesús—3.º anhelo y solicitud por la salvacion de las almas.

Pero ántes de hablar de cada una de estas tres cosas, debo prevenir una mala inteligencia de vuestra parte. No quisiera, ciertamente, que nada de cuanto llevo dicho inspirase en alguno de vosotros la idea de que no puede llegar á ser un Santo: por poco que mis palabras hubiesen contribuido á impedirlos alcanzar semejante estado, este poco causaria en mi ánimo un desagrado profundo; como quiera que de este modo no habria yo promovido los intereses de Jesús, objeto único de esta obrita. Por via de explicacion á mis expresiones, permitidme os refiera una historia de una Santa, de Jacinta de Mariscotti, canonizada por Pio VII en 1807. Fué esta una doncella, italiana de nacion, cuyo carácter distintivo, durante su juventud, consistia en una extremada aficion al lujo y las galas. Enviáronla sus padres á educarse á un convento; pero todo el tiempo que permaneció en él no se ocupó de otra cosa que de tonterías y frivolidades mundanas, y toda su juventud la pasó en una disipacion completa. Durante este tiempo tuvo deseos de contraer matrimonio; y como viese que una hermana suya habia hecho un buen casamiento, y ella no lo lograra, llenóse de envidia y de una rabia excesiva. Era de una índole enteramente antipática; y con semejantes vicios

llegó á hacerse tan odiosa, que nadie podia sufrirla á su lado.

Su padre, tonto y más que tonto, queria que fuese monja; y aunque no tenia ni pizca de vocacion, creia ella, sin embargo, que podria abrazar ese estado como otro cualquiera, y así entró en un convento de la Orden Tercera de San Francisco, en Viterbo. En nada cambiaron sus gustos ni su carácter: el convento parece que era tan relajado que más no podia ser; de suerte que hizo en él todo cuanto quiso. Solia decir el glorioso San Alfonso, que era más fácil salvarse una alma en medio de las delicias del mundo que en una órden relajada; y por cierto que pocos tuvieron en semejante materia la experiencia de este siervo de Dios.

Lo primero que hizo nuestra Santa fué construir para sí, á expensas suyas, una magnífica habitacion, que adornó lujosamente, y, segun escribe su biógrafo, hasta con suntuosidad. Cuidábase muy poco de la regla, y si observaba algunos de sus capítulos, como puede suponerse, guardábalos con tibieza y flojedad. Era cada vez más vanidosa, y no pensaba sino en sí misma ¡preparacion bien extraña para conseguir la santidad! Así vivió cerca de diez años, en cuyo tiempo la envió Dios una grave enferme-

dad, y viéndose á las puertas de la muerte, mandó llamar á un religioso franciscano, confesor del convento, para recibir de sus manos el Sacramento de la Penitencia. Apenas observó el religioso los ricos adornos de la habitacion de aquella religiosa, negóse á oirle en confesion, diciéndola que el cielo no se habia hecho para las monjas que llevaban una vida como la suya.—«¡Cómo, exclamó ella, y no me he de salvar!»—«El único medio, replicóla el confesor, para alcanzar la salvacion consiste en pedir á Dios perdon de todas sus culpas, reparar el escándalo que ha dado, y comenzar nueva vida.» Echóse entónces la Santa á llorar, y bajando al refectorio, donde á la sazón se hallaba la comunidad, postróse ante las religiosas, y pidiólas perdon de los escándalos que las habia dado.

Pero á pesar de todo esto no se obró en ella un cambio extraordinario, ó á lo ménos heróico; pues no entregó luego al punto á la Superiora las ricas galas que poseia, y solo poco á poco fué mudando de género de vida. Para que se resolviera á entregarse de lleno á la virtud hasta llegar á ser una Santa, fué preciso que Dios la enviase de vez en cuando alguna enfermedad, y que el remórdimiento de la concien-

cia prosiguiese con suave pertinacia la tarea de ahondar más y más profundamente en su corazón.

Hé aquí, pues, una historia llena de consolacion. Nuestra flaqueza nos arrastra á creer que los Santos fueron desde la cuna personas extraordinarias que, por especial favor del cielo, jamas perdieron la inocencia baptismal, y apenas llegaron á sentir la rebelion de sus pasiones, ó al ménos la peor de todas ellas, la de los inveterados hábitos pecaminosos; ó bien nos les representamos como personas en cuya santificacion ha intervenido la Providencia divina de un modo milagroso, como en la conversion de San Pablo y de San Ignacio; así es que es cuestion resuelta para nosotros el no llegar nunca á ser Santos. Pero la historia de la vida de Santa Jacinta nos ofrece una idea enteramente distinta: á los años de tibieza, de pecados veniales y vanidad mundana, sucédese una semiconversion; á esta siguen despues otras pequeñas conversiones; á estas otras, y así sucesivamente, lo mismo que quizá ha acontecido con no pocos de nosotros.

Ved cómo ilustra esta historia la excelente y consoladora observacion del Padre Baker (*Santa Sophia*, pág. 175).—«Por lo que hace á las

almas que por respetos humanos abrazaron la vida religiosa; no desmayen por eso creyendo que ya ningun fruto pueden sacar en ella, faltándolas el llamamiento divino; ántes bien confíen en que, correspondiendo fielmente en lo sucesivo al género de vida que han abrazado por especial providencia de Dios contra sus intenciones y voluntad, la religion que profesan será un beneficio infinito para sus almas. No raras veces se ha visto esto en grandes Santos, luego que Dios les concedió luz para ver sus perversas intenciones y gracia para rectificarlas: con cuyos medios, quienes *comenzaron por la carne, acabaron por el espíritu.*»—En las casas religiosas, en el estado eclesiástico y hasta en la vida devota en medio del mundo ¡qué aliento tan grande no deben infundir en no pocos de nosotros semejantes palabras y ejemplo para volver á empezar nueva vida, aun cuando la hayamos ántes comenzado varias veces, y vuelto despues á abandonar! Lo que todos nosotros necesitamos ahora es imitar los últimos años de Santa Jacinta.

Pero ¿cómo alcanzaremos la santidad de los últimos años de Santa Jacinta pronta y fácilmente? Cultivando los tres caracteres arriba mencionados, á saber:—celo por la gloria de

Dios—susceptibilidad por los intereses de Jesús y—solicitud por la salvacion de las almas. En estas tres cosas consiste la simpatía con Jesús; y la simpatía es el fruto y el alimento del amor, y el amor es la santidad, y un Santo es simplemente aquel que profesa á Jesús mas amor que la generalidad de las personas piadosas, y á quien el mismo Señor, en recompensa, le ha enriquecido con favores especiales.

SECCION II.

LOS TRES INSTINTOS DE LOS SANTOS.

1.º *Celo por la gloria de Dios.*

Es una verdad fundamental de la religion, que el único fin del hombre en la tierra es glorificar á Dios, salvando su alma. Este es nuestro único fin, nuestro único negocio: todo lo demas no nos importa un bledo. Las criaturas nos ayudan, ó sírvennos de estorbo en negocio de tanto interes, y así usaremos de ellas, segun que contribuyan ó se opongan á la consecucion de semejante fin. De este primer principio, y de los dos preceptos de amor de Dios y del prójimo, nace en nosotros la obligacion de procurar la gloria divina en la salvacion del alma de nuestros hermanos como en la nuestra pro-

pia. Si amamos á Dios, evidentemente seremos celosos de su gloria; y tanto mayor será nuestro celo, cuanto más encendido sea nuestro amor hácia su divina Persona. Cuando tomamos á pocos un negocio de interes, estamos seguros de llevarle á cabo con calor y perseverancia. La persona que llega á amar ardientemente á su Dios, hácese lo que nosotros llamamos hombre de una idea. Todo lo ve desde un solo punto de vista; los empleos y profesiones son para él otras tantas calamidades necesarias que le distraen de su única ocupacion, y no busca en todo y por todo sino la gloria de Dios: este es su último pensamiento al acostarse, y el primero que le asalta al despertar por la mañana. Si obtiene algun puesto, autoridad ó influencia, el primer impulso suyo es de ver cómo lo empleará á la mayor gloria de Dios: si le sobreviene alguna desgracia, ó, por el contrario, recibe en herencia una suma considerable de dinero, esta es asimismo la primera idea que le sugiere su entendimiento: interésase grandemente por la Iglesia y los pobres, por la educacion y moralizacion de costumbres, y no por otra razon, sino porque estos objetos rebosan gloria divina. Un hombre del mundo contempla el inmenso sistema de caminos de hierro y vapores de navegacion que

cubren el globo como una red: calcula sus resultados probables sobre los gobiernos, derechos populares, ciencias, literatura, comercio y civilizacion: el problema le fascina. Pues así sucede tambien con el hombre de Dios. Contempla los mismos objetos, y calcula sus efectos probables sobre los adelantos de las misiones; discurre acerca de la influencia que podrán ejercer en favor de la union de todos los católicos; cómo facilitarán la comunicacion con la Santa Sede, en lo que consiste la independencia de la Iglesia; y cómo, por último, dichos objetos y otros semejantes procurarán á Dios un riquísimo tesoro de gloria y bendicion. Cuando un hombre se entrega de lleno á la política, sea la del gobierno ó la de la oposicion, no ve cuanto acaece sino con relacion á las ideas que absorben todas las potencias de su alma. El estado de la cosecha, la probabilidad de una mala recoleccion, nuestras relaciones internacionales, el descontento interior, el malestar de las clases obreras, las bulas papales, son para él otros tantos asuntos que afectan grandemente al partido político á que está afiliado. Pues así igualmente sucede á la persona que ama á Dios de todo corazon: no hay cosa, por inverosímil que parezca, que segun ella no tenga que ver con

la gloria divina. No quiere esto decir que deba estar siempre pensando en semejante asunto con actual intencion: esto seria imposible y, en cierta manera, superior á la condicion humana; pero sí, que esa es la idea que más le preocupa, y la primera que suele ocurrírsele, como acontece á aquel que ama con pasion un objeto, y desea con vivas ansias poseerle.

Pues esto no es muy difícil de lograr. No hay en ello ningun sacrificio costoso de hacer, ningunas espantosas austeridades que practicar. Comencemos sosegadamente á ejercitarnos en esta devocion: primero un poco, luego algo más, y así sucesivamente, hasta que por fin lleguemos á familiarizarnos, y nos sea enteramente habitual. Todas las mañanas dirijamos á Dios una corta oracion para conseguir de su inefable liberalidad una especial gracia de estar siempre buscando su gloria, y luz singular para hallarla. Renovemos dos veces al dia dicha intencion, pidiéndole semejante favor despues de la Comunión, rosario y exámen de conciencia. Si alguna vez lo olvidamos, no desmayemos por eso, ello vendrá con el uso; y como nosotros lleguemos á perseverar unos cuantos meses en dicho ejercicio, el mismo Dios empezará entonces á ayudarnos de una manera muy especial.

Pero no ántes ¡tenedlo muy presente! pues tal es su conducta, esto es, esperarnos algun tiempo, y ver si perseveramos. Dios realmente está ayudándonos sin cesar; de otra suerte seria imposible nuestra perseverancia en el bien: solo que sus socorros no son tan abundantes ni eficaces. Repito, pues, que esto, como veis, no es difícil alcanzar; y si lo consiguiéramos, en el trascurso de un año ¡cuántas millas no nos aproximáramos á los Santos, y cómo prosperarían entónces los intereses de Jesús!

SECCION III.

2.º *Susceptibilidad por los intereses de Jesús.*

Empleo de propósito esta palabra, porque no conozco otra que exprese con tanta exactitud mi pensamiento. Nosotros sabemos perfectamente qué es la susceptibilidad por nuestros propios intereses y los de aquellos que son nuestros amigos ó allegados. Ofendémonos á la más lijera insinuacion ó sospecha de un ataque; constantemente estamos acechando con recelosa suspicacia, como si todos cuantos se nos acercan, abrigasen contra nosotros algun designio siniestro. Cuando tal imaginamos, al punto nos damos por ofendidos, y denunciarnos

á nuestros ofensores como á enemigos; ó si nuestra suspicacia no llega á este extremo, les censuramos con acritud, ó bien perdemos la calma, y les hablamos con cierto desabrimiento. Aplicad, pues, todo esto á los intereses de Jesús, y os habreis formado una idea cabal de lo que es un Santo. Sin embargo, aun las personas virtuosas no comprenden dicha exquisita delicadeza, y hasta la condenan como una extravagancia ó indiscrecion, solamente porque ignoran qué es servir á Dios con servicio de amor. Cuando una persona extremadamente sensible por los intereses de Jesús oye cualquiera escándalo, luego al punto siente en su ánimo una angustia horrible; dia y noche no hace otra cosa sino pensar en él; habla con amargura de su corazon de semejante falta; apenas puede disfrutar un momento de reposo, y continuamente se la ve inquieta y sobresaltada. Sus amigos no conciben cómo lo toma tan á pechos.—«¿Pues qué tiene ella que ver, dicen, con semejante escándalo, ni qué responsabilidad puede caberla en dicho asunto?» Así es que están prontos á acusarla de afectacion; pues no ven que todo el amor de su amigo es por Jesús, y que es para su espíritu un verdadero martirio la más mínima injuria que se infiera á los inte-

reses de su amoroso Señor. Seguramente que no podrian ellos sufrir con calma verse enredados por espacio de un mes en un pleito odioso é injusto; pero ¿qué es todo esto comparado con el más liviano tropiezo puesto en la senda de los intereses de Jesús? Los que así obran preciso es que abriguen en su corazon alguna preocupacion ménos cristiana.

Otra manera de manifestarse esta susceptibilidad por los intereses de Jesús consiste en la exquisita delicadeza y viva detestacion de la herejía y falsa doctrina. La pureza en la fe es uno de los más caros intereses de Jesús; y en su consecuencia, aquel que ama con encendido amor á su Señor y Maestro, forzosamente ha de sufrir una horrible angustia, superior á todo encarecimiento, con la enseñanza de una falsa doctrina, especialmente entre católicos. Toda opinion que redunde en olvido de nuestro Señor, en depreciacion de su gracia, en deshonor de su Madre, en detrimento de los Sacramentos, en menoscabo, por mínimo que sea, de las prerogativas de su Vicario en la tierra, aunque se emita incidentalmente y en conversacion pasajera, púnzale con tal viveza, que hasta llega á sentir un sufrimiento corporal. Las personas irreflexivas se escandalizan hasta cierto punto de sensi-

bilidad tan extraña; pero es únicamente porque no saben apreciar en cosas espirituales una delicadeza que, en objetos terrenos, les parecería lo más natural del mundo. Así es que no hallaréis un solo Santo que no haya conservado viva en el fondo de su corazón esa pena del amor, esa incapacidad para oír impasible el ruido de la herejía ó falsa doctrina; y aquel que no la experimente, es seguro, como el sol está en los cielos, que no ama á Jesús sino con pobre y mezquino amor.

Manifiéstase igualmente dicha susceptibilidad, conforme la ocasión lo requiere, en todos los intereses de Jesús de que hablamos en el capítulo anterior. Una observación, sin embargo, debemos hacer aquí. Sucederá con frecuencia que una persona en cuyo corazón no ha echado todavía el amor divino hondas raíces, sea indiscreta, impaciente, descortés y desabrida; sospechará donde no haya ningún motivo para ello, y no podrá sufrir con calma la indiferencia y frialdad de los demás, como lo sufriría, ciertamente, si el hábito de la caridad estuviese en ella perfectamente formado. Esto no raras veces redundaría en descrédito de la devoción, pues no hay personas que sean juzgadas con tanta severidad como aquellas que hacen profesión de

vida devota. Pero no desmayen por eso: acuérdense que es preciso que tengan al principio sus faltas é imperfecciones; que deben subir los escalones ménos suaves de la vida espiritual; que no pocas veces, y esto debe servirles de grande consolacion, miéntras los hombres las condenan, Jesús las absuelve; y por último, que las imperfecciones mismas de su tierno amor agradan grandemente al Señor, al propio tiempo que son odiosas á sus divinos ojos la crítica y moderacion pomposa de sus detractores.

Ahora bien; no seria difícil cultivar esta sensibilidad y exquisita delicadeza por los intereses de Jesús, no obstante de ser uno de los principales instintos de los Santos. ¿No valdrá, pues, la pena de ensayarlo? ¿Puede acaso haber mayor placer en la vida que servir á Jesús por amor? Hoy mismo podríamos empezar: ninguna dificultad hay en ello; ningun cambio repentino ni violento se necesita obrar en nuestro género de vida. Pensemos un poco más sobre el divino amor, pidamos tambien algo más amor, y ya nos hallamos en la verdadera senda: la Confraternidad, sin trabas ni obligacion alguna, pónenos en el principio de dicho camino.

SECCION IV.

3.º *Solicitud por la salvacion de las almas.*

Este es el tercero y último instinto de los Santos, que nos pone en simpatía con Jesús. El mundo y los intereses materiales del mundo están todos contra nosotros, y llévanos tras sí. Nos impresiona mucho más lo que vemos con los ojos corporales, que aquello que contemplamos con la lumbre de la fe. Jesús, sin embargo, vino al mundo para salvar las almas, derramó por ellas su Preciosa Sangre y por ellas murió: prosperan sus intereses, á proporcion que las almas se salvan, y menoscábanse, á medida que se condenan. El alma es la única cosa digna de todos nuestros cuidados. ¡Condenarse una alma, y condenarse para siempre! ¡Quién es capaz de sondear el horror de semejante desventura! ¡Quién puede formarse una idea exacta del abismo de la ruina, de la inconmensurabilidad de la desdicha, de la insoportabilidad del tormento y del irreparable abandono de la desesperacion de una alma eternamente condenada! ¡Y Santa Teresa vió no obstante en espíritu, que se agolpaban las almas diariamente en confuso tropel á las puertas del infierno, como los montones de hojas secas que forma el viento de otoño! ¡Y Jesús es-

tuvo tres horas pendiente en la Cruz por la salvacion de cada una de esas almas condenadas! ¡Y todas ellas podrian encontrarse ahora despidiendo vivísimos rayos de resplandor y hermosura en la corte celestial! ¡Y esas almas quizá nos amaron, y nosotros las amamos igualmente; y no poco habia, por cierto, que amaren ellas! Fueron generosas, afables y caritativas; pero amaron el mundo, dejáronse llevar de sus malas pasiones, crucificaron de nuevo, acaso sin pensarlo, á nuestro Señor, y ahora están condenadas ¡eternamente condenadas!

¡Qué maravilla que los siervos de Jesús giman por quienes el mismo Jesús gimió tambien! Así es que se los ve siempre solícitos por misiones, escuelas, órdenes religiosas, ejercicios espirituales, indulgencias y jubilecs; constantemente están llenos de planes, y si no de planes, á lo ménos de oraciones; cuídanse poco de toda otra cosa que no sea el importante negocio de la salvacion de las almas, y todo lo sacrifican por ellas. Nada les importa recibir desaires, sufrir chascos é incurrir al principio en algun engaño, pues son todo por las almas. Por ellas comienzan de nuevo todos los dias á levantar planos y tirar nuevas líneas; y no se desaniman, porque no vean claramente si habrá hombres y

dinero para continuar las obras que emprenden: su consolacion es, que toda obra por las almas es por su propia virtud una obra completa, y completa para miéntras subsista; pues toda dispensacion de la gracia y de la Preciosa Sangre es una cosa apetecible y gloriosa en sí misma. Hé aquí por qué la Iglesia, madre amorosa de las almas, se afana tanto en fomentar esos estímulos temporales de retiros espirituales, misiones y jubileos: semejantes prácticas son completas por sí mismas, y para miéntras duren; de aquí, que al propio tiempo que unos se ocupan en hablar, y fisgar, y criticar, y resfriar, y desanimar á los demas, aquellos que aman á Jesús, prosiguen trabajando en la salvacion de las almas con simplicidad de corazon, sin pensar en mañana.

Volúmenes enteros podrian escribirse acerca de esta pasion por las almas, que se halla en toda persona que profese un tierno amor á Jesús. No es encargo hecho solamente á Pedro, sino tambien á todos los que aman : «Una vez convertido confirma á tus hermanos.—¿Me amas más que estos?—apacienta mis corderos.» Efectivamente, ¿no tenemos cada uno de nosotros un sinnúmero de medios con que contribuir á la salvacion de las almas? Y por la inter-

cesion al ménos ¿no quedan enteramente abiertos los tesoros de toda la Iglesia á la influencia alegre y eficaz de nuestras oraciones igualmente que al mismo Papa?

Los Santos están principalmente formados con estas tres cosas:—celo por la gloria de Dios—susceptibilidad por los intereses de Jesús—solicitud por la salvacion de las almas: estos tres instintos constituyen el carácter más bello y angelical, y nos ayudan más que ninguna otra cosa á asegurar nuestra predestinacion. Hé aquí las tres cosas que la Confraternidad procura formar en nosotros. Ya hemos visto cuán fácil es adquirirlas; bástanos aprender á amar y servir á Jesús por puro amor: no hay sexo, edad ni condicion que no sean igualmente convenientes para la práctica de estas tres cosas. ¡Qué cambio tan radical no se obraria en el mundo, si unos cuantos acometiesen semejante empresa y la prosiguiesen con calma apacible en la vida ordinaria y oraciones de cada dia!

Cuando muere un sugeto en las primeras capitales de Europa, suelen decir sus amigos en elogio de su actividad, energía y tenaz perseverancia:—«Ese hombre ha vivido solamente para llevar á cabo aquella importante línea férrea; su objeto exclusivo no fué otro que arran-

car al Gobierno un plan de educacion más científico en favor del pueblo; se consagró con todas sus fuerzas á la causa del Libre-cambio, ó bien fué un verdadero mártir de sus gestiones por la Proteccion. Esta fué su única idea; crecia en él con la edad; no pensaba en otra cosa, ni perdonó tiempo ni gastos para hacer adelantar un solo paso su causa favorita y los intereses á que estaba tan apegado: tal fué su monomanía. Desempeñó admirablemente su cometido, porque puso en ello todas sus potencias y sentidos: el mundo tiene, pues, una deuda de gratitud que pagarle.»—Ahora bien ¿por qué no deberia decirse igualmente de nosotros:—«Ha muerto; fué un hombre de una sola idea; no se cuidaba de otra cosa sino de que viniese el reino de Dios, y se hiciese su voluntad así en la tierra como en el cielo. Semejante propósito consumia y devoraba sus entrañas; velando y durmiendo no le ocupaba ningun otro pensamiento; nada le arredró; por su idea favorita no perdonaba tiempo ni gastos, y cuando esto le faltaba, escalaba el cielo con oraciones. No tomaba interes por ninguna otra cosa; esto fué su alimento y bebida, y lo que embargaba todo su ánimo, ¡y ya ha muerto!» Efectivamente, ha muerto; pero mientras el otro dejóse acá sus vias férreas y su pan

barato, nuestro amigo se llevó consigo al tribunal de Jesús todo su amor, todas sus penitencias y oraciones; y lo que allí estas cosas han hecho en favor suyo, ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el entendimiento humano concibió jamas.

Ponderad, pues, detenidamente estas tres cosas, estos tres suaves instintos de los Santos, este servicio de Jesús por amor. ¿Quereis ver el efecto que producen en un corazon piadoso aun en las cosas más pequeñas? pues vais á verlo. Cierta jesuita español no podia resolver si seria mejor ganar una indulgencia por el alma del purgatorio más abandonada y olvidada, ó bien por aquella que se hallase más próxima á su libertad y entrada en la gloria. Veíase enteramente embarazado: ambas cosas eran tiernos actos de caridad; pero ¿cuál de los dos era el más tierno? ¿cuál más agradable á Jesús? Como este buen Padre era de un corazon sumamente compasivo, inclinábase más hácia la pobre alma abandonada, á causa precisamente del desamparo mismo en que se encontraba; produciendo una horrible angustia en su ánimo tener que abandonarla á su olvido. Pero se decidió al fin en favor de la primera; y hé aquí las razones que le movieron á tomar semejante resolución.—«Si bien es cierto, decíase á sí mis-

mo, que atendiendo al exceso de la miseria, el acto más grande de misericordia consiste en aplicar la indulgencia por el alma más necesitada, la caridad es sin embargo una virtud más excelente que la misericordia, y el acto más subido de caridad consiste en ofrecer la indulgencia por el alma que más amó á Dios, no buscando en ello otra cosa que la mayor gloria del Hacedor como Criador de esa alma; pues se halla más cercana á su entrada en los cielos, donde al punto empezará á glorificar á Dios de un modo inefable con sus alabanzas y felicidad.»—Aquí habia celo por la gloria de Dios.—«Ademas, el alma no es propiamente la victoria completa de Jesús hasta que no arriba al puerto dichoso de la gloria, y la presenta nuestro adorable Redentor al Eterno Padre como trofeo de su Sagrada Pasion. ¿Y no será mejor hacer esperar en el purgatorio á la pobre alma abandonada, que á Jesús en el cielo? Y la pesadumbre que se experimenta dejando en su abandono al alma más olvidada ¿no ejercerá alguna influencia sobre Jesús, y no alcanzará algun socorro en favor de dicha pobrecita alma desamparada?»—Aquí habia una susceptibilidad y sensibilidad exquisitas por los intereses de Jesús.—«Pero aparte de todo esto, proseguia el

piadoso jesuita, cuanto ménos retarde su entrada en el cielo el alma que se halla á él más cercana, tanto más pronto empezará á conseguir de Dios toda suerte de gracias para mi alma y la de todos los pecadores que existen en la tierra.»—Aquí habia solicitud por la salvacion de las almas.—En vista de estas razones se resolvió á ofrecer sus indulgencias por el alma más cercana á su rescate; pero no sin exhalar al propio tiempo un fervoroso suspiro, y dirigir asimismo una mirada compasiva á María, y concebir una esperanza fundada de que Jesús habia de obrar alguna cosa extraordinaria á favor del alma desamparada.

Parece que esta decision del buen Padre tiene en favor suyo una respetable autoridad, pues entre las revelaciones hechas á Sor Francisca del Santísimo Sacramento, religiosa carmelita española, una de ellas tiene por objeto el asunto que nos ocupa. Declaróla el Señor cómo distribuia casi todos los sufragios de la Iglesia universal del dia de Ánimas entre todas aquellas que se hallaban más cercanas á la gloria, manifestándola al propio tiempo la innumerable muchedumbre de almas que salian del purgatorio en la tarde de ese dia (1). Por otra parte sabe-

(1) Vita pag. 171.

mos que el alma más abandonada fué la devoción especial de San Vicente de Paul (1); pero las almas desamparadas fueron el objeto de la vocación del Santo, y su herencia y posesión.

Habia aprendido el piadoso jesuita á darse razón en todo cuanto obraba: no digo yo que debais vosotros ser tan singulares; pero como quiera que sea, este ejemplo nos muestra muy á las claras cómo pueden las tres cosas penetrar insensiblemente en una alma piadosa, influyendo en sus más minuciosas acciones y devociones más ocultas. Tal es el único objeto de este pequeño tratado. Mi ánimo es recoger para vosotros, de las Vidas de los Santos y obras de escritores espirituales, cierto número de prácticas fáciles y gustosas que, al propio tiempo que contribuyan á formar en vuestras almas dichos tres instintos, os ayuden á promover los intereses de nuestro Jesús amoroso en todos los momentos de vuestra vida, y así llegueis á asemejarnos á los Santos por los medios más placenteros que podais imaginaros.

Escoged de entre estas prácticas aquellas que más os agraden: ninguna es obligatoria; todas son enteramente voluntarias. Ni siquiera teneis la obligación de elegir, caso de hacerlo,

(1) *Peint par ses Ecrits.* pag. 258.

la mejor, la más excelente y perfecta, porque es muy posible que no sea la más provechosa á vuestras almas. Escoged, pues, aquella que más os guste; no es necesario que cambiéis vuestras devociones en mortificaciones: esta es una de las nociones erróneas que los convertidos deberian apresurarse á desechar de su cabeza. Suena bien al oído, pero produce males, y acaba por hacernos descuidados. Mi ánimo es atraeros dulcemente á servir á Jesús por puro amor, y así deseo que os regocijéis y sigáis vuestra inclinacion en las devociones: hé aquí lo que la Madre Juliana de Norwich está siempre inculcándonos en sus *Revelaciones*.

SECCION V.

Seis ventajas en la aplicacion de nuestras indulgencias por las almas del purgatorio.

Deseo con tan vivas ansias que os penetreis bien de los principios arriba sentados, que no acabaré este capítulo sin ilustrarlos por medio de una cuestion que os es familiar á todos vosotros. Unos, no lo ignorais, aplican todas sus indulgencias por las almas del purgatorio; otros resérvanselas para sí; pero ni estos ni aquellos

tienen ningun derecho para censurarse mutuamente. ¿Con qué título se atreverian á afirmar que no somos libres para seguir cualquiera de los dos partidos, cuando la misma Iglesia afirma que lo deja á nuestra eleccion? Sin embargo, por el momento voy á resolverme por una de estas opiniones, ateniéndome estrictamente á lo que han dicho los teólogos y escritores espirituales: paréceme que arrojará mucha luz sobre las tres cosas por que estoy abogando.

Siendo la gracia un don tan excelente, preciso es que procuremos aumentarle por cuantos medios estén á nuestro alcance; y pocos medios existen con que podamos conseguirlo con mayor rapidez, como cambiando nuestras satisfacciones en méritos. Verifícase este cambio ganando indulgencias por las almas del purgatorio. Con semejante devocion adquirimos riquísimos tesoros espirituales, y al propio tiempo que es acepta á Dios, aprovéchanos grandemente á nosotros mismos. Examinemos, pues, algunos de los frutos de esta devocion, ora para animarnos á ser más liberales hácia esas hijas de Dios y esposas del Espíritu Santo, ora tambien para socorrerlas con las oraciones y satisfacciones de nuestras buenas obras, ofreciéndoselo todo sin

temor de que perdamos nada en ello. Efectivamente, ganará inmensamente aquel que, no reservándose cosa alguna para sí, ofrezca todas sus satisfacciones é indulgencias en favor de las esposas fieles de nuestro amoroso Redentor detenidas en aquella horrible mansion de penas y tormentos.

El primer fruto de esta devocion consiste en un grande acrecentamiento de nuestros méritos. De las tres cosas comprendidas en las buenas obras del justo, esto es, mérito, impetracion y satisfaccion, la más excelente de todas es el mérito. Por el mérito llegamos á hacernos más queridos de Dios y amigos más íntimos suyos, recibiendo mayores gracias y adquiriendo así un nuevo título á mayor gloria. Aquel que cambia-se todas las satisfacciones de sus buenas obras en otros tantos méritos nuevos, ademas del mérito que ántes hubiese contraído, ganaria indudablemente en el cambio nuevos méritos por la razon siguiente: La gloria de los bienaventurados es, sin comparacion, un bien más grande, que mal las penas del purgatorio; y consiguiientemente, el derecho á mayor gloria es una cosa mejor que el derecho á menor pena. Quien ofrece, pues, las indulgencias y satisfacciones de sus buenas obras por las almas del purgatorio,

cambia todas las satisfacciones suyas en otros tantos méritos. En semejante caridad hay un acto heroico de inestimable valor, que le procurará la vida eterna por medio de las satisfacciones cambiadas en méritos, que como simples satisfacciones de nada le hubieran servido para la consecucion de dicho fin. Esto merece reflexion. Ademas de ser la gloria un bien mayor, que mal el purgatorio, es menester recordar igualmente que el aumento de gloria es una cosa eterna, mientras que la pena del purgatorio es solo temporal, pues temporal es el purgatorio mismo; de suerte que la distancia entre el aumento de gloria y la pena del purgatorio, digámoslo así, es infinita. Y el gozar sin embargo de los bienes eternos, aun en el grado más bajo, á costa de los más atroces tormentos, deberia considerarse como un especialísimo favor. Á esto debemos añadir, que estamos obligados á hacer siempre lo que sea del mayor agrado de Dios, no buscando nuestro interes y propia conveniencia, sino su santísima voluntad. Ahora bien; el agradar á Dios es una cosa mejor que evitar el sufrimiento; pero la persona que se reserva para sí sus indulgencias y satisfacciones propónese eludir el sufrimiento; mientras, por el contrario, aquella que lo ofrece todo

por las almas del purgatorio, no intenta otra cosa sino agradar á Dios. Y hé aquí por qué llega á ser esta última más querida suya por un refinamiento de amor en este ejercicio heroico de misericordia y caridad á que no estaba obligada, y que practica con entera y suave independencia de su voluntad.

El tormento que sufren las ánimas benditas no las proporciona ninguna ganancia ni provecho con que puedan aumentar sus merecimientos; y así, cuanto más tiempo estén detenidas en el purgatorio, tanto más se prolongará la época de verse privada la Jerusalem celestial de sus ciudadanos, y la Iglesia militante de nuevos protectores y abogados para con Dios. De aquí nace otro fruto de esta devoción. El alma que rescatamos del purgatorio, contrae una obligación especial hácia nosotros, ya por el beneficio singular que la dispensamos haciéndola entrar más pronto en la gloria, ya también á causa de los espantosos tormentos de que la libramos; así es que está obligada á obtener de Dios á favor de sus bienhechores continuas gracias y mercedes. Los bienaventurados saben que es infinito el bien que recibieron, y como son tan agradecidos, esfuérganse por mostrar un reconocimiento proporcionado á la grandeza del be-

neficio. Quien ofrezca, pues, sus indulgencias por las almas benditas del purgatorio, tendrá en la corte celestial innumerables agentes que miren por sus eternos intereses; y mayor bien es para el hombre asegurar su salvacion aquí en la tierra por medio de las gracias que le procura esa muchedumbre de gloriosos protectores suyos, que evitar el riesgo de vivir algun tiempo más en el purgatorio á causa de haberse enagenado de todas sus indulgencias y satisfacciones. Mas no solamente ganamos la amistad de las almas que rescatamos, ganamos asimismo el amor de sus Ángeles de guarda, el de los Santos de quienes ellas fueron especialmente devotas, así como el cariño del Sagrado Corazon de Jesús, por el placer inefable que le proporcionamos con el rescate y entrada en la gloria de sus esposas queridas.

Pero existe un tercer fruto de esta devocion que hace mucho á nuestro propósito. Es ciertamente un beneficio singular tener en el cielo alguno que ame, alabe y glorifique á Dios por nosotros. Quien ame á Dios con fervor y ternura, jamás podrá sosegar hasta que no haga cuanto esté en su mano para ensalzar y glorificar á la infinita Majestad de su Criador y Señor; pero como son innumerables las miserias y pe-

cados de esta vida, no es posible que honremos y reverenciamos á la divina y soberana Majestad como los bienaventurados en el cielo. ¡Qué gozo, pues, y qué consolacion la nuestra, considerar que aquellos á quienes libramos del purgatorio están ahora supliendo por nosotros en el cielo esta grande obra, y que miéntras nos hallamos nosotros todavía aquí, ellos ya han empezado sus alabanzas y adoraciones! Es indudable que no hay ninguna alma en el purgatorio ménos santa que la nuestra, y ninguna asimismo que no esté más aparejada para glorificar á Dios. Siendo esto así, hemos debido ya seguramente haber conducido al cielo alguna alma que ahora estará dando á Dios mayor gloria que aquella que nosotros pudiéramos rendirle, encontrándonos allí. De modo que, miéntras nosotros nos hallamos aquí comiendo, bebiendo, durmiendo ó trabajando, allá en el cielo—¡oh pensamiento tierno y dulce consolacion!—el alma ó almas á quienes procuramos tan dichosa mansion, velarán y ensalzarán sin cesar la Majestad del Altísimo.

Pero no es esto todo, pues hay todavía un cuarto fruto en esta generosa devocion. No solamente ganamos inapreciables tesoros para nosotros mismos; los adquirimos asimismo á fa-

vor de los demas por el gozo inefable que proporcionamos tanto á la Iglesia triunfante como á la militante. Grande es la fiesta que se celebra en el cielo al aumentarse el número de sus ciudadanos. En efecto, si es allí indecible el gozo por un pecador que hace penitencia, á pesar de poder todavía volver á la culpa ¿cuál no debe ser el regocijo de la corte celestial en la entrada de ese nuevo ciudadano, incapaz ya de tornar nunca al pecado? Regocijase su Ángel de guarda, y recibe mil parabienes de los espíritus celestiales por el feliz éxito de su tutela: regocijansen tambien los Santos de quienes el alma fué especialmente devota, los parientes, los amigos y el coro de Ángeles á que es agregada: regocijase igualmente nuestra Señora por el resultado de sus multiplicadas intercesiones, al propio tiempo que recoge Jesús con amor y alegría el fruto sabroso y exquisito de su Preciosa Sangre: dígnase regocijarse de la misma manera el Espíritu Santo por el triunfo de sus dones é innumerables inspiraciones: el Padre Eterno, por último, gózase asimismo en la perfeccion de su escogida criatura á quien dió el sér con tanto amor y ternura de su Corazon. Ni está ménos interesada la Iglesia militante en semejante regocijo, por haberse ganado un nuevo abogado que vele por

ella con celo incomparable. Tienen igualmente un motivo especial de alegrarse los parientes, amigos, familia, comunidad y nacion de esa alma bienaventurada. Es más: los predestinados y la naturaleza entera reciben un placer singular, viendo que ha entrado una nueva criatura en el gozo de su Criador y Señor.

Ademas tenemos un quinto fruto en dicha devocion. El amor no sufre dilaciones, ¿y permanecerá ocioso, acaso años enteros, un tesoro que puede obrar maravillas por la gloria de Dios é intereses de Jesús? Al presente quizá no tengamos ninguna necesidad de nuestras indulgencias y satisfacciones, las cuales, si entran en el tesoro de la Iglesia ¿quién sabe los años que podrán transcurrir sin hacer de ellas ningun uso, aun cuando fuese verdadera la teoría del teólogo De Lugo, de que todas las satisfacciones de los Santos se han de aplicar ciertamente ántes del dia del juicio? Por qué no se ha de consagrar desde luego semejante tesoro á rescatar del purgatorio almas benditas que acaso esta misma noche empezarian su glorioso sacrificio de alabanza eterna?

Últimamente, aquello de que nos enajenamos, devuélvesenos sobreabundantemente aumentado; y hé aquí el sexto fruto de esta devocion, la cual nos proporcionará las siguientes

ventajas: 1.^a que el acto mismo de tan grande caridad y generosidad sea una satisfaccion por nuestros pecados; porque si la limosna dada en alivio de las necesidades corporales satisface más que ninguna otra buena obra ¿qué no satisfarán las limosnas espirituales?: 2.^a que siendo evidente que quien pierde algo por la gloria de Dios, recibe al fin un ciento por uno, debemos esperar que el Señor nos otorgará ó una gracia tal que no necesitemos pasar mucho purgatorio, ó inspirará á los demas á que rueguen por nosotros cuando nos encontremos allí; por manera que si nos hubiésemos reservado las indulgencias, quizá nuestra mansion en aquellos fuegos espantosos seria muy larga, miéntras que enagenándolas se nos anticipará la gloria con las indulgencias que por disposicion divina nos ofrezcan no pocos hermanos nuestros en recompensa de nuestra generosidad. Es un axioma que nada pierde quien pierde por Dios. Ademas, cuando nos hallemos en el purgatorio, los bienaventurados á quienes por mediacion nuestra anticipóseles el cielo, nos mirarán ciertamente como á sus bienhechores, y nuestro rescate como una deuda de justicia; y no solamente se reconocerán ellos deudores nuestros, sino tambien nuestro Señor amoroso.

Así pues, el ofrecer nuestras satisfacciones por las almas del purgatorio, léjos de oponerse al orden natural de la caridad, es el medio más seguro de mirar por nosotros mismos: es una devocion enteramente llena de gloria de Dios, de variados intereses de Jesús y de amor á las almas, y finalmente es una devocion que abraza á la vez á la Iglesia militante, á la Iglesia purgante y á la Iglesia triunfante. Demos, pues, gracias á Dios, porque en su liberalidad inefable se ha dignado otorgarnos el inestimable favor de disponer de nuestras satisfacciones é indulgencias como mejor nos agrade; de suerte que, siendo nuestras y estando á nuestra libre disposicion, podemos regocijar nuestro corazon empleándolas á su mayor honra y gloria.

Como ejemplo de lo que han avanzado algunos, cuya fama de santidad es conocida en todo el mundo cristiano, en la práctica de esta devocion, os citaré al P. Fernando de Monroy, hombre muy apostólico, quien á la hora de su muerte hizo por escrito en favor de las almas del purgatorio una donacion ó traspaso de todas las Misas, penitencias é indulgencias que aplicasen en sufragio suyo. Bien podia el siervo de Dios hacer esta donacion, pues poca necesidad tenia de semejantes sufragios quien amó á Dios con tan-

ta ternura, y estuvo tan estrechamente casado con los intereses de Jesús, según lo revela esta misma acción suya.—«El amor es fuerte como la muerte: muchas aguas no pueden apagar la caridad, ni los ríos pueden anegarla; si el hombre diere todos los haberes de su casa por el amor, los mirará como nada (1).»—

Hé aquí cabalmente lo que yo espero de vosotros. De un modo ó de otro debéis servir á Jesús; de lo contrario, no lograríais salvar vuestra alma. Jesús tiene sobre vosotros un absoluto dominio: nada podeis hacer sin su Fe, Vida, Muerte, Sangre, Iglesia y Sacramentos, ni es posible que deis un solo paso hácia el cielo sin el socorro suyo: ninguna cosa de cuantas pensais, haceis y decís es digna de merecimiento, á menos que Él no se le otorgue; no se concibe una dependencia más completa y absoluta, ni más continua é indispensable, que la dependencia que teneis para con Él; así es que de un modo ó de otro vosotros debéis servir á Jesús: la cuestión se reduce solamente á saber, si es ó no mejor servirle por puro amor. Y bien; ¿ha sido hasta aquí vuestra religion un servicio de amor?

(1) Cant. cap. VIII v. 6 y 7.—El Papa Pío IX ha aprobado el *Acto heroico* de los Teatinos, y confirmado todas sus indulgencias.

ó, por el contrario ¿habeis cumplido los deberes que Él os impone, á la manera que el pobre paga su deuda á un rico acreedor, mirándole el semblante á cada peseta que le entrega, por ver si realmente intenta olvidar su pobreza y le exige la suma total de la deuda? ¿No ha sido vuestro problema discurrir el modo de hacer lo ménos posible para ganar el cielo? Tantear los mandamientos, escatimar los preceptos, interpretar las reglas y pedir dispensas ¿no es eso que habeis llamado vuestra religion, vuestro culto de un Dios encarnado, loco de amor, y chorreando sangre sobre una Cruz?

Pues bien; yo sostengo que servir á Jesús por amor es mucho más fácil que ese interesado servicio vuestro. Ninguna cosa es fácil, si al estarla ejecutando no nos hace dichosos. ¿Habeis sido vosotros dichosos en el ejercicio de la religion? ¡Oh! no! léjos de eso ha sido para vosotros una carga pesada. Me parece que si no hubiera sido por el cielo y el infierno, tiempo hace que habriais deseado sustraeros á no pocas de las obligaciones que la religion os prescribe. ¡Mas ya se ve! el cielo y el infierno son hechos, sabemos que lo son, y no nos queda otro recurso.

Pues que debemos ser religiosos, yo estoy por una religion feliz; y si Dios me diese á esco-

ger, no veo motivo alguno para optar por una religion que me hiciera infeliz. La bondad de Dios no se ha satisfecho con esto; quiere que sea dichoso en mi religion, más aun: quiere que mi religion sea la dicha y felicidad de toda mi vida. Ahora bien; una religion que hace la dicha mia, es una religion de amor, y es sabido que para el amor todo es fácil. Así, pues, en mi dicha yo no dependo de ninguno otro sino de Jesús, y mi religion me hace dichoso durante todos los dias de mi vida. Si el servir á Jesús por amor fuese una cosa prodigiosamente difícil como la contemplacion y austeridades de los Santos, entónces ya no seria lo mismo; pero no hay nada de esto. Servir á Dios por temor de ir al infierno ó por deseo de la gloria, es ciertamente un beneficio singular y una obra sobrenatural, pero sumamente difícil; miéntras que servirle porque le amamos es cosa tan fácil, que apenas se concibe cómo pueden existir tantos en el mundo que dejen de hacerlo. ¡Ó almas estúpidas! ¡almas milagrosamente ciegas!

Pero hay más todavía. Aquello que os hace dichosos hace igualmente dichoso á nuestro Señor amorosísimo; y semejante pensamiento vuelve á haceros tan dichosos, que apenas podeis conteneros, y esto mismo á su vez aumenta

más y más la dicha de Jesús. Así es como la religion se os hará cada vez más suave. La vida será para vosotros un gozo continuo, porque se estará siempre cumpliendo en ella la divina voluntad, y promoviéndose incesantemente la gloria de Dios nuestro Señor: llegareis á identificaros con los intereses de Jesús, y los considerareis como si fuesen propiamente vuestros, como en efecto lo son: se escabullirá entónces el Espíritu divino dentro de vosotros, colocará un pequeño trono en vuestro corazon, se coronará á Sí mismo y se proclamará muy dulcemente Rey de vuestra alma. Ganará la corona por medio de una conspiracion apacible: jamas llegareis á sospechar lo que la divina Caridad estará fraguando durante ese tiempo; pero así sucederá realmente. La gloria de Dios se os hará sumamente amable; sentireis una sensibilidad exquisita por nuestro Señor, pues será para vosotros como la niña de los ojos; os vereis como arrastrados á llevar almas al cielo, por ser esta la ocupacion constante de Jesús; y adquirireis de esa suerte un instinto y gusto delicados en tan dulce tarea. Así irán continuando las cosas, y así vivireis, mas no vosotros, sino Cristo será quien viva en vosotros, y así morireis. Nunca llegareis á concebir la más lijera sospecha de

que sois unos Santos, ni nada que se lo parezca: vuestra vida estará oculta con Cristo en Dios, y oculta solamente á vosotros mismos, no á los demas. ¡Vosotros verdaderos Santos! Vuestra humildad se reirá ó asustará ciertamente al pensarlo; pero ¡oh abismo de las misericordias de Jesús! ¡cuál no será vuestra sorpresa en su tribunal supremo al oír la dulce sentencia y ver la brillante corona que os tiene aparejada! Casi llegareis á argüir contra vuestra propia salvación: el Señor hace hablar así á los elegidos en el Evangelio: *¡Señor! ¿cuándo os vimos hambriento, y os dimos de comer? ¿cuándo sediento, y os dimos de beber?*—No pueden comprenderlo; jamas se imaginaron que en todo su amor por Jesús hubiese encerrada una cosa tan grande. ¡Servid, pues, á Jesús solamente por amor!—nunca podreis vosotros vencer á Dios en la lucha del amor.—¡Servid, repito, á Jesús solamente por amor! y cuando vuestros ojos estén todavía entreabiertos; ántes de que la palidez de la muerte fije su asiento en vuestro semblante, y mientras aquellos que os rodean se cercioran de que vuestro último suspiro fué realmente el postrero de vuestra vida ¡qué inefable sorpresa habreis ya experimentado en el tribunal de vuestro amoroso Señor, al resonar en vuestro oído los

melodiosos cantares del cielo, y al aparecer delante de vuestros ojos la gloria de Dios para no eclipsarse por los siglos de los siglos!

CAPÍTULO III.

EL AMOR OFENDIDO POR EL PECADO.

Dios es nuestro Padre igualmente que nuestro Criador.—Llévanos este título así al amor de complacencia como al de compasion.—Dolor de los pecados de nuestros prójimos.—Varias revelaciones de los Santos sobre el particular.—Oficio especial de las religiosas.—Ejemplos de los Santos.—Métodos para practicar dicho dolor—1.º consideracion sobre la gloria divina—2.º método de San Bernardo—3.º de Baltasar Álvarez y San Alfonso de Ligorio.—Cómo se satisfacen los tres instintos en esta devocion.—San Panucio y el gaitero.—Lancisio sobre el Carnaval.—Vision de Santa Gertrúdis.—Conducta de ciertos católicos.—Deplorable abandono de la gloria divina.

SECCION I.

Dios es nuestro Padre muy amado.

Cuéntase de uno de los primeros Padres del Oratorio, compañero de San Felipe, que solia preferir entre los autores que han escrito sobre la gracia, á aquellos que dieron más á la soberanía divina que al libre albedrío del hombre.

Semejante proceder revélanos todo su carácter: no es tanto la expresion de que era un fiel discípulo de Santo Tomás en la citada cuestion teológica, como una clara manifestacion de su peculiar vida espiritual y singular tendencia de su devocion. Dicha preferencia en el buen Padre nacia más bien de una pasion dominante que del mérito intrínseco de la controversia, pues habia adquirido la costumbre de tomar en todo el lado de Dios y de mirar siempre las cosas bajo el punto de vista divino. No quiero con esto decir que las personas piadosas que siguen la opinion contraria en semejante cuestion, no tomen igualmente en todo el lado de Dios, como el bienaventurado Lessio y el dulce y cariñoso San Alfonso, hombres consagrados enteramente á Dios como el que más; solo sostengo que el instinto más bien que la inteligencia era lo que movia al siervo de Dios á obrar de esta manera. Seguia en esta misteriosa cuestion aquella opinion que á juicio suyo era más honrosa á Dios, porque tal fué siempre su instinto habitual; y hé aquí cabalmente lo que yo ahora me atrevo á recomendaros.

Una doctrina falsa es odiosa, porque no es verdadera; es odiosa tambien, porque produce escándalo, resfria la devocion y ofende á las almas:

por todos estos motivos la detestan las personas virtuosas. Mas aquellos que profesan á Dios un amor muy tierno y delicado, no atienden tanto á semejantes razones, como á la ofensa que hace al honor divino: el honor de Dios es su primer pensamiento, y pónense luego al punto al lado suyo, é igual conducta se observa en ellos cuando ven á un inocente injustamente perseguido ó cruelmente calumniado. En este último caso, bien que profesen al paciente una tierna simpatía y un afectuosísimo amor, el primer pensamiento, el pensamiento dominante, el pensamiento continuo que mueve á estos siervos de Dios, es la ofensa que recibe el honor de su Señor con la persecucion del inocente y la culpa que casi necesariamente han debido cometer sus perseguidores. Por eso en épocas de abandono espiritual, de enormes pecados públicos, de importantes cambios políticos, de calamidades locales, de triunfos católicos y rescates de almas del purgatorio, semejantes personas, instintivamente sienten y descubren luego al punto la parte de esos acontecimientos que se relaciona con la gloria divina, y quedan en seguida tan embebidos en ella, que suelen parecer duros, insensibles y sin entrañas para compadecerse y regocijarse con los demas, aunque real-

mente en su interior sucede todo lo contrario.

Fácilmente con el tiempo, con la oracion y con la asiduidad reposada en la devocion llegaria á hacérsenos habitual este piadoso ejercicio de tomar en todas las ocasiones el lado de Dios, y nos serviria de poderoso auxiliar para amar y glorificar á nuestro Criador y Señor. Impórtanos, pues, sobremanera el ir gradualmente creciendo en la conviccion de que no hay ningun mal real en el mundo sino el pecado; que no tenemos ningun enemigo verdadero más que el pecado; y que combatir el pecado, así propio como ajeno, con las armas de la oracion y buenas obras, es lo único que nos interesa y merece todos nuestros desvelos y cuidados. Pero semejante conviccion nace de tomar siempre el lado de Dios; y una vez que la hayamos adquirido, contribuirá grandemente á hacernos perseverar con más constancia en tan dulce ejercicio. Cumplimos nuestra mision de criaturas cuando tomamos el partido de nuestro Criador, defendiendo sus intereses, protegiendo á su Majestad y promoviendo su gloria. Empleados en tan santa ocupacion gozaremos indudablemente de una felicidad inefable en la suerte más adversa, y de una paz hechicera en el más espantoso abandono.

Pero no solamente es Dios nuestro Criador, sino tambien nuestro Padre. ¡Ojalá que todos nosotros comprendiésemos la grandeza é importancia de título tan excelente! Quien sirve á Dios como á su Criador es de un carácter muy diferente de aquel que le sirve como á su Padre. No servimos nosotros á Dios por puro amor, porque no tenemos una idea amorosa de Dios. Somos para con Él secos, frios y suspicaces, por obstinarnos en continuar mirándole solamente como á nuestro Legislador y Juez supremo. Cuanto más una persona desee adelantar en la perfeccion, tanto más eficaz debe ser su empeño en mirar á Dios como á su Padre. Bien corta seria, por cierto, la distancia entre los Santos y católicos ordinarios, con solo que todos conviniésemos en mirar y servir á Dios como á nuestro Padre. Asombra verdaderamente esa muchedumbre de afectos serviles y suspicaces que abrigan hasta las personas piadosas acerca de Dios, de su soberanía y majestad. Hé ahí el origen del tedio y falta de consolacion que se experimenta en el cumplimiento de nuestros deberes religiosos. Semejantes afectos traen consigo toda suerte de tentaciones contra la fe, y suscitan en el ánimo todo género de escrúpulos que secan la ternura de la devocion y

hieran el alegre espíritu de la mortificación amorosa. Por el contrario, es un verdadero sol de vida crecer y sentir á cada momento que Dios es nuestro Padre, que nos ama con amor de Padre y nos trata como á hijos suyos muy queridos.

Ved los esfuerzos que ha tenido Dios que hacer para ocultar á sus hijos su faz severa. Confió al Hijo todo el juicio: nuestro Señor dulcísimo en cuanto hombre es quien nos juzgará en el último día; nuestra postrera apelación será á su Sagrado Corazon. Cuando Dios, por boca de Jeremías, invita á su pueblo rebelde á convertirse, recuérdale todos sus pecados, y como si quisiera excusarse á Sí mismo, añade (1): « Pero á lo ménos desde hoy decidme, Tú eres nuestro Padre. »—El Apóstol resume toda la obra del Evangelio en que hemos recibido el espíritu de adopción para clamar *Abba*, Padre; y al enseñarnos el Señor á orar, suplicanos invoquemos á Dios con el dulce nombre de Padre. Es más: nos ha otorgado uno de los siete dones del Espíritu Santo, el don de Piedad, con el fin expreso de disponernos á ejercitar hasta en grado heróico esa ternura filial hácia Dios. Defínese dicho don una habitual disposi-

(1) Jer. cap. III, v. 4.º

cion que el Espíritu Santo infunde en el alma para excitar en nosotros un afecto filial hácia Dios. Afirma Santo Tomás (1) que son más meritorias las obras ofrecidas á Dios como á nuestro Padre, que aquellas que se le ofrecen como á nuestro Criador, porque el motivo es más excelente. Cual sea la importancia que las personas espirituales han atribuido á este dulce afecto filial hácia Dios, descúbrese muy á las claras en la observacion hecha por el Cardenal Belarmino al visitar la Francia. Decia que estaba admirado de la devota piedad de los franceses, y que bajo este concepto le parecian mejores católicos que los italianos: así á lo ménos lo cuenta Lallemand.

No contento San Pablo con el pasaje arriba citado de su carta á los Romanos (2), casi repite las mismas palabras á los Gálatas (3). Exprésase como si bajo la antigua alianza no hubiese Dios podido, por decirlo así, persuadir á los judíos á mirarle como á su Padre; y por eso, —«cuando vino la plenitud de los tiempos, envió Dios á su Hijo, hecho de mujer, y sujeto á la ley, para redimir á aquellos que estaban bajo la

(1) II. 2. qu. 121.

(2) Cap. VIII, v. 15.

(3) Cap. IV.

ley, y recibiésemos la adopción de hijos. Y porque sois hijos, ha infundido Dios el Espíritu de su Hijo que clama: *Abba*, Padre; y así ya no sois siervos, sino hijos.»—Y hasta en el Antiguo Testamento ¿quién no recuerda el lenguaje patético de Israel?—«Ahora, Señor, Vos sois nuestro Padre; y Abraham no nos conoció, ni Israel tuvo cuenta de nosotros. Vos solo sois nuestro Padre y nuestro Redentor; por los siglos de los siglos vivirá vuestro Nombre (1).»—

Lancisio, en su *Tratado de la Presencia de Dios*, después de varios actos de amor para dirigirnos á Dios como á nuestro Señor santísimo y Padre amantísimo, pone en boca de su adversario esta objeción:—«¿Por qué en semejantes actos de amor añades el nombre de Padre?—Hágolo así, responde, por cuatro razones: Primera, porque era utilísimo que tales actos de amor naciesen no solo de los afectos de humildad y religión comprendidos en el título de Señor, sino también de un afectuoso sentimiento filial hacia Él mismo. Segunda, por el mayor mérito que así se adquiere, conforme á la doctrina de Santo Tomás arriba citada: «*Es más excelente, dice el angélico Doctor, honrar á Dios como á nuestro Padre, que honrarle como á nuestro*

(1) Isaías, cap. l. XIII. v. 16.

Criador y Señor. Y como afirma San Leon (1) *Grande es el sacramento de este privilegio, y es un don que sobrepuja á todo don, el que Dios se llamase hijo del hombre, y el hombre á Dios su Padre amoroso.* Tercera, por la confianza que excita en nosotros el recuerdo de que Dios es nuestro Padre; y Tertuliano, San Cipriano y San Crisóstomo aseguran que ese es el motivo de empezar la Oracion dominical con las palabras, *Padre nuestro*; pues como afirma el mismo Santo Tomás (2) *la confianza se despierta en nosotros singularmente por la consideracion del amor que Dios nos tiene, y el vivo deseo que le anima á colmarnos de bienes; y por eso llamámosle Padre.* Cuarta, *Le llamamos Padre*, dice San Agustin, *para alcanzar con este Nombre dulcísimo sus divinos favores, y mover sus amorosas entrañas á otorgarnos todo cuanto le pidamos.*

En las *Revelaciones de Santa Gertrúdis* se halla un bellissimo pasaje que nos manifiesta lo muy agradables que son á Dios los títulos llenos de reverencia y familiaridad. Díjola, pues, el Señor que cuantas veces uno llama á Dios, Amor mio, dulcísimo Dueño mio, Amantísimo mio y otras expresiones por el estilo, recibe una

(1) Serm. 6 de Nativ.

(2) 2. 2. qu. 83.

prenda de su salvacion, en virtud de la cual, como llegue á perseverar, gozará en el cielo de un privilegio especial de igual clase que aquel que disfrutara en el mundo San Juan Evangelista (1).

Pues si nosotros vivamente sintiésemos que Dios es nuestro Padre; si nuestro ejercicio cotidiano consistiese en pensar y acercarnos á Dios como á nuestro Padre muy amado, bien presto nada habria en el mundo que fuese tan caro á nuestra alma como su honor y majestad: el honor divino le consideraríamos como si nos perteneciese y realmente fuese propiedad nuestra, y cualquiera ultraje suyo le tomaríamos como ofensa que se nos hacia á nosotros mismos. Y como el pecado es una ofensa contra Dios, el pecado así propio como ajeno seria nuestro único enemigo, nuestro único cuidado y nuestra única desgracia sobre la tierra. Si: el pecado de un hermano nuestro dejaria de ser para nosotros objeto indiferente, puesto que es un ultraje horrible contra la Majestad de Dios, y de este modo llegaríamos á comprender de lleno aquel grito constante de San Felipe de Neri: «¡Solo que no haya pecado: solo que no haya pecado!»

(1) 1.º lib. 3.º cap. 9.

Luego que uno llega á penetrarse bien de semejante idea acerca de Dios, no pasa un solo día sin que descubra en Él algo de paternal, que ántes nunca habia notado: trasfórmanse entónces nuestras oraciones, y los Sacramentos producen efectos más maravillosos que hasta aquí, y todo cuanto nos rodea se altera por grados: los deberes se cambian en privilegios, las penitencias en placeres inefables, los dolores suavizan el corazon con deliciosa humildad y las tribulaciones son presentes celestiales: conviértese el trabajo en reposo, y el cansancio de cuerpo y cabeza se asemeja al dulce arrobamiento de la contemplacion. No parece sino que la tierra se ha trocado en verdadero cielo. El objeto más liviano y el más lijero ruido agitan el corazon, como si Dios estuviese á punto de aparecerse y hablarnos. ¡ Qué diferente es la vida, cuando se tiene la dicha incomparable de dar con nuestro Padre! Si trabajamos, es á su presencia, y si nos recreamos, lo hacemos á la vista de su dulce sonrisa : la luz terrestre se nos figura una irradiacion celestial, y las estrellas de la noche parécennos semejantes á la aurora de la Vision Beatífica: tan suaves, y tan dulces, y tan lindas, y tan exquisitas llegan á sernos todas las cosas luego que se ha tenido la suerte

de hallar á nuestro Padre en nuestro Dios y Señor.

SECCION II.

Amor de complacencia y amor de compasion.

Si de véras amamos á nuestro Padre celestial, nos regocijaremos de que sea Dios; que sea tan bueno y rico en perfecciones: á este afecto, se le da el nombre de amor de complacencia. El gozo suyo hacémosle nuestro, y nos regocijamos en él únicamente porque amamos á tan gran Señor. Jacob no queria creer en la gloria de José; pero viéndole, arrojóse sobre su cuello, y abrazándolo, dijo: «Ya moriré contento, porque he visto tu rostro, y te dejo vivo (1).» Mas no es este solamente el oficio del amor. Si el amor nos hace dichosos transfiriendo á nuestro corazon la dicha é intereses del Objeto amado, el mismo amor nos llena igualmente de afliccion y pesadumbre, al transferir y hacer nuestras las ofensas y ultrajes que recibe el Objeto amado. Quiero con esto dar á entender que el dolerse de las culpas ajenas no es ninguna devocion traída allá del otro mundo, ni un refinamiento sutil del sentimiento religioso, sino una consecuencia neces-

(1) Génesis, cap. XLVI.

ria del divino amor. No ama ciertamente á Dios quien carece de este dolor del pecado así propio como ajeno: dolor que aumenta á proporcion que crece el amor. ¿Qué fué lo que hizo á los dolores de la santísima Virgen más intolerables que todos los tormentos de los mártires sino su amor que sobrepujaba al de todos los mártires juntos? Si, pues, arde en nuestro corazon la llama del divino amor, las ofensas y ultrajes contra Dios serán igualmente ofensas y ultrajes que se nos hacen á nosotros mismos.

Pero no es esto solo. Como se excitan en nosotros los afectos de simpatía y compasion con mayor facilidad que los afectos de complacencia, parece que Dios deseaba cultivar más el amor que llaman los teólogos de compasion que el de complacencia: esta es una de las razones por qué la devocion á la Pasion es la más popular de todas las devociones de la Iglesia, y acaso sea esta igualmente una de las causas que movieron á nuestro Señor á padecer más de lo necesario en nuestra redencion. Para sentir dicha compasion no se requiere un subido amor divino ni una altísima virtud: las mujeres de Jerusalem no eran ciertamente santas, y lloraron sin embargo por Jesús en el camino del Calvario: los amigos de Job eran de corazon duro,

y con todo, la compasion venció su orgullosa insensibilidad, y su necia y odiosa petulancia. Lo que nosotros principalmente necesitamos es ablandar nuestro corazon, y que el pesar le conmueva más viva y eficazmente que el gozo.

No esperemos alcanzar un subido amor divino, si primeramente no nos familiarizamos con este amor de compasion. Aun entre nosotros es más censurable el no condolerse de las desgracias de nuestros prójimos, que el no alegrarse en sus goces y contentamientos. La simpatía nos es connatural, y el corazon más criminal puede abrigar la esperanza de salvarse, con solo que conserve viva una afectuosa simpatía. No hay mal que no produzca bienes; y hé aquí por qué del pecado y de la Pasion de nuestro adorable Señor como de dos fuentes perennes brotan á raudales en nuestro corazon este amor santo de compasion. ¡Qué maravillosos prodigios no puede obrar semejante amor! Dícese que la compasion de María ha cooperado en cierto sentido con la Pasion de nuestro Santísimo Señor á la salvacion del mundo. ¡Y cuántos ejemplos no pudiéramos citar de la misericordia que Dios ha usado con los pecadores, por haber conservado estos un ligero y tierno recuerdo de su amorosa Pasion! Es preciso, pues, gemir

ahora con Jesús, si queremos gozarnos con Él despues. Yo quisiera que os paráseis á reflexionar acerca de esto, que me parece no teneis tan presente como era de desear, ni apreciáis en lo que se merece. Dice San Francisco de Sales que no hay lengua que pueda expresar el deseo ardentísimo de nuestro Salvador de penetrar en nuestro corazon por medio de este doloroso amor. Hé aquí, pues, un medio fácil de amarle y de promover su mayor gloria: no le rehusareis, así lo espero, un obsequio tan suave y gustoso; y no solo estoy seguro de que le amais y suspirais por amarle más todavía, sino que no quiero creer que así no sea. ¿Quién será capaz de no amar á nuestro Señor dulcísimo? ¿Existe por ventura un corazon que deje de amarle? Mas no es este el lugar de entrar en averiguaciones de cosas tan extrañas, ni de ver si existen sobre la tierra fenómenos tan espantosos. Nosotros le amamos. ¡Gracias le sean dadas por tan singular favor! Diez y ocho siglos há que tuvo lugar su Pasion; pero esta Pasion y mortal Agonía renuévanse todos los dias, porque abunda el pecado. ¡Oh pecado cruel! ¡cruelles pecadores! Mas Jesucristo se acogerá á nosotros: aplicad el oido á vuestro corazon, y escuchad lo que os dice: «Ábreme, hermana mia, amor mio, paloma mia,

perfecta mia, porque mi cabeza está llena de rocío y mis cabellos de gotas de la noche (1).»

Pero me replicareis vosotros: «El dolerse de los pecados ajenos, es cosa muy buena para los Santos: sabemos que ellos lo hicieron así; mas por lo que hace á nosotros, semejante ejercicio es superior á nuestras fuerzas: es ejercicio que más bien debe admirarse que no imitarse; en nosotros dicha práctica seria una imprudencia, pues todavía no sentimos un vivo dolor de nuestras propias culpas: conviene no ir tan á prisa; es menester que nos ejercitemos un poco más en llorar las nuestras, que hartas son por desgracia.» No me hagais, por Dios os lo pido, una objecion semejante; y si me la haceis, permitidme que os combata con vuestras propias armas. No teneis, decís, bastante dolor de vuestras propias culpas, ni hay cosa que os fastidie tanto como esto, ni que sea tan enojoso y estéril para vuestro aprovechamiento espiritual; pero ¿cuál es la causa de ese vuestro escaso dolor de los pecados, sino el mirar la culpa más por lo que afecta á los intereses de vuestra alma, que á los intereses de Dios? No quiero con esto decir que dejes de considerar la culpa bajo

(1) Cant. V. 2.

ese primer respecto: no permita Dios que os aconseje una cosa semejante. Debeis hacer lo uno, sin omitir lo otro; pero si mirais el pecado únicamente bajo el punto de vista de la recompensa y el castigo, es evidente que no alcanzáreis jamas un aborrecimiento proporcionado á la culpa, porque la pena está muy léjos de ser el mal principal del pecado. Su principal malicia consiste en ser un ultraje á la divina Majestad, y como vosotros le mireis bajo este respecto, aumentará maravillosamente en intension el dolor de vuestras culpas. Mas para mirar el pecado como ofensa contra Dios, requiérese que aprendais primeramente á llorar los de vuestros hermanos, pues en la culpa ajena no entra el propio interes, y solo se atiende en ella á la gloria ultrajada de vuestro Padre celestial. Si, pues, deseais doleros vivamente de vuestras culpas, llorad ántes las ajenas como ofensas que son contra la Majestad de nuestro Dios y Señor. Tal es la práctica que yo ahora me atrevo á recomendaros: práctica que abraza el espíritu de la Confraternidad, esto es, dolor de los pecados ajenos, y reparacion de la gloria de Dios ultrajada con semejantes culpas.

Decia, pues, que esta práctica abraza el espíritu de la Confraternidad, ya que los motivos

para condolernos de las culpas ajenas son los mismos que dijimos arriba eran indispensables para pertenecer á dicha Hermandad. En efecto, lloramos las culpas de nuestros prójimos, porque son ofensas contra la gloria de Dios, inutilizan y destruyen el fruto de la Pasión de Jesús, y perjudican y pierden las almas. Hé aquí por qué volvemos otra vez á las mismas tres cosas de que ya hemos hablado; y no debe causaros fastidio que os las repita con tanta frecuencia. Pero cuando empleo la palabra pesar, es preciso que comprendais bien lo que quiero significar con semejante expresion. Yo no os propongo ninguna cosa melancólica ni desagradable ¡léjos de mí tal pensamiento! el dolor de que os estoy hablando, es uno de los mayores placeres de la vida, y capaz por sí solo de inundar el corazon de una alegría indecible. Oigamos cómo el Eterno Padre se dignó explicar dicho sentimiento á su querida hija Santa Catalina. Despues de hablarla (1) de las cinco especies de lágrimas que los hombres derraman, la describe (2) un estado del alma, lleno á la vez de alegría y afliccion:—«Su ale-

(1) Dial. 88.

(2) Cap. 89.

gría, la dice, nace de su union sensible Conmigo, en cuya virtud gusta las dulzuras inefables del divino amor; y la afliccion procede á la vista de las ofensas que se cometen contra Mí que soy la eterna Bondad á quien esa alma contempla y gusta en el conocimiento de sí misma y en el mio. Semejante dolor no impide el estado de union que tiene Conmigo, porque las lágrimas que derrama, como nacen del amor de sí misma en su amor á los prójimos, son de una incomparable suavidad. En la Misericordia mia halla la melancolía del amor, y en las miserias de sus hermanos el dolor del amor. Hé aquí por qué llora con los que lloran y se alegra con los que se alegran, pues el alma se regocija al ver que mis siervos honran y glorifican mi santo Nombre.»—Y díjola asimismo:—«Esta pena *inaflitiva* nacida de los ultrajes que recibo y de los infortunios de los prójimos fúndase en una caridad muy abrasada, y sirve al alma de pasto espiritual de exquisito sabor. Y hasta se regocija y salta de contento con semejante pena, pues es una prueba convincentísima de que estóy con ella por medio de una gracia muy especial (1).»

(1) Cap. 95.

Hé aquí explicado por qué los Santos á quienes les fué dado el don de lágrimas tenían su alma inundada de un gozo y alegría espiritual incomparables. Dice el antiguo biógrafo de San Juan Clímaco, que no hay palabras con que encarecer los maravillosos efectos que el don de lágrimas producía en el alma de este siervo de Dios; y el mismo Santo, en el sétimo escalon de su *Escala de Perfeccion*, afirma —«que los que han recibido el don de lágrimas, pasan toda su vida en una fiesta y banquete espiritual.—Ciertamente no existe ni sombra de amargura en las lágrimas de aquellos que de veras aman á Dios ¡ni qué otra cosa puede haber sino contentamiento, y dulzura, y alegría, en lágrimas que son un don singular de Aquel que es el amor y júbilo, como le llama San Agustin, del Padre y del Hijo?

SECCION III.

Ejemplos del amor de compasion.

Pero á fin de esclarecer más este asunto, voy ahora á presentaros, tomándolos de los mismos Santos, algunos ejemplos de este dolor de los pecados, que tanto ofenden á la gloria divina. Nuestro Dios y Señor se dignó revelar á la mis-

ma Santa Catalina lo que sigue.—«Estoy sumamente complacido, hija mia muy amada, por el deseo que tienes de sufrir toda suerte de penas, trabajos y hasta la muerte misma por la salvación de las almas. Cuanto más sufre una persona, tanto más muestra el amor que me profesa; y amándome, conoce mejor mi verdad; y cuanto más me conoce, mayor y más vivo es su dolor por las ofensas que recibo. Tú me pedias que cargase sobre tus hombros todos los castigos que merecen los pecados que se cometen en todo el mundo, pero no considerabas que al pedirme eso, me pedias al mismo tiempo amor, luz y conocimiento de la verdad; pues, como ya te he dicho, cuanto mayor es el amor, mayor es la pena; y así, á medida que crece el amor, igualmente crece la aflicción.»—(1) Meditando un dia Santa María Magdalena de Pázzis sobre aquellas palabras del Evangelio, *Salió sangre y agua*; cayó en un éxtasis, y «vió, dice su confesor, una gran muchedumbre de almas en el Costado de Jesús resplandecientes como las perlas en una corona real, y exclamó: *Así nuestras almas embellecidas y hermoseadas con la Sangre, trasfórmanse en riquísima corona del Verbo por la manifestacion que de Él hacen antes que*

(1) Dial. cap. V.

el resto de la creacion, gloriándose el Verbo en ellas como se gloria un rey en su corona real. Vió asimismo penetrar á las almas en la cavidad amorosa del Costado, expresando dos afectos: trasformábanse primeramente en sangre por el amor, y despues en agua por el dolor. Deleitase más Dios, al ménos en esta vida, en el alma que se transforma por el dolor, que en aquella que se transforma por el amor. Sin embargo, conozco ¡oh Verbo divino! que el dolor que el alma siente viéndote ultrajado solo puede nacer del amor que te profesa, que en sí mismo es más perfecto que el dolor; pero por el dolor llega á ejercitarse mejor el alma en el amor de su prójimo, porque el celo de su salvacion obra en ella de una manera más viva y eficaz. Hay todavia otra razon para que en esta vida sea más agradable á Dios el ejercicio del dolor que el del amor: el primero es una especie de martirio en virtud del cual se asemejan las almas á Jesús pendiente en la Cruz; cuyo dolor es una tierna compasion por la grandeza de sus tormentos, y una especie de lágrimas por su Pasion amorosa; y cuando dicho pesar se transforma en afliccion, purifica el alma de todos sus pecados. El amor es ciertamente más gustoso y deleitable; pero como estamos en este mundo para purificarnos, de ahí

es que nuestra vida mortal sea más bien tiempo de sufrir y padecer por amor de Nuestro Dios y Señor. Esta es la causa de que Él reciba mayor complacencia en el dolor que en el amor. » — En otra ocasion, despues que la Santa hubo comulgado, díjola que debia gemir como tortolilla, compadeciéndole porque era tan poco conocido y amado de sus criaturas.

Tal es, efectivamente, el verdadero oficio que las monjas tienen que llenar en la Iglesia de Dios. No hay ninguna, por muy ocupada que esté en la educacion ú otras obras exteriores, sobre la que no pese este sagrado deber, en el mero hecho de su profesion religiosa. Cierta número de doncellas amables y piadosas que viven juntas en paz y armonía cumpliendo la rutina diaria de los ejercicios prescritos por la regla y empleadas en la educacion de la juventud sin ningun reconocimiento de un fin sobrenatural, y privadas de todo sentimiento práctico de que están ligadas á Jesús con lazos más estrechos que el resto de las gentes, no son monjas, por más que lo parezcan en los hábitos que visten y por respetables que sean sus personas. Es ciertamente una delicia que tengan las doncellas un asilo donde vivir alejadas del mundo, y libres de tantas vanidades y tenta-

ciones como en él reinan; pero semejantes retiros no son conventos. Los conventos son lugares enteramente diferentes; y una señorita, por el hecho de retirarse del mundo, no es una esposa mística de Jesucristo. El voto de pobreza, ya que no otra cosa, da á las religiosas un carácter expiatorio; preciso es, pues, que giman como tortolillas. Más bien que ellas, es Jesús quien por amor suyo se retira de este mundo perverso, para ampararse y morar en el claústro de sus corazones; por esta razon el espíritu de las religiosas debe ser un espíritu de afliccion amorosa, de dulce reparacion y santa languidez por los ultrajes de su celestial Esposo: se han casado con sus intereses, y es preciso que giman con Él, y con Él se alegren. Jesús las ha confiado su gloria santísima para que cuiden de ella con todo el esmero posible: el mundo es su cruz; menester es, pues, que la lleven. Ni deben ser indiferentes á los pecados del siglo, pues si viven retiradas es para llorarlos. Jamas, donde falte este espíritu, se encontrará el camino soberano de la mortificacion, ni las dichas alturas de la contemplacion, ni la atmósfera pavorosa, pero alegre y refrigerante de la verdadera vida sobrenatural. Ni la época, ni el país, ni las ocupaciones pueden dis-

pensar á las esposas de Jesucristo de su oficio de tórtolas del Sagrado Corazon de Jesús: tienen que realizar con un espíritu constante de reparacion y de oblacion los sentimientos que fueron habituales al Beato Pablo de la Cruz. Lamentábase este siervo de Dios, y deploraba con lágrimas amargas la ingratitud de los hombres, que tan mal correspondian á la infinita bondad de Dios, y solia repetir:—«¡Cómo! ¡un Dios hecho hombre! ¡un Dios crucificado! ¡un Dios muerto! ¡un Dios oculto bajo las especies sacramentales! ¿Quién...? ¡un Dios!» Y luego que permanecia silencioso un breve rato en una especie de estupor extático, volvía de nuevo á exclamar: «Oh abrasada caridad! ¡Oh exceso de amor! ¿Quién y por quién? ¡Oh criaturas ingratas! ¿Cómo es que no amais á Dios? ¡Ojalá me fuese posible encender todo el mundo con el fuego del divino amor! ¡Ah! ¡si yo tuviese fuerzas bastantes para salir á predicar á campo raso á mi buen Padre espirando en la Cruz por nosotros pecadores!»

Si, pues, este es el verdadero oficio de las monjas, preciso es que no le pierdan jamas de vista; si tienen un carácter expiatorio, no hay duda que este ha de ser el objeto principal de su profesion. El buen éxito de las escuelas, y el número de sus novicias, y la arquitectura de

sus conventos, y las exenciones de sus obispos respectivos, son para una religiosa asuntos muy secundarios: el principal blanco suyo es ver cómo agradan á su celestial Esposo, y gemir y llorar con su Majestad ultrajada. El egoismo en todos es odioso, pero en las religiosas es una especie de sacrilegio. El espíritu de los conventos es un espíritu de santa timidez, un espíritu de temor hechicero y encantador que está sin cesar suspirando por subir á la cumbre de la verdadera vocacion, que en su humildad créese muy léjos de haber conseguido. Si á una de esas almas puras la fuese dado ver de repente todos los deberes á que se ha obligado con su profesion religiosa, quizá no podria sin milagro soportar la vision, y vivir. Así sucede en aquellas deliciosas moradas, donde todo respira virtud, mortificacion, abatimiento, dulce reposo y celestial santidad; donde hasta el aire mismo condena los pensamientos de soberbia, y de las que sacamos una preciosa desestima de nosotros mismos, sin la amargura de un tedio enojoso y estéril.

En la vida de Santa María Magdalena de Pázzis se nos ofrece una prueba todavía más decisiva del poder que ejerce sobre el Sagrado Co-

razon de Jesús esta práctica de dolerse de los pecados ajenos; y por cierto que nos procura tesoros tan ricos y abundantes de dulces y suaves consolaciones, é infunde en el ánimo un esfuerzo tan grande, que es imposible no determinarnos á seguir, aunque á lo léjos, los pasos de la Santa en el dolor por los pecados de nuestros hermanos. Cuando esta era una niña de solo doce años, oyó á una persona injuriar á otra hasta el punto de cometer pecado. Quedó la Santa tan horrorizada de semejante ofensa contra Dios, que no pudo descansar en toda la noche, gimiendo y llorando por el ultraje hecho á la divina Majestad. Pasáronse diez y ocho años, y ya María probablemente habia olvidado de todo punto dicha acción culpable, cuando hé aquí que Dios se dignó revelarla, que á consecuencia del acto de sentimiento que concibió por la culpa ajena, la tenia preparada una singularísima gloria, que la representó bajo la figura de un riquísimo vestido de grana. Quien no olvida el vaso de agua fria que se da en su nombre, ménos podrá olvidar esos actos interiores de amoroso pesar. ¡Qué tesoro tan rico se nos reserva en semejante devocion, con solo que nuestro amor procure aprovechar las ocasiones que se le vayan ofreciendo!

De San Francisco de Asis cuenta San Buenaventura, que llenaba los bosques con sus lamentos, y que por todas partes iba derramando abundantes lágrimas y dándose golpes de pecho, hablando unas veces con Dios, y prorrumpiendo otras en gritos amargos para obtener misericordia y perdon por el pecado.—«Pero cuando contemplaba á las almas, prosigue el Doctor seráfico, redimidas con la Preciosa Sangre de Jesucristo manchadas con la culpa, gemia por ellas con una ternura tan compasiva, que semejante á una madre, no parecia sino que todos los dias estaba dándolas á luz en Jesucristo.»—La gloria de Dios, los intereses de Jesús y el amor de las almas hallábanse confundidos é identificados en un solo motivo en el corazon del glorioso Patriarca de Asis; comenzaba con uno y acababa con el otro, porque con toda verdad puede decirse de ellos sin faltar á la reverencia del sagrado texto: *«P estos tres son uno.»*

«Aquel, dice San Lorenzo Justiniano, Patriarca de Venecia (1), que se duele verdaderamente de sus culpas, no puede ménos de lamentar las de sus prójimos. Un miembro sano del cuerpo que no ayuda á los otros cuando están

(1) Fascis. cap. 14.

enfermas, ocupa inútilmente su lugar. Pues de la misma manera, aquellos miembros de la Iglesia que, viendo el pecado de sus hermanos, no le lloran, ni se compadecen de la perdicion de sus almas, son miembros que están demas. Cuando nuestro Redentor lloró sobre la Ciudad que iba á ser destruida, considerábala doblemente digna de compasion porque no conocia su estado deplorable; por consiguiente, todos cuantos conserven todavía viva la llama del divino amor, no podrán ménos de lamentarse de las culpas ajenas como si fuesen suyas propias. Pero ninguno puede debidamente deplorar los pecados de otros, si descuida los suyos con faltas voluntarias. Quien quiera, pues, llorar las caídas de los demas, preciso es que se abstenga de pecar deliberadamente.»—«Condolémonos, decia San Agustin, de los pecados de nuestros hermanos, aflígenlos sus culpas y traspasan nuestro corazon (1).»—San Juan Crisóstomo afirma que Dios escogió á Moises para caudillo de su pueblo porque tenia la piadosa costumbre de condolerse de las culpas de sus prójimos.»—«Aquel que se lamenta de los pecados de un hermano suyo, añade el mismo santo Doctor, abriga en su corazon la ter-

(1) Serm. 44.

nura de un apóstol, y es imitador del glorioso San Pablo que decia: *¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿quién se escandaliza, y no me abraso?*» —«¿Quién no se indigna, exclama San Agustin, viendo á los hombres renunciar al mundo de palabra, y no de obra? ¿Quién no se indigna al ver á los hermanos poniendo asechanzas á sus hermanos, y faltando á la fe que se han jurado en los Sacramentos de Dios? ¿Quién es capaz de enumerar todos los pecados con que provocan los hombres el Cuerpo de Cristo, que vive interiormente en el Espíritu de Cristo y gime como el grano de trigo en la era? Apenas nos es posible ver á aquellos que así gimen, que así se indignan con las culpas de los demas, porque no bien aparece algun grano, cuando es barrida la era. Por no ver á nadie así indignado, decia el profeta Rey: *El celo de tu casa me ha devorado*; y en otro lugar, como viese á muchos cometiéndolo pecados, exclamaba: *Un tedio santo se ha apoderado de mí, á causa de los malvados que abandonan tu ley; vi, añade en otra parte, á los insensatos, y me consumia de dolor* (1).»

Con el mismo objeto cita Lancisio á San Cromacio de Aquileya, á quien apellida San Gerónimo, varon santísimo y sapientísimo.—«¿De-

(1) In Psalm. XXX.

seáis saber, dice, qué es lo que se asemeja al dolor piadoso y amorosa aflicción de los Santos? Cuéntase del profeta Samuel que lloró por el Rey Saul hasta el día de su muerte. Lamentábase asimismo Jeremías de los pecados de su pueblo: *Mis ojos, exclama, han derramado torrentes de lágrimas por la contrición de mi pueblo; y en otra parte añade: ¡Quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos una fuente de lágrimas!* Igual aflicción y angustia sentía Daniel por los pecados del pueblo, como él mismo lo testifica diciendo: *En aquellos días, yo Daniel, lloré por espacio de tres semanas. No comí pan delicado ni exquisito; no entró en mi boca carne ni vino, ni tampoco me perfumé con ungüento.* No menor pesadumbre tenía el Apóstol por algunos de los Corintios cuando escribía: *No sea que cuando vaya me humille Dios otra vez entre vosotros, y llcre á muchos de aquellos que ántes pecaron y no hicieron penitencia.* Tal es el dolor que recompensa el Señor con una consolación de perpetua alegría, según asegura Isaías: *Pondré á los que lloran de Sion una corona en vez de ceniza, óleo de gozo por llanto, y ropaje de alabanza en lugar del espíritu de aflicción (1).»—*

(1) Ap. Lancis II. 22.

¿Hemos meditado nosotros detenidamente acerca de este importantísimo asunto? Vivimos en un siglo donde á cada paso estamos presenciando las ofensas que se cometen contra Dios; á todas horas vemos perecer innumerables almas por falta de fe; óyense por todas partes horribles blasfemias; *las verdades disminuyen entre los hijos de los hombres*. ¿Afligen-nos semejantes desgracias? ¿sentímoslas como si fuesen calamidades personales? ¿ó nos encerramos, por el contrario, dentro de nosotros mismos, dando gracias á Dios porque al ménos nosotros tenemos la dicha de gozar de la verdadera fe y de los Sacramentos de vida, no considerando á los demas sino como á una raza proscripta que bajo ningun concepto nos interesa? Si no tuviérais obligacion alguna para con el alma de vuestros hermanos, lo cual no es así, pues Jesucristo derramó por ellos su Preciosísima Sangre igualmente que por vosotros, la tendríais, á lo ménos, para con la gloria divina. ¿Y podreis persuadiros que profesais á Dios un verdadero amor, no sintiendo vivamente las ofensas y ultrajes con que las criaturas mancillan esa gloria soberana? Mas no vayais á creer que al expresarme de esta suerte trate yo de reconveniros; ¡Libreme Dios de seme-

jante intencion! ¿Cómo podia proponerme tal cosa, viendo el celo y fervor con que correspondéis todos vosotros al espíritu de la Confraternidad? Mi ánimo, al hablar así, tiene por único objeto aficionaros hácia una devocion que indudablemente cultivará y acrecentará más y más cada dia en vuestra alma ese dulce y suave espíritu. Oigamos lo que Dios se dignó revelar á Santa Catalina de Sena (1): — «Razon es, hija mia, que tu corazon esté lleno de amargura á vista de las ofensas con que continuamente me ultrajan los hombres, y que te compadezcas de la ignorancia culpable con que me injurian gravemente y pierden sus almas. Acepto gustoso esos afectos tuyos, y deseo que prosigas ejercitándote en tan dulce devocion.»—Veamos tambien cuál era el sentir de la Beata Ángela de Foligno acerca de la misma materia. Antes de su muerte hizo una especie de testamento piadoso, en que legaba ciertos avisos á sus hijas espirituales, y uno de ellos fué el siguiente: —«Asegúroos, hijas mias, que ha recibido mi alma más mercedes de Dios cuando gemia y suspiraba por las culpas ajenas, que cuando lo hacia por las mias propias. Búrlase el mundo de

(1) Dial. cap. 28.

lo que os digo, esto es, de que una persona pueda dolerse de los pecados de sus hermanos como de los suyos propios, y aun más que de los suyos, porque le parece una cosa contraria á la naturaleza; pero la caridad que así obra, no es de este mundo.»—

Cuando San Ignacio se hallaba en Barcelona en casa de Juan Pascual, estando una noche en oracion, viósele elevado sobre el suelo, é iluminada toda la habitacion con el vivísimo resplandor que despedia su rostro. El glorioso Patriarca miéntras tanto no cesaba de repetir una y otra vez estas palabras:—«¡Oh Señor mio, Corazon mio, Amor mio! ¡Oh si los hombres te conociesen, seguramente que jamas te ofenderian!» Cuéntase del P. Pedro Fabre, compañero de San Ignacio, que siempre estaba afligido y lleno de una tristeza y melancolía profundas á causa de los pecados del humano linaje. Segun afirma San Agustin (1)—«esta es la persecucion que tienen que sufrir todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo, conforme á la verdadera y punzante sentencia del Apóstol. Y lo que causa en la vida de las personas virtuosas un sufrimiento más cruel que en la gente malvada

(1) Epíst. 141.

es que se ven obligadas á lamentarse de las culpas de sus prójimos, que siempre tienen delante de sus ojos. En efecto, una persona relajada, si bien no obliga á la virtuosa á consentir en sus culpas, atormentala, sin embargo, con la afliccion y amargura que producen en su ánimo dichas ofensas.» En la vida de la Beata Clara de Montefalco se cuenta que apénas oía que alguno se hallaba en pecado mortal, volvíase al punto al Crucifijo, y llorando inconsolable, y exhalando un profundo suspiro de lo más íntimo de su corazon, exclamaba:—«¿Luego por lo que hace á ese infeliz, todo cuanto mi Señor sufrió en favor suyo, todo está perdido?»—Y no pudiendo soportar tal pensamiento, postrábase en tierra, y pedia con vivas ansias la conversion del pecador.

¡Oh si nos resolviésemos á hacer nuestras estas disposiciones! ¡si vivamente sintiésemos que el pecado es el único verdadero mal del mundo! ¡si el hambre y sed de la gloria divina consumiese y devorase nuestras entrañas! ¡Y cuán fácil cosa es abrigar semejantes sentimientos! bástanos para ello determinarnos á pedirselos de todas véras á nuestro Dios y Señor. ¿Qué otra cosa desea Él con tan vivas ansias como ser amado, amado siempre,

amado en todas partes? Y si le pedimos este amor ¿podrá por ventura rehusárnosle? ¿Cómo, pues, no reducimos todas nuestras oraciones á una sola, y le pedimos incesantemente más amor? ¿Pero qué medios tenemos, direis vosotros, para ejercitar este dolor por las culpas ajenas?

SECCION IV.

Medios de ejercitar el amor de compasion.

1.º En nuestras meditaciones procuremos ver cómo Dios ha de ser glorificado y servido por sus criaturas: representémonos luego sus infinitas perfecciones y atributos, su hermosura é inefable bondad: traigamos asimismo á la memoria la obediencia perfecta con que se hace en el cielo su voluntad santísima: esforcémonos por unirnos á las disposiciones interiores del Sagrado Corazon de Jesús, del Inmaculado de María, y á las de todas las jerarquías y coros angélicos: repasemos, en fin, y contemos uno por uno los beneficios que en su inefable amor ha derrapado sobre sus criaturas, señaladamente en las cuatro grandes maravillas de su misericordia, Creacion, Encarnacion, Sagrada Eucari-

ristía y Vision Beatífica. Una vez bien penetrados de todo esto, conoceremos lo que es realmente el pecado, cuán horrible cosa sea ofender á tan grande Majestad, y cuán vil y bajo ultrajar un amor tan incomparable. Apénas nos será entón-ces posible salir de casa y dedicarnos á nuestras ocupaciones diarias, sin encontrar alimento suficiente para el dolor por el pecado: á cada paso nos veremos como obligados á hacer actos de reparacion amorosa por la gloria de Dios ultrajada. El exceso del olvido de Dios llegará á asombrarnos más y más cada dia; y á medida que crezca en nosotros el conocimiento de la bondad y ternura de la soberana Majestad divina, gravitará sobre nuestros hombros la pesada carga de la detestacion de la culpa con toda la fuerza espantosa de la novedad. Esa especie de pacto comun en cuya virtud desconocen los hombres á Dios, sus derechos, títulos é intereses, llegará á parecernos más abominable que los mismos actos manifestos de pecados: la vida será para nosotros una carga pesada, y el mundo un lugar extraño é inhospitalario; un tedio santo se apoderará de nuestro espíritu, y no hallaremos reposo sino en el pensamiento dulce y consolador de nuestro amoroso Dios y Señor.

2.º Otro método de ejercitar este dolor por

los pecados, es el sugerido por San Bernardo al Papa Eugenio (1):—«Alzad, le dice, los ojos de vuestra consideracion, y contemplad las naciones. ¿No están más bien secas para el fuego, que sazonadas para la recoleccion? ¿Cuántas cosas no se ven en ellas que nos parecen frutos, pero que miradas de cerca, no son sino abrojos? y ni siquiera abrojos, sino árboles viejos y carcomidos que solamente llevan fabucos y bellotas con que alimentar á los cerdos.»—Tomad el mapa-mundi: tended primeramente vuestra vista por el Asia, donde nuestro Señor nació y sufrió muerte de cruz: recorred la Turquía, la Persia, la Tartaria, la China, el Japon y el vasto continente de la India ¡cuán pocos cristianos se encuentran en toda su extension! Horribles sistemas de idolatría, el inmundo credo mahometano, comuniones que llevan el nombre de Cristo, pero que realmente le están negando con la herejía y el cisma; hé aquí lo que ejerce un poder casi ilimitado sobre esas hermosas regiones, pues solamente acá y allá encuéntrase alguno que otro que invoque el sacrosanto Nombre de Jesús, y adore su Preciosísima Sangre. ¡Y allí, sin embargo, fué criado el primer hombre, y plantado el Paraíso!

(1) De Consid. II, cap. 6.

¡allí fué la mansion del pueblo escogido! ¡allí enseñó y murió el Hijo de Dios! ¡allí predicaron los apóstoles! ¡allí San Atanasio, y San Basilio, y San Gregorio, y San Crisóstomo plantaron la fe, y confundieron y hollaron la herejía! Por lo que hace á la China y el Japon, su suelo está empapado con la sangre de los mártires de nuestro Señor Jesucristo. ¡Y cuán escaso es, con todo, el fruto de su gloria divina en estas regiones!

Echad asimismo una ojeada á lo largo del Mediterráneo, por las costas de África, donde más de cuatrocientos obispos tuvieron sus sillas, y recorred luego las vastas regiones de moros, cafres y hotentotes: internaos despues en las inmensas llanuras del África central, pobladas de legiones de tribus oprimidas bajo el pesado yugo de la más tiránica supersticion, y cuyos soberanos derraman la sangre de tan infortunados vasallos en más abundancia que el agua que pueda verter cualquier africano. ¡Cuántas leguas de terreno donde nadie invoca á Jesús, ni conoce su santísima Cruz! En la América, así como tambien en la Australia, gracias á los españoles é irlandeses, es conocido el Evangelio; pero ¡cuántas tribus no existen todavía en semejantes paises sumidas en la idolatría! ¡cuántos millones de herejes que llevan en vano el

nombre de cristianos! Trasladaos ahora á la Europa, y contemplad las innumerables víctimas que ha devorado la herejía en sus hermosas regiones. ¡Rusia, Suecia, Dinamarca, Alemania, Escocia é Inglaterra son todas más ó ménos su presa, y piérdense diariamente multitud de personas á la luz misma del verdadero Evangelio, y teniendo á su mano los santos Sacramentos! Tal era el cuadro que contemplaba San Lorenzo Justiniano cuando escribía su *Tratado sobre la Demanda de la Perfeccion Cristiana*. Este cuadro era igualmente el que tenía el mismo Dios delante de sus ojos, al quejarse tan amargamente á Santa Catalina de Sena del poco caso que hacian los prelados y sacerdotes de su gloria, y de la tibieza y egoismo con que hollaban bajo sus plantas sus más caros intereses. ¡Oh qué vastísimo campo para hacer actos de amor de Dios! Recordad el día en que el misericordioso Criador contemplando su hermosa creacion, virgen y pura, la bendijo porque era toda buena: traed tambien á la memoria el día en que para renovar esa primera bendicion, ó mejor dicho, para bendecirla de nuevo, fué Jesús enclavado en una Cruz sobre el Calvario. ¡Y este es el fruto! ¡y esta la correspondencia de los pecadores para con su Dios! Cuando recorremos con el en-

tendimiento las diferentes provincias de mahometanos, infieles y herejes, y contemplamos con nuestros ojos el deplorable abandono en que se hallan esos infelices ¿no nos sentimos movidos á ofrecer á Dios todos los actos de adoracion que le tributan los Ángeles en el cielo, en reparacion de la gloria que dejan de rendirle esos seres desgraciados? ¿Y no acudiremos igualmente á los méritos de Jesús, á las virtudes heróicas de su sacratísima Madre, por siempre bendita, á los apóstoles, mártires, doctores, confesores y vírgenes, para suplir con devota intencion las alabanzas que debieran elevarse hasta el trono de la divina Majestad desde el fondo del corazon de semejantes tribus y naciones?

3.º Otra de las prácticas es la de Baltasar Álvarez, confesor de Santa Teresa, la cual consiste en recorrer el mundo en espíritu, y visitar las innumerables iglesias y capillas donde se halla reservado el Santísimo Sacramento, y en las cuales son contadas las personas que acuden á adorar al Amado de nuestras almas:—«Las calles, dice, están llenas, pero las iglesias, vacías. La multitud corre presurosa tras sus intereses; mas ¡cuán pocos van á tratar con Jesús acerca de los suyos!»—San Alfonso con su habitual dulzura propónenos igualmente la much-

dumbre de iglesias donde Jesús se ve obligado á vivir en medio del desórden, negligencia y suciedad, pasándose semanas enteras sin que nadie se acerque á visitarle. ¡Con qué actos de amor tan sencillos, tan variados, y al mismo tiempo tan tiernos, no podríamos derramar nuestro corazon ante nuestro Jesús adorable en todos esos desiertos santuarios! ¿Y será posible contemplar á Jesús en un abandono tan completo, sin que se enciendan nuestros corazones, y se deshagan nuestros ojos en lágrimas de tierna compasion? ¡Oh cuán agradable es á Jesús esta pequeña ofrenda de sentimiento y aficcion! Gusta sobremanera que se acuerden de Él, como acontece á los amantes; y ninguna cosa es ruin á sus ojos siempre que se haga por amor suyo, porque el amor todo lo trasforma y engrandece.

No digo yo que desmayeis como los Santos al solo nombre de pecado: requiérese para eso una gracia especial y un abrasado amor de Dios. Algo sin embargo podeis hacer en reparacion y dolor de las culpas del humano linaje, y ese algo, por poco que sea, procurará á Dios una gloria inefable, y al corazon de nuestros hermanos una dulce consolacion.

SECCION V.

No hay verdadero dolor de las culpas ajenas sin un profundo pesar de las nuestras propias.

Frutos espirituales del amor de compasion.

Pues, como ya llevo dicho, es preciso que no olvidemos dolernos de nuestras culpas personales, y dolernos de ellas, singularmente por ser ofensas contra un Dios infinitamente bueno y amable.—«Si nos condolemos de nuestros propios pecados, dice San Crisóstomo, disminuirémos su gravedad; lo que era grande se hará pequeño, y aun no raras veces lo reduciremos á la nada.»—San Basilio, exponiendo aquellas palabras: *Tú has trocado mi llanto en alegría* añade:—«Dios no infunde su gozo en todos los corazones, sino solamente en aquellos que han deplorado sus culpas con un vivo dolor y llanto continuo como si lamentase su propia muerte, porque semejante dolor trasfórmase al fin en gozo inefable.»—«Menester es que no perdamos nunca de vista nuestras propias culpas, repite San Crisóstomo, no tanto para que se nos perdonen, y quedemos enteramente limpios de ellas, si que tambien para llegar á ser más indulgen-

tes y compasivos con nuestros prójimos, y servir á Dios con grande fervor, adquiriendo con semejante recuerdo de nuestras culpas un conocimiento más claro de la divina Bondad.»—«No dejeis, dícenos la Escritura, de temer por el pecado perdonado;»—y ciertamente, este amor es el preservativo más eficaz contra una nueva caída. No pocos Santos aseguran que, si supiésemos por revelacion que se nos habian perdonado todas nuestras culpas, todavía deberíamos dolernos de ellas; así lo practicó David, despues que se dignó el Señor hacerle dicha revelacion, y el Apóstol San Pablo, aunque confirmado en gracia; porque semejante dolor es el alimento continuo de nuestro amor de Dios. San Odon, en su vida de San Gerardo, cuenta una cosa por cierto muy singular. Solia este siervo de Dios sentir despues de su conversion una grandísima compuncion por sus faltas las más lijeras, igualmente que Santa Paula, segun el testimonio de San Gerónimo. Pues bien; reveló Dios en cierta ocasion á San Gerardo que le habian sido perdonados todos los pecados graves de su vida pasada, á causa del dolor que sentia por las faltas leves que cometiera despues de su conversion. Mas es preciso no excedernos en dicho dolor por las culpas: considerémoslas en ge-

neral y no particularmente; y sobre todo, seria mucho más útil y provechoso, conforme fué revelado á Santa Catalina, meditar sobre la Preciosa Sangre, y ponderar la divina Misericordia, que no un árido exámen de ellas, segun el consejo de San Bernardo:—«Adviértoos de paso, amigos mios, que eviteis el exámen ansioso y escrupuloso de vuestras culpas pasadas, y sigais las sendas llanas y espaciosas de los beneficios divinos. El dolor de los pecados es ciertamente indispensable, pero no se requiere que sea continuo; interrumpámosle con el pensamiento alegre de la divina Misericordia. Preciso es que mezclemos la hiel con los ajenos; de otra suerte llegaria á perjudicarnos su amargor.»—

La vida es un punto comparada con la eternidad; y por toda la eternidad seremos infinitamente dichosos, y no tendremos entónces ninguna otra ocupacion que la de glorificar á nuestro Dios y Señor: literalmente no tendremos ninguna otra cosa que hacer. Y esta única tarea encerrará tan riquísimos tesoros de gloria y bendicion, que nada nos dejarán que desear. ¿Por qué, pues, no comenzamos en la tierra una obra semejante? ¿Por qué no procuramos desde ahora enamorarnos de esa gloria divina que ha de ser un dia nuestra dicha, y el objeto de nues-

tro gozo y adoracion? El carácter de la divina Bondad es ser comunicativa: incesantemente se está el Señor comunicando á sus criaturas por medio de la naturaleza, de la gracia y de la gloria; y así es preciso que imitemos á este divino modelo. No hay cosa más odiosa que una persona egoísta, que no se ocupa ni piensa más que de sí misma y de su propia alma; mas parece una gran cosa esta solicitud exclusiva por su propia alma, cuando se contempla la muchedumbre de individuos que nos rodean, que apenas saben si tienen alma; es peligroso, sin embargo, detenerse exclusivamente en dicho pensamiento. ¿Y quién habrá que teniendo á su disposicion la Preciosa Sangre, y conociendo su inapreciable valor y los maravillosos efectos que produce, no suspire por comunicarla á los demás? ¿Será posible que todavía permanezca cruzado de brazos? Yo desearia que pudiésemos hacer siempre todas las cosas solamente por la gloria de Dios; pero ya se vé, no es esto tan fácil de ejecutar. Mas todos podemos sin esfuerzo alguno hacer un poco más que hasta aquí, lo cual se consigue llorando los pecados de todo el mundo, por ser ofensas contra la Majestad de nuestro Dios y Señor.

Ni carece semejante devocion de ventajas

inmensas en favor de nuestra alma. Una vez que nos resolvamos de todas véras á trabajar en servicio de Dios, el mayor obstáculo que se nos opone al paso no es tanto el pecado, como el apego á las cosas de la tierra y nuestro amor propio. Ved cómo esas dos miserias de la vida, que tan obstinadamente nos están acosando, que nos tienen como aprisionados y vician todo lo bueno que hacemos; ved, digo, cómo están siempre en guerra abierta contra esta devoción. El carácter del mundo consiste en ignorar la culpa: las cosas son buenas ó malas, según á él le place y en cuanto se conforman ó no á su propio criterio; mas por lo que hace á la mancha interior que recibe el alma inmortal con la ofensa que inferen al Dios invisible, es asunto de que no hay que hablarle ni por un momento siquiera; semejante doctrina es propia, según él, del vulgo ignorante; es una bagatela, una superchería clerical. La persona que todo lo ve según que es ó no pecado, que no busca por todas partes sino la gloria secreta del Criador escondido, que sigue las banderas celestiales, que usa solamente de los pesos y medidas del santuario, que hace las cosas más insignificantes por motivos sobrenaturales, que ama, en fin, lo que no ve con los ojos de la car-

ne, hasta el punto de llegar á perder la facultad de amar los objetos visibles, ó á lo ménos de amarles con vehemencia, difícilmente podrá ser dominada por el espíritu del mundo, ni por su amor propio: su vida es una protesta contra el mundo, igualmente que contra sí misma. Hé aquí una simple descripcion de lo que muy luego llegaria á ser aquel que practicase semejante devocion. Quien busque con afan y de todas véras á su Dios, no tardará en convencerse de que nada hay en el mundo que merezca su exclusivo amor, y este ejercicio le librárá de los dos mayores enemigos de la vida espiritual.

Convenceríase igualmente de que tan dulce devocion le servia de poderoso valimiento para con Dios; sus oraciones comenzarian á despacharse más favorablemente que hasta aquí, y sus palabras tendrian una eficacia superior á sí mismas, á su talento, razonamientos y elocuencia. ¿Qué objeto existe digno de estimacion, si Dios no le ha bendecido? El poder espiritual es el único poder real, y sigue reglas distintas de los otros poderes de la tierra. Cuando San Vicente de Paul fundó la Congregacion de la Mision, díjole el P. Condren, Superior del Oratorio de Francia, y uno de los hombres más espirituales de su tiempo:—«¡Ah Padre mio! Veo que

esta es obra de Dios, que vive en ella el espíritu de Jesús, y que ha de tener un feliz resultado; las personas que la componen han nacido de humilde cuna, ninguna es letrada; y estas son las armas á que Dios da la victoria.» —Ved, pues, sobre qué principios tan contrarios á los del mundo fundaba su juicio ese buen Padre. San Felipe llegó á demostrar que todo su poder consistia en el alejamiento del mundo; y la obra de San Ignacio resúmese asimismo en una sola palabra, á saber: probó igualmente al mundo que el alejamiento era el alma de su grande obra. Comenzad desde luego á practicar esta devocion por la gloria de Dios ultrajada, y bien presto conoceréis, por medio de señales sensibles, que el Señor os asiste de una manera más especial que hasta aquí.

Finalmente, si quereis alcanzar el galardón de la perfeccion cristiana y llegar á ser unos Santos, escuchad esta historia; oid lo que aconteció á un sugeto, solo por haber impedido que se consumasen con actos externos dos pecados mortales. San Panucio habia vivido no pocos años en el desierto, donde á fuerza de desvelos y rigurosas penitencias tuvo la dicha de alcanzar su santificacion. Ocurrióle en cierta ocasion

una idea extraña, y se atrevió á manifestársela á Dios en la oracion: deseaba saber, quién había en el mundo que le igualase en santidad; pedíalo con simplicidad de corazón y verdadera humildad, y el Señor, por lo mismo, se dignó acceder á su demanda. Dijole, pues, que su santidad se igualaba á la de cierto gaitero de una aldea de Egipto, la cual le nombró. Resolvióse al punto el Santo á ir en busca de dicha persona. Apenas llegó á la aldea, lo primero que hizo fué preguntar por el gaitero, y respondieronle que estaba tocando en la taberna para divertir á los que se hallaban allí bebiendo. «¡Cosa extraña!» dijo para sí San Panucio. Sin embargo, fuése á su encuentro, y luego que llegó á verle, llamóle aparte, y le habló acerca de su vida espiritual y obras buenas que había practicado.—«¡Obras buenas! replicó el gaitero, no sé que yo haya hecho nunca nada bueno; solamente me acuerdo que allá, cuando yo era ladron, salvé el honor de una vírgen consagrada á Dios, y en otra ocasion entregué de limosna cierta cantidad de dinero á una doncella pobre que, por su extrema necesidad, ofrecíase á pecar.»—No bien acabó de hablar, cuando entendió el Santo que Dios había otorgado al gaitero gracias iguales á las

suyas porque movido de la gloria de su Hacedor llegó á impedir, durante su extragada vida de ladron, dos culpas mortales.

Pero no podemos ilustrar mejor la manera de hacer así efectivo como afectivo el dolor de las culpas ajenas, es decir, manifestarle tanto en deseos como en obras, sino poniendo aquí las prácticas recomendadas por un escritor espiritual (1) para los dias del Carnaval. Dichas prácticas llevan por título: *Devociones que las almas amantes de su Dios suelen practicar en los dias del Carnaval y en las otras épocas del año en que los mundanos acostumbran á ofender á Dios con más frecuencia.*

1.^a Durante esos dias, procurar poner más cuidado en abstenerse de cualquiera falta particular en que de ordinario solemos incurrir.

2.^a Aumentar el tiempo de nuestra oracion siquiera el espacio de un cuarto de hora.

3.^a Leer una hora, por ejemplo, en algun libro espiritual que excite en nosotros afectos piadosos, tales como *Las Confesiones de San Agustin*, *La Imitacion de Cristo* ó las *Vidas de los Santos*.

4.^a Affligir nuestro cuerpo con alguna nue-

(1) Lancis. De Præs. Dei, 81.

va penitencia, ó bien prolongar la que tengamos de costumbre.

5.^a Visitar en dichos dias con más frecuencia al Santísimo Sacramento; y concluidas que sean nuestras devociones diarias, procuremos excitarnos á tiernos afectos de compasion por nuestro Dios ofendido, á la manera que lo hacemos cuando visitamos á los amigos en tiempo de tribulacion para consolarlos y darles muestras del amor que les profesamos. Derramemos igualmente abundantes lágrimas, ó lamentemos, á lo ménos interiormente, las culpas de tales dias, en especial las de aquellos que, por razon de su estado y singulares beneficios que han recibido del cielo, deberian evitarlas con más esmero y escrupulosidad que los otros.

6.^a Á cada hora que dé el reloj, hacer un acto breve, pero fervoroso, de dolor por las culpas que se cometen durante dicha época: pueden practicarse semejantes actos doquiera nos hallemos, en el paseo, en la comida, etc., etc.

7.^a Por lo ménos tres veces al dia, con la mayor reverencia y el más vivo afecto del corazon, adoremos profundamente á la divina Majestad hácia las cuatro partes del mundo donde es Dios durante ese tiempo horriblemente ultrajado, deseando con adoracion tan amorosa

compensarle por todas las ofensas que le hacen en dichas regiones, deplorándolas, y pidiendo su remision y la conversion de los pecadores. Á ese fin ofrezcamos la Preciosa Sangre y los méritos de Jesucristo, tan agradables á Dios, y tan provechosos á los pecadores; así es como Santa María Magdalena de Pázzis obtuvo la conversion de no pocas almas encenagadas en la culpa.

8.^a Ejecutar nuestras buenas obras ordinarias con mayor cuidado, diligencia y fervor, señaladamente aquellas que se refieren más inmediatamente al culto divino. Porque si los mundanos son en tales dias más diligentes y activos que de ordinario para ofender á la divina Majestad, razon es que las almas amantes de su Dios se afanen y procuren, siquiera en la misma proporcion, ser más diligentes y fervorosas que de costumbre en sus buenas obras y culto divino.

9.^a Hacer una Comunión extraordinaria con objeto de aplacar á Dios y de honrarle por medio de tan amorosa reparacion.

10. Como son tantas las ofensas que se cometen durante este tiempo por excesos de comida y bebida, mortifiquemos un poquito más nuestro apetito en la cantidad y calidad de los manjares.

11. Siendo Dios singularmente ofendido en época semejante con palabras inmodestas, convengamos con algun amigo nuestro en gastar cada dia alguna hora hablando de cosas espirituales, exclusivamente para procurar á nuestro Dios y Señor un rato de inefable placer y dulce contentamiento.

12. Puesto que en dichos dias acostumbran igualmente los hombres á hacerse culpables de una ociosidad pecaminosa, esforcémonos en poner un exquisito cuidado para no malgastar malamente el tiempo; por manera, que aparte de la recreacion necesaria é inocente, no dejemos pasar inútilmente un solo instante del dia.

13. Aquellos que están ligados con algun voto, convendria le renovasen en tal época con nuevos actos de amor de Dios: devocion que fué sugerida por el Señor, al desposarse con Santa Catalina el Juéves ántes de Quincuagésima.

En Inglaterra, la época del Carnaval puede suplirse con los dias que siguen á las tres festividades de Navidad, Resurreccion y Pentecostes. Todos cuantos tienen á su cargo la direccion de las almas, saben por una dolorosa experiencia los horrores que se cometen entre nosotros durante dichas solemnidades, y señala-

damente en las dos últimas ; pero es tan difícil hablar enérgicamente contra las excursiones baratas, contra los viajes cortos de ferro-carril y otras miserias por el estilo, que no parece queda otro recurso sino la oracion y reparacion. Rogar porque llueva en tales dias, como que repugna ; pero puede impedir una muchedumbre de pecados. La pérdida de la modestia é inocencia en no pocas personas data de una festividad cristiana ; y son innumerables las almas que han naufragado en la inocente ribera comprendida entre London Bridge y Rosherville. Sépase, sin embargo, que en Inglaterra la falta de recreacion es causa de más pecados que su exceso. El judaismo carnal del sábado protestante celébrase principalmente con el fin perverso de obligar al pobre en cierta manera á encontrar su única diversion en la culpa manifiesta.

Existen tres bellísimas revelaciones con las cuales Dios se ha dignado darnos á conocer lo muy agradable que es su á divina Majestad semejante reparacion en tiempo de Carnaval. Una fué hecha á Enrique Suso, dominico, y las otras dos á Santa Gertrúdis. Hablaré solamente de una de las últimas, que es la que abraza el espíritu que con tantas ansias anhele resplandezca en todas las páginas de esta obrita. Dicha revelacion está

tomada del libro cuarto de sus *Insinuaciones á la Divina Piedad*.

Aparecióse el Señor á Gertrúdis el primer dia del Carnaval, sentado en el trono de su gloria, y teniendo á sus piés al Evangelista San Juan escribiendo en un libro. Preguntóle la Santa, qué era lo que escribia, y el Señor la respondió en nombre del glorioso Apóstol estas palabras:— «Estoy anotando con sumo cuidado las devociones que ayer me ofreció tu Congregacion, y todas las que piensa ofrecerme en estos dos últimos dias: y cuando Yo, á quien el Padre confiara todo el juicio, dé á cada uno despues de su muerte *buenza medida* en galardón de sus buenas obras, y añada ademas la medida *apretada* de mi saludable Pasion y Muerte con que es ennoblecido el mérito humano, presentaré entónces á mi Padre por medio de este escrito todas estas devociones, para que con la omnipotencia de su paternal misericordia sobreañada igualmente su medida *colmada* en justa recompensa por los beneficios que me habeis prestado en esta cruda guerra que ahora me están haciendo los mundanos. Porque si ninguno me iguala en fidelidad, no es posible que deje de premiar á mis bienhechores, viendo que hasta el mismo Rey David, á pesar de haberse siempre mostrado

agradecido á sus bienhechores; todavía al morir y confiar el reino á su hijo Salomon, hablóle de esta manera: *Mostrarás tu reconocimiento á los hijos de Bercelai galaadita, y comerán á tu mesa, porque salieron á mi encuentro y me socorrieron cuando iba huyendo de Absalon, tu hermano.* Agradécese más el favor que se dispensa á los hombres en la adversidad, que aquellos que les son otorgados en tiempo de prosperidad; y así igualmente sucede Conmigo: mayor es mi reconocimiento á la fidelidad que mis hijos me profesan cuando el mundo me persigue con cruel encarnizamiento.»

El bienaventurado San Juan, sentado y escribiendo, parecia que unas veces mojaba su pluma en un tintero que tenia en las manos, y formaba con ella letras negras; mojábala otras en la amorosa llaga del Costado de Jesús que tenia abierto delante de sus ojos, y escribia letras encarnadas; y otras, en fin, se le veia iluminar las encarnadas con tinta negra ó dorada. Entendió luego la Santa que las letras negras significaban aquellas obras que practicaban las religiosas por costumbre, como el ayuno que suele comenzar este lunes; las letras rojas significaban las obras que se hacian en memoria de la Pasion de Jesucristo para bien de la Iglesia; las

medio encarnadas y negras representaban las obras hechas en memoria de la Pasion del Señor para alcanzar de Dios la gracia y demas dones sobrenaturales necesarios á nuestra salvacion; y las letras, por el contrario, rojas y doradas, simbolizaban aquellas obras que en union con la Pasion del Salvador se ejecutaban exclusivamente á la mayor gloria de Dios y salvacion de todo el género humano, renunciando á todo mérito, favor ó recompensa, y no proponiéndose otro objeto que alabar y glorificar á nuestro Dios y Señor. Porque si bien las primeras merecen un rico galardón, aquellas que se ejecutan solamente en alabanza de Dios, son de mayor mérito y excelencia, y confieren á quien las practica un aumento infinitamente más grande de dicha eterna.

Observó asimismo Gertrúdis que á cada dos párrafos quedaba un lugar en blanco, y suplicó al Señor se sirviese decirla qué significaban semejantes claros:—«Como en tales dias, replicó el Salvador, teneis la piadosa costumbre de servirme con deseos y fervorosas oraciones en memoria de mi Pasion, he cuidado de anotar todos esos deseos y palabras; y eso es lo que forma los dos párrafos escritos en el libro. El lugar en blanco significa aquellas obras que, á diferen-

cia de los deseos y palabras, no acostumbrais á practicar en memoria de mi Pasion santísima.—¿Cómo, repuso la sierva de Dios, cómo, amorosísimo Señor mio, podremos nosotras hacer loablemente semejante cosa?—Guardando, la dijo, fielmente, en union con mi sagrada Pasion, los ayunos, vigiliass y demas observancias de la regla, y ofreciéndome la mortificacion de vuestro oido y lengua en union con aquel amor con que refrené todos mis sentidos durante mi Pasion. Una sola mirada mia hubiera podido aterrar á todos mis enemigos; una palabra de mis labios habria bastado para convencer de impostura á todos cuantos me contradecian, y permanecí, sin embargo, como un cordero que conducen al matadero, la cabeza humildemente inclinada, clavados los ojos en tierra, y no abriendo mi boca delante del juez, para defenderme de los falsos cargos que sé me hacian.—La Santa, al oir al Señor expresarse de esta suerte, vivamente conmovida le respondió:—¡Enseñadme, O Vos, el mejor de los maestros, al ménos una sola cosa que pueda exclusivamente hacer en memoria de vuestra Pasion!—Adopta, pues, la contestó el Señor, la costumbre de rogar á Dios mi Padre, en favor de la Iglesia universal, con los brazos en

cruz, expresando así la forma de mi Pasion santísima, y practícalo de esta manera en union con aquel amor con que Yo extendí los mios sobre el madero de la Cruz.—Pero como esta devocion es poco comun, repuso Gertrúdis ¿no será preciso que busque lugares secretos dónde practicarla?—Compláceme sobremedera, replicóla á su vez el Señor, semejante costumbre de buscar los lugares ocultos, y es un nuevo adorno á la obra, como la perla en un collar. Si alguno, no obstante, se resolviese á practicar esta devocion de rogar con los brazos extendidos, segun se usa comunmente, no tema entónces ninguna contradiccion, y sepa asimismo que me rendirá un honor idéntico al que se tributa al rey cuando es solemnemente coronado.»

Y bien ¿qué es por lo que yo ahora estoy abogando? Solamente por este único objeto, á saber: porque no abandoneis la gloria de Dios, como si fuese un negocio que no os concierne, y no mediase vínculo alguno de union entre Él y vosotros. Hé ahí todo cuanto yo os exijo. Dios va á daros en herencia la gloria divina por toda la eternidad ¿y será posible que vivais acá en la tierra como si no os ligase á ella lazo alguno? ¡No! ¡no! porque sus

intereses os tocan muy de cerca; su triunfo es vuestro triunfo, y su derrota es vuestra derrota. No podeis vivir alejados de la causa de Jesús, ni siquiera es posible que guardéis respecto á Dios una especie de neutralidad armada, supuesto que deseais, tan luego como os llegue la muerte, uniros á Él eternamente con el estrechísimo abrazo de su inefable amor, sin pasar un solo instante en el purgatorio, Tal es, sin embargo, el proceder de no pocos católicos. De todo se cuidan, ménos de la gloria divina é intereses de Jesús. ¿Concíbese cosa más irracional, ni más ruin y egoista? ¿Y os maravillais todavía de los escasos frutos espirituales que recogemos? Bien poco, ciertamente, nos parecemos á gentes que han venido á poner fuego á la tierra, y que se lamentan porque no arde. ¡Ah Jesús mio dulcísimo! ¡Estas sí que son tus más crueles heridas! Concibo fácilmente las llagas ensangrentadas de vuestras manos y piés, y vuestras rodillas magulladas, y vuestros hombros desollados, y vuestras espaldas desgarradas, y vuestra cabeza llena de agudas espinas y la horrible abertura de vuestro Costado. ¡¡¡Pero estas heridas!!! ¡las heridas de la negligencia, de la frialdad y del egoismo! ¡las heridas de los pocos que fueron fervorosos

y ahora son tibios! ¡las de la muchedumbre que nunca fué fervorosa, y no puede reclamar siquiera el título odioso de tibia! ¡las heridas que recibes en la casa de tus mismos amigos! ¡Hé ahí las heridas que debemos lavar con nuestras lágrimas, y cicatrizar con el bálsamo de una afectuosa y tierna compasion! ¡Jesús mio dulcísimo! apenas puedo creer que seáis Vos quien sois, viendo cómo os ultrajan vuestros mismos hijos! Pero mi propio y perverso corazon descúbreme ¡ay! los insondables abismos de la humana tibieza, y la inconmensurabilidad de su ingratitude. Los últimos capítulos de los cuatro Evangelios no parecen sino una burla amarga contra los fieles.

Ademas, vivimos como si petulantemente quisiéramos expresarnos de la manera siguiente: «Y ¿qué le hemos de hacer? Nosotros no podemos remediarlo. Si Jesús quiso obrar de esa suerte, es negocio que á Él solo incumbe: nosotros no necesitábamos más que una simple ab-solucion. Para salvarnos y arribar á el puerto dichoso de la gloria, nos hubiera bastado una máquina cualquiera, una locomotora del menor coste posible. En nuestra opinion eso, y no otra cosa, era lo único que se requería. Vosotros, gente devota, efectivamente seguís la senda de la reli-

gion: no es fácil que podamos nosotros definir el entusiasmo; pero vosotros, sin duda alguna, sois entusiastas, es decir, sois todo corazón, y no cabeza. La mera fogosidad no suplirá jamás el talento: el fervor, no es teología; otras cosas hay que hacer en la vida más que ir á Misa y confesarse. ¿Cómo hemos de poner nuestra confianza en gente que se deja llevar del entusiasmo religioso? Toda esa encarnación de un Dios, y todo ese romance del Evangelio, y todos esos sufrimientos superfluos, y todo ese derramamiento prodigo de sangre, y todo ese exceso de humillaciones, y todo ese servicio de amor, y toda esa exuberancia, en fin, de dolorosa compasión, á decir verdad, nos son enojosas: apenas podemos comprender semejantes prodigios. Parece que la cosa pudo haberse hecho de otra manera, pues al cabo, fué un asunto entre deudor y acreedor. No todos son poetas, ni todos aficionados al romance. Aquí debe ocultarse, á no dudarlo, algún fraude. Dios es muy bueno, y su amor excelentísimo en su línea; nos ama con entrañable amor, y por supuesto que nosotros le amamos también. Pero francamente, con un poco de sentido común práctico, alguno que otro precepto razonable y la más estricta observancia de nuestros deberes respectivos ¿no podríamos poner algun

tanto á un lado, salvo el mayor respeto posible, esa maravillosa mitología del amor cristiano, é ir al cielo por una senda llana, corta, suave y trillada, más en consonancia con nuestro carácter de hombres y nuestra dignidad de europeos? *Si la raza anglo-sajona pecó efectivamente en Adán*, razon es que suframos las consecuencias; mas repárese esa caída por un medio fácil y agradable, y con ese buen sentido que tanto aprecian las gentes cultas.»

¡¡¡Bien!!! Pues si así debe ser, no me resta á mí otra cosa sino repetir aquellas valientes palabras de Santa María Magdalena de Pázzis: «¡Oh, Jesús mio! Vos habeis hecho el papel de tonto por el amor!»

¡Pobre gloria divina desolada! ¡Tú eres un expósito en la tierra! ¡Ninguno quiere reclamaros! ¡ninguno reconoce parentesco alguno contigo, ni os da hospedaje en su casa! Frio como es el mundo, y desapiadado por sus crímenes enormes, tú yaces gritando á nuestras puertas, y ninguno te atiende, ni se compadece de tu triste suerte! ¡Pobrecita gloria abandonada! ¡La tierra fué criada para que fuese morada tuya así como lo es el cielo; pero han venido ladrones de todas partes, y ya no encuentras senda alguna segura á lo largo de nuestros caminos! To-

davía, sin embargo, existen unos cuantos de entre nosotros que hemos jurado al cielo recibirte ahora mismo en nuestra propia casa, como San Juan recibió en la suya á María: *Desde hoy nuestra sustancia es tu sustancia, y tuyo todo cuanto poseemos.*

CAPÍTULO IV.

ORACION DE INTERCESION.

Medios que concurren á la salvacion de una alma.—
Qué envuelve su salvacion.—Misterio de la oracion.
—Vision de Santa Gertrúdis sobre el Ave-Maria.—
Aplicacion de los tres instintos de los Santos á la
práctica de la intercesion.—Por quienes debemos
interceder:—1.º por los que están en pecado mor-
tal—2.º por los tibios—3.º por los Santos que se
hallan todavía en la tierra—4.º por los atribulados
—5.º por nuestros bienhechores—6.º por los que
aspiran á la perfeccion—7.º por el aumento de la
gloria accidental de los bienaventurados del cielo
—8.º por los ricos y nobles.—Tiempo, lugar y mé-
todo de la intercesion.—El gozo y la exencion de
la vanagloria, frutos de la oracion de intercesion.

SECCION I.

Salvacion de una alma.

Veamos lo que concurre á la salvacion de una alma, y qué va envuelto en esta su salvacion. En primer lugar, para la salvacion de una alma, fué absolutamente necesario, segun los desig-nios de la providencia, que Dios se hiciese hom-bre. Para la salvacion de esa sola alma fué ab-solutamente necesario que Jesús naciese, y

enseñase, y obrase, y rogase, y mereciese, y satisfaciese, y sufriese, y derramase su Sangre, y muriese. Por esa alma única fué necesario que existiese una Iglesia católica, y fe, y Sacramentos, y Santos, y Papas y Sacrificio de la Misa. Por ella fué necesario que hubiese un don sobrenatural, participacion maravillosa de la naturaleza divina, llamado gracia santificante; y que sobre este precioso don celestial se acumulasen actos amorosos y dulces impulsos de la voluntad divina, en forma de numerosas y variadas gracias actuales, prevenientes, cooperantes, subsiguientes y eficaces; de lo contrario, la salvacion de esa alma es imposible. Para salvacion suya fué necesario que hubiese mártires que muriesen, doctores que escribiesen, Papas y concilios que expusiesen y condenasen la herejía, misioneros que viajasen y obispos que ordenasen. Acabadas todas estas preparaciones, y criada esa alma de la nada, por un acto misericordioso de la omnipotencia divina, es asimismo necesario designarla un Ángel que la guarde; Jesús debe dirigir en favor suyo todos sus cuidados y desvelos; María tiene que tomar por ella un grandísimo interes, y todos los Ángeles y Santos es preciso tambien que por ella rueguen, y por ella intercedan sin descanso y con encendi-

do fervor de su corazon. Á cada buen pensamiento, obra piadosa y acto devoto, que muy luego llegan á ser innumerables, menester es igualmente que concurra la gracia, maravillosa participacion de la naturaleza divina. Es ademas indispensable ahuyentar del lado suyo los espíritus malignos que la persiguen, y embotar los tiros que contra ella asesten. Toda tentacion que experimente, causará á los abogados que tiene en el cielo una emocion más ó ménos profunda. Todo atributo divino preciso es que legisle á su favor, hasta el punto que pueda decirse que juega con todos ellos, como quien toca las teclas de un instrumento músico. Requiere tambien para salvacion suya que reciba la Preciosa Sangre por medio de Sacramentos inefables, llenos de misterios, é instituidos en sus materias y formas por el mismo Dios Señor nuestro. Toda clase de objetos, el agua, el óleo, las luces, la ceniza, los rosarios, los escapularios, las medallas etc, adquirirán, para su aprovechamiento, un asombroso poder por las bendiciones de la Iglesia. Es menester igualmente que reciba el Cuerpo, Alma y Divinidad del Verbo encarnado con tal frecuencia, que llegue á ser para ella la cosa más ordinaria, aunque cada vez que comulgue ejecute realmente

una accion todavía más estupenda que la misma creacion del mundo. Dicha alma hablará al cielo, y allí será oida y obedecida; se servirá de las satisfacciones de Jesús, como si fuesen suyas propias; y bajará al purgatorio, y arrancará sus candados y cerrojos, y escogerá y sacará de allí al hermano suyo que más la agrade. Semejante alma está siempre tan cercana á Dios, y sus potencias son un lugar tan sagrado y privilegiado, que nadie sino Él mismo puede infundirlas la gracia; ni los Santos, ni los Ángeles, ni la misma Madre de Dios, bendita por todos los siglos. Para la salvacion, por último, de esa alma, es preciso que sea hija de Dios, y hermana de Dios, y que participe de la naturaleza divina.

Hé aquí, pues, todo lo que concurre á la salvacion de una alma: veamos ahora, qué es lo que envuelve esta su salvacion. Mirad allá á lo léjos aquella alma que acaba de ser juzgada: Jesús ha hablado en este mismo instante; todavia resuena el eco de sus dulces palabras, y aún no han concluido los que la lloran de cerrar los ojos de su cuerpo exánime; pero el juicio ya se hizo; todo está acabado: fué momentáneo, pero misericordioso; más que misericordioso. No hay palabras con que encarecerlo; menester es que nos lo imaginemos. Un dia ¡Dios lo quiera! lo sabre-

mos por experiencia propia. Preciso es que esa alma sea bastante vigorosa para soportar lo que ahora está sintiendo. Si Dios no la sostuviese, seguramente que volvería á la nada de donde sa-
hiera. Acabóse la vida; y ¡cuán corta ha sido! Pasóse igualmente la muerte; y ¡cuán fácil cosa es sobrellevar su rigor pasajero! ¡cuán cortos los trabajos! cuán ligeras las congojas! cuán livianas las angustias y aflicciones! Algo la acaba de acontecer en este mismo instante, que ha de permanecer con ella por toda la eternidad. Jesús lo ha dicho, y así no puede cabernos la menor duda. ¿Y cuál es ese algo? Ni el ojo ha visto, ni el oído ha oído: esa alma está viendo á Dios. Ante sus ojos se extiende una eternidad sin límites; las tinieblas desaparecieron de su vista; la flaqueza se ha sepultado bajo de sus piés; el tiempo que la aprisionaba se desvaneció como el humo; no hay ya en ella ignorancia alguna: ve al Eterno. Su inteligencia está inundada de resplandores inefables, anegada de gloria y sumergida en esa Vision, en cuya comparacion la humana ciencia es una grosera estupidez. Su voluntad rebosa de amor, y una dicha incomparable penetra todos sus afectos. Á la manera que la esponja está llena de agua, así esa alma está ahora llena de luz, y de

hermosura, y de gloria, y de arrobamientos, y de inmortalidad y de Dios. Pero estas no son sino palabras necias, más livianas que la pluma y más ligeras que el agua que corre: no son ni sombra siquiera de las dulzuras que disfruta. El ojo no ha visto, ni el oído ha oído, ni el entendimiento humano ha concebido jamás una felicidad semejante. ¡Y esa misma alma hace un momento gemía en un mar de aflicciones; era flaca y débil, cual niño enfermizo!

Pero no es esto solo. Allá en el cielo no corre el más ligero riesgo de perder nada de cuanto posee: todo es seguro, todo suyo, enteramente suyo, inenagable y por toda la eternidad. El pecado no puede acercarse á ella, ni la inquietud perturbarla, ni las imperfecciones vivir á su lado. No conoce ningún cambio, aunque su variedad sea infinita; ignora toda suerte de desigualdad, á pesar de sus numerosos goces é innumerables dulzuras; es coronada reina, y por toda la eternidad. El imperio de tanta magnificencia y grandeza ¡á cuán bajo precio lo ha comprado! Solo aquellos desvelos y cuidados pasajeros de la vida, que la gracia cambiaba en contentamientos inefables, y el amor en verdaderos placeres! ¡Y ahora va á gozar de la gloria y encantos de la Vision eterna!

Creeríalo todo un sueño; pero la maravillosa calma que disfruta, descúbrela los abismos de las excelencias y grandezas de su nueva vida: el testimonio de su propia conciencia es la prenda de su dicha é inmortalidad. Tal es todo lo que va envuelto en la salvacion de una alma. ¡Cuán digno, pues, de asombro no es el mundo, si tenemos presente la muchedumbre de personas que mueren á cada momento del dia y de la noche; y probablemente no se pasará un solo instante, en que deje de hallarse alguna alma en situacion semejante, es decir, juzgada, sentenciada favorablemente su causa, y abiertos sus ojos á la hermosura y bondad incommunicables del Altísimo! ¡O miseria y desdicha! ¡O desdicha y miseria! Hé aquí las únicas palabras que nuestros labios pueden pronunciar al fijar la consideracion en nuestros infructuosos afanes, y molestas tentaciones, y fastidioso egoismo, y enojosa ruindad y bajeza para con nuestro Dios y Señor. ¡Ya murió aquella persona; ya está juzgada, y todo la ha salido á las mil maravillas! ¡Oh que felicidad tan incomparable la suya! ¡Y nosotros todavía aquí! ¡y corriendo un riesgo inminente de perdernos, y perdernos para siempre! ¡O desdicha y miseria! ¡O miseria y desdicha!

¡Pero hace unos momentos, y esa alma aun no estaba segura! Habíase empeñado una desesperada lucha; reñíase una batalla campal entre el cielo y el infierno, y el cielo parecia que iba á sucumbir! El moribundo fué bastante sufrido para merecer cuanto merecerse podia; pero puso Dios el último don, la última gracia, la perseverancia final, fuera del alcance del mérito; y hé ahí por qué se creia que daba la victoria al enemigo. ¡Momento terrible! ¡Todo estuvo en peligro! ¡En peligro estuvo de perderse, y perderse para siempre, todo cuanto se obrara en favor de la salvacion de dicha alma desde la eternidad hasta ese instante espantoso; é igual riesgo corrió asimismo de no lograrse jamas cuanto va envuelto en su salvacion! ¿Concíbese, pues, un peligro mayor? ¡Y Jesús se encontraba allí presente, observando las alternativas de la batalla y esperando su resultado: en medio del profundo silencio del momento se hubieran oido los latidos del Sagrado Corazon! Habia suspendido el decreto en cuya virtud, y por los merecimientos suyos, podemos nosotros merecer tambien; y si bien Él mismo nos ha merecido el don de la perseverancia final, no parecia sino que en aquel instante habíale abandonado á la soberanía augusta de su divina

Majestad, y resignado en manos de la infinita y excelsa omnipotencia de la Trinidad Beatísima. Una sola ley es exceptuada de esa especie de cesion: la ley de la oracion, la oracion de intercesion. Ora seas amigo ó pariente de semejante persona moribunda, ora enemigo suyo; ya seas su cura, ya su maestro ó bienhechor; bien seas vecino suyo, ó ya te encuentres á mil leguas de distancia de su mansion; ya le conozcas, ó no sepas si existe, ni soñado siquiera en su agonía, nada importa: el negocio de su salvacion está en tus manos. Jesús ha ordenado que tú y no Él, si es lícito expresarme así, es quien ha de salvar á dicha alma. Tú eres el escogido para completar todo cuanto ha concurrido á su salvacion, y tú asimismo el elegido para coronar la obra de lo que va envuelto en la salvacion de esa alma. Quizá nunca llegues á saberlo hasta que seas juzgado en el tribunal del Juez soberano; pero en la comunión de los Santos y en la unidad de Jesús, á tí se te ha destinado para que seas el salvador de esa alma desconocida, el vencedor de batalla tan indecisa.

SECCION II.

Misterio de la oracion.

¿Pero qué es la oracion? ¿qué es el misterio de la oracion? Nos es preciso hacer semejante pregunta, si efectivamente la oracion envuelve tan grande responsabilidad, si es cierto que obra tales prodigios, y si es asimismo indudable que tenemos la obligacion de pedir por los demas igualmente que por nosotros mismos. Varias son las consideraciones que pueden contribuir á hacernos formar una idea exacta de la oracion. Primeramente consideremos quién es el que ruega. Ninguno ha podido tener un origen más innoble que el nuestro. Fuimos criados de la nada, y vinimos al mundo con el borron é ignominia de la culpa en nuestras almas, y con la pesada carga de una pena espantosa, que un llanto eterno no seria capaz de alijerar. Á esta desgracia nuestra original hemos añadido toda suerte de faltas y pecados, de traiciones y rebeldías, de rabia y desesperacion: no hay palabras con que encarecer nuestra malicia y crasa ignorancia. Todo fué vil en nosotros desde el principio, y la perversidad de nuestro corazon lo ha hecho

inconmensurablemente más vil todavía. No es fácil que lleguemos á creernos más malos de lo que somos: por eso ha sido preciso imponernos el deber de ser pacientes y sufridos con nosotros mismos, así como con los demas. Consideremos ahora quién es Aquel á quien pedimos. Él es el Rey de la majestad, el inmenso y omnipotente Dios, fuera del cual no se concibe nada más bueno, ni más santo, ni más puro, ni más augusto, ni más adorable, ni más misericordioso, ni más compásivo, ni más incomprensible, ni más inefable. Él es Tres Personas realmente distintas en unidad de esencia, y en Él vivimos, nos movemos y existimos. Él puede hacer de nosotros todo cuanto le agrade, y no tiene para con el hombre otras obligaciones que aquellas que en su misericordia é infinita bondad se ha servido imponerse á Sí mismo. Él todo lo sabe sin necesidad de que se lo manifestemos, y conoce cuanto nos es necesario, ántes de que lleguemos á pedírselo; pero es voluntad suya no socorrernos, si primero no se lo pedimos. Consideremos asimismo dónde hemos de hacer nuestra oracion. Sea ó no un lugar consagrado se halla en Dios mismo. Vivimos en Dios como los peces dentro del mar. Su inmensidad es nuestro templo, su oído está unido á nuestros la-

bios, los toca: no lo sentimos, ciertamente, porque si así fuese, caeríamos muertos en el acto. El pensamiento habla á este oído divino, que siempre está escuchando, tan alto como las palabras, y los sufrimientos más alto todavía que las palabras mismas: jamas se separa de nuestros labios, y en él respiramos, hasta cuando soñamos y dormimos.

¿Y de dónde nace el valor de nuestras oraciones? Estas no son más que palabras huecas y peticiones fugitivas: nada hay en nosotros que pueda contribuir á que se nos escuche, á no ser el exceso mismo de nuestra bajeza y el colmo de nuestra miseria. Efectivamente ¿qué serian nuestras oraciones al oído del Criador sino el ruido del leon, el graznido de la grulla, ó el quejido del animal acosado por el cazador? El valor de nuestras oraciones nace principalmente de haberse dignado el mismo Dios hacerse hombre, viviendo á la inclemencia de los montes, y pasando allí noches enteras en oracion. Nos une Consigo mismo con estrechísima lazada; hace suya nuestra causa, nuestros sus intereses, y somos una cosa con Él. Por medio de una comunicacion misteriosa, sus oraciones se mezclan y confunden con las nuestras, la riqueza de las suyas enriquece la pobreza de las nuestras, y la

infinidad de las suyas toca, y eleva, y engrandece la ruindad y miseria de las nuestras. Así es que cuando oramos, no somos nosotros quienes lo hacemos, sino Él quien ruega por nosotros. Hablamos al oído de nuestro Padre celestial, y no es nuestra voz, sino la voz de Jesús y María, la que Aquel escucha. Ó más bien; el Eterno Padre quiere tener la dignacion de ser como el ciego Isaac en su vejez. El hijo menor autorizado para representar á su hermano mayor, arrodillase ante su Padre para que le dé su bendicion: *La voz, cierto, es la voz de Jacob,* y no es este á quien quiero bendecir; *pero las manos son manos de Esau,* encallecidas con las faenas de la redencion del mundo. Y le dice el Eterno con Isaac: *Llégate á Mí, y dame un beso, hijo mio;* y luego que percibe la fragancia de sus vestidos, que son la estola de Cristo, bendiciéndole, exclama: *Hé aquí el olor de mi hijo, como el olor de un campo,* y cólmale de bendiciones.

Pero no acaban aquí las finezas y artificios de su amor paternal. Preciso es que averigüemos ahora quién es Aquel con quien rogamos. Jamas lo hacemos solos, siempre que pidamos como es debido: esto es indudable. Hay Uno que vive en nosotros, igual y coeterno Dios, que pro-

cede del Padre y del Hijo, y Él es quien *forma las palabras en nuestro corazon, y pone en música nuestros clamores, cuando decimos ¡Abba, Padre!* Él es nuestro acceso al Padre, y quien llena de fortaleza nuestro corazon. Él nos hace hablar, y nos recrea con salmos, y con himnos, y con canciones espirituales, cantando y loando al Señor en nuestro corazon, dando siempre gracias por todo á Dios el Padre en nombre de nuestro Señor Jesucristo. Él es el Espíritu por quien hacemos en todo tiempo continuas oraciones y plegarias; por Él mismo velamos con todo empeño é instancia en favor de los Santos, y Él ayuda nuestra flaqueza, porque no sabríamos pedir como conviene; pero el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inenarrables; y Aquel que penetra á fondo nuestros corazones, sabe lo que desea el Espíritu.

Consideremos igualmente la facilidad increíble de la oracion. Es conveniente todo tiempo, lugar y postura, pues no hay tiempo, postura, ni lugar en que no podamos confesar reverentemente la soberana presencia de Dios. Para la oracion no es necesario el talento, la elocuencia está demas y la dignidad no es recomendacion, porque la necesidad es nuestra elocuencia y la miseria nuestra mejor recomen-

dacion. El pensamiento es veloz como el relámpago, y con la velocidad misma del relámpago puede multiplicar oraciones eficaces. Ruegan así las acciones como los sufrimientos; y en la oracion no se necesitan ceremonias que hacer, ni rúbricas que guardar. Exprésase toda la funcion con una sola palabra, á saber: el niño á las rodillas de su padre balbuceando palabras sueltas é incoherentes, y su faz expresiva abogando mejor que su oracion confusa é ininteligible.

Consideremos tambien la eficacia de la oracion. Únicamente debemos pedir cosas justas, y pedir las con asiduidad y perseverancia, creyendo firmemente que nos serán concedidas, no conforme á la pobreza de nuestras ruines intenciones, sino segun la riqueza, y sabiduría, y munificencia de Dios: como así lo hagamos, infaliblemente las recibiremos. Dios está á nuestra disposicion. Otórganos cerca de su persona una influencia casi ilimitada, y no una ni dos veces, ni solamente en las fiestas y ocasiones extraordinarias, sino en todos los instantes de la vida. ¿Existe, pues, un misterio de la gracia más dulce que el misterio de la oracion? Cuéntase que á cierta sierva de Dios encomendaban diferentes personas, que acudian de todas partes, se

sirviese hacer oracion por algunos negocios suyos. Ella respondia que sí haria, pero olvidábase despues: estaba abismada en altísima contemplacion, y no pensaba más que en complacer al Esposo de su alma. Todo sin embargo cuanto la encargaban, sucedia á pedir de boca. Volvian las gentes á darla gracias como si por sus oraciones lo hubiesen alcanzado, y ella quedaba asombrada y confundida. Un dia fué á Jesús, y en un éxtasis formó de Él amorosa querella. «Mira, hija, replicóla nuestro Señor dulcísimo: como tu voluntad está enteramente resignada en mis manos, y no quiere hacer sino la mia, aunque por olvido no me pidas particularmente, quiero, sin embargo, hacer lo que tú desearias se hiciese.» ¡Ved, pues, qué Señor es este con quien tenemos que habérnoslas!

Últimamente, permítenos Dios que roguemos no solamente por nosotros mismos, sino tambien por los demas; más aun: nos manda expresamente que intercedamos por nuestros prójimos. Por boca de su Apóstol nos habla en esta forma inusitada:—«Recomiendo ante todas cosas que se hagan súplicas, oraciones, intercesiones y acciones de gracias por todos los hombres.» (1) Y

(1) I Tim. II. 1.º

en el pasaje arriba citado del capítulo octavo de la carta á los Romanos, donde dice: *El que escudriña los corazones conoce bien lo que desea el espíritu*, añade: *porque pide por los Santos segun Dios*. Por tanto el privilegio inestimable, el don misterioso de la oracion, se nos otorga no solamente para remedio de nuestras necesidades, si que tambien para utilidad espiritual de nuestros hermanos. ¡Oh qué cuenta tan estrecha tendremos que rendir un dia por tan grande favor! ¡Qué solicitud no deberia ser la nuestra, para no poseer en vano don semejante! Podrá Dios no habernos dado otros talentos; pero por lo que hace al de la oracion, ciertamente que nos le ha concedido. Para el ejercicio de la oracion no hay distincion de personas: jóvenes y ancianos, ricos y pobres, sabios é ignorantes, sacerdotes y legos, todos tenemos la obligacion de practicar la oracion de intercesion. ¡Ay de nosotros si escondemos este talento, y nos atrevemos á devolversele al Juez supremo sin haber con él negociado! Examínese, pues, cada cual á sí mismo, y vea qué tiempo ha consagrado hasta aquí á dicha devocion, y si bajo este respecto el pasado es enteramente como quisiera que hubiese sido. La oracion continua es un precepto difícil, que

únicamente podemos llegar á cumplir con el tiempo y el hábito, no ménos que con el auxilio de la gracia y especial favor del cielo: Pero lo que desde luego hemos de procurar, es aumentar nuestra oracion á medida que vayamos creciendo en edad, y que cuanto mayor sea nuestra oracion, mayor sea asimismo nuestra solicitud por elevarla á la categoría de intercesion en favor del alma de nuestros hermanos.

Acaso nunca, miéntras nos hallemos en el mundo, realicemos el poder celestial de la oracion, ni descubramos todas las sobreabundantes riquezas de ese tesoro, de que ahora ¡ay! hacemos tan poco caso, sin considerar que por él se nos pone, digámoslo así, la gloria de Dios en nuestras manos. ¡Cuánto no podríamos hacer auxilios de la oracion de intercesion! ¡Qué maravillas no podríamos obrar, por mediacion suya, en el rincon más oculto de la tierra, en las tenebrosas mansiones del purgatorio, y en los magníficos y regios salones de la Jerusalem celestial! Pero ya se ve: los tiempos en que vivimos son contrarios á la oracion; el espíritu del siglo se opone á ella, y las costumbres de nuestros contemporáneos se declaran formidable enemigo suyo. ¡Oh! pues fe en la oracion! ¡solo fe en la oracion! ¡fe en la simple oracion! y los intereses

de Jesús se extenderán por el mundo cual conquistadora benéfica, y la gloria divina cubrirá la tierra como el inmenso piélago de aguas cubre el fondo del mar, y los coros de almas redimidas se aumentarán más y más cada día, hasta el punto de que el Divino Pastor, si no fuese quien es, caería abrumado con la pesada carga de su fecunda Pasion!

Ábrense á veces los cielos, y nos envían un vislumbre de este poder de la oración. Ved cómo la fueron abiertos á Santa Gertrúdis (1). Declárala el Señor, que cuantas veces reza un cristiano devotamente la salutación angélica, otras tantas brotan del seno del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo tres impetuosos arroyuelos, que van á penetrar dulcemente el Corazón de la santísima Virgen. Luego, saliendo de su Corazón con igual impetuosidad, buscan su origen, y estrellándose al pie del trono de Dios, cual ola embravecida contra una roca, déjanla poderosísima según el Padre, sapientísima según el Hijo, y llena de amor según el Espíritu Santo. Mientras uno está diciendo el Ave-María, corren estos arroyuelos con grande impetuosidad al rededor de la santísima Virgen, inúndanla, y

(1) Rev. lib. IV, cap. 12.

vuelven en seguida á precipitarse sobre su Corazon Santísimo. Con tan maravillosa delectacion, son palabras de la Santa, van á buscar primeramente su origen, y retrocediendo despues, resuélvense en gotas brillantes de gozo, y dicha, y salvacion eterna, se derraman, cual lluvia benéfica, sobre todos los Ángeles y Santos, y hasta sobre aquellos que se ocupan entónces en rezar la misma salutacion; y de esta suerte llegan á renovarse en cada uno todos los bienes que recibiera hasta el presente por medio de la Redencion. ¡Y cuán fácil cosa es rezar una devota Ave-Maria! Y si esto acontece con la salutacion angélica ¿qué maravillas no obrará el Padrenuestro, Credo, oraciones de la Misa y jaculatorias del Evangelio? ¿Sabemos nosotros qué es lo que estamos haciendo, y dónde nos hallamos, y qué es lo que nos rodea, y hasta qué punto se extiende nuestra influencia, y dónde acaba nuestra responsabilidad? ¿Hemos por ventura medido nuestros privilegios, y tomado la altura de nuestra dignidad, y sondeado los abismos de la gracia? ¡Ay! ¡Estamos sitiados por nuestra propia grandeza, y no lo conocemos! ¡Obramos milagros, y lo ignoramos! ¡Removemos los cielos, y vivimos en la tierra sin pensar en ello siquiera! ¡El misterio es para nosotros impenetrable, el problema de-

masiado difícil, y lo sobrenatural enteramente opresivo! Réstanos no obstante un consuelo, y es, que si amamos á Jesús con recta intencion y puro amor, ejecutaremos con perfeccion todas las cosas, y usaremos de todas nuestras facultades y poderes, y cumpliremos todas nuestras obligaciones, y subiremos á la cumbre de la perfeccion y agotaremos todas las bendiciones del cielo. Sea, pues, nuestro nacimiento, y nuestra vida, y nuestros movimientos, y nuestra respiracion, y nuestras palabras, y nuestras obras, y nuestros pensamientos, y nuestros goces, y nuestros pesares, y nuestros trabajos, y nuestro reposo, y nuestra dicha y nuestra tribulacion, *todo por Jesús*; y no necesitaremos ocuparnos de ningun otro pensamiento, ni de ninguna otra regla. No se desperdiciará entónces un solo átomo de lo que somos, de lo que hemos recibido, de lo que sufrimos y podamos hacer en lo sucesivo. Así, todos los actos deliberados serán por Jesús; todos los indeliberados por Jesús tambien; todas las cosas posibles por Jesús; y si para uno pudiese haber algo imposible en Cristo, hasta lo imposible debería igualmente ser *todo por Jesús*.

SECCION III.

Aplicacion de los tres instintos á la práctica de la oracion de intercesion.

Pero apliquemos nuestros tres instintos de la vida devota á la práctica de la oracion de intercesion. Si de véras amamos á nuestro Padre celestial, nos sentiremos suavemente impulsados á suspirar por su gloria y salvacion de las almas. Acaso no podemos predicar, ni escribir libros, ni viajar de misioneros á lejanas tierras, ni siquiera proporcionar recursos para enviar á otros. Bien poco, en efecto, podemos hacer por la gloria de Dios y conversion de las almas con nuestra propia persona; pero la intercesion todo lo su-
ple, y lo alcanza todo. Á la intercesion no la pone límites el tiempo ni lugar; la ignorancia no puede servirla de estorbo, la supersticion no la impone silencio, ni el pecado se sustrae á su influencia. La intercesion ejerce su imperio donde quiera que llegue la gracia, y la accion de esta alcanza doquiera se extiende la divina omnipotencia, ménos aquel único lugar abandonado por la esperanza. No

porque allí no sea Dios igualmente glorificado; pero la gloria que se le tributa en esa mansion de dolor sempiterno, es una gloria que adoramos en silencio y con espanto pánico del corazon. Esta gloria de Dios no es la que nosotros, coooperadores suyos, estamos llamados á promover. Oimos que en algun pais pelagra la gloria divina. Quizá el poder civil de alguna nacion esté en desavenencia con la Santa Sede, cosa ciertamente tan perjudicial, que no se concibe nada más adverso á la gloria de Dios, injuriosísimo á los intereses de Jesús y fatal á la causa de las almas. Leemos con lágrimas en los ojos, y el corazon destrozado de dolor, el deplorable abandono espiritual en que se encuentran los esclavos é indígenas de ciertas comarcas; ó llegan á nuestros oidos rumeres siniestros sobre el fanatismo salvaje con que la China y el Japon cierra sus puertas al misionero católico. Cuéntansenos las persecuciones y vejaciones injustas que sufre el clero en los paises dominados por la herejía, el desenfreno escandaloso de ciertas ciudades católicas, los planes astutos de una diplomacia impía, la depresion de las órdenes religiosas, la ociosidad y extravagancia de algunos obispos, la indolencia y vida aseglarada de ciertos párrocos, la prevencion

contra las misiones y ejercicios espirituales, las disputas nada edificantes, y esas contiendas soberanamente ridículas entre los partidos políticos: es inconcebible lo comprometida que se ve la gloria de Dios con cada una de estas cosas. Acaso seamos nosotros los más ruines y oscuros entre los hijos de la Iglesia; pero como quiera que sea, ayudados de la oracion de intercesion, podemos acabar con todos estos males, arrancándolos de raiz de la haz de la tierra. Sin distraernos una sola hora de nuestro empleo y profesion, y auxiliados únicamente de nuestras acciones ordinarias, trabajaremos en tan nobilísima obra sin interrupcion ni descanso, haciendo más que cuanto han hecho todos los embajadores y legados que ha habido hasta aquí. No llegaremos nunca á saberlo hasta que en el dia del juicio una luz espléndida, una vision celestial, toda hermosa y agraciada, nos descubra no solo el riquísimo tesoro de gloria que ganamos para Dios sin coste, ni fatiga, ni trabajo, y casi sin advertirlo, sino tambien la recompensa infinita y eterna que por ello en galardón nos espera.

Igualmente por la intercesion promoveremos los sagrados intereses de Jesús. Enternece el corazón considerar la dignacion de nuestro Se-

ser amoroso, dejando, digámoslo así, incompleta su obra, para que nuestro amor hacia Él tuviese la satisfacción y placer de acabarla. No sin razón decía San Pablo que se gozaba en sus trabajos por los Colosenses, porque así *completaba en su carne las cosas que faltan en los padecimientos de Cristo en pro del cuerpo místico, que es su Iglesia*. Es ciertamente un maravilloso artificio del amor del Salvador que, para recoger el fruto de su Cruz y Pasión, haya querido depender de nosotros; y preciso es tener un corazón de piedra, si no nos mueve semejante fineza de caridad. Fijaos en cualquiera tentación que os moleste. ¡Con qué enojosa insistencia os está espiando! ¡qué obstinación la suya en acosaros! ¡con qué exquisita vigilancia os acecha! ¡con qué pertinacia está siempre alerta y presente siempre en toda buena obra, devoción, mortificación y oración! ¡Cuán fatigados no quedais de resistirla! ¡cuántas veces teneis la desgracia de consentir en ella, y cuántas más todavía estais inquietos y disgustados por no saber si habeis ó no consentido! Pero cada momento de resistencia es un acto sobrenatural, una victoria de la gracia, un interés de Jesús. Un triunfo es asimismo de la gracia todo suspiro de dolor por cualquiera cai-

da, toda jaculatoria enviada al cielo cual saeta acerada, y toda invocacion de los dulcísimos Nombres de Jesús y María en el peligro y riesgo inminente de la culpa. ¡Cuántos millares de personas no habrá en todo el mundo luchando contra la misma tentacion, y en circunstancias quizá ménos favorables que las vuestras! Ved, pues, qué ricos tesoros podeis procurar á Jesús bajo este único respecto ayudados de la oracion de intercesion; y he elegido de propósito un objeto de tan escasa importancia en comparacion de aquellos otros que Él tanto aprecia. Haced esto siquiera; interceded por aquellos que son tentados con la misma tentacion que vosotros. La intercesion puede cerrar casinos, concluir con las tabernas, ridiculizar la carrera de caballos, hacer que llueva en Carnaval, echar á piqué las casas de juego y arruinar las moradas de prostitucion. Y estando en nuestra mano prestar un servicio tan inmenso á Jesús casi sin ninguna molestia de nuestra parte ¿podremos persuadirnos que le amamos, rehusándole semejante servicio? Concíbese muy bien que las carnes se estremezcan á la vista de las disciplinas; que se crispen los nervios al contacto del cilicio, y se rebelen contra la cama dura los miembros fatigados y sensibles: todo esto se comprende fácilmente.

te, y compadécese en verdad con el amor de Jesús; no es más que la antigua historia de la soñolencia de Pedro, *el espíritu, cierto, está pronto, mas la carne es flaca*; pero amar á Jesús y no practicar la oracion de intercesion, es una cosa inconcebible. No se explica en efecto, cómo siendo la oracion lo que es, puedan sin embargo abandonarla aquellos que creen en su eficacia, y que están dispuestos á hacer cualquiera cosa ménos orar. Hé aquí un misterio incomprensible, un misterio más grande todavía que el misterio mismo de la oracion de intercesion.

Y si nosotros tenemos tambien una verdadero aprecio por la salvacion de las almas ¿será posible que descuidemos la intercesion? Hé aquí otro rico minero que puede explotar la oracion de intercesion, extrayendo de él con facilidad asombrosa tesoros abundantes de bendicion. Raros son los predicadores santos, y sin uncion ¿qué mérito tienen los sermones? Si, como asegura San Pablo, debe el mundo someterse á Cristo por la locura de la predicacion ¿cómo conseguirlo, no impetrando vigor y energía para el orador sagrado, igualmente que uncion para sus palabras, á fin de mover el corazon de sus oyentes? La elocuencia, verdadera plaga al hablar de Jesús y María, no es ninguna gracia ni bendi-

cion del cielo. Su fruto no es otro que las alabanzas del predicador, y la pérdida del tiempo por parte de los tontos que le están escuchando con la boca abierta: la bendicion y gracia divina son el todo. Fácil cosa es, á no dudarlo, adquirir fama de predicador; pero predicar á Jesús, y este crucificado, ya es otra cosa. ¿No recordais la historia de aquel famoso predicador, creo jesuita, cuyos sermones convertian almas á millares? Pues bien; le fué revelado en cierta ocasion que ninguna de sus conversiones era debida á sus talentos ni elocuencia, sino únicamente á las oraciones de un rudo hermano suyo lego, quien, sentado en las escaleras del púlpito mientras él predicaba, estaba rezando Ave-Marías por el buen éxito del sermon. Cuéntase tambien otro caso verdaderamente extraño: no salgo garante de su exactitud, y solo le cito porque encierra una sábia enseñanza. Cierta religioso, predicador muy popular, era esperado un dia en un convento de su Órden, donde no se le conocia personalmente. Pasado el medio dia llegó el religioso, ó más bien el espíritu maligno, quien se fingió el huésped que aguardaban con el perverso fin de causar daños irreparables. Sucedió, pues, que uno de los Padres tenia que predicar en aquel mismo dia un sermon sobre el infierno;

pero hallábase á la sazón enfermo, y no le era posible hacerlo. Entónces los religiosos suplicaron al diablo se sirviese predicar acerca del mismo asunto. Accedió gustoso á la demanda, y como puede suponerse, atendida su experiencia, fué un sermón modelo de elocuencia. Á la llegada del verdadero predicador se vió descubierto el espíritu maligno, y obligósele, por medio de la señal de la cruz, á revelar sus perversos designios. Entre las varias preguntas que le hicieron, una de ellas fué ¿cómo era que no se oponía á sus intereses predicar sobre el infierno un sermón tan terrible que había de obligar al auditorio á abstenerse de la culpa? «De ningún modo, replicó el diablo; no había en él unción alguna, y así no era ciertamente posible que llegase á perjudicarme.»

La predicación no es más que uno de los medios de que puede valerse la intercesión para llevar almas al cielo: yo simplemente le propongo como un ejemplo. Cuando venga Jesús á juzgar al mundo—¿quiénsabe?—acaso descubramos entónces entre los porteros y legos de muchos conventos á no pocos Franciscos Javier, Padres Claver, Carlos Borromeos para la reforma del clero; un Santo Tomás para escribir obras, y un San Vicente de Paul para trabajar por los

intereses de Jesús en las aldeas y entre los sencillos campesinos.

Uno de los caracteres más sobrenaturales y divinos de la religion católica es la comunión de los Santos, en virtud de la cual todo es de todos y ninguno tiene propiedad espiritual exclusivamente suya. Los méritos y satisfacciones de nuestro Redentor, los gozos y dolores de María, la paciencia de los mártires, la perseverancia de los confesores y la pureza de las vírgenes, todo es de todos y de cada uno de nosotros. Así como la sangre circula por todo el cuerpo humano, así igualmente sucede en la Iglesia de Dios: no hay en ella división ni separación alguna. Cielo, purgatorio y tierra no forman más que un solo cuerpo. Cambiamos nuestros méritos, y circulamos nuestras oraciones, y cruzamos nuestros gozos, y trocamos nuestras tribulaciones, y nos servimos de las satisfacciones de los demás como si estuviesen en nuestras propias manos. Con el cielo mantenemos toda suerte de relaciones, y conocemos perfectamente la manera de servirnos de ellas; acerca del purgatorio poseemos una ciencia no escasa, y no pocos métodos prácticos que nos son enteramente familiares; y por lo que hace á la tierra, parientes y amigos, nacionales y extranjeros, judíos, grie-

gos, escitas, libres y esclavos, todos somos unos. Hé aquí lo que causa un verdadero asombro á los herejes; é inspira en su ánimo un odio encarnizado contra los católicos. Hablamos del otro mundo, como podríamos hacerlo de una ciudad que nos fuese muy conocida por una larga residencia; como hablaríamos, por ejemplo, de Madrid, Lóndres, Paris, Brusélas ó Berlin. La muerte no interrumpe ni corta nuestras relaciones; la vista no nos es necesaria, caminamos por él con la calma más apacible. Ni tampoco vivimos separados de los difuntos. Conocemos á los Santos mucho mejor que si los hubiésemos tratado familiarmente acá en la tierra. Conversamos con los Ángeles en sus diferentes coros como si fuesen, y efectivamente lo son, nuestros hermanos en Jesucristo. Ser-vímonos de los rosarios, medallas, Crucifijos, agua bendita, indulgencias, Sacramentos y Sacrificios, con la misma naturalidad que manejamos la pluma, tintero y papel, ó el azadon, vieldo y rastro para nuestras labores del campo. No abrigamos el más leve recelo acerca del asunto: todos somos una misma familia, y esto basta. El Señor Dios es nuestro Padre; su Majestad soberana nuestro negocio; nuestro Hermano mayor nos ha criado, y viste nuestra pro-

pia naturaleza; María es nuestra Madre; los Ángeles y Santos los más cariñosos y familiares de nuestros hermanos. Así es que subimos y bajamos, entramos y salimos como por nuestra casa: ningún obstáculo hay que nos lo estorbe. El aire que allí se respira es un puro é intenso amor filial del Padre á quien todos adoramos; por manera que nuestra reverencia es una reverencia filial, y nuestro amor un amor filial también.

¿Cómo pueden comprender esto quienes viven fuera de esta gran familia? ¿No debe necesariamente parecerles un sistema de misterios humanos, un verdadero laberinto? Son *extraños y advenedizos* ¿cómo, pues, han de adivinar los deseos, afectos y simpatías de los *conciudadanos de los Santos y domésticos de Dios*? Podrán leer las palabras de la Escritura; pero no percibirán ciertamente la fuerza y energía, la salud y el amor, el calor y la vida que en sí encierran. Cuando leen á San Pablo, un tupido velo cubre sus corazones más bien que su inteligencia; porque aquellos que deseen comprender la maravillosa estructura del cuerpo de Cristo, deben primeramente *entrar en la unidad de fe*; y tan necesaria es esta fe, que es nada ménos que la *verdad que debemos seguir en ca-*

ridad para que en todo vayamos creciendo en Cristo, que es nuestra Cabeza, de quien todo el cuerpo místico, trabado y conexo entre sí, recibe por todos los vasos y conductos de comunicacion, segun la medida correspondiente á cada miembro, el aumento propio del cuerpo para su perfeccion, mediante la caridad (1). Así es que la oracion de intercesion practicada como sistema, y continuada por una especie de instinto, ha sido siempre considerada, en cierta manera, como nota de la verdadera Iglesia, y constantemente tenuta por los adversarios de esta divina sociedad como un proselitismo farisáico. Notre Dame des Victoires de Paris es ciertamente un fenómeno que la historia de la herejía y del cisma no ha presentado hasta ahora otro igual. Nuestra misma Confraternidad tambien es un ejemplo no ménos insignificante de semejante prodigio. Quienes no poseen á Jesucristo es absolutamente imposible que lleguen á formarse una idea cabal de las funciones de la Iglesia. Allí donde no hay Sacrificio, difícilmente habrá mucha oracion. Y hé aquí otro motivo más que debe excitarnos á ser diligentes y fervorosos en el ejercicio de este privilegio incomparable del amor.

(1) Ephes. cap. IV.

Del P. Pedro Fabre cuenta Orlandini que abrazaba en el seno de su caridad á todo el género humano sin excepcion, teniendo constantemente sus manos llenas de negocios de todo el mundo para despacharlos con Dios nuestro Señor. Cuanto más viciosa y criminal era una persona, tanto más encendida y abrasada era la piedad y compasion que la profesaba; y á fin de que fuesen más eficaces sus oraciones en favor de dicho sugeto, enriquecías y las engrandecía con reflexiones las más profundas. Siempre que rogaba por alguno, representábasele delante de sí como redimido con la Preciosa Sangre de Cristo, como heredero y coheredero de Cristo; y realzando la alteza y sublime dignidad de semejante persona, avivaba su celo ardiente, ofreciendo á Dios al propio tiempo con gran fervor de su alma los méritos de Jesucristo y sus Santos. Por medio de este simple ejercicio llegó al fin á formarse un elevado concepto (*opinionem magnificam*) de todo el mundo. Refiere Santa Catalina que el Señor la dijo en cierta ocasion las siguientes palabras: «Debes, hija mia, rogar con el mayor fervor de tu alma por todas las criaturas racionales, por el cuerpo místico de la santa madre Iglesia, y por aquellos que te he encomendado amases con

singular predileccion.»—Fué asimismo revelado á Santa Gertrúdis lo que á continuacion vamos á copiar.—«Cuántas veces rezas, siquiera sea un Padrenuestro y Ave-María, una colecta, un salmo, etc. á favor y en nombre de la Iglesia universal, el Hijo de Dios lo acepta al punto con la más profunda gratitud, como fruto de su sagrada Humanidad, y dando por ello gracias al Eterno Padre, lo bendice; y multiplicado con esta bendicion, distribúyelo entre la Iglesia universal para espiritual aprovechamiento suyo y salvacion eterna.»

Pero veamos ahora por quienes deben ofrecerse especialmente estas intercesiones. Los escritores espirituales nos proponen diferentes recomendaciones; pero en esta materia, como en no pocas de las que me vengo ocupando, seguiré al jesuita Lancisio (1).

SECCION IV.

Por quiénes debemos interceder.

1.º Debemos interceder por los que están en pecado mortal, y por aquellos que viven

(1) II. 29.

fuera del seno de la verdadera Iglesia. Así se lo reveló el Padre Eterno á Santa Catalina de Sena.—«Suplícote encarecidamente, la dijo, que ruegues sin cesar por la conversion de los pecadores, en cuyo favor te pido oraciones mezcladas de lágrimas y compuncion, para que pueda Yo satisfacer así mis vivos deseos de mostrarles gracia y misericordia.»—Apénas oyó la Santa semejantes palabras, inflamada en el divino amor, y como fuera de sí, exclamó:—«¡Oh Misericordia divina y Bondad eterna! no me maravilla ciertamente digais á los pecadores que se vuelven á Vos: *No me acordaré más de vuestras iniquidades*; pero que digais de los obstinados que siempre os están ultrajando con sus grandes crímenes: *Quiero que ruegues fervorosamente por ellos, porque deseo con vivas ansias mostrarles misericordia*, esto sí que es el colmo de la admiracion.»—En otra ocasion habló así Dios á la misma Santa:—«Te recrearás en el árbol de la Cruz, comiendo y saboreando allí el manjar de las almas para gloria y alabanza de mi santo Nombre, y llorando amargamente la perdicion del humano linaje; porque ya ves, hija mia, que ha llegado á un estado tal de miseria y abandono, que tu lengua no puede encarecer. Los lamentos y gemidos de mis amigos

muévenme á usar de misericordia para con el mundo: y hé aquí lo que estoy constantemente exigiendo de tí y de los otros amigos míos. Esa será la señal de que me profesais un verdadero amor; y Yo por mi parte os prometo no desatender nunca vuestros santos deseos.»—Quejóse un dia el mismo Señor á la Santa, diciendo: —«Ve, hija mia, cómo me ultrajan los pecadores con toda suerte de culpas, y en especial con el amor propio, de donde proceden todos los males: virus ponzoñoso que ha inficionado al mundo cual veneno mortífero. El amor propio nace del orgullo, y encierra en sí todo género de males. Vosotros, pues, siervos míos, preparaos con oraciones, súplicas y fervorosos afectos, llorando las ofensas que recibo y la condenacion de los mismos pecadores, para mitigar con semejantes actos la cólera de mi divina justicia.»—Hé ahí, pues, otra práctica muy saludable: la oracion contra el amor propio de todo el humano linaje. Si vosotros padecéis semejante dolencia, rogad por que desaparezca del corazon de los demas: este es un artificio de la vida espiritual que jamas llega á fallar.

Leemos en la vida de Santa Clara de Montefalco que, rogando un dia por cierta persona cargada de culpas y crímenes enormes, y la cual

habia dilatado su conversion hasta los últimos años de su vida, la aconteció una cosa muy singular. Al empezar su oracion sintióse por dos veces rechazada por una fuerza oculta, oyendo al mismo tiempo una voz interior que la decia no se cansase en rogar por el pecador, porque no habia de ser atendida. La Santa, sin embargo, volvió por tercera vez á su plegaria, y entónces obtuvo la conversion de la siguiente manera. Presentóse delante de Jesucristo, Juez soberano, como si estuviese cargada con todas las culpas de aquel infeliz pecador; y así cargada, se obligó á satisfacer por él, sufriendo todos los tormentos y castigos que desease y exigiese la divina Justicia, hasta que la Bondad infinita tuviera la dignacion de convertirle. Agradó tanto al Señor este heroico sacrificio, que luego al punto fué convertido el obstinado pecador, y vino á llevar en lo sucesivo una vida ejemplarísima.

Santa Teresa da como razon para la fundacion de sus conventos, que siendo tantos los que ofenden á Dios, preciso es que las religiosas rueguen por su conversion, intercediendo asimismo con igual objeto muy especialmente por los defensores de la Iglesia, y en particular por los predicadores y otras personas letradas que vindican sus derechos y prerogativas. Yepes

refiere en su vida de la Santa, que esta pasaba noches enteras orando y derramando abundantes lágrimas por la conversion de las almas, señaladamente por aquellas que se hallaban contaminadas con la herejía, estando dispuesta á dar mil vidas que tuviese por la conversion de una sola. Todos los cuarenta años, prosigue el mismo escritor, durante los cuales se ejercitó en la práctica de la oracion de intercesion, nada pedia á Dios con más instancia como la dilatacion de su gloria divina, y aumento de su Iglesia; y añadía la Santa que hubiera deseado permanecer por toda la eternidad en el purgatorio, con tal que así pudiese haber logrado fuese Dios más conocido y amado de sus criaturas.

Igual espíritu animaba á Santa María Magdalena de Pázzis cuando recomendaba con tanta eficacia á sus monjas que rogasen con vivas ansias por la salvacion de las almas y conversion de los pecadores. Solia decir las, que semejante ejercicio era no ménos grato á los divinos ojos que provechoso á su propia salvacion. Cuando la santísima Virgen envió á San Ignacio á instruir á la misma María de Pázzis en la práctica de la humildad, concluyó el Santo su instruccion con estas palabras:—«Así como el Verbo encarnado constituyó á sus apóstoles, pescadores de hom-

bres, así tambien ha ordenado que sus esposas, es decir, las religiosas, sean anzuelo de las almas.»—Sabemos asimismo, por lo que acaeció al P. Julio Mancinelli, que Dios no quiere escasear sus mercedes en esta materia. Acostumbraba este siervo de Dios á rogar por la conversion de los infieles y herejes, y un dia tuvo una vision de Ángeles, en la cual le fué revelado ser voluntad de Dios que rogase igualmente por la conversion de los judíos.

2.º Debemos asimismo interceder por los que viven en estado de tibieza y frialdad. Porque si bien estas almas se hallan al presente en gracia de Dios, corren no obstante un riesgo inminente de perderse. Encuéntranse al borde del abismo de la culpa mortal; su necesidad, pues, es grande, y consiguientemente reclama toda nuestra caridad. Si tienen la desgracia de caer en pecado grave, es muy difícil su conversion, más difícil todavía que la conversion misma de un pecador obstinado; y así, el rogar por semejantes personas es una práctica que procura á Dios una grande gloria. Concediolas Jesús la primera gracia; las ha convertido, y ahora está á punto de perderlas; sus intereses, pues, corren un peligro no pequeño. Ya que Dios se ha dignado manifestarnos su singular aversion al tibio, seria

muy agradable á sus divinos ojos que nuestras oraciones é indulgencias en favor de esos infelices fuesen una de las mas especiales devociones en que deberíamos ejercitarnos. Casi me atreveria á colocar esta devocion por los tibios inmediatamente despues de la devocion en favor de las almas del purgatorio. ¡Oh dulce Señor mio! paréceme que debes sufrir demasiado con semejantes personas! Además, si llegan los tibios á condenarse ¡cuántas gracias en vano! ¡cuántos Sacramentos sin fruto, y qué triunfo para el rival de nuestro amoroso Jesús! Os suplico pues que penseis, por Dios, en esto seriamente, y al hacerlo así, os ruego que os acordéis de mi humilde persona. La devocion por las almas tibias es una devocion llena de amor y rica de gracias; y acaso vosotros no hayais ántes pensado en semejante cosa.

3.º Tambien la multiplicacion de los Santos y su final perseverancia deberia ser igualmente otro de los objetos de nuestra intercesion. La gloria de Dios, el bien de las almas é intereses de Jesús, todos están aquí comprendidos por tantas y tan diferentes maneras, que apenas creo necesario indicarlo siquiera, pues es demasiado notorio. Un solo Santo vale más que un millon de católicos ordinarios. Todavía nuestro Señor re-

veló á Santa Teresa una cosa más extraña, á saber: que una sola alma, no un Santo, que *aspire* á la perfeccion, era más preciosa á sus divinos ojos que millares de aquellas que viven una vida comun y ordinaria. ¡Cuán terrenos somos aun en nuestras devociones, y cómo nos dejamos arrastrar por principios y fuerzas naturales hasta en las mismas cosas espirituales, y al estar ejecutando las obras de Dios! Me acuerdo que me dijo un buen religioso, hace algunos años, que en una ciudad situada al Este de Inglaterra, él y sus feligreses habian elegido como objeto de su especial devocion á cierto número de protestantes los más conocidos é influyentes de la sociedad, para alcanzar de Dios en fervorosas oraciones la gracia de su conversion. La demanda parece que no podia ser más racional; las oraciones suyas, sin embargo, no obtenian respuesta. Ocurrióle entónces á tan piadoso varon que todavía la voluntad humana era capaz de obligar un poco más á Dios en el negocio. Propúsoles, pues, que cambiasen sus oraciones, y rogasen por aquellos que á los divinos ojos estuvieran más dispuestos á recibir semejante gracia; y hé aquí que de repente se desarrolla una santa emulacion en su propia parroquia; pues fué voluntad del Señor que alcanzasen sus ora-

ciones frutos abundantísimos de conversiones allí donde ménos lo esperaban, y cabalmente en personas de quienes jamas sospecharon fuesen objeto de una singular predileccion divina. Así ¿quién duda que la viva conmiseracion que no pocos sienten por Europa procede de Dios? Y si el vasto objeto de su intercesion, y el aspecto asqueroso y repugnante de la herejía, inmoralidad y supersticion que desgraciadamente reinan en estas hermosas regiones, los tienta á desmayar en su celo y caridad, ¿por qué no piden á Dios envíe á la Europa unos cuantos Santos, unos verdaderos Santos, y la batalla estaria más que medio ganada? Quiero, pues, decir con todo esto, que las oraciones suelen despacharse mas prontamente, cuando van fundadas sobre algun principio sobrenatural. No parece sino que Dios tiene reservadas en casos dados, para semejantes actos espirituales y de fe, gracias y mercedes muy singulares.

4.º Debemos asimismo rogar por todos aquellos que están sufriendo en el mundo varias necesidades y tribulaciones, así espirituales como temporales. Oigamos lo que cuenta Orlandini del P. Pedro Fabre, á quien San Francisco Javier solia poner en la letanía de los Santos,

y San Francisco de Sales honrarle, como si estuviese canonizado. Nada afligia tanto y angustiaba el corazón compasivo de aquel siervo de Dios, como el poco cuidado que la mayor parte de los hombres se tomaba por contar y tratar con Dios sus trabajos y negocios, siendo su única solicitud acudir á socorros humanos, desdeñando los celestiales y divinos. Semejante abandono estimulaba vehementemente su tierna compasión, y le inducía á encargarse de exponer á Dios los cuidados y calamidades de todo el humano linaje, constituyéndose medianero suyo en sus miserias y aflicciones, hasta llegar á desear con vivas ansias tener siempre cual otro Moisés levantadas sus manos en alto, para llevar el socorro y la consolación á tantos infelices vivos ó difuntos como estaban batallando con el dolor y la tribulación. Representábase las varias vejaciones, calamidades, congojas, hambre, desnudez, desesperación y toda la muchedumbre de males á que está sujeta la mísera naturaleza humana; y cual piadoso y celoso sacerdote, para valernos de la comparación de San Juan Crisóstomo, defendía delante de Dios las causas de todos los hombres, como si hubiese sido especialmente constituido padre común del humano linaje. Es increíble el celo que devoraba su corazón, y

el vivo anhelo con que deseaba ser ministro de nuestro Redentor, para poder aliviar á los hombres en todos sus trabajos; y hasta, por decirlo así, suspiraba, á pesar de su humildad, por el don de milagros, para curar aquellas dolencias á que no alcanzan los medios naturales.

5.º Debemos igualmente interceder con toda solicitud por las necesidades de nuestros bienhechores, entre los cuales tenemos que contar á nuestros enemigos, por las ocasiones que nos ofrecen de merecer, y recursos que nos procuran para ganar el cielo. Decia Santa Ines á Santa Brígida:—«No hay cosa más hermosa ni mas acepta á los ojos de Dios como amar á los que nos injurian, y rogar por nuestros perseguidores.»—San Juan Crisóstomo, hablando de David y Saul, nos enseña—«que seremos tenidos como mártires, contando á nuestros enemigos en el número de nuestros bienhechores, y rogando por ellos sin cesar.»—Al P. Julio Mancinelli, persona muy devota de la oracion de intercesion, le fué declarado que era uno de los siete hijos de la Iglesia militante que entónces—sobre el año 1603—más se señalaban ante el divino acatamiento por sus oraciones en favor de todo el humano linaje. Cierta dia tuvo la dicha in-

comparable de ver en espíritu la gloria que gozaba San Lorenzo Mártir, y entre las varias inspiraciones que entónces recibiera, una de ellas tenia por objeto hacerle conocer la obligacion que tenemos de dirigir á Dios fervorosas oraciones por nuestros bienhechores, no solo á causa de los favores y bienes temporales que nos otorgaban, sino tambien por el afecto de caridad con que se dignaban concedérmolos: afecto que es de mayor estimacion que los mismos dones que tienen á bien otorgarnos. Ambos favores tenemos que pagárselos: los dones, con nuestro trabajo y asiduidad en la oracion; y el afecto de su caridad, amándolos y obteniéndoles gracias abundantes de Dios nuestro Señor. En nuestro agradecimiento es asimismo necesario que respondamos á su intencion, haciéndolo por amor de Dios, como ellos lo practicaran al ofrecernos sus favores. Para recompensar, pues, de algun modo esta su reverencia, amor y ternura hácia Dios al darnos sus cosas, preciso es que tambien les deseemos toda suerte de bienes, y que pidamos al Señor sean promovidos para que le sirvan más y más cada dia con obras de caridad.

6.º. Debemos asimismo rogar por aquellos que se ocupan seriamente en el adelantamiento

de la perfeccion cristiana, y por todo cuanto apetezcan en orden á ese fin, aunque envuelva alguna pena y afliccion. Porque este es un apetito comun á los Santos; y lícito será desearles lo que legítimamente pueden ellos pedir para sí, pues que es provechoso á la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvacion de las almas. San Francisco Javier, cuando se le apareció San Gerónimo en Bolonia y le predijo lo que tenia que sufrir, exclamó: ¡*Más, Señor, más!* Santa Teresa solia decir: *Ó padecer, ó morir;* y Santa María Magdalena de Pázzis repetia con frecuencia: *Ni padecer como ahora, ni tampoco morir, sino padecer más.* El Profeta Rey tambien exclamaba: «Pruébame, Señor, y experimentame; acrisola al fuego mis riñones y mi corazon.» Jeremías, con miedo natural, pero con sobrenatural confianza, dice al Señor. «¡Castígame, oh Señor, mas segun tu juicio, y no segun tu furor, no sea que me reduzcas á la nada.» San Pablo añade: «Me complazco en mis enfermedades, y en los ultrajes, y en las necesidades, y en las persecuciones, y en las angustias en que me veo por amor de Cristo.» ¡Y cuán soberanamente bellas y regaladas no son las palabras del siguiente pasaje de Job (1). «¿Podrá

(1) Cap. VI.

comerse un manjar insípido que no está sazonado con sal? ¿ó habrá sugeto que coma con gusto aquello que probado, causa la muerte? Las cosas que ántes hubiera yo rehusado tocar, ahora, por la estrechez en que me hallo, son mi alimento. ¿Quién me diera que fuese otorgada mi petición, y me concediese Dios lo que tanto deseo, y que Aquel que ha comenzado á herirme, acabe conmigo, deje caer su mano y corte mi vida? Y mi consuelo seria que sin perdonarme, me afligiese con dolores, y no me opusiese á los decretos del Santo. Porque ¿cuáles son mis fuerzas para poder sobrellevar tantos males? ¿ó cuando tendrá fin mi padecer, para prometerme perseverar en la paciencia? Que no es mi firmeza como la de las peñas, ni de bronce mi carne.»

7.º Aquí podríamos añadir que no pocos escritores espirituales recomiendan la oracion de intercesion por el aumento de la gloria accidental de los bienaventurados del cielo. Cuando, por ejemplo, ruega un religioso por que los de su Orden vivan santamente, ó para que alguno de ellos pueda llegar un dia á ser canonizado, el fundador, viéndolo en Dios, ó bien revelándolo el Omnipotente, recibe un aumento de gloria accidental: en este sentido piden los sacer-

dotes en la Misa que el Sacrificio aproveche á los Santos. Oigamos cómo se expresa el Papa Inocencio III (1). «Muchos, ó mejor los más, creen, no sin razon, que la gloria de los Santos es capaz de aumento hasta el dia del juicio, y que la Iglesia por tanto puede lícitamente de searles semejante acrecentamiento de glorificación.» Lo mismo enseñan Belarmino, Suárez, Vázquez y Juan Sánchez. Soto presenta como prueba el gozo que experimentan los Ángeles en el cielo por un pecador que hace penitencia. Dicese de nuestra Señora haber revelado á Santo Tomás de Cantorbery, que está siempre su gloria recibiendo nuevo aumento con las buenas obras de sus siervos. Así igualmente pueden los hombres rogar por el aumento de devocion hácia algun Santo particular; y á Santa Gertrúdis fué revelado que los bienaventurados reciben nuevos grados de gloria accidental, cada vez que uno comulga en la tierra. Menciono esta práctica solo para mostrar hasta dónde se extiende la eficacia y prerogativas de la oracion de intercesion.

8.º Todavía existe otra devocion de intercesion, tan preciosa y regalada, que basta recor-

(1) De Celeb. Missæ.

darla para convencernos de su misma excelencia. Dicha devocion está fundada en la vida de Marie Denise de Martignat, una de las primeras Madres de la Visitacion. Los primeros cincuenta años de su vida los vivió en las cortes de Francia y Saboya; mas el espíritu del mundo no pasó nunca por su corazon sino como las llamas de fuego por los vestidos de los tres niños en el horno de Babilonia. El medio de que se valió para preservarse de semejante contagio, fué el siguiente. Tomó un texto de la Escritura para cada uno de los siete dias de la semana, á fin de tener constantemente ocupado su espíritu con las palabras de verdad y de vida: la eleccion de los pasajes fué ciertamente admirable. Para el domingo tomó las palabras: *He venido al mundo para iluminarle, para que quien crea en Mí, no permanezca en tinieblas*. Lunes:—*Él estaba en el mundo y el mundo fué hecho por Él, y el mundo no le conoció*. Mártes:—*Es más fácil hacer pasar una maroma por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de los cielos; nada, sin embargo, es imposible para Dios*. Miércoles:—*Mi reino no es de este mundo, y aquel otro pasaje en que Jesús llama á Satanás el príncipe de este mundo*. Jueves:—*No ruego por el mundo, sino por estos que me diste*. Viér-

nes:—*Ahora es el juicio del mundo; y Yo, cuando sea levantado en alto, todo lo atraeré á Mí.*
Sábado:—*Si me amais, mi Padre os dará otro Consolador, para que esté con vosotros eternamente el Espíritu de Verdad, á quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce.*
Estas siete fuentes de verdad inundaban su espíritu de luces tan abundantes para ver las miserias del mundo y vanidad de sus pompas y placeres, que constantemente tenia en sus labios aquellas palabras de Salomon ¡*Vanidad de vanidades!* ¡*Toño cuanto existe bajo del sol es vanidad!* Solia decir que si un ermitaño hubiese pronunciado semejantes palabras, habríanse recibido como exageracion de un contemplativo; pero habiéndolas Dios puesto en boca del más grande, del más rico y pacífico de los reyes, inspiraron en su ánimo una compasion tan profunda hácia los grandes del mundo por el riesgo que corria su salvacion, que luego al punto se resolvió á tomar á los ricos, nobles y poderosos de la tierra como asunto de una especial devocion: práctica que ella deseaba con vivas ansias inspirar en el ánimo de todos cuantos encontraba. «¡Ay,! exclamaba, los poderosos del siglo se ven envueltos en una muchedumbre de miserias poco comunes; bajan á los infiernos

sin pensarlo siquiera, porque la escalera que allá les conduce es de oro y de pórvido. Los grandes de la tierra no se ocupan un solo instante en reflexionar que pronto han de ser muy pequeños. Como tienen la costumbre de mandar á los demas, presumen demasiado de sí mismos, y viven como si el cielo, los Ángeles y el mismo Dios estuviesen bajo su obediencia como los hombres y la tierra. ¡Qué desengañados quedarán cuando en un momento descubran que fueron, y lo serán ahora eternamente, esclavos de Satanás! O bien, si Dios se muestra con ellos misericordioso ¡cuál no será su sorpresa al encontrarse en el reino de los cielos, ocupando un lugar más bajo que aquellos pobres y andrajosos á quienes no hubieran tolerado se les acercasen acá en la tierra ni á cien leguas!»

De aqui es que durante toda su vida abrigó esta tierna compasion por los ricos y poderosos del siglo, intercediendo con especial asiduidad en favor suyo. Oíasela decir que el rogar por semejantes personas era un acto más grande de caridad, que hacerlo por aquellos que estaban languideciendo en los hospitales y prisiones. Celebraba con particular reverencia y singular devocion las fiestas de los reyes, reinas, princesas y príncipes canonizados. Nada habia, segun

ella, que más debiese confundir y esforzar á la vez á un cristiano, como la santidad heroica de los grandes de la tierra que se conservaron humildes en medio de la gloria, y vivieron en el mundo como si de él estuviesen alejados. Tenia asimismo la piadosa costumbre de ayunar en las vigiliass de estas fiestas; y todas las oraciones de dichos dias ofrecíalas por la salvacion de los nobles y potentados de la tierra. No sé qué juicio formarán los demas acerca de esto; por lo que á mí hace, encuentro algo de extremadamente tierno en devocion tan espiritual, y sobremañera celestial y divina.

En consonancia con tan singular devocion está lo que leemos hácia la conclusion de su vida. Un dia, como la Superiora la preguntase, si valia la pena pedir cierto favor á una persona de muy alto rango, ella la replicó: —«Sí, Madre mia querida, pedídselo. Os aseguro que es un acto muy grande de caridad para con los príncipes y poderosos de la tierra inducirlos á practicar buenas obras. El mundo, demonio y carne les instigá á hacer tantas obras malas, que indudablemente se verán un dia obligados á tributarnos más acciones de gracias por haber sido nosotras la causa de que ejerciesen la caridad, que cuantas les

dimos por las limosnas que nos otorgaron.»—En otra ocasion vió que la Superiora estaba escribiendo á una princesa, y díjola entónces estas palabras:—«Madre mia, en vuestras cartas á los grandes de la tierra servíos poner alguna breve consideracion acerca del santo temor de Dios, acerca de la soberanía de la Majestad divina, ó grandeza de la eternidad y brevedad de la vida presente. Son muy adulados esos infelices poderosos de la tierra, y dia vendrá en que deseen no haber recibido jamas semejantes lisonjas.»—Cuando supo la muerte de Luis XIII, exclamó: «¡Ay! yo ví nacer á ese monarca, le ví bautizar, y coronar, y casar, y reinar; y ahora ya no existe!» Preguntáronla entónces, si rogaria mucho por él:—«Sí: contestó, más de lo que comunmente pudiera creerse; pues aunque vivió y ha muerto como verdadero cristiano, es posible que todavía tenga que satisfacer alguna deuda á la inexorable justicia del Rey de reyes. Ha ido á un reino que únicamente es conquistado por los humildes de corazon; ninguno entra allí con el cetro en la mano.»—Todos los lunes rezaba el Oficio de Difuntos por las almas de los príncipes y princesas, y los viérnes por los caballeros de Malta y por todos aquellos que morian en el campo de batalla en defensa de la Iglesia. No raras veces

decia asimismo los Salmos Graduales por los guerreros, á fin de que no adquiriesen hábitos viciosos en la carrera de las armas, la cual por cierto no es la mejor de las escuelas para vivir santamente, si bien está muy léjos de haber sido infructuosa en dar Santos á la Iglesia de Dios.

SECCION V.

Secreto y gozo de la intercesion.

Una palabra sobre el tiempo, lugar y método de la intercesion. Todas estas cosas deben dejarse á la eleccion de cada uno: por tanto no haré sino sugeriros ciertos avisos de que podreis valeros, si así os place. 1.º Consagrar los dias de la semana á objetos particulares, á saber: 1.º, por el Papa, clero y órdenes religiosas: 2.º, por los que viven en pecado mortal: 3.º, por los que están en la agonía: 4.º, por los tibios: 5.º, por los afligidos y atribulados: 6.º, por aquellos por quienes Dios quiere que hagamos oracion especial, ó bien formando un plan de treinta objetos para todos los dias del mes. 2.º Tomar nota por escrito de tales objetos, y guardarla en nuestro devocionario ó reclinatorio. 3.º Visitar al Santísimo Sacramento, y repasar pausadamente dicho papel,

excitándonos á fervorosos afectos de celo por la gloria de Dios y solicitud amorosa por los intereses de Jesús. 4.º Acordar con el Señor elegir alguna breve oracion ó jaculatoria acomodada á todos estos objetos, y usarla en la Misa y Comunión, en nuestra acción de gracias, ántes y después de la meditación, rosario, examen, etc. 5.º Si durante la noche estamos desvelados, ó por cualquiera motivo tenemos ciertos intervalos de descanso inesperados en nuestras ocupaciones ordinarias, recurramos á la intercesión. Así podrían irse multiplicando estas prácticas casi hasta el infinito. Las mejores son las más sencillas, es decir, aquellas que nos ocurren naturalmente en nuestros ejercicios usuales. Solo es preciso no olvidar que uno de los fines por que hemos venido á este mundo, ha sido para ejercitarnos en la oracion de intercesión.

¡Oh dulzura inefable del misterio de la oracion! Permitidme que lo repita otra vez. Uno de los fines por que vinimos al mundo ha sido para practicar la intercesión. Uno de los fines que movieron á nuestro glorioso Salvador á derramar su Preciosa Sangre fué para hacer eficaz y aceptada á los divinos ojos nuestra oracion de intercesión. Una de las cosas, en fin, que ahora espera Dios de nosotros, es la oracion de intercesión.

Pero ¿cuánto tiempo empleamos habitualmente en el delicioso ejercicio de este privilegio incomparable? Á todas horas se nos oye hablar de Papas y cardenales, de obispos, sacerdotes y órdenes religiosas. Estamos charlando sin cesar acerca de devociones y asuntos eclesiásticos; censuramos y criticamos la conducta de todo el mundo; no parece sino que á todos podríamos dar lecciones de ciencia espiritual, y mostrarles la verdadera senda que conduce derechamente al cielo. Nuestras vistas son más altas y elevadas que las suyas; ardemos en un celo más encendido que aquel que ellos abrigan en su corazón, y poseemos una disposición más á propósito para la piedad, hablando como lo hacemos incessantemente y con grande afluencia sobre nuestro Dios y Señor. *Palabrería* son casi todos nuestros afanes y desvelos acerca de asuntos eclesiásticos é intereses del catolicismo: puro charlatanismo con que nos hacemos insoportables á los demas. Lo que importa es que, al obrar, vayamos delante de todos: hé aquí la cosa. Á bien que cada uno de nosotros está verdaderamente dotado del don de profecía, y de salmos, y de doctrina. ¡Los Corintios no podrian igualarnos en la variedad de ciencia y diversidad de dones! los aventajariamos ciertamente. Hasta podríamos sorpren-

der al mismo San Pablo ; tan exuberantes, y tan útiles, y tan necesarios somos á Dios, al Papa y á la Iglesia! Me asombro efectivamente de lo mucho que oramos; pero desearia saber, qué proporcion existe entre nuestra oracion secreta y público criticismo: pues me parece que ha de ser muy pequeña. Se me figura que si rogásemos mucho, creeríamos que era tan sumamente escasa nuestra oracion, que no nos atreveríamos, siquiera por vergüenza, á hablar de todo el mundo. Tengo un alto concepto del espíritu del secreto, que para mí constituye las dos terceras partes del cristianismo práctico. Siempre será mi conviccion, que las personas de oracion viven ocultas entre aquellas que jamas llegan á descubrirnos su vivo interes por los asuntos del catolicismo. El ojo que está listo para ver una falta, y el oido que gusta oir criticar de los otros, y la lengua que se jacta de sí misma, serán señales de una alma de oracion, cuando el arco-íris sea el emblema de la desesperacion.

El exacto cumplimiento del deber de la oracion de intercesion puede procurarnos una de aquellas inspiraciones extraordinarias que tan provechosas son á nuestras almas. Parece á veces que nuestra vida espiritual va continuando su marcha con toda felicidad y reposo posible.

No nos creemos ciertamente unos Santos ; pero se nos figura que algun esfuerzo ponemos de nuestra parte para llegar á serlo. Nos afanamos por conservarnos en estado de gracia: más aun; revolvemos en nuestra mente los sacrificios que hicimos por Dios, convirtiéndonos á la verdadera fe, entrando en religion, ó abrazando el estado eclesiástico; y si bien al presente no fundamos nuestra final predestinacion y salvacion eterna sobre el mérito de semejantes sacrificios, nunca llegamos á olvidarlos, y su recuerdo nos sirve de un consuelo no pequeño. Hé aquí ya el comienzo de un gran mal. Pero dignase el Señor venir luego al punto en socorro nuestro; y sin haber causa aparente para ello, nuestra alma es visitada por una luz sobrenatural que, iluminando todos sus senos y escondrijos, descúbrenos de un modo inefable *lo poco y malo que en resumidas cuentas hemos hecho por Dios nuestro Señor*. Seméjase esta luz celestial á la luz del Juicio particular, que en un solo instante pondrá claramente delante de nuestros ojos toda nuestra vida con todas sus acciones y motivos, para que de esta suerte sea Dios justificado, y lleguemos á pronunciar una justa sentencia sobre nosotros mismos. ¡Oh cuán preciosas son estas pequeñas inspiraciones! Frutos suyos son la humildad,

la dulzura, la robustez, el gozo en Jesús y abandono de sí mismo en los brazos de Dios. Nunca hubiéramos podido persuadirnos de haber hecho tan poco por Dios, si esta hermosa luz, toda bella y agraciada, no brillase en nosotros con tal viveza y esplendor, que no es posible sustraernos á ella, ni dudar de haberla visto. Pensad en la intercesion, y ved si ahora os envia una de esas afectuosas inspiraciones.

Es imposible vencer al Señor en la lucha de la liberalidad y del amor. De todos los frutos del Espíritu Santo, ninguno es más apetecible, porque ninguno es más celestial y divino que el gozo; y hé aquí cabalmente el fruto que nuestro Señor adorable infunde en el ánimo de aquellos que se consagran á la práctica de la oracion de intercesion. Esto es muy digno de notarse. Las personas de oracion sienten inundada su alma de cierta paz y alegría, que aparentemente carecen de causa que las produzca: son como el gozo y dulce contentamiento que se experimenta despues de una accion generosa y caritativa. Acaso sea esta una de las razones de semejante fenómeno; pero todavía existe otra. El fruto de nuestra intercesion permanece oculto á nuestras miradas; el espíritu de oracion se sustrae de la haz de la tierra;

aseméjase á la inmensidad oculta de Dios colocándose fuera del alcance de nuestra vista, y no constituye una série de obras distintas y sensibles. No es fácil que tengamos presente todo el tiempo que hemos empleado en la oracion de intercesion. Efectivamente ¿quién es capaz de contar los suspiros que ha enviado al trono de Dios, y los deseos mudos que la lengua de su corazon ha murmurado al oído de Jesús? De aquí es, que siendo oculto el fruto de la intercesion, tiene la vanagloria en ella ménos cabida que en cualquiera otra devocion. Pero como quiera que sea, es lo cierto, que la dulzura y consolacion que apetecen con un espíritu rendido y humilde, son unos poderosos auxiliares para la santidad; y aquel que desee alegrarse en Dios, y abundar en todo gozo y consolacion en el Señor, y estar aparejado y gustoso para servir á Jesús, y ser paciente y sufrido con la vida por la esperanza de la muerte, y vivir resignado é indiferente en todo, disposicion que no está léjos de constituir la santidad, niéguese á sí mismo y á sus miras personales; y casándose con los intereses de Jesús y las almas, conságrese de lleno á la práctica de la intercesion, como si esta fuese su profesion y empleo, ú ocúpese en semejante ejercicio

siquiera como el Ángel de guarda se ocupa de su persona. La especial recompensa de la oracion de intercesion es el gozo; y es parte del gozo de Jesús, quien se regocija en el fruto de su Pasion. Esa alegría que agita y conmueve nuestro corazon, nos ha venido del de Jesús: ántes de que se hallase en el nuestro, estuvo en el suyo; y la presencia de un Ángel seria ménos apetecible, que este ligero gusto del gozo de nuestro Redentor.

CAPÍTULO V.

RIQUEZAS DE NUESTRA POBREZA.

Sentimiento por no amar á Dios como es debido.— Medios con que nos ayuda á amarle.—Especialmente la intercesion.—Riquezas que nos ofrece.—1.º la sagrada Humanidad de Jesús—2.º el uso intercesorio de su Pasion.—Varios ejemplos de los Santos.—3.º Nuestra Santísima Vírgen:—naturaleza de su devocion:—devocion á sus gozos.—4.º Los Ángeles.—5.º todo cuanto hay y ha habido sobre la tierra. 6.º las perfecciones divinas.—Utilidad que la devocion de intercesion reporta á las personas achacosas.

SECCION I.

Cómo Dios nos ayuda á amarle.

Si de véras nos resolviésemos á tomar un vivo interes por nuestra alma, cumpliendo fielmente aquellos deberes, prácticas y devociones que la obediencia nos impone, nuestro amor hácia Dios aumentaria de un modo maravilloso, sin que llegáramos á conocerlo ni sentirlo. Únicamente en ciertas tentaciones, en solemnidades dadas y, no raras veces, sin que haya causa aparente para ello, es cuando permite Dios que reci-

bamos los progresos que realmente hemos hecho en la virtud, y la mayor solicitud con que al presente procuramos servirle. Una de las señales de este aumento de amor de Dios es el sentimiento siempre creciente de nuestra indignidad y excesiva vileza en todo cuanto ejecutamos. Llénanos efectivamente de pesadumbre la consideracion de lo poco que tenemos que ofrecer á Dios, y lo ruin y miserable de nuestro servicio á su adorable Majestad. Y á medida que aumente en nosotros el conocimiento de Dios, y cuanta mayor dignidad adquieran nuestros pensamientos á sus divinos ojos, tanto mayor será asimismo nuestro sentimiento. Esto es lo que mueve á los Santos á suspirar por trabajos, y á pedir cruces. Las fatigas y cuidados ordinarios de la vida no bastan á satisfacer su encendido amor. Desean ¡empeño vano, pero amoroso! pagar la generosidad de Jesús. ¿Por qué habremos hecho, dícense á sí mismos, tan poco por nuestro Dios y Señor. ¿Por qué nos aficionáramos tanto á las cosas de la tierra? Si el pecado fué para ellos una calamidad, ahora su misma incapacidad para amar á Dios con regio y soberano amor, ofreciéndose en holocausto glorioso, es su mayor desgracia y desventura. Cual Areuna, quisieran dar á su Rey, como suelen los reyes hacerlo, es decir, con prodiga-

lidad y á manos llenas. Si Dios les concede alguna consolacion, y multiplica su dicha y espiritual alegría, vuélvense contra Él en amorosa querella: «No: sino que te pagaremos lo que vale, y no queremos ofrecer al Señor nuestro Dios holocaustos gratuitos.» (1) Profieren entónces expresiones atrevidas, como por ejemplo, dicen que están prontos á sufrir todas las penas eternas del infierno, siempre que semejante tormento les ayude á acrecentar un solo grado la gloria de Dios; encareciendo de tal suerte el amor desinteresado, que parece llegan á incurrir en las censuras de la Iglesia.

Muy léjos estamos nosotros ciertamente de correr tal peligro; pero no obstante, sentimos en cierta manera semejante pena. Quisiéramos tambien hacer algo más por Jesús; y luego que se nos ofrece ocasion de satisfacer este deseo, nuestra misma cobardía causa en nosotros un dolor agudo y una vergüenza sensible. En Dios es abundante la redencion, dice el Salmista; y semejante abundancia de redencion es la que estimula nuestro amor, y hace que uno se disguste de sí mismo. Todo cuanto Jesús ha hecho en favor nuestro, encierra una

(1) II Reg. XXIV—24.

abundancia tan innecesaria, envuelve tal plenitud de afectos, é implica una profusion tan sobrenatural de misericordia y compasion, que es evidente á todas luces, que lo que Jesús se propone en cada uno de los misterios de su Encarnacion, es no solamente ganar nuestra salvacion, sino tambien nuestro amor. El mismo deseo y delicias de habitar con los hijos de los hombres, sus criaturas, que no habiendo pecado Adan, hubiéranle hecho venir en carne impasible; hoy que por la culpa original ha venido á nosotros como Redentor pasible, semejantes afectos de su divino Corazon parece van á perderse en el insondable piélago de su ternura y amor. No puede Jesús perdonarnos, sin que al mismo tiempo nos adopte por hijos suyos; no puede borrararnos la culpa, sin hacernos herederos del cielo; no puede absolvernos de lo pasado, sin colmarnos de gracias para lo porvenir. Cada favor que nos otorga, es duplo, triple, céntuplo. Una sola gota de su Sangre hubiera bastado para redimir mil mundos que hubiese habido, y derramó hasta la última de sus venas. La gracia hubiera sido suficiente para el Sacramento de su amor, y quiso darse á Sí mismo, su Cuerpo, Alma y Divinidad. El Santísimo Sacramento es una misericordia sobreabundante, un amor

innecesario y superfluo; pero deseaba mostrar mucho amor, y ganar mucho amor tambien. Tal ha sido su conducta. Como nosotros lleguemos á conocer mejor á nuestro Jesús adorable, y á profesarle más amor, obraremos de la misma manera; porque lo poco que hacemos parece tan poco ¡tan excesivamente poco!

Una vez que hayamos adquirido este conocimiento divino, estemos seguros de que nos asistirá de un modo especial. Nada desea Dios tanto como nuestro amor, y jamas permitirá que carezcamos de medios eficaces para amarle. Si un padre supiese que su hijo deseaba hacerle un presente ¿con qué alegría no le facilitaria medios para satisfacer sus deseos? ¿Y será Jesús de peor condicion? No es esa al ménos su conducta para con el hombre. Ved sino lo que hizo con su Madre en la Presentacion. Ninguna criatura, ni todas las criaturas juntas amaron nunca á Dios, como la Virgen le amó en ese dia. Nunca tampoco hasta entónces fué honrada la Majestad divina con un culto adecuado á su grandeza soberana. Los Ángeles, con toda la variedad de dones de sus nueve coros, habian estado millares de años arrojando ofrendas á los piés del trono en rendida adoracion y abrasados cánticos de alabanza; y la Misericordia divina tuvo que

contentarse con aceptar benigna ese pobre ofrecimiento. La misma María, la humilde y casta María, era un acto tierno de adoracion al Eterno, y todas las alabanzas de las jerarquías celestiales no hubieran llenado el más estrecho seno de su Corazon Inmaculado. Pues todavía se quedaba corta: ¡oh, y cuán corta! ¡Dulce Madre mia! ¡Vos no lo ignorábais! ¡ninguno lo sabia mejor que Vos! Si su amor hubiese podido alterar la calma serena y apacible de su inmensa virtud, como suele acontecer consus hijos los Santos y su débil gracia, María hubiera deseado ser aniquilada, con tal que así hubiese logrado tributar á Dios un culto digno de su grandeza y majestad. Pero Jesús vino en socorro de su amor. Púsose en sus brazos, y la dijo:—«Ofréceme. Yo soy igual á mi Padre: soy una ofrenda, no solo digna, sino infinita como Él mismo.»—Y hé aquí que la Trinidad Augusta va á ser ahora por primera vez honrada con la debida adoracion, y todo atributo divino glorificado, y toda perfeccion coronada con corona de amor, y toda misericordia recompensada, y todas las deudas y obligaciones de las criaturas satisfechas, y un solo acto de oblacion sobrepujará al culto y adoraciones de todas las criaturas posibles. ¡Oh gozo! ¡gozo excesivo! ¡gozo sobre todo otro

gozo, para quien ama de veras al Señor! El cielo estaba entonces silencioso; los Ángeles rebotando en amor, permanecian como atónitos y espantados; y sobre este suelo que habitamos, en el templo de Sion, María recibe á su Niño en los brazos, elévale en alto, y con todas las fuerzas é ímpetu de su espíritu inmaculado, le ofrece al Eterno Padre en holocausto de amor. María fué, pues, la primera de todas las criaturas que presentó al Altísimo una ofrenda digna de su grandeza soberana, y la primera que rindió á Dios la debida adoracion. Mas ¡oh amor inefable! ¡Hoy nuestro adorable Salvador quiere persistir haciendo lo mismo con nosotros; pues no se pasa un solo momento del dia y de la noche, en que el mismo Niño, la Hostia viva, deje de elevarse en toda la redondez del globo por manos mortales entre la tierra y el cielo!

Así es como viene tambien en socorro de nuestro amor; lo cual hace de dos modos diferentes. Primeramente, dando á nuestras pobres acciones un inmenso valor por su union con las suyas: de esto hablaremos más adelante. En segundo lugar, tratándonos como trató á su Madre, es decir, dándonosos Él mismo, y todo cuanto tiene, en herencia perpétua, para que dispongamos de ello á nuestro antojo, y se lo ofrezcamos

cómo y cuando más nos agrade; y estas son las riquezas de nuestra pobreza, de que al presente voy á ocuparme.

No es fácil que lleguemos á persuadirnos de nuestra propia nobleza y grandeza en Cristo. El catálogo de nuestros privilegios parece una especie de exageracion devota. Deteneos sino á considerarlo en un momento dado, sea de congoja y pesadumbre, ó de satisfaccion y devocion sensibles, y vereis cuán difícil os es, no tanto esperar, como creer, que un dia habeis de ser justificados, muertos, juzgados y coronados despues en el cielo por toda la eternidad. Semejante dificultad no nace del temor de que os suceda lo contrario, sino principalmente de la grandeza de la recompensa, de la inmensidad de la dicha y del maravilloso contraste con vuestra actual miseria y bajeza. Pensad en el cielo, y decíos á vosotros mismos: «¿Conque llegará una hora, un instante, miéntras los hombres estén ocupados acá en la tierra en sus faenas diarias, en que he de poseer y disfrutar eternamente ese riquísimo tesoro?» Y os sonreireis entónces, no precisamente de incredulidad, sino como se sonrió Sara cuando oyó al Ángel decir que tendria un hijo. Pues de esta manera nos sucede, hasta con la herencia que tenemos en Cristo aquí en la tierra: parécenos ex-

cesiva, mas San Pablo escribe á los Corintios (1), «Todas las cosas son vuestras, sea mundo, sea vida, sea muerte, sean presentes, sean venideras; pues todo es vuestro, y vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios.» Y en la carta á los Hebreos, dice, no que os llegareis, sino «os habeis llegado al monte Sion, y á la ciudad del Dios vivo, la Jerusalem celestial, y á la compañía de muchos millares de Ángeles, y á la Iglesia de los primogénitos que están inscritos en los cielos, y á Dios el Juez de todos, y á los espíritus de los justos, y á Jesús medianero del Nuevo Testamento, y á la aspersion de la Sangre que habla mejor que la de Abel (2).» Cuando María rige con el dulce cetro de su intercesion el imperio vastísimo de su Hijo, es nuestro reino en el que ella es Reina y Señora: nuestro es todo lo que le constituye, y todo cuanto encierra; pues *todas las cosas son nuestras, y nosotros somos de Cristo, y Cristo es de Dios*. Los tesoros que Jesús nos ha regalado, adquiriéndolos á costa de su Preciosa Sangre, son: su sagrada Humanidad, Cuerpo y Alma; su Infancia, su Vida oculta, su Ministerio público, su Pasion, el San-

(1) 1.^a Corint. III.

(2) Heb. XII-22.

tísimo Sacramento y su Asiento á la Diestra del Padre; su Madre Santísima con todo lo que es y todo cuanto posee; sus innumerables Ángeles, todos bellos y agraciados; todas las buenas obras y penitencias del mundo; las Misas que se dicen; las penas que sufren las almas del purgatorio; las gracias que recibieron los condenados, y á las que no quisieron corresponder; la santidad de José, el Bautista, los apóstoles, etc.; todas las alabanzas que tributan al Criador las aves, animales y elementos de la tierra; todo cuanto podrian hacer las criaturas posibles; las misericordias ejercidas por Dios desde el Antiguo Testamento hasta hoy; la complacencia que mutuamente se tienen las Tres Divinas Personas, y el amor incommunicable con que Dios se ama á Sí mismo desde toda la eternidad.

Tales son los tesoros que poseemos en Cristo; tales las riquezas que pone en nuestras manos, como se puso á Sí mismo en la Presentacion en las de María, para que podamos satisfacer nuestro amor. ¡Qué ocupacion, pues, tan santa la nuestra! ¡qué hermoso cielo incoado en la tierra! Y podremos hacer uso de cada una de estas cosas, como si fuesen propiamente nuestras, para tres fines diferentes, y mereceremos con

todas ellas igualmente que con nuestras acciones personales, pues nuestra es su oblacion: con este objeto nos las ha dado Jesucristo. Usaremos de ellas primeramente para actos de amor de Dios y hacimientos de gracias. De estos dos primeros usos hablaré despues. En segundo lugar, podremos usar de semejantes riquezas en la oracion de intercesion; y hé aquí de lo que voy á ocuparme ahora. Si fijamos bien en nuestra mente las lecciones del capítulo pasado, nos sentiremos tan dulcemente atraídos hácia la práctica santa de la intercesion, que es imposible no disgustarnos de nuestros propios medios de interceder. Veremos que nuestras secas y áridas peticiones, y nuestras frias palabras, y nuestras desordenadas devociones, ora á causa de las distracciones de nuestro empleo, ó bien por la dureza de corazon, no bastan á satisfacer nuestros vehementes deseos de promover por la intercesion la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvacion de las almas. Pues bien; Jesús viene luego al punto en socorro nuestro, y pone en nuestras manos todas esas cosas como armas de intercesion. Llena nuestra aljaba con semejantes saetas, mojas en bálamo eficaz para herir su Sagrado Corazon, puesto por Él mismo á nuestra puntería. Si las dirigimos con devota intencion,

daremos en el blanco, se clavarán y le herirán infaliblemente. Así como no tiene ningun límite su amor, así parece que Jesús se ve obligado á no ponerle á nuestra facultad de amarle.

El amor no seria amor, si teniendo tan ricos tesoros á nuestra disposicion no hiciésemos de ellos uso alguno. Siempre, pues, que deseemos alcanzar de Dios algun favor especial, que redunde en su mayor gloria, ofrezcámosle uno de esos dones que pueda aplacar su cólera y hacérnosle propicio. La simple ofrenda, presentada con devota intencion, es una poderosa intercesion muy agradable á sus divinos ojos; así como la presencia muda en el cielo de las cinco llagas del Señor, segun afirman los teólogos, son la intercesion de nuestro Salvador abogando sin cesar ante el Padre y Dios. Pero no debemos contentarnos con el ofrecimiento de las acciones; procuremos tambien unirnos á las disposiciones con que Jesús y María, Ángeles y Santos obraron la accion á que nos referimos: esto hará que nuestra intercesion sea todavía más eficaz y meritoria. Deseemos igualmente, si así nos place, que dicha accion se multiplique millares de veces para de esa suerte aumentar más y más la gloria de Dios. ¡Oh, si nos consagráramos á semejante práctica de intercesion! ¡Cuán-

tas conversiones obraríamos entónces! ¡cuántos escándalos desterraríamos del mundo! ¡cómo se cambiaría el rocío de la gracia en espesa lluvia, para hacer fructificar la Iglesia de Dios! ¡No estaríamos entónces, cual no raras veces nos hemos hallado en los años pasados, como el vellon de Gedeon, secos, milagrosamente secos!

SECCION II.

1.º *La sagrada Humanidad de Jesús.*

Ofrezcamos á Dios las perfecciones y facultades del Alma inmaculada de Jesús, los abismos de gracia, ciencia y gloria que en sí encierra, el amor con que ama á Dios en este momento, y toda la abrasada caridad con que le ha de amar por toda la eternidad. Pidamos la conversion del alma manchada con la culpa, por la hermosura y resplandor de su Alma purísima, que en este instante está alumbrando la Jerusalem celestial con tal claridad, que no necesita *«de sol ni luna que la ilumine, porque el Cordero es su luz.»* Pidamos salud, fuerza y energía para los predicadores y misioneros del Señor, por todas las perfecciones que ahora están embelle-

ciendo su Cuerpo glorioso y agraciado. Pero dejemos el cielo, y bajemos á la tierra. Primeramente, ofrezcamos al Padre el culto inefable que la vida mística de Cristo le está rindiendo en el Santísimo Sacramento desde millares y millares de tabernáculos; la pobreza, la humillacion, la obediencia á sus sacerdotes, su celo por las almas, la mortificacion de sus sentidos, la paciencia en sufrir los sacrilegios, y el resignado amor y milagrosas manifestaciones de su Vida escondida en la Hostia consagrada. O bien, si queremos, remontémonos á lo pasado. Aquí tambien tenemos un riquísimo caudal de ofrendas de inestimable valor. Riquezas son de nuestra pobreza el acto de amor de Jesús en el momento mismo de la Encarnacion; su encarcelamiento por nueve meses en el vientre de María; las virtudes que allí practicó, y el mundo que desde allí gobernó. Riquezas son de nuestra pobreza la Natividad y misterios de sus doce primeros años, Belen, Egipto, Nazareth y Jerusalem, con todas las humillaciones y amor inefable del Verbo encarnado á María y los hombres, que aquellos envuelven. Riquezas son de nuestra pobreza su Vida privada en Nazareth, la ocultacion del Inmenso, la obediencia del Omnipotente, la pobreza del Riquísimo, el consancio del Criador, la oracion de Dios, el

amor á José, la santificacion de María, los méritos y satisfacciones del Niño y Adulto, y la complacencia de los Angeles, de María y de Dios en los portentos y maravillas de aquellos diez y ocho años. Riquezas son de nuestra pobreza su Vida pública; el bautismo que recibió de manos de Juan, su ayuno en el desierto, su proceder con los discípulos y su conducta para con los pecadores; las contradicciones que encontró, los sermones que predicó, los milagros que obró y fatigas que sobrellevó. Llegamos á la orilla del inmenso Océano de su sacratísima Pasión. Riquezas son tambien de nuestra pobreza los siete pasos, los cinco juicios y las siete palabras. Riquezas son asimismo de nuestra pobreza su Resurrección triunfante ; las varias apariciones á sus discípulos, especialmente la primera á su Madre; los cuarenta dias de legislacion secreta para la organizacion de su Iglesia é institucion de las materias y formas de los Sacramentos; el encanto y recogimiento de aquellos hermosos dias; las maravillas que obró, las palabras que brotaran de sus labios, las gracias que otorgó á manos llenas, las bendiciones que derramó, y últimamente, la pompa soberana y augusta de su Ascension gloriosa á los cielos. ¿Quién será capaz de agotar este abundantísimo manantial de

aguas vivas? ¿Quién podrá secar la riquísima vena de ese sinnúmero de actos maravillosos é infinitos por la union con su divina Persona, y que tienen un ilimitado poder para con Dios? Pues bien; todos estos tesoros están á nuestra disposicion para la intercesion; y podemos fundadamente creer que tendrán una especial eficacia, aprovechándolos en ciertas solemnidades del año, á excepcion de la Pasion, que cuenta todos los dias por suyos.

SECCION III.

2.º *La Pasion.*

Pasemos ahora á hablar del uso de intercesion que podemos hacer con la Pasion. Naturalmente creeremos que habiendo sido consumada la obra de nuestra redencion principalmente por los misterios de la Pasion santísima de nuestro Salvador, nada deseará Él tanto como el recuerdo frecuente de estos misterios, que mueven sus entrañas de misericordia más vivamente que ningun otro, al ofrecérselos en actos de amor, acciones de gracias y fervorosa intercesion. San Bernardo declara que es una comunion espiritual la simple considera-

cion de la Pasion del Señor. El P. Baltasar Álvarez no se contentaba con hacer de ella el asunto ordinario de sus meditaciones, sino que solia decir á sus novicios: «No esperemos, hijos míos, haber hecho cosa alguna de provecho, á ménos que no tengamos siempre presente en nuestro corazon la imágen de Cristo crucificado.» Fr. Benito de Canfield llega asegurar que las almas, en su union más íntima con Dios, todavía meditan sobre la Pasion, si bien lo niegan el Padre Baker y otros, tomada la palabra en sentido de rigurosa meditacion. El mismo Señor habló de esta manera á Santa María Magdalena de Pázzis. «Todos los viérnes del año fija tu consideracion, hija mia, en la hora en que espiré sobre la Cruz, y así es como recibirás gracias muy especiales de mi espíritu, que entónces entregué al Eterno Padre; y aunque no sientas semejantes gracias, no será por eso ménos cierto que reposarán sobre tu corazon.» La gran campana de Duomo todavía llama á los fieles de Florencia á este sagrado recuerdo. La Beata Clara de Montefalco tenia tan impresa en su ánimo la memoria de la Pasion, que todo cuanto veia servíala de ingenioso memorial que la estaba sin cesar recordando los sufrimientos de nuestro Redentor. Á la Beata Verónica, religiosa agustina, díjola un dia el Se-

ñor:—«Es mi voluntad que todos los hombres precuren honrar con un vivo dolor de su corazón la memoria de mi Pasion, compadeciéndose de mis penas y trabajos. Una sola lágrima que sobre ella derramen, es una obra de inapreciable valor; pues no hay lengua humana que pueda expresar el gozo y contentamiento que esa única lágrima causa en mi ánimo.»—Los Ángeles revelaron á la Beata Juana de la Cruz que la divina Majestad recibia tan indecible complacencia en el dolor por la Pasion de Jesucristo, y que semejante sentimiento era un sacrificio tan agradable á sus ojos, que igualaba al derramamiento de nuestra sangre y sufrimiento de las más grandes aflicciones. Adviértenos San Teodoro Estudita que bajo ningun concepto olvidemos en Resurreccion la memoria de la Pasion, es decir, las llagas, cruz, sepultura etc. de nuestro Redentor. Y Orlandini cuenta que solia decir el P. Pedro Fabre, que así como la Pasion fué el camino de Cristo para su gloria, así tambien la compasion por la Pasion, es el que igualmente nos conduce á nosotros allá.

Dijo el Señor en cierta ocasion á Santa Gertrúdis las siguientes palabras, llenas de dulce consolacion:—«Quienquiera que se sienta oprimido bajo el peso de culpas enormes, respirará

libremente con la esperanza del perdón, ofreciendo á Dios el Padre mi santísima Pasion y Muerte; y esté seguro que, haciéndolo así, recibirá el fruto saludable de la remision de sus pecados, pues no hay en el mundo un remedio tan eficaz contra la culpa, como la consideracion devota de mi Pasion, unida á un verdadero arrepentimiento y viva fe.»—Alberto Magno solia repetir que una sola lágrima derramada sobre la Pasion de nuestro Redentor, era más meritoria á los divinos ojos que un año entero de ayunos á pan y agua, vigiliass y disciplina. Santa María Magdalena reveló á un siervo de Dios de la Órden de Santo Domingo, que al retirarse despues de la Ascension del Señor á un áspero desierto á hacer penitencia, quiso saber de Jesucristo nuestro Redentor, en qué ejercicio se había de ocupar en aquella soledad; y nuestro Señor, accediendo á sus ruegos, la envió al Arcángel San Miguel con una hermosísima cruz en las manos, la cual puso á la puerta de su cueva, para que pudiese estar incesantemente contemplando los misterios de la Pasion. Un dia, miéntras Santa Gertrúdis meditaba sobre la Pasion, entendió por una vision celestial que el ponderar y rumiar los sufrimientos de Cristo era un ejercicio de una eficacia infinitamente mayor que otro cualquiera.

Oigamos, por último, cómo se expresa San Agustín acerca del particular:—«Lo que más mueve, inflama, enciende y obliga á mi corazón á amaros más que á todas las cosas y á que seais para mí el objeto de todos mis afectos, es la muerte ignominiosísima y amarga que Vos, Jesús mio; padecisteis por la obra de nuestra redencion. Solo esto demanda de justicia toda nuestra vida, y todos nuestros trabajos, y toda nuestra devocion y todo nuestro amor. Esto, vuelvo á decir, es lo que mejor despierta, y más dulcemente solicita, y multiplica con mayor abundancia nuestra devocion y nuestro amor.»

En la vida de Santa Gertrúdis se declara de un modo maravilloso los exquisitos artificios del amor con que nuestro Señor recompensa esta devocion. Un viérnes, á la caída de la tarde, fijó la Santa sus ojos en un Crucifijo, y movida de compuncion, exclamó.—«¡Ah, dulcísimo Criador mio, y Amor mio! ¡Cuántos y cuán crueles tormentos padecisteis hoy por mi salvacion! y yo, ¡ingrata de mí! no he hecho cuenta de ellos, pasando el día ocupada en otras cosas! ¡Ay! ¡no me he acordado de la hora en que Vos, Vida mia, disteis la vida por todos y por amor de mi amor!»—Respondióla el Señor desde el

Crucifijo con estas amorosas palabras:—«Lo que tú olvidaste, hélo suplido Yo por tí. He recogido dentro de mi Corazon todo cuanto debiste reunir en el tuyo, y se ha henchido con tal plenitud, que me ha obligado á esperar hasta este momento, para que tu intencion supliese semejante descuido tuyo; y ahora que acabas de manifestármela, ofreceré á Dios mi Padre todo cuanto he suplido; porque sin esa intencion de tu parte, dicha ofrenda no hubiera sido tan provechosa á tu espíritu.»—Hé aquí, dice Gertrúdis, una prueba del abrasado amor de Jesús hácia los hombres. En otra ocasion, estando la Santa contemplando un Crucifijo que tenia en las manos, supo por luz sobrenatural que todo aquel que contempla devotamente un Crucifijo, es mirado por Dios con ojos muy compasivos y misericordiosos; y que su alma, cual espejo resplandeciente, refleja una imágen tan hermosa y agraciada del divino amor, que embelesa y arrebatá á todos los cortesanos del cielo, siendo para él dichas imágenes, cuantas veces practique semejante devocion acá en la tierra, otros tantos grados más de gloria eterna en el cielo.

Y no se crea que esta práctica sea una mera devocion de sentimiento.—«¡Ay! exclamaba un dia Santa Gertrúdis, única Esperanza mia, y

Salvacion de mi alma! Decidme ¿cómo podré honrar debidamente vuestra Pasion, tan amarga para Vos, y tan dulce para mí?»—Revolviendo, la contestó el Señor, en tu mente, aquella ansiedad con que Yo, tu Criador y Señor, oraba prolijamente en mi agonía, y cuya excesiva vehemencia de solicitud, fervor y caridad me produjo un copiosísimo sudor de sangre, que llegó á empapar la tierra; y despues cuanto practiques me lo ofrecerás en union con aquella sumision profunda con que decia á mi Padre, *No se haga mi voluntad, sino la Vuestra*. Así, pues, recibirás todas las cosas prósperas y adversas con el mismo amor con que Yo te las envio para salvacion de tu alma: recibirás las prósperas con agradecimiento, y en union con aquel amor con que, condescendiendo á tu flaqueza, te las procuro para que así aprendas á esperar la dicha eterna. Las adversas preciso es que las recibas en union con aquel afecto y amor paternal que me mueven á enviártelas, para que anheles con vivas ansias la bienaventuranza de la gloria.»

Aparecióse el Señor un dia á Santa Brígida, y la dijo:—«Te aconsejo, hija mía, que no pierdas nunca de vista estos dos pensamientos. Primero, un vivo recuerdo de todo cuan-

to he hecho por tí, sufriendo y muriendo en una Cruz: semejante pensamiento despertará en tu alma afectos dulces de amor divino. Segundo, la consideracion de mi justicia y juicio venideros: consideracion que inspirará en tu ánimo un temor santo y saludable.»—La Pasion del Señor fué asimismo la devocion favorita de la santísima Virgen, como Ella misma lo declaró á Santa Brígida:—«Mi espíritu, la dijo, y mi corazon estuvieron siempre en el sepulcro de mi Hijo,» suplicando en seguida á la Santa que no perdiese nunca de vista la Pasion de Jesús. Hé aquí por qué fueron tan eficaces las lecciones de Santa Brígida á su hija Santa Catalina, acerca de esta devocion. En la *Vida de Santa Catalina* leemos que todas las noches, ántes de acostarse, gastaba cuatro horas enteras haciendo genuflexiones y dándose golpes de pecho, suspirando y derramando abundantes lágrimas por la Pasion de Cristo, y ofreciéndose á Dios durante todo este tiempo en oloroso holocáusto. Cuando la Beata Angela de Foligno pidió al Señor la manifestase qué podria hacer que fuese de su mayor agrado, aparecióse á ella varias veces, ora estando en sueños la sierva de Dios, ó bien miéntras velaba, pero siempre como crucificado en la Cruz; y despues de mostrarla las llagas, y haberla declarado de

un modo inefable, cómo había recibido semejantes heridas por su amor, la dijo estas palabras: «¿Qué podrás tú hacer para pagarme tantos sacrificios?» En otra ocasión, según refieren los Bolandos, el mismo Dios Señor nuestro la manifestó, que si alguno deseaba encontrarle propicio, no apartase sus ojos de la Cruz, ora le visitase su providencia con aflicciones, ora le colmase de inefables consuelos.

No es, pues, maravilla que oyese la misma Foligno de boca del Señor, las bendiciones que Dios tiene reservadas para aquellos que son devotos de su Pasion, y para los que la imitan, ó se compadecen de ella:—«Benditos de mi Padre sois vosotros que os compadeceis de Mí, y ya sufriendo Conmigo ó bien siguiendo mis pasos, habeis merecido lavar vuestras estolas en mi Preciosa Sangre.—Benditos vosotros que os habeis compadecido de Mí, crucificado y afligido de inmensos dolores para satisfacer por vosotros, y redimiros de las penas eternas que mereciais; pues compadeciéndoos en la pobreza, trabajos y ultrajes que sufrí por vuestra salvacion, os habeis hecho hijos dignos de bendicion. Benditos vosotros que os mostrais devotamente compasivos de mi Pasion, portento de los siglos, salvacion y vida de las almas descarria-

das y único refugio de los pecadores, porque sereis herederos Conmigo, y coherederos del reino, y gloria y resurreccion que con ella os he adquirido. Benditos vosotros de mi Padre, y del Espíritu Santo, y verdaderamente benditos con la bendicion que daré en el dia del juicio, porque me llegué á vosotros, y no me desechasteis, como lo hicieron mis perseguidores; ántes bien me acogisteis compasivos, y cual á extranjero abandonado, me disteis hospitalidad en vuestro corazon. Os habeis condolido de Mí; viéndome tendido y desnudo en la Cruz, sediento, fatigado y espirante. Quisisteis ser compañeros míos, y así es como habeis cumplido fielmente todas las obras de misericordia. Pues bien; oireis en aquella hora terrible del juicio: *Venid, benditos de mi Padre; recibid el reino que os está preparado desde la constitucion del mundo*, porque tuve hambre en la Cruz, y con vuestra compasion me disteis de comer. ¡Oh dichosos, vosotros, y mil veces dichosos! Si clavado en la Cruz rogué á mí Padre con lágrimas y suspiros por mis perseguidores y verdugos, y los excusé diciendo, ¡*Padre mio! perdónalos, porque no saben lo que hacen!* ¿qué no diré por vosotros que os habeis compadecido de Mí, y sido mis fieles compañeros, cuando lleno de gloria y majestad venga á juzgar al mundo?»

Y bien; ¿qué nos enseñan todos estos ejemplos y revelaciones, sino que Dios ha querido darnos su Pasion, para que usemos de ella con mayor derecho todavía que aquel que tenemos sobre los trabajos que padecemos, y aflicciones que sufrimos: aflicciones y trabajos que son más bien deudas que es preciso pagar, necesidades que no es posible eludir y castigos que debemos aceptar con entera resignacion? Pero volvamos al uso de la Pasion en la intercesion, nuestro principal objeto. Dice Lancisio que es de una eficacia infinita la oblacion de la Sangre de Cristo, ó de su Pasion y Muerte, presentada al Eterno Padre, ó al mismo Salvador, para aplacar su enojo contra los pecados del mundo. El mismo Dios tuvo la dignacion de enseñar esta práctica á Santa María Magdalena de Pázzis, al quejarse amargamente á ella de los pocos que en el mundo procuraban aplacar su justa cólera contra los pecadores. Dócil la Santa á las enseñanzas de su divino Maestro, ofrecia la Sangre de Cristo varias veces al dia por toda clase de pecadores; y su ejercicio ordinario consistia en ofrecerla cotidianamente cincuenta veces por los vivos y difuntos. Lo hacia con tal fervor, que en no pocas ocasiones, la mostró el Señor así la muchedumbre de pecadores cuya conversion ha-

bia alcanzado, como el asombroso número de almas que con dicha devocion sacara del purgatorio. Cierta dia, arrobada la Santa en un éxtasis amoroso, exclamó: «Cuántas veces la criatura ofrece esta Sangre con que ha sido redimida, otras tantas ofrece un don de inapreciable valor que la será sobreabundantemente recompensado. Más aún: es tan rico semejante don, que el Eterno Padre se cree obligado á su criatura, porque la contempla en su lastimosa miseria que su infinita Bondad desea compadecer, y compadeciéndose, comunicarse á ella; y hé aquí cómo esta ofrenda es la causa de que la divina Bondad se esté incesantemente comunicando á su criatura.»

«Semejante devocion, dice Lancisio, glorifica y recrea á Dios con la más noble y excelente de todas las ofrendas: pide, ó más bien exige, en cierta manera, la remision de nuestras culpas pasadas, la preservacion de las venideras, la conversion de los pecadores y herejes y el perdon de las penas temporales debidas al pecado: sirve asimismo de accion de gracias por todos los beneficios públicos y particulares, de impetracion para alcanzar los divinos auxilios, y de remedio efficacísimo contra innumerables necesidades así de vivos como de difuntos.»

SECCION IV.

3.º *Devocion á la santísima Virgen.*

No pocos desean saber, cuánta debe ser su devocion á nuestra Señora, y qué límites ha de tener su devocion á tan tierna Madre. Llegan á disgustarse cuando oyen decir, que nunca podrán tener bastante devocion á María, que no cabe exceso en semejante práctica piadosa y que no tiene límite su amor hácia dicha Señora. Esta respuesta, aunque exacta, no les satisface; la creen una especie de exageracion piadosa, verdadera en cierto sentido, pero no una contestacion adecuada á su pregunta, una solucion cumplida á su dificultad. Paréceme que nada tendrian que oponer, si se les hablase de esta manera: «Amad á María como la amó Jesús; profesadla tanta devocion como Jesús desea que la profeseis, y pedidle sin escrúpulo semejante devocion, conforme á su divina voluntad.» No es posible conocer á Jesús y mucho ménos amarle, si no abrigamos una tierna devocion á María: es imposible concebir una devocion hácia esta Señora, que sea más eficaz para mover el Corazon de Jesús á que escuche nuestras plegarias,

como la devocion de oblacion, la cual consiste en ofrecer al Hijo aquellas gracias con que la enriqueciera como á su Madre querida; aquellos actos de amor con que la adornara la Beatísima Trinidad cual á trofeo escogido de infinita compasion, y aquellos misterios con que Ella correspondió y mereció tan incomparablemente durante su vida mortal. María se halla tan estrechamente ligada á la gloria divina, que todo acto de homenaje que se la tributa, es un verdadero acto de amor de Dios. María es el más rico interes de Jesús; y así es que no hay cosa en el mundo á que Él profese tanta estimacion, como á la defensa y propagacion de su honor. Si el Sacratísimo Corazon de Jesús se ve misericordiosamente empeñado en la salvacion de las almas, á María ha elegido como á refugio de pecadores y abogada de las almas: si todas las obras de Dios cantan su gloria, y cuando contempló la tierra que criara fué movido á bendecirla, declarándola muy buena, al propio tiempo que las estrellas de la mañana entonaban á coro dulces cánticos de júbilo y los Ángeles saltaban de regocijo; ¡cuánto más dulce y armoniosa no debe ser la cancion que ahora le están cantando los dones y mercedes de María, manantial purísimo de inspiracion musical para

himnos angélicos y humanos! Preciso es, pues, que, por amor á Jesús, adelantemos en el amor á María: la devocion á la Virgen menester es que crezca en nosotros como la gracia, que se fortalezca como el hábito de una virtud, siendo cada vez más fervorosa y tierna hasta la hora en que nuestra Reina y Señora venga á ayudarnos á bien morir, y á sacarnos á salvo del riesgo inminente del juicio.

¿Estamos plenamente convencidos de que nuestra devocion á la Santísima Virgen no es como la posesion de un objeto cualquiera, un libro, por ejemplo, un rosario, que se adquieren con un acto único y de una sola vez? Si seria un error afirmar que Dios nos ha otorgado la virtud de la humildad únicamente para que la conservemos siempre en un mismo sér, no menor error seria asimismo el sostener que la devocion á María no es susceptible de un aumento continuo. Repito, pues, que la devocion á la santísima Virgen debe crecer como una virtud y robustecerse como un hábito; de otra suerte de nada vale, ó mejor dicho, vale ménos que nada, como os lo hará ver una breve reflexion. El amor de María no es más que una forma del amor de Jesús, y consiguientemente, debiendo aumentar el amor al Hijo, menester es que crezca

tambien el amor á la Madre. Si alguno me dijese que no debia mezclar las oraciones á María con las oraciones dirigidas á Jesús, probaria con semejantes expresiones que no tenia una idea verdadera acerca de esta devocion á la Virgen, y que se hallaba á punto de incurrir en peligrosísimo error. El vulgo irreflexivo, no obstante, no pensando en lo que dice, exprésase no raras veces como si fuese cosa de poco más ó ménos separar la devocion á la Madre de la devocion al Hijo: imagínase que la devocion á la santísima Virgen es una especie de cesion que ha hecho Jesús en favor de María; que el Hijo es una cosa y otra la Madre, y que la devocion á los dos puede distribuirse entre ambos á proporcion de su dignidad, es decir, casi toda para Jesús y lo que reste para María. Si los que tal dicen comprendiesen la significacion de sus palabras, verian que estaban profiriendo una horrible blasfemia. El amor á María es una parte esencial del amor a Jesús; imaginarse que puedan oponerse los intereses del Hijo y de la Madre, es probar que no conocemos á Jesús, ni la índole de la devocion que se le debe. Si la devocion á María no fuese en sí misma una devocion á Jesús, en ese caso, cuando tributáramos nuestros homenajes á la Madre, defraudaríamos

á sabiendas en algo al Hijo, y consiguientemente robaríamos á Dios, lo que es un sacrilegio. Cuando nos aconsejan, pues, esas gentes que moderemos nuestra devocion, que no nos excedamos, ni concedamos demasiado á María, no están rindiendo entónces á Jesús, como ellos se figuran, el honor que le es debido, sino defraudándole algun homenaje para cedérsele á María. Hé aquí, pues, en toda su espantosa desnudez lo vicioso de semejante razonamiento. Cabe error, en efecto, acerca de la *naturaleza* de la devocion á María, pero jamas *exceso* en sus grados. Si el amor á la Madre no fuese un verdadero amor al Hijo; si la devocion á Maria no fuese una de las devociones que el mismo Jesús designara como la más principal de las devociones hácia su divina Persona, en ese caso, mi teología en consonancia con mi amor me están diciendo en voz muy alta, que yo no puedo bajo ningun concepto dar cabida á María en mi corazon, pues que no es siquiera capaz de contener adecuadamente á Jesus. ¡Madre dulcísima! ¡cuán poco os conoceria si pudiese pensar de Vos tan desfavorablemente! ¡Qué nocion tan ruin y baja tendria formada hasta del mismo Dios! ¿Por qué entónces no me seria lícito creer que la gracia me separaba de Dios, y que

los Sacramentos me disponian á obrar y pasar-me sin Jesús, así como imaginarme que Vos, Madre mia, os empleábais en todo, ménos en procurar engrandecer el amor de vuestro Hijo hácia mi humilde persona, y en aumentar el que yo profeso á tan grande Majestad?

Ved, pues, qué abundancia de materiales nos ofrece la vida de la santísima Virgen, para que les presentemos al Eterno en oloroso holocáusto. ¿Existe, por ventura, una prueba del amor del Señor á una simple criatura ni á todas las criaturas juntas, que se iguale al privilegio incomparable de su Concepcion inmaculada y á la excelsa dignidad de Madre de Dios? Ora recorramos su vida por los sesenta y tres misterios de que se compone, ora la resumamos en lo que llaman los teólogos las tres santificaciones de la santísima Virgen, á saber: inmaculada Concepcion, Momento de la Encarnación y Venida del Espíritu Santo en Pentecostés, es lo cierto, que nos provee de innumerables motivos á cual más dulces y persuasivos para mover el Sagrado Corazon de Jesús á que nos otorgue todo cuanto le pidamos. Cada uno de los actos que constituyen la vida angelical de nuestra Señora está enteramente lleno de la gracia del Hijo y del amor heróico que la Madre le profesaba; uno solo

es más agradable á los ojos de Jesús, que todo el heroismo de los Santos, y procura á Dios una gloria mayor, que todos los servicios juntos de las tres jerarquías celestiales.

La devocion á sus dolores y gozos podria ofrecernos no pocos ejemplos de esto; pero pasando por ahora en silencio la devocion á sus dolores, como más conocida, y de la cual pienso ocuparme en otra obra (1) exclusivamente destinada á este objeto; al presente solo me propongo hablar de la devocion á sus gozos, que no sin razon podria llamarse la devocion franciscana. Santo Tomás de Cantorbery tenia la piadosa costumbre de rezar el Ave-María siete veces al dia en honor de los siete gozos de la santísima Virgen, á saber: Anunciacion, Visitacion, Natividad, Epifanía, Hallazgo en el Templo, Resurreccion y Ascension. Apareciósele en cierta ocasion nuestra Señora, y le dijo estas palabras: «Tomás, hijo mio, mucho me agrada tu devocion; pero ¿por qué honras solamente los gozos que tuve en la tierra? En lo sucesivo, es mi voluntad, que honres igualmente los gozos que estoy ahora disfrutando en el cielo, porque has de saber que pienso consolar, y colmar de inefables dulzuras, y presentar por

(1) *El Pié de la Cruz ó los Dolores de María*, publicada en 1857.

fin despues de su muerte á mi Hijo amantísimo, á todo aquel que honre ambos gozos míos.» Sintióse entónces el Santo inundado de una indecible alegría, y exclamó: «¿Y cómo, Madre mia, cómo podré yo hacer semejante cosa, cuando apenas conozco esos vuestros gozos celestiales?» Á lo cual contestó la santísima Virgen que honrase con siete Ave-Marías los gozos siguientes: Su primer gozo, por haberla encumbrado en el cielo la Beatísima Trinidad sobre toda otra criatura: segundo, por haberla ensalzado su virginal pureza sobre todos los Ángeles y Santos: tercero, por verse alumbrados los cielos con el vivísimo resplandor de su gloria: cuarto, por las adoraciones que como á Madre de Dios la están tributando todos los bienaventurados de la gloria: quinto, por otorgarla su Hijo todo cuanto le pide: sexto, por las innumerables gracias que recibiera viviendo en la tierra, y por la gloria singular que tiene Dios aparejada á sus devotos en el cielo: sétimo, por el aumento continuo de su gloria accidental. Dicese haber compuesto el Santo sobre estos gozos la *Sequentia*, *Gaude flore virginali*, la cual se cantaba en algunas iglesias y es citada en el *Parnassus Marianus* (1). En igual práctica se ejercitaba

(1) Lancis. II, 51.

Santa Catalina de Bolonia, persona muy devota de Santo Tomás. Cuenta asimismo el Beato Franciscode la Cruz, que conmemorando un día el Beato Ranulfo los siete gozos que la Madre de Dios tuvo en la tierra, se le apareció esta Señora, y le reveló los mismos siete gozos celestiales que al Santo Arzobispo de Cantorbery, si bien con diferente orden.

Todavía existe otra revelacion hecha al Beato José Herman del Orden Premonstratense, que nos muestra á las claras lo muy agradable que es á la santísima Virgen esta devocion á sus gozos. Eran en su tiempo tan frecuentes los robos de Iglesias, que se vieron los religiosos precisados á designar á un hermano suyo, para que guardase el templo durante la noche. Cúpole varias veces la suerte al siervo de Dios, y semejante oficio le sirvió de pretexto para interrumpir una de sus devociones ordinarias, la cual consistia en rezar cierto número de Ave-Marías en honor de los gozos de esta Señora. Apareciósele entónces la Virgen, no como tenia de costumbre, jóven y hermosa, sino vieja y llena de fealdad. Herman se atrevió á preguntarla el motivo de tal cambio, y la Madre de Dios le contestó:—«Para tí soy vieja y fea. ¿Dónde está ahora tu devocion á mis gozos? ¿dónde aquellas Ave-Marías? ¿dónde,

en fin, aquellos ejercicios de piedad en que ántes te empleabas, y con los cuales era Yo jóven y agraciada á tus ojos, y tú á los míos? No interrumpas tus devociones bajo pretexto de guardar el monasterio, porque Yo soy su mejor guardian.» Advertido Herman con semejante respuesta, tornó de nuevo á sus primeros ejercicios grandemente complacido de saber la suma complacencia que recibia su benditísima Madre con esta devocion á sus gozos. San Pedro Damian refiere asimismo en sus cartas un caso parecido (1). Cierta monje, al pasar delante del altar de la santísima Virgen, solia saludarla con la siguiente antifona: «¡Regocijaos, Madre de Dios, Virgen inmaculada! ¡regocijaos con el gozo que recibisteis del Ángel! ¡Regocijaos, Vos, que disteis á luz al Esplendor de la gloria del Padre! ¡Regocijaos, Madre benditísima! ¡Regocijaos, Virgen Madre de Dios! ¡Regocijaos, Vos, la única Virgen Madre: toda la creacion cante vuestras alabanzas! ¡Madre de la Luz, interceded por nosotros!» Al cruzar un dia la Iglesia este siervo de Dios, oyó una voz que salia del altar, y le decia: « Me anuncias gozos, hijo mio, y los gozos serán para tí.»

(1) Lib. 3. Ep. 10.

Pero no es solo al Señor á quien podemos ofrecer los dolores, gozos, dones, gracias y grandezas de su Madre Santísima, sino que podemos ofrecerlos igualmente á la misma Virgen María. Un dia, miéntras Gertrúdis invocaba á esta Señora con aquellas palabras de la Iglesia en la Salve Regina, *Ea, pues, abogada nuestra*, vió á la Excelsa Madre de Dios inclinarse graciosa ante ella. Con semejante demostracion entendió la Santa, que cuantas veces llama uno á María con devocion, su abogada, de tal suerte mueve á compasion este nombre dulcísimo sus maternales entrañas, que parece imposible se niegue á otorgarnos todo cuanto la pidamos. Al llegar la misma sierva de Dios á aquellas palabras: *Esos tus ojos misericordiosos*, tocó la Virgen suavemente á su Hijo, y volviéndole hácia la tierra, dijo á la Santa con dulce sonrisa: «Estos son, señalando los ojos de Jesús, aquellos misericordiosísimos ojos míos que puedo Yo volver para salvacion de cuantos me invocan: ojos divinos de los cuales reciben el más rico fruto de salud eterna.» Entónces fué cuando el Señor tuvo asimismo la dignacion de enseñar á Gertrudis á invocar á su amorosísima Madre, al ménos una vez por dia, con aquellas palabras: *Ea, pues, abogada nuestra, vuelve á*

nosotros esos tus ojos misericordiosos; asegúrandola, que así es como atesoraria, para provecho suyo, una consolacion no pequeña para la hora de la muerte.

San Bernardo nos aconseja que ofrezcamos á Dios nuestras oblaciones por manos de María; y aunque el pasaje sea bastante conocido, no debo, sin embargo, omitirle aquí: «Siempre que ofrezcais á Dios, son sus palabras, algun don, acordaos de encomendársele á María, á fin de que vuelva la gracia al Dador de toda gracia por el mismo conducto que llegó á vosotros. No vayais por eso á creer que no le fuese á Dios posible infundir su gracia, si así lo hubiera querido, sin necesidad de recurrir á ningun acueducto; mas fué voluntad suya proveernos de un canal. Quizá nuestras manos estén todavía llenas de sangre, ó manchadas con la inmundicia de dones impuros. Así, pues, esa pequeña ofrenda que vais á presentar, cuidad, si no quereis sufrir una repulsa, de encomendársela á María, para que Ella la ofrezca al Eterno con sus delicadas manos que son cual lirios blanquíssimos, y el Amante de los lirios jamas desechará, como no plantado entre lirios, aquello que se halle en las manos de María (1).» Afirma Lancisio que

(1) De Aquæducto.

debemos hacerlo así por dos razones: primera, porque habiendo querido Dios que recibamos sus gracias por María, justo es que le ofrezcamos nuestros dones por manos de María; segunda, porque la oblacion que se ofrece por María, implica la grande estimacion que Dios hace de esta Señora, y que es el origen de todo su honor.

SECCION V.

4.º *Los Santos Angeles.*

Tambien la vida bellísima de los Ángeles, primogénitos de Dios, nos abastece asimismo de abundantes materiales para la intercesion; y nuestro Señor Jesucristo parece que quiere llamar nuestra atencion sobre este punto, quando en el Padrenuestro nos suplica que digamos: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.* La Escritura nos ofrece no pocas nociones acerca de los Ángeles; culto que tributan á Dios, ministerios que ejercen para con las otras criaturas, carácter individual de los mismos, como de San Miguel, Gabriel y Rafael; su muchedumbre y sus nueve coros, con sus nombres respectivos. Algunos teólogos han creído que cada

uno de los Ángeles forma una especie distinta, lo que si así fuese, nos daría una idea sublime de la magnificencia divina. Otros, con más apariencia de razon, cuentan veinte y siete especies; tres en cada coro, como tres son los coros en cada jerarquía: todavía este número de especies nos hace formar una idea embelesadora de la corte celestial, si tenemos presente cuán difícil es concebir ninguna otra division específica de criaturas racionales ademas de la humana y la puramente espiritual. Otros teólogos, últimamente, prescindiendo de la cuestion de especies, enseñan que la gracia de cada uno de los Ángeles es enteramente distinta en excelencia y hermosura de la gracia de los demas. Si esta maravillosa variedad nos asombra y encanta, ¡qué indecible contentamiento no debe causar en nuestro ánimo la consideracion de las perfecciones y grandezas del culto que Dios está recibiendo en el cielo, mientras nosotros le estamos tributando tan pobres y ruines adoraciones acá en la tierra! Hé aquí por qué Sor Mínima de Jesús Nazareno, religiosa carmelita de Vetralla, que vivió en tiempo de la invasion francesa en Italia, y empleó toda su vida en una continua y fervorosa intercesion, solia ofrecer á la divina Majestad el amor del primer coro de Serafines, en

reparacion por todos los ultrajes que tan soberana Majestad recibia en el mundo. Provéennos asimismo de ricos materiales para la intercesion la variedad y magnificencia del culto que los diferentes órdenes de Santos rinden al Altísimo en los cielos: gloria y adoracion que están constantemente aumentando á medida que crece el número de adoradores procedentes de la tierra ó purgatorio. Así es cómo al propio tiempo que satisfacemos nuestro amor, podemos ejercer una eficaz influencia sobre el Sagrado Corazon de Jesús, para que oiga nuestras plegarias.

SECCION VI.

5.º *Las cosas de la tierra.*

Pues si del cielo bajamos á la tierra, aquí encontramos igualmente inciensos olorosos de un aroma y fragancia exquisitos con que poder aplacar la justa cólera de Dios y obtener una respuesta amorosa á nuestras oraciones. Todo cuanto obraron los Santos en los siglos pasados; los prodigios de la santidad oculta de José, las austeridades secretas del Bautista, los fatigosos pasos de los apóstoles por las vias romanas, los tormentos horribles de los mártires; y su-

biendo al Antiguo Testamento, los raptos de los profetas, la fidelidad de los Macabeos, las maravillas del corazon de David, cortado segun la medida del Corazon de Dios, los combates de Josué, la modestia de Moisés, la pureza de José, la sencillez de Jacob, las meditaciones de Isaac, la fe de Abraham, el sacerdocio de Melquisedech, el arca de Noé, la sangre de Abel, las penosas noches y largos dias de los novecientos años de Adam, empleados en penitencias fervorosas, heróicas y resignadas (1). Todas estas riquezas podemos ofrecérselas á Dios humilde y confiadamente, como si conservasen la misma frescura y suavidad del primer dia. Y no se concibe un método de oracion más en armonía con el espíritu de la Iglesia, pues la fórmula más comun de sus colectas consiste en implorar las misericordias divinas para el tiempo presen-

(1) Hé aquí cómo se expresa la Madre Juliana de Norwich, hablando de Adam en sus *Revelaciones del Divino Amor*: «La piedad y compasion del Padre fueron, desde la caida de Adam, su más amada criatura, etc.» ¿Por ventura ha dado nunca la Inglaterra católica á la Iglesia de Dios un tesoro tan rico y precioso como las *Revelaciones* de la Madre Juliana, la anacoreta del reinado de Eduardo III? No sin razon puede ser comparada esta sierva del Altísimo con Enrique Suso, y acaso le lleve la palma.

te por las misericordias pasadas que el Señor se dignó usar con sus santos y pueblo escogido.

Pero nuestro es asimismo el presente como el pasado. La tierra está produciendo á todas horas frutos exquisitos y sabrosos para la gloria de Dios. Sobre sus montes y collados, en sus valles y llanuras, en el interior del claustro y en medio del mundo, desde el Papa en su palacio hasta el indio convertido en su cabaña ¡cuántos actos sobrenaturales no se están hoy elevando al trono del Eterno! ¡Cuántos actos de fe, aspiraciones de esperanza, suspiros de caridad y santo dolor! ¡cuántas penitencias y cuántos actos de resignación á la divina Voluntad! ¡Cuántas Misas celebradas, y comuniones recibidas, y absoluciones dadas, y Extremaunciones administradas, y suaves y silenciosos triunfos alcanzados por las saludables aguas del Bautismo para honra y gloria de la Santísima Trinidad! Pues nuestras son todas estas ofrendas: todas las podemos reunir y poner sobre los carbones encendidos de la devocion en el incensario de nuestros corazones, para ofrecérselas al Altísimo en oloroso holocausto. Más aun : las criaturas inferiores alaban incesantemente á Dios, llenando el fin de su creacion; los animales del campo, las aves del aire, los peces del mar, los bosques y flores,

los vientos y rocío. Cuando dichos séres hieran dulcemente nuestros ojos ú oídos, unamos nuestra voz á la suya, y recreemos con tan deliciosa música y suave melodía á la soberana Majestad del Rey de reyes.

Nuestras son asimismo las obras de la Providencia inefable, desde la creacion del mundo hasta la hora presente; sus inescrutables juicios y su tolerancia para con el pecado, sus palabras, visiones y revelaciones, su especial asistencia á su Iglesia, su visible proteccion á favor del Arca Santa en el Antiguo Testamento y Santa Sede en el Nuevo. Por todas estas misericordias quiere Dios que le pidamos, y tiene la dignacion de procurárnoslas, cual armas aceradas para la armería de la oracion. Ha ido aun más léjos el ingenioso amor de los Santos y personas espirituales. En el fervor de su corazon han ofrecido á Dios todo el homenaje y adoraciones que hubieran podido rendirle las criaturas posibles; se han atrevido á concebir asimismo aquellos tres divinos abismos, poder del Padre, sabiduría del Hijo y amor del Espíritu Santo, arrojando en maravilloso orden y concierto innumerables mundos posibles, y se aventuraron á ofrecer todos estos innumerables sistemas, cual si fuesen un simple

acto de amor y súplica de intercesion; ofrecieron igualmente á la Justicia y Santidad divinas todos los variados y misteriosos sufrimientos del purgatorio que un dia esperan padecer en sí mismos, como bellos en su naturaleza, sagrados en sus terribles funciones y santificados por el contacto con las almas benditas.

SECCION VII.

6.º *Los divinos atributos.*

Pero los Santos y personas espirituales han ido todavía más léjos. *Todas las cosas son de Cristo*, dice San Pablo, *y Cristo es de Dios*. Vieron la desproporcion que existe entre la soberana Majestad del Altísimo y las alabanzas de las criaturas; y por eso, cuando querian alcanzar de Dios algun extraordinario favor, le ofrecian sus infinitos atributos, y toda la gloria que le tributan semejantes perfecciones, que son el mismo Dios: imploraban el favor del cielo á nombre de la incomunicable Paternidad del Padre, Generacion eterna del Hijo y Procesion del Espíritu Santo: ofrecian á Dios el conocimiento y amor con que se conoce y se ama á Sí mismo, juntamente con la complacencia inco-

municable y recíproca que se tienen las Tres Divinas Personas; y no solo observaron que eran oídas sus oraciones, sino que sentían crecer en su espíritu la llama del divino amor más allá de lo que hubieran podido imaginarse, llegando á obtener un convencimiento íntimo de que los términos técnicos de los dogmas y definiciones de fe, no eran un mero juego de palabras y sonidos vacíos de sentido, sino centellas de fuego bajadas del cielo.

Es harto difícil que pueda uno contenerse dentro de los límites de la intercesión, nuestro principal objeto, recordando tantas y tantas cosas como nos convidan y solicitan á hablar del divino amor. Repasemos, pues, todas estas riquezas de nuestra pobreza, todos estos tesoros que poseemos en Cristo, y veamos si no tenemos una abundancia incomparable de sacrificios con que acercarnos á Dios en fervorosas y continuas intercesiones. ¡Oh qué campo tan vasto y delicioso ofrecen á nuestra consideración! ¡Qué dulce libertad de espíritu no inspiran en nuestro ánimo! ¡Y cuán fácil cosa es cambiar en servicio de amor unas ofrendas que están constantemente exhalando ese aroma suavisimo con tal exceso, que casi llega á hacernos olvidar la intercesión!

Examinemos ahora la situacion de los inválidos, es decir, la de aquellas personas que, si bien no se ven agobiadas bajo el peso de los dolores de una grave enfermedad, viven, sin embargo, oprimidas con la carga de una salud delicada y enfermiza. Esta clase de gentes desea tambien consagrarse á promover de todas véras la mayor gloria de Dios, intereses de Jesús y salvacion de las almas; pero se ven incapacitadas para ejercitarse en obras exteriores, y acaso no cuentan con recursos para contribuir á la ejecucion de las mismas. La intercesion directa, la directa oracion vocal en favor de tal ó cual persona, muy luego llega á agotarse, y nada encuentran en ella que pueda distraer sus dolencias y recrear su ánimo abatido. Ahora bien; ¿no es una plácida ocupacion del espíritu discurrir por todos esos tesoros de sagradas ofrendas, á cual más ricas, hermosas y variadas? Semejante entretenimiento recrea, en efecto, la mustia devocion, y nos dispone á mantener y perpetuar una afectuosa y reverencial correspondencia para con Dios, á la vez que estamos ejecutando una de las obras más grandes y sólidas para su mayor gloria y prosperidad de su Iglesia. Y esta tierna devocion de la presencia de Dios no es solo provechosa á las personas de salud delicada, sino á todo el

mundo, pues interesa grandemente así el corazón como la mente. Cuanto más numerosas sean nuestras nociones sobre Dios, y más variados nuestros conceptos, imágenes y representaciones acerca de los objetos que con Él se relacionan, tanto más íntima será por consiguiente la union de nuestro espíritu y voluntad hácia su divina Persona; y hé aquí cómo llega á hacérsenos más fácil la devocion de andar continuamente en la presencia de Dios: práctica que es el camino más seguro para conseguir la santidad.

Otra ventaja nos ofrece este método de intercesion, y es el temple y carácter celestial que produce en nuestro ánimo. El principal carácter del mundo consiste en la multiplicidad. Ofrécenos el mundo un sinnúmero de objetos de interes, y constantemente nos está acosando por todas partes con sus hechiceros atractivos; mientras que la Religion es para no pocos un objeto sin interes, seca, insípida, uniforme y monótona. Como apenas la conocen, no pueden estar siempre atentos á una sola cosa, y así la vida espiritual va cayendo en descrédito para semejantes sugetos. Es verdad que existe un estado de contemplacion muy alto y sublime, cuya perfeccion consiste en mantener el alma

fijas todas sus potencias únicamente en Dios; pero estas no son cosas para toda clase de personas; porque nosotros, tales como somos, necesitamos de todo el interes que la variedad y hermosura dan á la devocion, y aun así, todavía vamos como á remolque. Cuanto más interesantes y variadas sean, pues, nuestras nociones religiosas, tanto más fácil nos será arrojar del corazon el espíritu del mundo, y prendarnos del encanto por los intereses de Jesús.

¡Qué consolacion no se encuentra en estas riquezas de nuestra pobreza, cuando la tristeza nos abate, y la tentacion nos acosa, y los hombres nos persiguen, y las imperfecciones de nuestras buenas obras nos angustian, y el fastidio del mundo y de la vida acongojan y despedazan nuestro corazon! Por grande que sea nuestra afliccion y abatimiento, no deseamos ninguna otra cosa, sino que Dios sea amado de todos y que goce Jesús de los derechos que le pertenecen. Y así, aunque fatigados del trabajo y abatidos con los desengaños; cuando la noche tienda su negro manto, llevando consigo el espanto á nuestro corazon; cuando la tempestad ruja sobre nuestras cabezas y suspiremos por vernos libres de tanta angustia, el alma entonces puede disfrutar de toda la independendencia de

un soberano, recorriendo este ilimitado imperio de Dios, de Jesús y María, Ángeles, Santos, hombres y criaturas todas, regocijándose en ese sacrificio perpetuo de alabanza que se eleva hasta el trono de la Majestad augusta de nuestro amoroso Padre y eterno Dios, desde todos los ángulos y rincones de la creacion.

CAPÍTULO VI.

MONEDA ACUÑADA.

Dios es causa de todo.—Las *columnas* de la Iglesia.—Naturaleza y gracia.—Ofrecimiento de nuestras acciones en union con las de Jesucristo.—Moneda acuñada.—Espíritu de oblacion:—1.º Oblacion de nuestras acciones ordinarias.—Varios métodos y prácticas de oblacion.—Diferencia entre los escritores canonizados y no canonizados.—Oblaciones de Santa Gertrúdis.—2.º Oblacion de las recreaciones.—Avisos á los valetudinarios.—Juego de ajedrez de San Cárlos.—Arca de Noé.—3.º Oblacion de la soledad—4.º Elevacion á Dios por la contemplacion de las criaturas.—Ejemplos y prácticas.—Tres métodos de oracion de Pedro Fabre.—Variedad de devociones mentales.—Oracion vocal.—La devocion seca no es sólida.—5.º Oracion jaculatoria.—El Padre Báker.—Cómo se ha de rezar el Oficio divino —6.º Oblacion de los sufrimientos —Excellencia del altísimo privilegio que se nos otorga de agradar á Dios.—Dios mendigando gloria de sus propias criaturas.

SECCION I.

Vanidad de la ciencia humana.

Dios es la causa primera, y quien da valor á todas las cosas. Así como todo viene de Dios, así todo debe volver á Dios; por eso hasta la cria-

tura rebelde que rehusa reposar en los brazos de su amor, preciso es que caiga en las manos de su justicia. Ningun objeto tiene valor, á ménos que Dios no se digne otorgársele; y las inteligencias ilustradas y los corazones amantes no pueden mirar las cosas á no ser bajo las relaciones, verdaderas ó falsas, que guardan con el Todopoderoso, pues no hay más que un solo verdadero punto de vista de los objetos, el punto de vista divino. Cualquiera diria, y al parecer no sin razon, que no vale la pena ocuparse de cosas tan claras; pero desgraciadamente hasta entre los católicos existen no pocos que encuentran dificultad en comprender semejantes verdades y en obrar conforme á ellas, una vez comprendidas y aceptadas. Muchos llegan á escandalizarse al ver las señales exteriores de olvido de Dios, que tan naturales son en un pais dominado por la herejía, mirando, no obstante, con indiferencia esa conducta suya en no permitir, respecto á sus propios negocios, que goce Dios de sus derechos. Observad sino la manera de obrar de aquellos católicos que están afiliados á un partido político, ó incorporados á un instituto científico ó sociedad aristocrática, y vereis en ellos un proceder que, implícitamente al ménos, supone que posee Dios con justicia el puesto que le corres-

ponde; mas que es preciso tenga sus límites, y que introducirle y guardarle las debidas consideraciones religiosas en determinadas discusiones, acciones é intereses, es una impertinencia, una pobreza de espíritu, ó á lo ménos una idiosincracia que se tolera con cierto desenfado. No pocos, con la mejor buena fe, caen en semejante lazo, y llegan á imaginarse, que adulando al mundo y sus máximas van á promover de un modo asombroso la gloria de Dios y prosperidad de su Iglesia. ¡Ah! ¡día vendrá en que abran sus ojos, y vean con cierto estupor, que miéntras su devocion fué tibia, distraidas sus oraciones, su piedad puramente exterior y los principios de su religion puestos insensiblemente á nivel de cuanto les rodeaba, no ganaron una sola alma para Dios, ni hicieron crecer en ningun rincon del mundo un pequeño grado el amor de nuestro Señor! ¡Cuántos no existen que gozan de una alta reputacion y son tenidos como verdaderas columnas de la Iglesia, no porque sean hombres de acrisolada virtud é iniciados en los secretos divinos, sino porque desempeñan un papel importante en el mundo y representan las clases mas influyentes de la sociedad, alcanzando su prudencia de carne aparentemente felices resultados! Pero ¿qué es lo que alcanza? ¿Ama alguno

más á Jesús? ¿sálvase, acaso, una sola alma? ¡Oh, no! solo precisar al Ministerio actual á dejar caer de sus labios una palabra benévola en favor del Papa, ó bien á que un miembro neutral haga en el Congreso una pregunta sobre un asunto de escasa importancia: pregunta que fué oída, publicada luego en el *Diario de Sesiones*, y que vino despues á reducirse á la nada.—«Mas se logró al ménos evitar una falta de respeto!»—¡Bien! ¡muy bien! ¡Gracias sean dadas á Dios, y gracias asimismo á esos benévolos patronos suyos! Pero es el caso, que á veces se nos debe algo más que respeto; así como es igualmente posible que Dios exija tambien algo más que una mera proteccion. Examinemos, pues, detenidamente nuestra prudencia, que como sea sobrenatural, poseeremos, á no dudarlo, una joya preciosa, mas no si es mundana. En la época y pais en que vivimos menester es que el hombre adquiriera un clarísimo conocimiento de Dios; de otra suerte, persuádase uno, que por más vueltas que lo dé, no logrará tributarle las consideraciones que se merece.

Dícese con demasiada frecuencia, que si supiésemos siempre lo que Dios desea de nosotros, semejante conocimiento nos ayudaria grandemente á servirle, y no nos declararíamos en-

tónces en abierta rebelion contra su expresa voluntad; pero siquiera en la práctica ¿no conocemos la voluntad de Dios acerca de la mayor parte de nuestras acciones? y en todas ellas, aunque no sepamos particularmente lo que quiere que hagamos, ¿no conocemos el motivo por el cual desea que obremos? *Ya comais, asi nos habla, ya bebais, ya hagais cualquiera otra cosa, hacedlo todo á la mayor gloria de Dios;* y San Juan dice que Dios es caridad. En todo el complicado é ingeniosísimo sistema en que vivimos, Dios ha ordenado las cosas de una manera maravillosa para estos dos fines, ó más bien uno solo. Primeramente, lo dispuso todo, para que pueda ser amado de sus criaturas: segundo, para prepararnos á que le amemos; hé aquí el fin que se propone el Altísimo en todas las cosas, y á la consecucion de semejante fin ordena los artificios infinitos de su omnipotencia: los corazones de los hombres, criaturas suyas, son los únicos tesoros de todas las obras de sus manos que tiene Dios la dignacion de aceptar.

Nótese bien, que no fueron criados los Ángeles ni los hombres en estado de pura naturaleza sino en el de la gracia, y no por otro objeto más para que pudiesen amar á Dios y merecer la

vida eterna, la cual consiste en la compañía perdurable con el Criador. Para amar á Dios, la gracia era una disposicion más conveniente que la naturaleza, pues por medio de este don celestial podia el Señor unirse á nosotros sobrenaturalmente; y por la gracia, á la vez que ganaba más amor de los hombres, nos hacia más capaces de amarle. Llega luego la época de la redencion, y descúbrese visiblemente el mismo fin. Pudo el Eterno haber perdonado la culpa sin la Encarnacion; pero este inefable misterio era el medio más amoroso, y que más dulcemente debia movernos á amar á nuestro Padre celestial. Cuando vino el Señor á la tierra, una sola lágrima suya bastaba para redimir innumerables mundos que hubiese habido; pero la sangre era más amorosa. Una gota de esta Sangre Purísima era suficiente; pero derramar toda la de sus venas, y derramarla sucesivamente, es decir, en el huerto, en la columna, en el camino del Calvario y sobre el árbol de la Cruz, era un medio más amoroso y eficaz para ganar nuestro amor. Despues que Jesús subió á los cielos, las gracias comunes hubieran bastado para que la obra de la redencion continuase produciendo sus maravillosos efectos á traves de los siglos; pero era un medio más amoroso, más

personal y más á propósito para ganar nuestros afectos, que viviese Jesús con nosotros invisiblemente en el inefable misterio del Santísimo Sacramento. Podíamos haber sido asimismo eternamente dichosos, gozando de una inmortalidad impecable en un mundo rico en belleza y hermosura; pero eran sus delicias habitar con los hijos de los hombres acá en la tierra, para que luego viviésemos en su compañía por toda la eternidad en el cielo, y que ninguna otra cosa sino su propia Naturaleza divina constituyese en esta mansion la felicidad perdurable de sus criaturas. El amor es, pues, el único móvil en todos los actos de nuestro Padre celestial; suspira por ganar nuestro amor y arréglase con nosotros de tal suerte, que solo amándole, es como podemos llegar á ser dichosos; y despues que ve con ojos compasivos nuestros ardientes deseos de amarle más y más cada dia, ordena todo cuanto le permitimos hacer, para disponernos á que le amemos con mayor fervor y ternura. Así, pues, todo es amor desde el principio hasta el fin: no hay ninguna otra medida, ningun otro principio.

¡Ojalá tuviésemos suficiente capacidad para comprender estas finezas del divino amor y todo lo que en sí envuelven! Si nos fuese dado usar de pesos y medidas con la Bondad in-

finita de Dios, seguramente su amor hácia nosotros seria la medida de nuestro amor para con Él: medida á que es preciso estar aspirando sin cesar, aunque jamas lleguemos á cubrirla. Es cierto que el simple pensamiento y Nombre de Dios no conmueven, ni encienden, ni deshacen luego al punto nuestros corazones; mas la reflexion al ménos debe convencernos de que toda la religion es un puro amor, y que sin algun amor nunca llegaremos á conseguir ver un dia á Dios. Hé aquí por qué el Señor ocupa el lugar más bajo en su propio mundo; por qué se digna suplicarnos, cuando nosotros debíamos esperar que nos escuchase, y por qué, en fin, se pone, digámoslo así, á nuestras órdenes Aquel que nos ha criado de la nada y de quien únicamente procede todo lo bueno que existe. Enamórase de nosotros el Eterno, permítaseme la espresion, hace mil caricias á nuestra alma y está tan ciegamente prendado de ella, que ninguna grosería de nuestra parte basta á separarle de nuestro lado; vésele continuamente cediendo en sus atribuciones, enagenándose de sus derechos y colocándose en lugar nuestro para que nosotros ocupemos el suyo. La Encarnacion es en sí misma una viva imágen de la conducta del Hacedor hácia sus indignas criaturas, y el

misterio del Santísimo Sacramento hállese en perfecta armonía con el proceder y manera de obrar del Omnipotente para con su propio mundo; y ¡nosotros ¡ay! perseveramos todavía en la insensibilidad de siempre, y somos tan duros, frios y perversos como de costumbre! ¡No parece sino que va á reportarnos una honra muy alta el hacer gala de nuestro libre albedrio, para que, mientras Dios se ocupa en ordenarlo todo por ganar nuestro amor, nos demos trazas de ver, cómo á pesar suyo, hacemos de la religion en cuanto está de nuestra parte una especie de contrato de compra-venta, ó la obediencia forzada de un reo convicto! Antes de llegar á conocer nuestro propio corazon pudo el infierno habernos parecido una severidad; pero un pequeño conocimiento de nosotros mismos descúbrenos claramente, que semejante mansion es una de las más señaladas misericordias divinas, por ser la más indispensable.

No sin razon recorria San Francisco los bosques de Spoleto, exclamando: «¡Ay! ¡Dios no es conocido ni amado de sus criaturas!» Con igual motivo hacia San Bruno resonar en los montes solitarios el eco de su voz: «¡Oh Bondad! ¡Bondad! Bondad!» Bien podia asimismo aparecerse nuestro Señor amoroso á Santa Gertrú-

dis pálido, cansado, desangrado, cubierto de lodo, y decirla: «Ábreme tu corazon, hija mia, porque necesito penetrar en él para descansar: estoy sumamente fatigado de estos dias de pecado.»

SECCION II.

Consideraciones devotas acerca de la doctrina de la intencion.

Pero al fin, como lleguemos á crecer en el conocimiento de Dios, creceremos igualmente en su amor. Nosotros al cabo sentimos cierta pena y angustia por no amar más á nuestro Dios adorable, y porque tampoco le aman los demas. Aquí el Señor está asimismo pronto á salir á nuestro encuentro. Ya dije en el capítulo pasado, que se valia para ello especialmente de dos mediós: Primero, dándonos todo cuanto posee, y permitiéndonos que se lo ofrezcamos, como si fuese propio nuestro: estas son las riquezas de nuestra pobreza de que entónces nos ocupámos. Segundo, engrandeciendo nuestras ruines acciones, otorgándolas un inmenso valor por su union con las suyas, y disponiéndonos á ejecutarlas por motivos sobrenaturales y en union con su misma Persona: tal es el último

medio de que podemos valernos para amar á Dios más dignamente, y del cual vamos ahora á tratar. Meditaremos acerca del tesoro de nuestras acciones ordinarias y devocion católica de ofrecérselas constantemente á Dios junto con las acciones de Jesús, y esta es la segunda manera con que Dios viene misericordiosamente en socorro de nuestra propia ruindad y miseria. No hay una sola cosa de cuantas ejecutamos durante nuestra vida mortal, con la cual no podamos facilísimamente promover la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvacion de las almas; y no importa que el mundo haya impreso en ella su sello, ni que sea al parecer un negocio puramente temporal ó pertenezca exclusivamente á la mísera condicion de la vida humana; desde el momento mismo en que se practica por motivos sobrenaturales, semejante accion rebosa gloria divina, y cámbiase en preciosa joya de infinito valor, hácia la cual tiene la soberana Majestad del Altísimo la dignacion de mostrarse sumamente complacido. Las horas se suceden unas á otras sin ninguna interrupcion, abundando todas ellas en acciones propias de nuestro estado y profesion. Cuando escribimos, leemos, contamos, compramos, vendemos, pensamos, hablamos ó sufrimos,

podemos, si así nos place, estar á la vez acuñando moneda, moneda celestial con que merecer la vida eterna; y para conferir semejante valor á cada una de las acciones que ejecutamos, solo es necesario el acto ó intencion de la oblation, la cual une nuestras acciones á las acciones de Dios hecho Hombre.

Esta devocion de estar sin cesar celebrando Misa, por decirlo así, es una devocion exclusivamente católica: práctica, que á no dudarlo, ha de chocar á los convertidos tanto como cualquiera otra de las devociones de la Iglesia. Quéjense no pocas veces las personas piadosas de las distracciones que las ocasionan sus ocupaciones mundanas, é imagínanse que el honrar á Dios con un culto no interrumpido es asunto peculiar del cielo; es decir, se quejan de que la tierra no sea un verdadero cielo, á pesar de que la diferencia, bajo este respecto al ménos, entre ambas mansiones, no parece que es tan grande. Como nuestro servicio sea un servicio de amor, cada una de esas pretendidas distracciones será indudablemente una oblacion muy preciosa á los divinos ojos: en nuestra mano está, en efecto, cambiar todas nuestras acciones en una hostia é incienso, en cántico y sacrificio perpetuo. Ahora bien; si

tenemos una grande estimacion por la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvacion de las almas; si suspiramos por emplearnos constantemente en promover semejantes objetos, preciso es que nos aprovechemos de este rico tesoro de nuestras acciones ordinarias.

Ya llevo indicado que el espíritu de oblacion es esencialmente católico. Trae su origen de la doctrina de la Misa, que es la fuente y centro de toda verdadera devocion, y pertenece á una religion de sacrificio, tal como el Evangelio nos le ofrece en cada una de sus páginas: nuestro amoroso Señor se dignó redimirnos con la oblacion y sacrificio de Sí mismo; y hé aquí por qué la oblacion y sacrificio son, digámoslo así, el alma de nuestra religion. No es maravilla, pues, que den forma y proporciones, espíritu y expresion á las devociones católicas: esto es demasiado notorio á todo el mundo, para que sea necesario detenerse en ello. Pero sí deseo que observeis, que aquí tambien se descubre el mismo designio por el amor, el mismo dulce espíritu paternal que Dios tiene la dignacion de manifestarnos por doquiera. Parecia que la oracion era el privilegio más excelente que la infinita Compasion divina podia concebir, y que la criatura lo reputaria todo por nada, compa-

rado con el privilegio incomparable de hacer saber al Criador misericordioso sus necesidades y miserias; pero la oblacion sobrepuja á la oracion. En la oracion somos nosotros quienes recibimos de Dios; mas en la oblacion es Él quien se digna recibir, y nosotros quienes tenemos el alto honor de darle: el ofrecer presentes es no solo señal de amor, sino una especie de igualdad; y hé aquí por qué de la oblacion nace una familiaridad para con Dios más dulce, tierna y afectuosa que aquella que resulta de la simple oracion: la libertad infantil de los Santos procede principalmente de este espíritu de oblacion.

SECCION III.

Prácticas de los Santos.

1.° Veamos ahora cuáles han sido las prácticas de los Santos relativas á la oblacion de sus propias acciones diarias. Pero preciso es que recordemos que la situacion que ocupamos en la vida es la siguiente. Siempre estamos suspirando por la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvacion de las almas; delante de nosotros tenemos una suma considerable de obras por hacer, poco tiempo para ejecutarlas y escasos

medios para llevarlas á cabo; tenemos que ser avaros de todo cuanto poseemos, ávidos de gracia y codiciosos de los frutos que la gracia puede producir por su propia virtud. Pues que estamos trabajando por nuestro amoroso Señor, trabajemos con ardor y perseverancia, ejecutando todas nuestras acciones con atencion devota, ofreciéndolas á Jesús en union con alguna semejante que Él se dignase obrar, mientras vivió sobre la tierra, y así es como dichas acciones se cambiarán en un suave sacrificio de inmensa eficacia delante de Dios. ¿Qué avaro habrá que no quisiese, á serle posible, estar incesantemente acuñando moneda durante todas las horas del dia? Pues esta es cabalmente la ocupacion en que podemos emplearnos, ayudados del inefable misterio de la Encarnacion, de la manera más real y efectiva para la consecucion de la vida eterna.

Dice Santo Tomás que es meritoria la obra de un justo en proporcion á la excelencia del motivo en virtud del cual la ejecuta; y que así como el amor llamado de benevolencia es más excelente que otro cualquiera, así son más meritorias que todas las demas las obras que se ejecutan por semejante motivo. Enseña igualmente el mismo Santo Doctor, segun vimos en

el capítulo tercero, que las obras hechas por Dios como nuestro Padre, son más meritorias, que aquellas que se le ofrecen como á nuestro Criador, por ser el motivo más excelente. Rodríguez cuenta que reveló Dios á Santa Magtilde la suma complacencia que recibia en el ofrecimiento de todas nuestras acciones unidas á las de su Hijo Jesús, é igual revelacion hizo el Señor á las Santas Gertrúdis y María Magdalena de Pázzis. Hé aquí por qué afirma Santo Tomás que «Jesucristo está representado en el doble altar de los holocaustos é inciensos, pues por mediacion suya debemos ofrecer á Dios todas las obras de mortificacion con que afligimos nuestra carne; y estas son las obras que se ofrecen sobre el altar de los holocaustos. Debemos asimismo ofrecerle todas aquellas que ejecutamos con mayor perfeccion de espíritu; y estas son las que se ofrecen sobre el altar del incienso.» San Ignacio escribe en la tercera parte de las constituciones las siguientes palabras: «Esfuércense todos mis hijos por tener la intencion recta no solamente acerca del estado de su vida, pero aun en todas las cosas particulares, teniendo siempre en ellas presente puramente el servir y complacer á la divina Bondad por sí misma.» Dice Santa Teresa que todo el que quiera al-

canzar luego al punto el fin deseado de sus oraciones, no tiene más que ofrecer sus obras al Eterno Padre en union con los merecimientos de nuestro Señor Jesucristo; y Orlandini cuenta del Padre Pedro Fabre «que tomaba tan á pechos el patronato de los fieles difuntos, que todo su afan consistia en inculcar á sus hermanos ofreciesen por ellos todas sus acciones ordinarias, á fin de que, cuando impedidos por sus muchos cuidados y ocupaciones exteriores, no les fuese posible orar vocalmente á favor de aquellas almas benditas, sus mismas acciones pudiesen elevarse al cielo en olorosa espiral cual silenciosas peticiones.» Para evitar el cansancio y opresion de espíritu, recomienda Lancisio que se haga semejante ofrecimiento, empleando las ménos palabras posibles; así, por ejemplo: *Yo quiero, yo ofrezco; ó bien, yo hago ó digo esto por Vos, Padre mio celestial*; usando idénticas expresiones, ó variándolas, segun que exciten más ó ménos nuestra devocion. «Esta oracion de oblacion práctica, prosigue, es en sí misma más excelente y meritoria que la contemplacion de reposo, por la razon siguiente: En ambas, es decir, en la oblacion y contemplacion, el objeto formal es idéntico, Dios amado solamente por ser quien es; pero la

oblacion, añade la obra ó palabra que se hace ó dice por amor de Dios. Así es que enseñan los teólogos que la vida mista es más perfecta que la puramente contemplativa.»

El mismo escritor espiritual nos aconseja asimismo que ofrezcamos á Dios las circunstancias particulares de todas nuestras acciones. Al levantarnos, por ejemplo, por la mañana, quiere el citado Padre que digamos: «¡Oh Padre mio santísimo y amantísimo, por Vos y en union con los merecimientos y obras todas de mi Señor Jesucristo, quiero levantarme ahora sin dilacion alguna así para obedecer al llamamiento de la santa obediencia, vistiéndome con toda la modestia posible, como para empezar cuanto ántes á trabajar por vuestra mayor gloria.» El mismo Lancisio añade, que esta variedad de circunstancias materiales de nuestras acciones acrecienta el mérito de la ofrenda y evita la fatiga y opresion del ánimo; pero á mí me parece que dicha variedad quizá no produzca idénticos efectos en toda suerte de personas, ni siquiera en unas mismas en diferentes épocas.

Aconséjanos igualmente el ya referido Lancisio como un acto de mérito y amor insignes, que ofrezcamos nuestras acciones por diferentes motivos sobrenaturales subordinados al princi-

pal, que es solo Dios; y á este fin nos suministra los siguientes ejemplos, no para que necesariamente pensemos en todos ellos, al estar ejecutando cada una de nuestras acciones, sino con objeto de proporcionar alimento á los diferentes gustos y devotas inclinaciones. Estos motivos son los que á continuacion vamos á enumerar: 1.º por la bondad sobrenatural que resplandece en el acto de la misma virtud: 2.º para cumplir con los mandamientos de Dios y de la Iglesia: 3.º para obedecer á nuestros superiores: 4.º para vencerse y mortificarse uno á sí mismo: 5.º para satisfacer por los pecados de tal ó cual persona. —No es necesario que para satisfaccion de nuestras propias culpas hagamos una oblacion distinta de nuestras acciones, pues toda obra sobrenatural de un justo, como no se ofrezca por los demas, es en sí misma una satisfaccion por los pecados personales: 6.º para que con semejante obra honremos, reverenciemos y glorifiquemos á Dios en el más alto grado posible: 7.º para mostrarle nuestro agradecimiento por todos los beneficios que nos ha otorgado, y dones con que enriqueciera á la sagrada Humanidad de Jesús, santísima Virgen, Ángeles, Santos y hasta los mismos infelices condenados: 8.º para que edifiquemos y demos buen ejemplo de vida:

9.º para aumentar con esa accion ó palabra los hábitos de virtud, que tan queridos nos hacen de Dios nuestro Señor: 10. para asemejarnos á Él más y más cada dia: 11. para adornar nuestra alma, haciéndola templo más digno del Espíritu Santo y miembro castísimo de Jesucristo: 12. para extender por todas partes la gloria de Dios y eficacia de su Preciosa Sangre, multiplicando de esta suerte en nosotros mismos las acciones sobrenaturales: 13. para regocijar á la Iglesia triunfante: 14. para embellecer á la Iglesia militante: 15. para confundir á los espíritus malignos: 16. para hacer descender abundantes gracias sobre todo el cuerpo místico de Cristo: 17. para exhibir á los Ángeles, hombres y demonios la eficacia de la Sagrada Eucaristía: 18. para cumplir nuestros votos, deseos y promesas: 19. para ser fieles á las divinas inspiraciones: 20. para imitar á Jesucristo y los Santos: 21. para honrar á la santísima Virgen, Ángel custodio y Santos de nuestra devocion. Todas estas intenciones pueden asimismo aplicarse así por los males que sufrimos, como por el bien que practicamos.

Hé aquí, pues, un maravilloso artificio para transformar diariamente en oro purísimo la escoria de nuestras más comunes acciones en el

laboratorio secreto de la intencion. Oigamos para nuestra mayor consolacion de boca del mismo Señor el valor que tienen semejantes acciones delante de sus divinos ojos. «Si un codicioso usurero, así habló á Santa Gertrúdis, no querria de buena gana perder la oportunidad de adquirir un solo maravedí, ménos gusto tendré Yo en dejar pasar la ocasion de cambiar, para mi mayor gloria y eterna salvacion vuestra, el más liviano pensamiento y movimiento de vuestro dedo penique.» En otra ocasion, como sintiese una noche la Santa cierta debilidad, comió algunas uvas con la intencion mental de refrigerar al Señor en sí misma. Jesucristo, por su parte, aceptó gustoso semejante presente cual regalo real, y la dijo: «Te confieso, hija mia, que con dicho regalo me has recompensado el amargo brevaje que tomé por amor tuyo estando en la Cruz, pues ahora estoy gustando en tu corazon una dulzura inefable; porque has de saber, que cuanto mayor sea la pureza de intencion en recrear tu cuerpo por amor mio, tanto más exquisita es la dulzura con que me siento recreado en tu alma.» El mismo Salvador habló otra vez á Gertrúdis de esta manera: «Mi ternura aceptará gustosa el más ligero movimiento, el esfuerzo más liviano que hagan los hom-

bres para levantar una paja del suelo, el simple saludo, un responso por los difuntos y cualquiera palabra en favor de los pecadores y justos, siempre que practiquen semejantes actos con piadosa intencion.»

SECCION IV.

Escritores espirituales.

Es una consolacion, y si bien lo consideramos, acaso sea la cosa más natural del mundo, que los escritos espirituales de los Santos aventajen en condescendencia para con nuestra propia debilidad y flaqueza á los escritos de las personas piadosas que no gozan de semejante privilegio. ¡Cuántas veces no se halla el pobre y tímido espíritu defraudado en sus legítimas aspiraciones, agobiado y cruelmente oprimido con esos áridos, frios y abstractos sistemas de ciertos libros espirituales! Véselas llenas á estas obras ascéticas de alturas tan elevadas, que un Ángel apenas podría en ellas respirar: propónennos sus autores un elejamiento casi imposible de las criaturas, nos aconsejan una continua violencia, una tirantez de ánimo y una muerte completa de toda actividad natural;

de lo contrario, nos dicen en tono magistral, que no solo no respiramos en las elevadas regiones de la perfeccion, sino que hasta seguimos una senda que nos separa enteramente del cielo: otras veces nos llevan hasta á la desesperacion, representándonos por doquiera peligros casi inevitables; por manera que llegamos á abandonar completamente el camino de la perfeccion como un estado á que Dios nos llama únicamente para perdersenos.

¡Cuán diferentes no son los escritos de los Santos! Aun el mismo San Juan de la Cruz, llamado *el Doctor de la nada*; ¡cuán dulce, cuán benigno, cuán amable y condescendiente no es en sus enseñanzas con nuestra mísera flaqueza humana! De San Felipe solian decir por broma sus contemporáneos que conducia á los hombres al cielo en un coche tirado por cuatro caballos; y el discreto San Ignacio aseguraba que si los religiosos no estaban bien alimentados, jamas podrian hacer una buena oracion. Leemos en la obra *De un Buen Superior*, que este glorioso Patriarca siempre estaba importunando á los PP. Ministros para que diesen á sus hijos comidas abundantes y exquisitas; y un viérnes llegó á hacerse hasta insoportable por su empeño de que toda la comunidad tuviese lampreas en di-

cho día , á pesar de venderse tan caras, que solo las compraban los cardenales y embajadores. Los Santos, aun en sus mismas travesuras, permítasenos la expresion, y cuando al parecer están deliberadamente escandalizando, suele acontecer que justamente entónces nos están dando con singular habilidad lecciones de la más alta sabiduría. San Francisco de Sales , aunque era el Santo del puro amor, quejábase al Obispo de Belley de las malas comidas que le daba; y San Alfonso de Ligorio, esa alma pura ¿hubiera sido tan indulgente, si hubiese sido ménos santo? Enseñan ciertos libros espirituales, que es una enorme falta de mortificacion el dar gusto, por ejemplo , al sentido del olfato, oliendo alguna exquisita fragancia ; pero Santa Maria Magdalena de Pázzis entra en el jardin, corta una flor, aspira su aroma con indecible placer, y exclama: « ¡ Ó Dios bondadosísimo, que desde toda la eternidad ordenaste que esta hermosa flor proporcionase á esta vil pecadora semejante contentamiento!» No sé qué juicio hubieran formado ciertos místicos de Santa Gertrúdis: los más virtuosos seguramente que hubieran sido más severos que la mayor parte de los Santos. Hubiéranla dicho que se acordase de la hiel y vinagre que dieron al Señor estando en la

Cruz; que debia abstenerse de semejante regalo, á ménos que no se sintiese con vocacion para subir á la cumbre de la perfeccion. Todo esto hubiera sido ciertamente una verdad palmaria, y para no pocas almas, el consejo más acertado; la revelacion, sin embargo, nos declara, que la regla no es invariable, y ofrécenos un vislumbre de otro espíritu muy diferente. Oigamos cómo se expresa Santa Teresa en su carta á Alonso Velazquez, Obispo de Osma, hablando de sí misma en tercera persona: «Ademas de lo que llevo dicho; por lo que hace á su salud, paréceme que se toma demasiado cuidado, que es poco mortificada en la comida, y que no abriga los mismos deseos de hacer penitencia que ántes solia tener; mas en su opinion, todo tiende á este objeto, á saber: para servir de esa suerte mejor á Dios en otras cosas, pues no raras veces ofrece como sacrificio agradable el cuidado que toma de su cuerpo.»

No digo yo que sea cosa fácil llegar á ser un Santo; solo afirmo que los Santos son más indulgentes para con aquellos que aspiran á conseguir ese sublime estado, que los escritores no canonizados. Los Santos son los maestros más condescendientes, porque se asemejan más á Jesús que el resto de los demas hombres, porque son más

considerados y benignos, y porque permiten ciertos desahogos, estudian el carácter y circunstancias, examinan la índole, inclinaciones y sentimientos de sus prójimos. Así, pues, quien aspire á conseguir la perfeccion cristiana, siga el consejo de San Felipe, y aténgase á las obras de autores cuyo nombre empiece con una S, es decir, Santo. Pero que se entregue enteramente en manos de otros autores no canonizados, y hay nueve probabilidades contra una, de que aquellos que ahora van tras él en la vida espiritual, le han de hallar un día paseando cabizbajo en el fondo del valle con el desmayo en el alma y el desaliento en el corazon, por haberle sus autores arrastrado por entre espinas y malezas, desollándole las rodillas contra las rocas y precipitándole, en fin, por escarpadas pendientes. Por el contrario, aquellos que le iban en zaga, se deslizaron insensiblemente dando saltitos, como acostumbran á hacerlo los niños traviesos, quienes, jugueteando en las orillas arenosas de la mar, posan sus piecécitos sobre el ancha huella que deja en pos de sí el hombre fornido: representan, es cierto, un papel bastante cómico con semejantes brincos; pero ello es que logran salvar con tales pantomimas las arenas movedizas.

Al expresarme así, no vaya alguno á creer que yo sostenga que los escritores espirituales no canonizados sean unos guías peligrosos, y que sus obras no merecen grande estimacion, y que no pocas no valen la pena de ser recibidas con aplauso de la Iglesia universal: léjos de mí ánimo semejante propósito. Lo que he querido decir es que, *generalmente hablando*, obsérvese una diferencia muy marcada entre el tono de los escritores Santos y el de aquellos que no lo son; que esta diferencia consiste en ser los primeros más condescendientes y en que hablan con más indulgencia; y que por último, *tambien hablando generalmente*, las personas, y no son pocas, que se atienen á un solo libro, fiándose ciegamente de él, corren ménos peligro de perderse, si dicha obra es de un Santo. Sé muy bien, y me complazco en confesarlo, que Tomás de Kempis no es un Santo, y que San Francisco de Sáles fué asimismo hombre de un solo libro, cuyo autor Scupoli tampoco está canonizado. Tómense pues, mis palabras con la conveniente cautela y como proposicion general; pero el hecho es, y sobre esto no cabe la menor duda, que los libros espirituales tienen una fuerza tremenda; que así pueden aprovechar como perjudicar; y semejantes al vapor, cuando da-

ñan, causan estragos horribles y espantosos.

Mas no fué solamente la santidad de Gertrúdis la que movió al Señor á deleitarse de la manera que dijimos en la oblacion de las acciones ordinarias de la Santa. En una ocasion, miéntras toda la comunidad se inclinaba, por reverencia á la Encarnacion del Señor, á las palabras *Verbum caro factum est*, oyó á Jesucristo que decia: «Cuantas veces uno se inclina á estas palabras con devoto agradecimiento, dándome gracias por haberme dignado hacerme Hombre por amor suyo, otras tantas, movido por el aguijon de mi propia ternura, me inclino agradecido delante de él, y con el más vivo afecto de mi corazon, presento á mi Padre una doble ofrenda de mi sagrada Pasion y Muerte para aumento de su gloria eterna.» Oigamos ahora cómo se expresa acerca de los goces de la vida: «Todo aquel, así habló á la misma Gertrúdis, que procura recibir todos los gustos en comida, bebida, descanso y otras acciones por el estilo, con esta intencion en el corazon ó en los labios: *Señor: tomo este alimento, ó lo que sea, con aquel amor con que os santificábais á Vos mismo, cuando en vuestra Sagrada Humanidad tomásteis semejantes refrigerios para gloria del Padre y salvacion de todo el género humano, á*

fin de que, en union con vuestro divino amor, pueda yo aumentar la consolacion de aquellos que pueblan los cielos, tierra y purgatorio; cada vez, repito, que dicho sugeto me dirija esta breve plegaria, será él para mí un escudo firmísimo contra las innumerables vejaciones con que me persiguen los mundanos y mi más poderoso protector y fiel defensor contra las asechanzas de mis enemigos. Despues de los Mañitines del Juéves ántes del Carnaval oyó Gertrúdis el ruido que hacian en la cocina las criadas de una casa contigua para preparar el almuerzo. Púsose entónces la Santa á gemir y exclamar. «¡Ay, Señor mio, decia, qué pronto se levantan los hombres para persëguiros con sus comilonas!» Replicóla el Señor con dulce sonrisa: «No hay ahora, hija mia, motivo alguno para lamentarse: los que hacen semejante ruido, no son del número de aquellos que me ofenden con sus glotonerías, pues con ese almuerzo se proponen recobrar nuevas fuerzas para proseguir sus tareas diarias; y regocijome en su alimento, á la manera que se regocija el hombre, viendo comer con ganas á su animal de carga, porque así es como le ha de hacer mejor servicio.»

¿Cómo, pues, no se deshace nuestro corazon de ternura, al leer semejantes cosas de nuestro

dulce y amoroso Señor? Ningun otro dueño tenemos á quien debemos servir; y ¡cuán liviano el trabajo, y qué grande la recompensa! ¡qué profusion de misericordias! ¡qué prodigalidad de gracias! ¡qué abundancia de mercedes y qué exuberancia de caricias! Si el perro ama á su dueño y le muestra su aprecio con tiernos halagos, ¡cuál no debe ser nuestro amor y agradecimiento para un Dueño tan compasivo como nuestro Señor? Pero ¡ay! ¡todavía nos obstinamos en mirarle como á un Dios sin entrañas, é insistimos en continuar imitando la conducta de aquel siervo que escondió su talento por temor á la severidad de su Señor, y proseguimos negándonos á reconocer á Dios por lo que es, es decir, por nuestro Padre más cariñoso é indulgente! ¡Oh qué sensacion tan profunda causa en su corazon esta nuestra grosería y perversidad! «¡Oid, cielos, y tú, oh tierra, presta toda tu atencion! ¡He criado hijos, y los he exaltado; pero ellos me han despreciado! ¡El buey conoce á su dueño, y el asno el pesebre de su amo; mas Israel no me ha conocido, y mi pueblo no me ha entendido!» (1) Pero á pesar de nuestra obstinacion en negarle hasta el agradecimiento de las

(1) Isaías cap. I, v. 3.º

bestias, todavía el Altísimo hace pacto de ser con nosotros más que una madre para con sus hijos. Cuando decia Sion: *El Señor me ha abandonado, y se ha olvidado de mí*; Él exclamó: «¿Puede una madre olvidar á su hijo hasta el punto de no tener compasion del fruto de sus entrañas? pues aun cuando ella se olvidase, Yo nunca me olvidaré de tí» (1).

¿Qué cosa más necesaria al verdadero culto que una reverencia sosegada y profunda? ¿Qué cosa más dulce para un corazón abrasado de amor, como vivir reposado y penetrado de un santo pavor á la presencia de los refulgentes atributos divinos? En religion, la familiaridad sin la reverencia es una mera impertinencia, y nada más. En efecto, ¿hay nada más familiar que las relaciones entre padre é hijo? y sin embargo, ¿qué amor hay más reverencial que el amor filial? La verdadera reverencia fué la que movió á Pedro á decir á su Maestro que se apartase de él, porque era un hombre pecador; y la reverencia falsa indujo á los tímidos habitantes de Gábara á suplicar á Jesús que apartase de sus costas sus beneficios importunos. Pero la reverencia, reverencia acaso más profunda que la de Pe-

(1) Isaías cap. XLIX, v. 14.

dro, fué asimismo la que resolvió á la Magdalena á asirse á los piés de Jesús, si bien el Salvador no quiso permitírselo. Con demasiada frecuencia confundimos la frialdad con la reverencia, y la dureza é insensibilidad del corazón con el verdadero respeto. ¡Con qué dulzura no reprobó Jesús semejante espíritu, al quejarsele Gertrúdis de una de sus religiosas, quien, por pura reverencia, segun ella se imaginaba, absteníase de la Comunión de regla! «¡Qué quieres que lo haga, la contestó el Señor; esa buena gente tiene atado á sus ojos el vendaje de su indignidad con tal fuerza, que no es posible lleguen á ver la ternura de mi corazón paternal» (1).

SECCION V.

Espíritu de Santa Gertrúdis.

Fué el espíritu de Santa Gertrúdis un espíritu tan levantado de oblacion y familiaridad para con Dios, que al escribir Lancisio su *Tratado de la Presencia de Dios*, consagró un capítulo entero á las prácticas observadas por la

(1) Rev. III. X sub fine.

Santa en el ofrecimiento de sus acciones ordinarias. Eusebio Amort, en su *Exámen sobre las Revelaciones de Gertrúdis*, censura el lenguaje de algunos de estos métodos como nuevo en la Iglesia y poco conforme con el lenguaje que se emplea en las escuelas; si bien otros graves autores los citan hasta con elogio. Mas dejando esto á un lado, voy á recordar aquí varios de dichos métodos (1). Unas veces ofrecia la Santa sus acciones en union con el amor místico que mutuamente se profesan las Personas de la Adorable Trinidad; otras ofrecia las penas y lágrimas de Jesús en justa reparacion por las negligencias que hubiera tenido al ejecutar sus acciones de cada dia; otras, en union con la oracion eficaz de Jesús y virtud del Espíritu Santo, presentaba su oblacion al Eterno para satisfaccion de sus culpas y compensacion por sus omisiones y descuidos. No raras veces, en agradecimiento por los beneficios recibidos, y en union con su accion de gracias, ofrecia aque-

(1) Schram, en su *Teología mística*, condena como próximas á herejía ciertas jaculatorias que San Francisco de Sales menciona con ternura, y hasta con placer. Pero en materia de *doctrina* quizá sea lo más seguro para *nosotros* seguir al autor más frio y cauto. Por otra parte, él escribió despues del Santo.

lla dulzura inefable y llena de infinito placer que reciprocamente se están comunicando las Divinas Personas en la tesorería sobrecelestial. Otra de sus ofrendas consistia en la Pasion del Hijo de Dios desde la hora en que gimió por primera vez en el pesebre, hasta el momento en que, inclinando su cabeza en la Cruz y dando una gran voz, entregó su espíritu: esta oblacion la ofrecia para alcanzar la remision de sus culpas. Luego, en reparacion de sus descuidos, ofrecia al Padre todas las santas conversaciones de su Hijo querido, llenas todas de indecible perfeccion y pureza, desde la hora en que fué enviado al mundo hasta el instante mismo en que presentó á su Padre amoroso la gloria de su Carne victoriosa. En union con su accion de gracias volvía á ofrecer á Dios todo cuanto la habia otorgado; y sirviéndose del Sagrado Corazon de Jesús como de un órgano melodioso, le tocaba en virtud del Parácleto, y acompañaba con su voz, cantando alabanzas á Dios en nombre de todas las criaturas presentes y venideras. Otras veces presentaba sus ofrendas en union con las perfecciones divinas; enseñándola el mismo Señor á ofrecerle algunas acciones en union con aquel amor que le movió á hacerse Hombre. Un dia, mientras ofrecia al Padre Eterno

las santas conversaciones de su Hijo unigénito, la pareció que se estaban chocando unas con otras las joyas que adornaban los vestidos de Nuestro Señor dulcísimo, formando una tan suave melodía en alabanza del Eterno Padre, que arrebatava el espíritu; con lo cual vino á entender la Santa lo muy acepto que era á Dios este método particular de oblacion.

En ciertas circunstancias solia asimismo hacer su ofrecimiento del modo siguiente: «Ofrezcoos, Señor, esta obra, por vuestro unigénito Hijo y en virtud del Espíritu Santo, para eterna alabanza vuestra;» y la fué entónces dado ver cómo con semejante intencion suya eran ennoblecidas sus obras sobre todo humano en carecimiento. Porque á la manera que un objeto aparece verde, cuando se le mira con vidrio verde, y amarillo, si con vidrio de este color; así todas las cosas son más agradables al Eterno Padre ofreciéndoselas por mediacion de su unigénito Hijo. Ocasiones hubo en que se atrevió la Santa á suplicar al Señor tuviese la dignacion de ofrecer por ella todas las perfecciones que le adornaran hasta el dia de su Ascension gloriosa á los cielos. Otras veces ofrecia su pobre corazon en alabanza eterna de Jesucristo, y para que en galardón se sirviese colmar su

cuerpo y alma de inefables dulzuras. Á esta ofrenda se dignó Jesús mostrarse tan conmovido, que, lleno de gozo é indecible ternura, bajó de la Cruz, y abrazándola alegremente, la estrechó contra la llaga de su santísimo Costado, y la dijo: «Bien venida seas, hija mia muy amada: tú eres el bálsamo suavísimo de mis llagas y el alivio más eficaz de mis sufrimientos. El mismo Salvador la enseñó igualmente á alabar á Dios con el Aleluya en union con todos los ciudadanos del cielo, quienes le están allí glorificando sin cesar con tan melodiosa cancion. Adquirió tambien Gertrúdis la piadosa costumbre de ofrecer á Dios las amabilísimas palabras que brotaron de los labios de Jesús, para aderezar su alma y hacerla digna morada de tal Huésped: ofrenda que volvía á repetir en la elevacion de la Hostia, para suplir su mala correspondencia á las inspiraciones del Espíritu Santo. Últimamente, otro de sus métodos de oblacion, que el mismo Señor la habia enseñado, consistia en encomendar á Dios, en union con los miembros inmaculados de Jesús, los miembros todos de su cuerpo, juntamente con todos sus movimientos, para que en lo sucesivo no se moviesen sino á la mayor honra y gloria de su Criador. Cuando la Santa presentaba al Altísi-

mo semejante ofrenda, veia salir del Corazon de Dios un riquísimo cinturón de oro, que ceñía su alma para unirla al Señor en indisoluble amor.

Tales son en bosquejo los métodos de Santa Gertrúdis. No recomiendo ninguno de ellos en particular como el más conveniente para nuestro propio aprovechamiento espiritual; lo dejo á la eleccion de cada uno. ¡Qué concepto tan distinto no formaríamos de nuestro Señor amoroso si practicásemos cualquiera de dichos métodos, que fuese de nuestro mayor agrado! ¡Cómo nos apresuraríamos entónces á poner á sus divinos piés todos nuestros pensamientos, afectos y deseos! Y semejante espíritu ¿no nos declara la facilidad asombrosa con que podemos cambiar en perpetuo servicio de amor divino nuestras ocupaciones más estériles y terrenas?

SECCION VI.

Recreaciones y entretenimientos.

2.º Además de las acciones ordinarias de la vida, propias de nuestro estado y profesion, las recreaciones y tiempo libre encierran asimismo riquísimos tesoros de obras meritorias; así es que podría Jesús estar siempre recogien-

do en nuestro corazon una mies abundantísima de gloria y amor. ¡Cuántos en las comunidades no están perdiendo lastimosamente en las recreaciones todo lo que habian ganado con la observancia y oracion; de suerte que casi me atreveria á afirmar que en la vida religiosa se practica la mortificacion con más facilidad y perfeccion que las mismas recreaciones. El P. Mariano Sozzini, del Oratorio romano, cuenta de uno de los Padres de su tiempo que siempre que salia del rectorio para el salon de recreo, acostumbraba á pedir á Dios los cuatro frutos del Espíritu Santo, caridad, gozo, paz y paciencia: frutos indispensables para que nuestras recreaciones sean útiles y provechosas. Personas ha habido tan familiarizadas con la práctica del ejercicio de la presencia de Dios, que aun paseando y conversando con otros, repetian con el corazon á cada paso que daban las palabassiguientes: *Por Vos, por Vos, Propter Te, propter Te*; y lo mismo practicaban mientras se servian á la mesa, y á cuantos movimientos ejecutaban durante la comida. Santa María Magdalena de Pázzis enseñaba á sus novicias á ofrecer á la mayor gloria de Dios, si fuese posible, hasta el mismo pestañear de los ojos y los más lijeros movimientos de sus miembros; llegando á asegurarlas

que como así lo practicasen irian derechamente al cielo despues de su muerte, sin tener que pasar por las penas del purgatorio. Á fin de arraigar más profundamente esta devocion en sus almas, cuando ménos lo esperaban solia la Santa preguntarlas, primero á una, luego á otra, y así sucesivamente, qué intencion era la suya en la obra que estaban ejecutando. Si alguna no la contestaba al punto, deducia de aquí que habia comenzado la obra sin previa intencion, reprendiéndola seriamente por haber desperdiciado esa ocasion de merecer y privado así á Dios de un placer inefable. Refiérese en la *Vida de Gregorio López*, por supuesto, como una maravilla, que por espacio de tres años enteros habia dicho mentalmente, á cada respiracion, las palabras: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*; y tan arraigado estaba semejante hábito en su corazon, que si por casualidad despertaba durante la noche, luego comenzaba á recitar la misma peticion. No es posible, ya lo veo, que nosotros practiquemos tales cosas; pero estos ejemplos nos moverán ciertamente á amar á Dios con más fervor, viendo que ha suscitado individuos capaces de llevarlas á cabo. ¡Gloria y bendicion á la Beatísima Trinidad por todas las gracias que ha derramado sobre

los espíritus angélicos y corazones humanos!

Personas existen que desean entregarse enteramente á Dios, que están sin cesar suspirando por practicar ciertas mortificaciones corporales que leen en las Vidas de los Santos; pero no gozan de completa salud, ó les falta ánimo para hacer penitencia, ó bien, como sucede comunemente, carecen de ambas cosas. No tenemos un tratado de perfeccion para los valetudinarios; y las personas de complexion delicada son, no obstante, capaces de hacer más y ménos que aquellas que están padeciendo una grave enfermedad, cuyo más y ménos es preciso distinguir y explicar. Respecto á los inválidos, tomada esta expresion en la acepcion moderna, los libros espirituales guardan un silencio casi completo. En el *Tratado, Santa Sophia* del P. Báker no deja de encontrarse bastante que hace al caso; y cuéntase asimismo de San Bernardo que elegia de propósito para sus monasterios los lugares malsanos, porque una salud delicada era en concepto del Santo un poderoso auxiliar para la contemplacion y vida interior. Hoy las afecciones nerviosas, el reumatismo y la educacion afeminada suplen sobreabundantemente la insalubridad de los parajes pantanosos. Pero ¿se atreverá nadie á sostener que las personas

achacosas están incapacitadas para llegar á ser unos Santos, é imposibilitadas para practicar la virtud hasta en un grado heróico?

Pues en manos está de semejante clase de sujetos el elegir aquellas penitencias que no les produzca un sufrimiento corporal superior á sus débiles fuerzas ni agrave sus dolencias: la escrupulosidad acerca del buen uso del tiempo es no dudarle una penitencia de este género. Así, pues, prometamos á Dios no malgastar nunca voluntariamente el tiempo en ocupaciones que no nos procuren mérito alguno; que semejante promesa no es ciertamente, como á primera vista aparece, una cosa tan fácil de cumplir en la época actual. No raras veces gravitará sobre nuestros hombros cual pesada carga que embaraza nuestra libertad natural; y al propio tiempo que estamos haciendo una verdadera penitencia, recogeremos frutos muy abundantes para la gloria de Dios, intereses de Jesús y salvacion de las almas. Y dicho empleo del tiempo no se opone á las recreaciones. Bien sabido es de todos lo que se cuenta de San Carlos Borromeo y su juego de ajedrez. Miéntas discurren sus compañeros sobre la obra que quisieran haber comenzado luego al punto, si supiesen que habian de morir dentro de una hora, el Santo respon-

dió que él por su parte continuaria su juego, puesto que le habia comenzado á la mayor gloria de Dios; y ninguna cosa deseaba con tan vivas ansias como ser llamado á juicio, estando ejecutando una accion comenzada á la mayor gloria de Dios. Fácil cosa es el merecer en el juego, porque apénas hay pasatiempo que no esté lleno de oportunidades para la práctica de las virtudes. Tambien es muy posible merecer leyendo una novela insípida (1), con tal que éste sea su único y peor defecto, ya por tener quizá entónces la obligacion de distraer el ánimo, lo cual únicamente se consigue empleados en una ocupacion amena y llena de interes; ó bien á causa del extraño contraste entre la ficcion de una necia leyenda y aquellas realidades magníficas y sublimes de la religion, que elevan el alma y nos mueven á hacer actos de amor y agradecimiento por el don inefable de la fe.

Pero no es fácil merecer con la ociosidad, con la holgazanería voluntaria y malgastando vanamente el tiempo ocupados en cosas impertinentes y conversaciones frívolas y terrenas. Si

(1) Hablo, entiéndase bien, de la *posibilidad* de merecer, y hágolo así, solamente para ilustrar lo que estoy diciendo. Sentiria en el alma que se me contase entre los patronos de la novela.

como creemos está San Carlos gozando en el cielo de un grado más de gloria por su juego de ajedrez ¿no sería una verdadera calamidad perder tantas oportunidades como se nos ofrecen de merecer y promover los intereses de Jesús? —Para no pocos de nosotros el buen uso del tiempo es el termómetro de la frialdad ó fervor de nuestro amor. Si á un europeo activo é inteligente se le fijase cierto número de horas para la explotación de una rica mina de oro, en la que no tuviese otra cosa que hacer sino extraer el puro mineral, y fuese entónces alguno á aconsejarle que suspendiese su tarea, ¿no le arrojaría de su presencia como á un malvado? Pues hé aquí cabalmente lo que nos sucede á nosotros con las acciones ordinarias y hasta con las mismas recreaciones de la vida presente? Los primeros trabajos y más penosos les tiene ya hechos nuestro Señor adorable; obra suya fué la extracción de las piedras y fango, y no nos queda otra cosa que hacer sino extraer el precioso metal de oro purísimo, y las horas están contadas, y no sabemos cuál será la postrera de nuestra vida. Nunca llegaremos á conocer el inestimable valor del tiempo, hasta que haya desaparecido de nuestra vista, abandonándonos en medio de la eternidad. La eternidad, en efecto,

es el único preceptor que nos puede sabiamente instruir acerca del buen uso del tiempo. ¡Dulcísimo Señor nuestro! ¿nos abandonará entónces el tiempo en vuestros brazos, Padre tierno y amoroso?

Santa Gertrúdis manifestó al Señor en cierta ocasion sus deseos de construirle un arca, suplicándole al propio tiempo que tuviese la dignacion de darla el diseño. Nuestro Salvador adorable accedió gustoso á la demanda de su sierva, respondiéndola del modo siguiente: «Es creencia comun entre vosotros que el arca de Noé constaba de tres pisos, que el superior le ocupaban las aves, los hombres el del centro y el piso bajo los animales. Pues bien; toma esta arca por modelo, y distribuye todos tus dias conforme á dicho plano. Desde el amanecer hasta el medio dia, con el más encendido afecto de tu corazon, y en nombre de toda la Iglesia universal, me ofrecerás alabanzas y acciones de gracias por todos los beneficios que he otorgado á los hombres desde la creacion del mundo, singularmente por aquella adorable compasion que mueve mis entrañas de misericordia á dejarme sacrificar en la santa Misa desde el alba hasta medio dia para salvacion de todo el humano linaje. MiéntRAS los hombres desdeñan este inefa-

ble amor mio, entregándose á los placeres y banquetes mundanales, y olvidándose de mí con la más negra ingratitud, ofréceme tú por ellos continuas alabanzas; y así es como te parecerá estar cogiendo y encerrando los volátiles en el piso superior del arca. Desde el medio dia hasta la tarde, sé celosa en ejercitarte diariamente en buenas obras, uniéndote á aquella purísima intencion mia con que practiqué todas las obras de mi sagrada Humanidad: obras que ofrecerás por las negligencias de todo el género humano, y así es como congregarás á los hombres en el piso principal del arca. Últimamente, desde la tarde hasta el anochecer, en la amargura de tu corazon protesta contra la impiedad que cometen los hombres, rehusándome su agradecimiento á mis beneficios y provocando mi enojo con toda suerte de pecados. Á la vez que te emplees en tan santa ocupacion, ofrecerás para su arrepentimiento las penas y amarguras de mi inocentísima Pasion y Muerte, y hé aquí un medio ingenioso para reunir los animales dentro del piso bajo del Arca.» Cuando el Señor daba á Gertrúdis semejantes instrucciones acerca del empleo de todo el dia, no ignoraba ciertamente ninguna de las tareas y cuidados de la Santa, y sabia asimismo la obligacion que, por

obediencia á la regla, tenia de recrearse cada dia con sus hijas, no ménos que el desempeño de sus deberes como Superiora que era del monasterio.

3.º Otra práctica muy provechosa consiste en hacer de la soledad lo mismo que ejecutais con vuestras ocupaciones ordinarias. Cuando os halleis, pues, solos, ó bien cuando despertéis por la noche, ofreced esta vuestra soledad en union con la que Jesús tuvo en el sepulcro y tabernáculo, para impetrar del Señor así para vosotros como tambien por aquellos que amais la gracia de una buena muerte, esto es: 1.º para morir en gracia de Dios: 2.º para morir con un rico caudal de merecimientos, y de esta suerte poder glorificar más y más al Altísimo en el cielo: 3.º para partir de este mundo despues de haber recogido frutos abundantes y exquisitos en la salvacion de las almas por quienes Jesús tuvo la dignacion de morir y ser sepultado: 4.º para acabar la vida sin honra ni reputacion, á imitacion del Salvador que murió cual malhechor en medio de dos ladrones: 5.º para morir sin tener que pasar por el purgatorio: 6.º dejando en pos de nosotros un acopio abundante de satisfacciones que no necesitemos y puedan agregarse al tesoro de la Iglesia: 7.º para glorificar á Dios en la tierra aun despues de muertos, con la memoria

•

de nuestras buenas obras, como por los saludables consejos que dimos, libros devotos que escribimos y copiosos frutos que recogimos con el auxilio de nuestras oraciones.

4.º Si nos hallamos en estado de gracia, podemos merecer, y no poco ciertamente, con la oblacion de nuestras acciones más comunes é insignificantes. Siempre que uno merece, procura á Dios una gloria muy singular, promueve considerablemente los intereses de Jesús y colma de innumerables mercedes á las almas de sus hermanos. El medio para adquirir tan ricos tesoros con semejantes cosas consiste en elevarnos á Dios por la contemplacion de las criaturas; y no ignorais que esta ha sido una de las prácticas más comunes y queridas de los Santos. Oigamos cómo se expresa Lancelio:— «Salís de casa, dice, y veis que están hablando algunas personas, pedid á Dios que no profieran ninguna palabra ociosa de que tengan un día que dar cuenta. Oís rujir la tempestad, pedid, pues, por los navegantes. Pasais por una taberna, y sentís el ruido de aquellos que se hallan dentro, rogad porque no ofendan á Dios, ó bien para que vayan luego á confesarse, si han tenido la desgracia de injuriarle. Cuando San Atanasio envió á decir á San Pambo que abandonase el desierto,

y fuese á Alejandría, viendo el santo Abad en las calles á una actriz lujosamente adornada de galas y aderezos, púsose luego á gemir y sollozar, y preguntándole la causa de su llanto, replicó: *Lloro por la condenacion de esa doncella, y porque no me tomo yo tanto cuidado en agradar á Dios como el que ella se toma por agradar á los mundanos.* Ved aquí cómo hasta los mismos objetos pecaminosos le servian á este varon venerable de escalones para subir á la consideracion de las verdades divinas. Oís llover, dad por ello gracias á Dios, y desead ofrecerle tantos actos fervorosos de fe, esperanza, caridad, contricion, humildad, adoracion y peticion, como gotas caen, é implorad al propio tiempo el influjo continuo de la gracia en buena medida, llena, colmada y enteramente repleta, para que así vosotros como los demas obreis siempre lo más perfecto y glorifiqueis á Dios de la mejor manera posible.

»Si paseando ó viajando pasais por un pueblo, villa, aldea ó casa de algun potentado: 1.º rogad á Dios, por los méritos de aquellos que allí habitan, para que tenga misericordia de vosotros: 2.º dadle gracias por todos los beneficios pasados, presentes y venideros que conceda á sus habitantes: 3.º encomendadle todas sus ne-

cesidades, y suplicadle oiga las oraciones que le dirijan: 4.º condoleos de todos los pecados cometidos en semejantes parajes: 5.º pedid el perdon de todos ellos: 6.º encomendad á Dios las almas de los que allí han muerto. Surio refiere en la Vida de San Fulgencio que cuando fué á Roma este siervo de Dios, luego que vió los palacios de la nobleza, exclamó asombrado: «¡Cuán magnífica no debe ser la Jerusalem celestial, pues tan hermosa es la Roma de la tierra! Si en el mundo se tributan semejantes honores á aquellos que aman la vanidad, ¡qué gloria no gozarán los Santos que ahora están contemplando la Verdad increada!» De San Martin de Tours se cuenta asimismo que visitando su diócesis, quedó profundamente afectado, al ver la sagacidad con que los cuervos marinos hacian su presa: sagacidad que le representaba muy al vivo la astucia de que se vale el demonio para cazar á las almas. Dícenos San Buenaventura que el seráfico Patriarca hacia un grandísimo aprecio de semejante práctica, y Rivadeneira afirma lo mismo de San Ignacio: «*Vimosle, escribe, con frecuencia, por la contemplacion de las cosas más pequeñas, elevarse á Dios, que es poderoso en todas sus obras. La vista de una florecita, una sola hoja, un gusano, el más pe-*

queño insecto, le elevaban en un instante sobre los cielos.»

Monseñor Strambi refiere del Beato Pablo de la Cruz, fundador de los Pasionistas, lo que á continuacion vamos á copiar (1):—Recompensaba el Señor las santas intenciones y deseos de su siervo con inefabes consuelos espirituales; y en sus viajes para hacer la visita de las casas de la Orden alimentaba su espíritu con el dulce manjar del recogimiento. Yendo un dia al Ritiro de San Eutizio, volvióse hácia su compañero, y le dijo:—«¿De quién son estas tierras?» Su compañero le replicó: — De Gallese. Pero Pablo, alzando más la voz, le volvió á preguntar: — «Te digo que de quién son estas tierras?» No comprendiendo el compañero el objeto de su pregunta, despues de haber dado algunos pasos, volvióse á él otra vez el siervo de Dios, y con rostro resplandeciente como el sol, exclamó:— «¿De quién son estas tierras? ¡Ay! no me comprendes! ¡Son del Dios omnipotente!» Apénas acabó de pronunciar las últimas palabras, levantándole en alto la impetuosidad de su amor, le llevó á una corta distancia del camino. Iba en otra ocasion de Terracina á Ceccano, atrave-

(1) Vita, pág. 137.

sando el bosque de Fossanova; y despues de haber visitado el monasterio en que murió Santo Tomás de Aquino, internándose en lo más espeso, comenzó á dar grandes voces á su compañero:—«¿No oyes cómo estos árboles y hojas nos están gritando: *Amad á Dios, amad á Dios?*» En seguida, encendiéndose más y más en la llama del divino amor, empezó su rostro á despedir rayos de vivísima luz, y prosiguió exclamando:—«¡Cómo no amas á Dios! ¡Cómo no amas á Dios!» Volvieron luego á tomar el camino de Roma, y decia á todos cuantos encontraba:—«Hermano mio, ¡ama á Dios! ¡ama á Dios, que bien se lo merece! Pues qué, ¿no oyes cómo hasta las hojas de los arboles nos están predicando á grandes voces que amemos á Dios? ¡Oh amor divino, amor divino!» Hablaba con tal uncion, que movia á los pasajeros á derramar copiosas lágrimas de ternura. Del mismo Beato Pablo se refiere en otro lugar que todo le servia de ingenioso memorial que le recordase á Dios, imaginándose que todas las criaturas pedian á los hombres á grandes voces el amor por su Hacedor. No raras veces se le vió, paseando por el campo, especialmente en la primavera, quedarse como arrobado á la vista de las flores, habiéndose observado que acostum-

braba asimismo á tocarlas con su báculo, apostrofándolas con estas palabras: «¡Callad, florecitas, callad!» Solia decir á sus religiosos que las flores nos estaban incesantemente convidando á amar y reverenciar á su celestial Criador y Señor.

Como son tan varios los gustos acerca de la devocion, habrán de permitirme mis lectores el siguiente extracto de la Vida de Pedro Fabre, compañero de San Ignacio, escrita por Orlandini. Distinguíase particularmente aquel siervo de Dios por el don singular de cambiar todas las cosas en oracion. Luego que se acercaba á alguna ciudad ó aldea, lo primero que hacia era rogar por sus moradores, é implorar la divina Misericordia para que el Ángel del lugar y Ángeles custodios de sus habitantes llenasen cumplidamente sus funciones de ampararlos con exquisita vigilancia. Invocaba asimismo á los Santos patronos de la villa, suplicándoles tuviesen la dignacion de rendir gracias, pedir perdon, impetrar mercedes y suplir, en fin, todas las negligencias y omisiones de sus patrocinados á fin de que no fuese defraudada en un ápice la gloria de Dios nuestro Señor. Cuando tomaba en arriendo una nueva casa, ó mudaba de posada, tenia tambien la costumbre,

al entrar por primera vez en ella, de arrodillarse en todas las habitaciones, rincones y lacenas que le fuese posible, rogando al Señor ahuyentase de allí los espíritus malignos y toda especie de peligros y desgracias; en cuya oracion tenia presentes á todos aquellos que la hubiesen habitado, ó pudiesen habitarla en lo sucesivo, suplicando á Dios encarecidamente que no les sobreviniese ningun mal á sus propias almas. Era tal su solicitud por buscar materiales para la oracion, que yendo un dia á oir un sermón á la capilla del palacio de cierto príncipe, y habiéndole sido negada la entrada por un portero que no le conocia, Fabre no vió en semejante bochorno más que nuevos materiales para su oracion. Pero ¿qué extraño es que estando bueno tomase tan á pechos la oracion, cuando era sumamente asiduo á ella, mientras se hallaba enfermo? La dolencia que padeció en Lovaina, y las penosas vigiliass que tuvo entónces que sufrir, solo le sirvieron para proveerse de abundantes materiales para la oracion. Cuando apenas podia soportar la vehemencia del dolor de cabeza, poníase á meditar sobre la corona de espinas de nuestro Redentor, llegando á inflamarse tanto en el divino amor, que se deshacía en dulces lágrimas. Este constante anhelo

por la oracion abastecia y enriquecia á su espíritu con abundante variedad de devociones. La vida de nuestro Señor Jesucristo era ciertamente el alimento cotidiano de su contemplacion, porque ¿dónde ha de poder hallar el alma manjares más abundantes y exquisitos? Sin embargo, para apacentar su piedad, inventó diferentes métodos de oracion que le sugirieron, ora la enseñanza y lectura atenta, ora el impulso é inspiracion del Espíritu Santo; y de entre esos métodos, tres especialmente, le parecieron tan útiles y gustosos, y al mismo tiempo tan fáciles de practicar, que no raras veces aconsejaba á los confesores que procurasen instruir en ellos á sus penitentes.

En primer lugar, profesaba una grande devocion á las letanías, rezándolas constantemente y ofreciéndolas por toda suerte de acontecimientos. Y se valia de ellas no solo para pedir beneficios, objeto ordinario de semejantes preces, sino tambien para actos de alabanzas, acciones de gracias, congratulaciones y otros ejercicios de la virtud de la religion. Una de sus prácticas consistia en penetrar en espíritu dentro de la corte celestial, y allí prostrado ante el trono de la Santísima Trinidad, suplicaba reverentemente al Padre que se delei-

tase en el Hijo y Espíritu Santo, el Hijo en el Padre, y el Espíritu Santo en el Padre y en el Hijo; con cuyo ejercicio expresaba la congratulacion mutua de la Trinidad, llamada en las escuelas complacencia reciproca. Luego pedia á la Reina del cielo tuviese la dignacion de adorar en su nombre ó en el de algun hermano suyo vivo ó difunto á la Beatísima y Augusta Trinidad; suplicando en seguida á las Tres Divinas Personas glorificasen á su vez á nuestra Señora por todos los dones y mercedes que por mediacion suya envian á la tierra. Uníase despues á cada uno de los coros de Ángeles y órdenes de bienaventurados, rogándoles se sirviesen en su nombre alabar y rendir gracias á Dios, á la Virgen, á los Ángeles y Santos de su particular devocion.

Su segundo método de oracion consistia en recorrer todos los misterios de la Vida y Muerte de nuestro Señor, procurando acomodarlos con maravilloso artificio al tiempo y circunstancias, e implorar luego con cada uno de ellos en particular el auxilio de las Personas de la Beatísima Trinidad y valimiento de los habitantes del cielo.

Formaba su tercero y último método de oracion con los preceptos de Dios y la Iglesia, en-

señanzas de la fe, siete vicios capitales con sus siete virtudes opuestas, cinco sentidos del cuerpo y tres facultades del alma. Esta misma variedad de objetos le sugeria diversos afectos de peticion, accion de gracias, etc, para sí y sus hermanos vivos ó difuntos, rogando á Dios tuviese la dignacion de condonarles todo cuanto pudiesen deberle por faltas contra los mandamientos, obras de misericordia, reato de culpas cometidas con los cinco sentidos del cuerpo y tres facultades del alma.

SECCION VII.

Variedad en la devocion.

Estos tres métodos de oracion le fueron á Fa-
bre muy familiares. Ni debemos pasar en si-
lencio los grandes recursos que le proporcio-
naron sus no escasos conocimientos acerca de la
doctrina cristiana, como expresamente lo ates-
tigua Orlandini. Dió asimismo con un libro de
Santa Gertrúdis, del cual, segun él mismo con-
fiesa, sacó abundantes materiales para la ora-
cion, que llegaron á aprovecharle grandemente.
La sucesion de las festividades eclesiásticas pro-
veyéronle tambien de una maravillosa variedad

de devociones. Esta variedad y sucesion de devociones excitaban tan fuertemente su apetito hácia el delicioso banquete de la oracion, que jamas, durante toda su vida, asistió á ningun acto religioso, fuese meditacion, Misa, examen, etc, por hábito y costumbre, ó simplemente por cumplir con la regla; sino que acudia diariamente á sus devociones más habituales por sendas nuevas y amenas, igualmente que el Beato Pablo de la Cruz, quien, como él mismo afirma, no se acordaba de haber dicho jamas una sola Misa por mera costumbre: cosa, por cierto, que pocos sacerdotes ancianos podrian asegurar de sí mismos.

Almas existen muy amadas de Dios á quienes se digna el Altísimo conducir por diferentes caminos, y cuya variedad de devociones parece ser fatal á su fervor, á pesar de ser buenos todos los caminos celestiales, pues que son suyos. Pocas personas, efectivamente, se encuentran como Marie Denise de la Visitacion, á quien Dios condujo por la senda de la multiplicidad de devociones. Cuéntase de ella que viendo una hermana suya de comunidad el manuscrito en que anotaba todos sus servicios é intenciones, preguntóla el motivo que tenia para rezar tanta muchedumbre de oraciones, y Marie Denise la replicó: *Lo*

hago así, hermana mía, porque el Señor se ha servido manifestarme que me ha criado para ese fin.»

Existe una gran diferencia entre la variedad de devociones mentales y la carga indiscreta de oraciones vocales, y lo que los escritores espirituales afirman de las primeras, no siempre puede igualmente aplicarse á las últimas; sin embargo, es un error muy comun confundir ambas cosas. No siempre es malo cargarse con un considerable número de oraciones vocales—en la ciencia espiritual no hay ningun *siempre*, á no ser cuando se trata del pecado—pero sí, casi siempre. ¡Cuántas personas no comenzaron luego á volar, y á poco se fatigaron, cansaron sus alas y cayeron por fin á tierra, enredadas de letanías, cargadas de *Memorares*, abrumadas de rosarios y fuertemente maniatadas á las obligaciones de un sinnúmero de Terceras Órdenes y Confraternidades! Por manera que llegan á perderse con las mismas cosas santas y no por otra causa, sino porque casi todas se comprometieron á practicar semejantes devociones sin conocimiento ni licencia de nadie.

La variedad de devociones mentales quizá no raras veces sea un mal, aunque es una cosa diferente del caso anterior; y las censuras injustas

que algunos autores rigoristas lanzan contra toda variedad de devociones no están ciertamente muy en consonancia con la práctica de los Santos y la dulce y suave enseñanza de sus escritos. No hay cosa á que el hombre llegue más pronto á apasionarse como á un sistema de direccion espiritual, adquiriendo un convencimiento tan íntimo de que es el único camino seguro para alcanzar la perfeccion, que apenas puede comprender la diversidad de operaciones divinas, y no parece sino que quiere poner límites á la libertad con que el Espíritu Santo obra en el corazon de aquellos á quienes inspira. No ignoramos que la mortificacionsólida y la constante abnegacion de si mismo son los caminos reales para la más alta perfeccion; pero ¿acaso no existen personas que carecen de ánimo para trepar por alturas escarpadas, y yacen postradas, gimiendo bajo la ladera de las aspiraciones más ordinarias? Pues qué, ¿no hay, por ventura, ninguna otra senda del amor ménos elevada que esos altísimos pináculos? ¡Ah! ¡cuántos, por haberles obligado á subir inconsideradamente demasiado alto, encuéntranse ahora en el fondo del valle, asidos á la tierra, y afanándose por descender más bajo todavía! «Un buen Superior, dice Santa Juana

Francisca de Chantal, debe aprender á volar así bajo como alto:» y por cierto, que lo primero es aun más difícil que lo último; porque, notad sus palabras, no dice reposar bajo, sino volar bajo. Acaso sea verdad que el camino más corto y derecho para alcanzar una santidad eminente consista en atenerse á una sola cosa, á un solo punto de meditacion, á un solo exámen y á un mismo ejercicio de devocion, guardando fielmente años enteros esta penosa unidad sin ninguna alteracion, como lo recomienda un escritor bastante celebrado; mas ¿quién es capaz de practicar semejantes cosas? Aquellos que viven en medio del mundo privados de los auxilios que ofrecen las casas religiosas, sin ningun noviciado ni penitencias propias de comunidad, distraídos con mil ocupaciones necesarias y entretenidos con las diversiones inevitables del trato social ¿cómo es posible que lleguen á practicar esa uniformidad monótona de devociones? Sin embargo, tambien estas personas están llamadas á amar á Dios, y no quieren quedarse en zaga de los demas en la senda de la perfeccion. Luego, ó discurrís un procedimiento para secar sus corazones, ó los llenais con el suave rocío del cielo: no hay otro camino. Hé aquí el origen de esas anomalías espirituales que estamos viendo

con tanta frecuencia, de esas extravagancias de una vida devota llena por un lado de prácticas propias de un claustro y saturada por otro con las delicias mundanales de la corte. Y ¿cuáles son las consecuencias de semejantes extravagancias? La angustia, el desaliento, el completo abandono de sí mismo á los placeres de la tierra en justa venganza de su pasada estrechez, y, por último, el más absoluto alejamiento de la vida cristiana, de que yo no quisiera acordarme. Cualquiera cosa resulta de semejantes experimentos ménos la santidad heroica y ordinaria: estas cualidades jamas son frutos de tales ensayos.

Imagínanse no pocos que la devoción para ser sólida es preciso que sea seca y árida, olvidándose de que la sequedad es á propósito para formar polvo ó arena; pero semejante sistema de sequedad da los resultados que sus patronos se prometen? Óyeselos apellidar necios mojigatos á aquellos que gustan de funciones religiosas, de fervorosas devociones, imágenes, estampas de la Virgen, fiestas y prácticas extranjeras, porque, en concepto suyo, una devoción italiana es la puerta más próxima á la herejía; mas páreceme que semejante repugnancia nace más bien de que dicha devoción tiene la desgracia

de venir de la Ciudad Santa. Pues qué, las personas que gustan de estas devociones, hacen acaso consistir en ellas toda su piedad? Porque posean uno de los caracteres de los buenos católicos ¿carecen *por eso mismo* de los demas? ¿desechan acaso los frutos, porque amen las flores? La mortificacion, decís, y el exacto cumplimiento de nuestros respectivos deberes es lo que interesa. Efectivamente; pero yo os pregunto á mi vez: ¿qué mortificaciones practicais vosotros, discipulos fieles de la árida devocion? ¿Son exteriores, como cilicios, disciplinas, etc., ó interiores, como, por ejemplo, el desear que hablen mal de vosotros, y se os tenga en una baja estimacion? Y ¿cómo cumplís vuestros respectivos deberes? El dar limosna es uno de ellos; otro, el conservar la inocencia en medio del mundo. ¿Cómo practicais semejantes cosas? ¡Sed sinceros con vosotros mismos, ó á lo ménos sedlo para con vuestro Dios! Si incluis el entusiasmo en el número de culpas mortales, ¿en qué puesto de honor debemos entónces nosotros colocar á la tibieza? Posible es, y muy posible, que no sea el entusiasmo el mal monstruoso del mundo. Por lo que hace á nosotros, afortunadamente todavía no hemos experimentado aquí en Europa sus estragos horribles y

espantosos. Mas como quiera que sea, en asuntos espirituales, lo que más debe asustarnos es el peligro en que nos hallamos de caer en pecado; y vosotros, yo os lo aseguro, no abrigueis ningún recelo de ser presa de un entusiasmo exaltado ni de una exagerada piedad.

Por otra parte, sucede no raras veces que las almas á quienes no agrada esta seca solidez—si es que algo seco puede ser sólido en una religion que es toda unción y toda amor—permitiéndolas satisfacer sus primeros fervores con la variedad de devociones, diversiones; intereses y hasta cambios, llegan al cabo á subir á alturas más elevadas, trepando con ánimo muy varonil por las sendas más rectas y escabrosas de la santidad. Conducid, pues, á las almas por los caminos más suaves y alegres, á ménos que no veais claramente que Dios las llama á seguir los más ásperos y escarpados. ¿Cuántos no se pierden por obligarles á subir demasiado alto? ¿cuántos más todavía, por haberles inspirado cierto horror hácia la devoción sensible, haciéndoles creer que en la sequedad consiste la solidez? ¡Haced cuanto os agrade; pero no separeis á los fieles, yo os lo suplico encarecidamente, de su Dios misericordioso y compasivo! Por el contrario, trabajad todo lo posible para excitar en su áni-

mo un vivo interes hácia su divino Criador y Padre amoroso! Ciertas gentes, sin consideracion al tiempo, lugar, estado y condicion, desvívense por inculcar á las almas la necesidad de vivir alejadas de los dones de Dios, y hacerlas huir de los dulces afectos y excesivos fervores, cuando el peligro está más bien en el apego á sus carruajes y caballos, á sus tapicerías, galas, ricos adornos, vieja porcelana, quintas, casas de campo, teatros, óperas y demas pompas mundanales. Seria ciertamente un milagro estupendo de la gracia que los infelices poderosos cobrasen cierta lijera aficion, aunque fuese desordenada, á una imagen sagrada, ó al agua bendita, pues que todos ellos viven muy alejados de Dios, y muévense en una esfera que no parece sino que gira fuera del centro de la infinita Inmensidad divina. ¡No! ¡no! los avisos de Santa Teresa á sus carmelitas descalzas no es fácil que aprovechen á semejantes personas; y sin embargo, ¡cuán excesivamente más laxa no es Santa Teresa, comparada con esos nuevos maestros de la ciencia espiritual! Mejor es revolotear cual mariposita al rededor de las luces de una solemne funcion religiosa, que vivir sin amor en medio de las dulzuras y diversiones mundanales, que, si bien parecen inocentes, acaso sean pecaminosas.

SECCION VIII.

Jaculatorias y atencion.

5.º Otro método para glorificar á Dios con las cosas ordinarias y comunes consiste en el ejercicio de la oracion jaculatoria. No es este el lugar de ocuparse detenidamente acerca de semejante asunto: su íntimo enlace con la materia de que estamos tratando es harto conocido de todos. La oracion jaculatoria fué la práctica principal con que llegaron los Padres del Desierto á una altura incomparable de santidad. Afirma San Francisco de Sales «que la gran fábrica de la devocion descansa sobre el ejercicio de la oracion jaculatoria, que á diferencia de todas las otras oraciones puede suplir la falta de las demas.» El Abad Isaac cuenta en Casiano cosas maravillosas de la simple jaculatoria: *Deus in adjutorium, etc.* Estando el Padre Brandano para partir á Portugal, suplicó á San Ignacio le dijese, en qué devociones deberian ejercitarse los estudiantes de la Compañía; y el Santo le respondió «que ademas de las devociones de costumbre, se ejercitasen en andar siempre en la presencia de Dios, hablando, paseando, miran-

do, oyendo y pensando, ya que la divina Majestad se halla presente en todas las cosas por esencia, presencia y potència.» Dijole asimismo que «semejante ejercicio de la presencia de Dios era ménos laborioso que el de la meditacion sobre materias abstractas, y que una breve jaculatoria movia al Señor á visitarnos de una manera muy singular.» Suspiremos, pues, por la gloria de Dios; enviemos al cielo, desde las calles y plazas, flechas aceradas por los intereses de Jesús, y recitemos, doquiera nos hallemos, una corta oracion en favor de las almas de nuestros hermanos. Sin fatigarnos, podemos decir al dia un sinnúmero de jaculatorias y aspiraciones devotas; y cada una de ellas será más agradable á los ojos de Dios que una batalla ganada, un descubrimiento científico, un palacio de cristal, un cambio de ministerio o una revolucion política. Varias son las jaculatorias que tienen indulgencias; y así la más breve sentencia: 1.º ganará méritos: 2.º impetrará gracias: 3.º satisfará por las culpas: 4.º glorificará á Dios: 5.º honrará á Jesús y á su Madre: 6.º convertirá á los pecadores: 7.º socorrerá á las almas benditas del purgatorio. Bajo este respecto ¿no podremos hacer algo más por Jesús, que lo que hemos hecho hasta aquí? ¡Ó Amor, Amor! ¡Vos mismo es pre-

ciso que nos enseñeis los medios de que debemos valernos para ello, cuidando de recordárnoslos, cuando los olvidemos!

Mas para conseguir todos estos frutos no basta que pronunciemos con los labios nuestras oraciones jaculatorias, es decir, por mera rutina y sin ninguna atencion interna. Entre no pocas gentes se ha hecho hoy de moda hablar con cierto desden de la oracion vocal; pero no deberia olvidarse que en los mismos tiempos modernos se han levantado herejías acerca de semejante materia: herejías contra las cuales recaen las censuras de proposiciones condenadas por la Iglesia. La oracion vocal es la que elevó á los Padres del Desierto á la más eminente santidad; y Santa Teresa, en época posterior, fué la Doctora de las excelencias y prerogativas de la oracion vocal hasta para llegar á la más alta contemplacion. El mismo P. Báker se ha visto obligado á confesar que por medio de la oracion vocal conduce Dios incidentalmente á no pocas personas á las alturas de la contemplacion y union mística; si bien considera hoy semejante efecto de la oracion vocal ménos frecuente que en los siglos pasados, fundando esta diferencia de resultados de la oracion vocal entre los antiguos y nosotros en las razones siguientes: «Primera-

contra. mas San Pablo escribe á los Corintios (1.^a)
«*Todas las cosas son vuestras, sea mundo, sea vi-
da, sea muerte, sean presentes, sean venideras,
vuestrs todos vuestro, y vosotros sois de Cristo, y
Cristo es de Dios.*» Y en la carta á los Hebreos,
dice: ni que os llegareis, sino «*os habeis llegado
al monte Sión, y á la ciudad del Dios vivo, la Je-
rusalén celestial, y á la compañía de muchos
millares de Angeles, y á la Iglesia de los primo-
genitos que estan inscritos en los cielos, y á
Juan el Juez de todos, y á los espíritus de los
justos, y á Jesus medianero del Nuevo Testa-
mento, y á la aspersion de la Sangre que habla
mejor que la de Abel (2).*» Cuando Maria rige
con el dulce cetro de su intercesion el imperio
universal de su Hijo, es nuestro reino en el que
ella es Reina y Señora: nuestro es todo lo que
le pertenece, y todo cuanto encierra; pues
*todas las cosas son nuestras, y nosotros somos
de Cristo, y Cristo es de Dios.* Los tesoros que
Jesus nos ha regalado, adquiriéndolos á costa
de su Preciosa Sangre, son: su sagrada Huma-
nidad, Cuerpo y Alma: su Infancia, su Vida
oculta, su Ministerio público, su Pasion, el San-

1. 1.^a Corint. III.

2. Heb. XII-22.

tísimo Sacramento que Cristo nos dio en el
 Páramo; su Madre; San Juan; los santos
 y todo cuanto fue en el mundo de
 geles, todos Santos y santos; todos
 buenas obras y buenas acciones; todos
 que se dicen; las penas que se padecen
 purgatorio; las gracias que se merecen
 denados, y á la que se quiere llegar
 la santidad de José, de María, de Ju-
 les, etc.; todas las almas que están
 al Criador las aves, animales y plantas
 la tierra; todo cuanto gobierna la crea-
 turas posibles; las eternidades; porque
 Dios desde el Antíguo Testamento y
 complacencia que muestra en ser la
 Tres Virgenes Personales y una esencia
 ble con que Dios es una persona en
 la eternidad.

Tales son los sacramentos y sacramen-
 tales las figuras que se encuentran
 como se puede ver en el Evangelio
 las de Jesús, pero se pueden ver en
 otro amor. ¡Oh! ¿cómo se puede
 nuestra? ¡oh! ¿cómo se puede
 real? ¡oh! ¿cómo se puede
 cosas, con él se puede hacer
 para la gloria de Dios y de los

mente, la vida de los antiguos era incomparablemente de mayor abstraccion, de más rigurosa soledad y de un silencio casi perpétuo: prácticas que al presente se cree no somos capaces de ejercitar. Segunda, sus ayunos, abstinencias y otras austeridades, superiores á las fuerzas de nuestra enfermiza complexion corporal. Tercera, las ocupaciones exteriores en que se empleaban fuera del tiempo señalado á la oracion, las cuales disponian su espíritu al recogimiento é inspiraciones divinas mucho mejor que aquellas que ahora suelen comunmente practicarse». Paréceme que Santa Teresa no convendria con el Padre Báker; y hé aquí un nuevo ejemplo de Santos canonizados enseñando una doctrina más dulce y suave que la de las otras personas espirituales.

Como es tan rara la obra del Padre Báker, me agradecerán mis lectores que copie aquí los párrafos en que dicho escritor resume su doctrina relativa á la oracion vocal. «Pues que para toda clase de oracion, son sus palabras, se requiere necesariamente la atencion del ánimo, sin cuyo requisito no es oracion, preciso es saber que hay varias especies y grados de atencion, todos buenos, pero unos más excelentes y provechosos que los otros. El primer grado consiste en

una atencion ó reflexion expresa á las palabras y sentido de la sentencia que pronunciamos con los labios ó revolvemos en la mente. Ahora bien; debiendo esta atencion variar y cambiar, segun que se suceden unas á otras las sentencias de los Salmos, etc., no puede tan eficazmente fijar en Dios nuestro entendimiento y voluntad, pues ambas potencias tienen que ocuparse en nuevos afectos y consideraciones. Este es el grado más bajo é imperfecto de atencion, que toda clase de personas es más ó ménos capaz de alcanzar. Y cuanto más imperfectas sean las almas, ménos dificultad encuentran en abandonar semejante atencion; porque aquellas que profesan á Dios un encendido amor, no es fácil que puedan renunciar á un afecto que las tiene unidas á Dios, y que le hallan tan dulce y provechoso, para sustituirle por uno nuevo que se suceda en el Oficio: sustitucion que redundaria en perjuicio suyo.»

«El segundo grado de atencion es el de las almas regularmente ejercitadas en la oracion mental, quienes, rezando el Oficio, sienten despertar en su corazon un vivo afecto hácia Dios, y desean continuarle sin variacion con el más profundo recogimiento posible, sin cuidarse de si es ó no acomodado al sentido del pasaje que

están entónces recitando. Semejante atencion se refiere á Dios, no á las palabras; y es más saludable que la primera. Seria, pues, no ménos nocivo que irracional el obligar á las almas á sustituir esta segunda atencion por la anterior. En efecto; habiendo sido ordenadas todas las oraciones vocales de Escritura, etc, exclusivamente para suplir y proveer al alma de afectos abundantes con que pueda estar siempre unida á Dios, aquella que ya ha conseguido ese fin, es decir, la union, miéntras esta subsista, no debe ser separada de ella, ni tampoco forzarla á buscar nuevos afectos, á ménos que careciesen ya de jugo los primeros.»

«El tercero y más sublime grado de atencion al Oficio divino consiste en cambiar las oraciones vocales en mentales. Efectivamente, por medio de esta atencion, las almas en su union más íntima con Dios, todavía pueden atender al sentido y espíritu de cada pasaje que recitan, consiguiendo de esta suerte aumentar y simplificar su afecto, adhesion y union. Dicha atencion no se alcanza hasta despues que el alma ha llegado á una perfecta contemplacion, en la cual se halla la inteligencia tan habitualmente unida á Dios, y la imaginacion á la razon, que no la es posible fijarse en ningun otro objeto que la distraiga.»

«¡Dichosas las almas, cuyo número es ciertamente muy escaso, que han llegado á conseguir este tercer grado de atencion por su cuidadosa solicitud en la práctica de los dos primeros, y singularmente del segundo! Así, pues, en el rezo del Oficio, hasta las almas más imperfectas, siempre que se encuentren bastante reco-gidas, harán bien en continuar manteniendo su imaginacion todo el tiempo que las sea posible; y el medio más eficaz para adquirir y aumentar semejante recogimiento en el rezo del Oficio divino consiste en la práctica de la oracion interior, esto es, en la meditacion ó actos inmediatos de la voluntad, cuyo único blanco y fin es procurar mantener una constante atencion y adhesion del espíritu á Dios.» (1)

6. No estará demas volver á repetir que podemos asimismo ofrecer á Dios, en union con los merecimientos de nuestro Señor Jesucris-to y aquellos riquísimos tesoros sobrenaturales de que hablamos en el capítulo pasado, no solo nuestras acciones ordinarias, sino tambien todo cuanto nos acontezca en la vida presente. Así es como nuestros más lijeros sufrimientos,

(1) II, 13, 14, 15.

penas, contradicciones y adversidades, serán otros tantos celosos misioneros para la propagacion de la fe, apóstoles que conviertan á los pecadores, y Ángeles que alaben y glorifiquen á la soberana Majestad del Altísimo. Nuestras más pequeñas mortificaciones, aunque escasas en número y por muy livianas que sean, unidas á los azotes, espinas, clavos y lanza, atraerán hácia nosotros el Sagrado Corazon de Jesús con una fuerza irresistible. La gracia que recibamos durante el dia se duplicará ofreciéndola por la noche en union con la gracia de Aquel de quien proceden todos nuestros dones. Hé aquí cómo Jesús nos ayuda á amarle, y cómo nos eleva á la dignidad augusta de reyes y sacerdotes. Si nos condoliésemos de los ultrajes que recibe nuestro Dios y Señor; si tuviésemos un verdadero celo por la gloria de nuestro Padre misericordioso y compasivo; si nos apiadásemos de las almas infelices privadas de la gracia y rodeadas de mil tentaciones, ¡qué asombrosas maravillas no obraríamos entónces, prosiguiendo nuestro camino ordinario, no distrayendonos de nuestras ocupaciones y empleo, y sin privarnos (así lo ha ordenado nuestro Dios y Señor) de nuestros pasatiempos y recreaciones! Por eso cuando uno considera que todas las cosas deben ser por Je-

sús, y ve lo que ha podido hacer en obsequio suyo que ¡ay! no ha hecho, no sinrazon comienza á creer que no existe ningun rincon de la tierra que se sepa, donde el fruto de la gloria divina sea ménos exquisito y escaso que en nuestro mezquino corazon.

¿No cuenta la fábula de cierto personaje, que cambiaba en oro todo cuanto tocaba, y que muy luego se vió embarazado con don tan maravilloso? Pues tambien nosotros, bajo la ley evangélica, bajo la ley de gracia, cambiamos en oro todo cuanto tocamos con la intencion y oblacion; pero con la diferencia, de que nuestro don no llega nunca á embarazarnos, porque jamas llenaremos á Dios de gloria ni al cielo de méritos. ¡Qué desconsuelo, pues, contemplar al fin de la vida los millones y millones de ocasiones perdidas! Mas ¿cómo, me dirán algunos, cómo es posible que vayamos notando todas las ocasiones que se nos ofrecen, que las recordemos, siendo innumerables y sucediéndose sin cesar unas á otras? Es imposible dar ninguna regla, ni trazar ningun método formal: *amad, amad, amad*; no hay otro camino, no se conoce ningun otro medio. El amor os enseñará todo cuanto debeis saber; el amor os revelará los secretos de Jesús; el amor os hará las cosas fáciles y gustosas; el

amor, en fin, será para vosotros una nueva naturaleza. No hay nada que lleguéis á desear que el amor no pueda conseguir, y ningun otro medio sino el amor es capaz de alcanzároslo: *amad*, y *amad*. La dificultad no está ciertamente en amar á Jesús, sino en profesarle poco amor, cuando se tiene la dicha de amarle.

¡Ojalá nos fuese concedido ver y sentir la incomparable grandeza del privilegio que se nos ha otorgado de agradar y complacer á Dios nuestro Señor! Si salvásemos nosotros la vida del Príncipe heredero de la corona, no es fácil que llegásemos á olvidar la expresion de agradecimiento pintada en el rostro de su augusta madre; siempre estarian resonando en nuestro oído las abrasadas palabras de gratitud que brotaron de sus labios en prueba de su reconocimiento: las lágrimas de una soberana, y lágrimas de gozo, no son cosas, por cierto, que lleguen luego á olvidarse. Pero ¿qué es todo esto comparado con el privilegio incomparable de agradar á Dios, aunque no fuese más que una vez en la vida? ¡Oh! semejante pensamiento se desenvuelve cual insondable piélago, hasta el punto de llegar á causar en nuestro ánimo un asombro indecible. Consideremos por una parte quiénes somos nosotros, cuál es nuestro origen, nuestra

rebeldía, nuestra natural flaqueza, nuestra vileza personal, nuestra horrible perversidad y espantosa indignidad y miseria; y por otra, quién es Dios, el invisible, santísimo, incomprendible Dios que tiene la dignacion de complacerse con nosotros, que anhela procuremos agradarle, que dispone toda la naturaleza para que por mediacion de la gracia podamos complacerle más y más cada día, que nos provee, en fin, de un sinnúmero de auxilios sobrenaturales con que proporcionarle semejante contentamiento y tan indecible placer. La inmensidad de esta su condescendencia es absolutamente inexplicable; y ¡ojalá que nuestro Señor dulcísimo se dignase dilatar bastante nuestro corazon para que pudiésemos comprenderla! Pero ¿á qué andar discurrendo sobre la manera de comprender una de sus divinas condescendencias? Pues qué, ¿no tenemos un corazon capaz de contener al mismo Señor, su Cuerpo, Alma y Divinidad? Hé aquí cómo nuestro pensamiento salta de una condescendencia á otra condescendencia, de un amor á otro amor; y no halla otra cosa que misericordias sobre misericordias. Sube á una altura, y tropieza con otras alturas más elevadas todavía; y todo es amor! ¡amor! ¡amor! ¡Dios amoroso! ¡Dios amoroso!

Así nos dice Santa Gertrúdis que podemos apellidaros; y ¿qué otro nombre os hemos de dar? ¿Por qué, pues, no os amamos, Dios amorosísimo, y digno de un amor superior á todo humano encarecimiento?

Si paramos la consideracion en estas tres cosas, á saber: Dios, nosotros mismos y el sistema sobrenatural en que nos encontramos, llegaremos seguramente á ver y palpar que la capacidad que tenemos para glorificar á Dios, á pesar de no ser Santos ni cosa que se lo parezca, es una capacidad asombrosa é inefable. En primer lugar, uniendo nuestras acciones á las acciones de Jesús, adquieren un valor casi infinito, y lo que entóncestenemos que ofrecer á Dios es asimismo en cierta manera infinito. ¿Qué digo? ¡si podemos ofrecerle el mismo Jesús, que es infinito é igual á Dios, y ofrecérsele en todo cuanto decimos, hacemos, pensamos y sufrimos! Consideremos en segundo lugar, la multiplicidad de nuestras acciones. Nadie es capaz de contarlas, sobrepujan al cálculo; veámoslo sino con un ejemplo. Dos personas son invitadas á levantarse por la mañana temprano para tener media hora de meditacion; una acude á ella, la otra no. La primera merece, y así glorifica á Dios más, infinitamente más que todas las ciencias físicas y artes juntas

le han glorificado desde el diluvio acá, por las razones siguientes: 1.^a por la mortificacion en levantarse temprano: 2.^a por su modestia en vestirse: 3.^a por el acto de la presencia de Dios: 4.^a por la señal de la cruz: 5.^a por su oracion preparatoria: 6.^a por su meditacion: 7.^a por la incomodidad en la postura, y su cansancio y distraccion: 8.^a por las resoluciones que toma al fin de la meditacion: 9.^a por cada jaculatoria que dice durante el tiempo de este piadoso ejercicio: 10 por la obediencia en el cumplimiento de su obligacion. Todavía hubiera sido más exacto decir que cada uno de estos diez méritos encerraban innumerables méritos; pero reduzcámoslos á solo diez, y esta única práctica nos daria los resultados siguientes: Semejante sugeto, con esasola accion, glorificaria cada año á Dios tres mil seiscientas y cincuenta veces, y con cada una de estas veces agradaria á Dios, —y como se le permitiese complacerle una sola vez durante toda la eternidad, seria una condescendencia indecible—y le glorificaria más que todas las ciencias físicas le han glorificado jamas, puesto que le glorificaria sobrenaturalmente.

Despues de la multiplicidad de nuestras acciones, consideremos la facilidad increíble de

ofrecérselas á Dios en union con los méritos de su Hijo santísimo. Una sola mirada á Jesús, y todo está hecho. No se necesitan palabras, suspiros, ni prolijas reflexiones: el amor contempla á Jesús, y esto basta, y todo está consumado. No olvidéis asimismo que cada mérito implica un nuevo grado de gracia, y cada grado de gracia un grado correspondiente de gloria eterna, siempre por supuesto, que tengamos la dicha de morir con el don de la perseverancia final: el ojo no ha visto, ni el oído ha oído, ni el entendimiento humano ha concebido jamás un solo grado de gloria celestial. Y todos estos grados preciso es que les multipliquemos millones y millones de veces; y si tenemos la desgracia de caer en culpa mortal, pero luego, ayudados de la divina gracia, imploramos contritos la Preciosa Sangre, no se contenta Jesús con perdonarnos, sino que le es indispensable devolvernos toda esa asombrosa suma total de méritos: tan apasionadamente anhela tenernos 'Consigo en el cielo por toda la eternidad. ¡Y todavía existen católicos tibios! ¡Y Vos, Jesús mío, los sufrís con tanta paciencia! Cubristeis toda la tierra con una red de amor, que habeis estado tejiendo diligentemente desde toda la eternidad; pero la hicimos toda pedazos, y ¿qué haceis Vos entonces,

dulcísimo, suavísimo y amorosísimo Señor nuestro? ¡Ah! ¡os poneis á tejer con inalterable amor una nueva red de preceptos misericordiosos y de alegre temor para coger en sus mallas aquellas almas necias que no quisieron dejarse prender con el cebo del amor!

¡Cuán dulce cosa es salvarse por Jesús! No parece sino que es preferible á no haber nunca incurrido en la culpa original ¡Qué gozo el deberlo todo á Jesús! ¡qué dicha la nuestra, no poder ni por un solo momento hacer nada sin su auxilio! ¡qué felicidad hallarle por todas partes, y ocupado siempre en imponernos nuevas obligaciones y ligarnos con nuevas cadenas de amor! ¡Ojalá estuviésemos tan fuertemente amarrados á Jesús, que nunca nos fuese posible separarnos de su lado! Mas ¡ay! ser suyos, muy suyos, enteramente suyos, inenagenables y por toda la eternidad, es la dicha del Purgatorio! Seguramente, el lograr que una sola alma profese á Jesús un solo grado de amor, bien valen la pena los novecientos años de penitencia de Adam, entre las espinas y abrojos de una tierra solitaria é ingrata. ¡Y nosotros, sin embargo, estamos viviendo en el seno de su santa Iglesia, donde el principio, medio y fin de toda nuestra religion es que *todas las cosas*

son nuestras, y nosotros somos de Cristo, y Cristo es de Dios!

Si existe una escena soberanamente tierna y patética, es, sin duda alguna, la que nos ofrece Dios, mendigando gloria de sus criaturas en un mundo hechura de sus manos. El amor que inspira semejante espectáculo es vivo y penetrante cual dolor agudo, y aseméjase al martirio que sufre un padre por su hijo culpable. ¿No nos hace enloquecer, y enloquecer de amor, viéndolo al Criador suplicando, mendigando al Todopoderoso, y que se le niege la limosna que pide? Y ¿quién se la rehusa con tanta frecuencia como nosotros? ¡Ah! quién dará á nuestros ojos dos fuentes de lágrimas para llorar día y noche tan negra ingratitud, más inconcebible todavía que el adorable misterio de la Santísima Trinidad! ¿Qué cosa puede haber más encantadora y paternal que nuestro Dios y Señor, pidiendo gloria á sus criaturas ¡*á nosotros!* siendo tan ruines y miserables como somos? ¿Cómo, cómo, pues, no le amamos? ¿Qué más puede haber hecho en favor nuestro? Siglos há que Él mismo decía: «¿Qué más puedo hacer, que no haya hecho?» Efectivamente, ¿qué más puede hacer el Señor por nosotros, que no haya hecho? ¡Contemplad y ved, hijos de los

hombres, contemplad y ved! ¡El Rey de la gloria arreglando y disponiéndolo todo en su propio mundo, ¡loor á su Majestad soberana! como si fuésemos nosotros la causa final de toda la creacion!

FIN DEL TOMO I.

ÍNDICE GENERAL.

Páginas.

CAPÍTULO I.

INTERESES DE JESÚS.

Jesús todo por nosotros, y todo por amor.—Sus intereses, el objeto de la Confraternidad de la Preciosa Sangre.—Intereses humanos.—Intereses diabólicos.—Intereses de Jesús—1.º en la Iglesia triunfante—2.º en la Iglesia purgante—3.º en la Iglesia militante.—Los cuatro principales—1.º la gloria de su Padre—2.º el fruto de su Pasion—3.º el honor de su Madre—4.º el aprecio de la gracia.—No siguen la misma regla que los intereses del mundo.—No esperar de ellos resultados visibles.—La oracion, el medio principal de promoverlos. 1

CAPÍTULO II.

SIMPATÍA CON JESÚS.

Servicio de amor.—La simpatía con Jesús, señal de santidad.—Los tres instintos de los Santos—1.º Celo por la gloria de Dios—2.º Susceptibilidad por los intereses de Jesús—3.º Anhelo por la salvacion de las almas.—Historia de Santa Jacinta de Mariscotti.—Ejemplo de los tres instintos en un jesuita español.—Seis ventajas en la aplicacion de nuestras indulgencias por las almas del purgatorio. 44

CAPÍTULO III.

EL AMOR OFENDIDO POR EL PECADO.

Dios es nuestro Padre igualmente que nuestro Criador.—Llévanos este título así al amor de complacencia como al de compasion.—Dolor de los pecados de nuestros prójimos.—Varias revelaciones de los Santos sobre el particular.—Oficio especial de las religiosas.—Ejemplos de los Santos.—Métodos para practicar dicho dolor —1.º consideracion sobre la gloria divina—2.º método de San Bernardo—3.º de Baltasar Álvarez y San Alfonso de Ligorio.—Cómo se satisfacen los tres instintos en esta devocion.—San Panucio y el gaitero.—Lancisio sobre el Carnaval.—Vision de Santa Gertrúdis.—Conducta de ciertos católicos.—Deplorable abandono de la gloria divina. 89

CAPÍTULO IV.

ORACION DE INTERCESION.

Medios que concurren á la salvacion de una alma.—Qué envuelve su salvacion.—Misterio de la oracion.—Vision de Santa Gertrúdis sobre el Ave-María.—Aplicacion de los tres instintos de los Santos á la práctica de la intercesion.—Por quiénes debemos interceder —1.º por los que están en pecado mortal—2.º por los tibios—3.º por los Santos que se hallan todavía en la tierra—4.º por los atribulados—5.º

	Pág.
por nuestros bienhechores—6.º por los que aspiran á la perfeccion—7.º por el aumento de la gloria accidental de los bienaventurados del cielo—8.º por los ricos y nobles.—Tiempo, lugar y método de la intercesion.—El gozo y la exencion de la vanagloria, frutos de la oracion de intercesion.	154

CAPÍTULO V.

RIQUEZAS DE NUESTRA POBREZA.

Sentimiento por no amar á Dios como es debido.—Medios con que nos ayuda á amarle.—Especialmente la intercesion.—Riquezas que nos ofrece—1.º la sagrada Humanidad de Jesús—2.º el uso intercesorio de su Pasion.—Varios ejemplos de los Santos.—3.º Nuestra Santísima Virgen—naturaleza de su devocion—devocion á sus gozos.—4.º Los Ángeles—5.º todo cuanto hay y ha habido sobre la tierra—6.º las perfecciones divinas.—Utilidad que la devocion de intercesion reporta á las personas aca-cosas.	216
---	-----

CAPÍTULO VI.

MONEDA ACUÑADA.

Dios es causa de todo.—Las <i>columnas</i> de la Iglesia.—Naturaleza y gracia.—Ofrecimiento de nuestras acciones en union con las de Jesu-cristo.—Moneda acuñada.—Espíritu de oblacion—1.º oblacion de nuestras acciones ordinarias.
--

	<u>Pág.</u>
—Varios métodos y prácticas de oblacion.— Diferencia entre los escritores canonizados y no canonizados.—Oblaciones de Santa Gertrú- dis.—2.º Oblacion de las recreaciones.—Avisos á los valetudinarios.—Juego de ajedrez de San Cárlos.—Arca de Noé.—3.º Oblacion de la so- ledad—4.º Elevacion á Dios por la contempla- cion de las criaturas.—Ejemplos y prácticas. —Tres métodos de oracion de Pedro Fabre.— Variedad de devociones mentales.—Oracion vocal.—La devocion seca no es sólida.—5.º Oracion jaculatoria.—El Padre Báker.—Cómo se ha de rezar el Oficio divino.—6.º Oblacion de los sufrimientos.—Excelencia del altísimo privilegio que se nos otorga de agradar á Dios. —Dios mendigando gloria de sus propias cria- turas.	267

ÍNDICE DE LAS SECCIONES.

<u>Secciones.</u>	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO I.	
INTERESES DE JESÚS.	
I.—Jesús todo por nosotros, y todo por amor.	1
II.—Intereses de Jesús.	11
III.— <i>Los cuatro principales intereses de Jesús.</i>	
—1.º La gloria de su Padre.	22
IV.—2.º El fruto de su Pasion.	26
V.—3.º El honor de su Madre.	29
VI.—4.º El aprecio de la gracia.	32
VII.—Cómo aumentaremos los intereses de Jesús.. . . .	37
VIII.—La oracion medio principal de fomentar los intereses de Jesús.	41

CAPÍTULO II.

SIMPATÍA CON JESÚS.

I.—La simpatía con Jesús, señal de santidad.	44
II.— <i>Los tres instintos de los Santos.</i>	
—1.º Celo por la gloria de Dios.	55
III.—2.º Susceptibilidad por los intereses de Jesús.	59
IV.—3.º Solicitud por la salvacion de las almas.	64
V.—Seis ventajas en la aplicacion de nuestras indulgencias por las almas del purgatorio.	73

CAPÍTULO III.

EL AMOR OFENDIDO POR EL PECADO.

I.—Dios es nuestro Padre muy amado.	89
II.—Amor de complacencia y amor de compasion.. . . .	100
III.—Ejemplos del amor de compasion.	108
IV.—Medios de ejercitar el amor de compasion.	124
V.—No hay verdadero dolor de las culpas ajenas sin un profundo pesar de las nuestras propias. Frutos espirituales del amor de compasion.	131

CAPÍTULO IV.

ORACION DE INTERCESION.

I.—Salvacion de una alma.	154
II.—Misterio de la oracion.	163
III.—Aplicacion de los tres instintos á la práctica de la oracion de intercesion.	175
IV.—Por quiénes debemos interceder.	188
V.—Secreto y gozo de la intercesion.	208

CAPÍTULO V.

RIQUEZAS DE NUESTRA POBREZA.

I.—Cómo Dios nos ayuda á amarle.	216
II.—1.º La sagrada Humanidad de Jesús.	228
III.—2.º La Pasion.	231
IV.—3.º Devocion á la santísima Virgen.	243

<u>Secciones.</u>	<u>Pág.</u>
V.—4.º Los Santos Angeles.	255
VI.—5.º Las cosas de la tierra.	257
VII.—6.º Los divinos atributos.	261

CAPÍTULO VI.

MONEDA ACUÑADA.

I.—Vanidad de la ciencia humana.	267
II.—Consideraciones devotas acerca de la doctrina de la intencion.	276
III.—Prácticas de los Santos.	280
IV.—Escritores espirituales.	288
V.—Espíritu de Santa Gertrúdis.	298
VI.—Recreaciones y entretenimientos.	303
VII.—Variedad en la devocion.	322
VIII.—Jaculatorias y atencion.	331